

*Wilkie Collins*

Doble  
Engaño

Lectulandia

Conocido sobre todo por *La Dama de Blanco* y *La Piedra Lunar*, Wilkie Collins fue un escritor prolífico. Algunos de sus cuentos pueden incluirse entre los mejores que ha dado la lengua inglesa, y en el resto de sus novelas se encuentran siempre los valores que le hicieron célebre: una narración galopante, el manejo inigualable de la intriga y el suspense, una admirable galería de personajes y una asombrosa habilidad para inventar desenlaces imprevisibles. *Doble engaño* debe inscribirse plenamente en el género melodramático. En otras manos, este folletín no habría ido más allá de la simple novela rosa, pero en las de Collins el género incluye otras dimensiones —la crítica a la sociedad de la época, por ejemplo— que le confieren un interés suplementario. De fácil y amena lectura, *Doble Engaño*, donde se relatan las desventuras de la desdichada Mercy Merrick —una hermosa mujer de pasado turbio que mediante engaños trata de escapar a su destino—, es una novela que muestra sus cartas desde el principio y, a pesar de ello, mantiene intacto su interés hasta el punto final.

Lectulandia

Wilkie Collins

# Doble engaño

ePUB v1.2

Oxobuco 11.07.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The New Magdalen*  
Wilkie Collins, 1873  
Traducción: Aurora González Bird  
Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0 a v1.2)  
Corrección de erratas: Oxobuco  
ePub base v2.0

# PRIMER ACTO

# LA CASA DE LA FRONTERA

## *Preámbulo*

Francia. Otoño de 1870: año de la guerra entre Francia y Alemania.

Los personajes son: el capitán Arnault, perteneciente al ejército francés; el cirujano Surville, de la ambulancia francesa; el cirujano Wetzel, del ejército alemán; Mercy Merrick, enfermera, adscrita al servicio de ambulancias francés; y Grace Roseberry, viajera de camino a Inglaterra.

# CAPÍTULO 1

## *Las Dos Mujeres*

Era noche cerrada. Llovía a cántaros.

Al anoecer, un destacamento de franceses y otro de alemanes se encontraron accidentalmente en las cercanías del pueblecito de Lagrange, límite con la frontera alemana. En la escaramuza los franceses, por una vez, salieron victoriosos. Al menos de momento, cientos de soldados alemanes tuvieron que retroceder y cruzar la frontera. Fue una acción sin importancia, que tuvo lugar poco después de la gran victoria alemana de *Weissenbourg*; los periódicos apenas dieron noticia de ella.

El capitán Arnault, al mando de las fuerzas francesas, estaba solo en una de las casas del pueblo, en la que vivía el molinero de la zona. El capitán leía, a la luz débil de una vela, unos despachos interceptados a los alemanes. Había dejado que la leña, desparramada en la gran chimenea encendida, se consumiera; los rescoldos rojizos apenas iluminaban con una luz tenue una parte de la habitación. En el suelo, detrás de donde estaba sentado, había varios sacos vacíos de harina. Enfrente, en la esquina, estaba la sólida cama de nogal del molinero. En las paredes colgaban coloridas estampas, en las que se mezclaban con gracia temas religiosos y domésticos. Habían sacado de sus goznes la puerta de la cocina, para poder trasladar en ella a los heridos después de la escaramuza a campo abierto. Ahora éstos descansaban cómodamente en la cocina, al cuidado de un cirujano francés y de una enfermera inglesa, adscritos a la ambulancia. Una tosca cortina de lona hacía las veces de puerta entre las dos habitaciones. Una segunda puerta, la del dormitorio, que daba al jardín, estaba cerrada; la contraventana de madera, que protegía la única ventana de la habitación, también. Se había dispuesto el doble de centinelas en todos los puestos de las avanzadillas. El comandante francés no había dejado al azar ninguna precaución que evitara que durante la noche pudiera ponerse en peligro su seguridad y la de sus hombres.

Estaba absorto en la lectura de los despachos, e iba tomando notas de lo que leía con los útiles de escritura que tenía al lado, cuando se vio interrumpido por la entrada en la habitación de un intruso. El cirujano Surville llegó desde la cocina apartando la cortina de lona y se acercó a la pequeña mesa redonda a la que estaba sentado su superior.

—¿Qué hay? —dijo el capitán secamente.

—Sólo una pregunta —contestó el médico—. ¿Cree que pasaremos la noche a salvo?

—¿Y para qué quiere saberlo? —preguntó el capitán con desconfianza.

El cirujano hizo un gesto en dirección de la cocina, transformada en albergue de

heridos.

—Los pobres están nerviosos por lo que pueda pasar durante las próximas horas —contestó—. Temen que suframos un ataque por sorpresa, y me preguntan si pueden tener la esperanza de pasar una noche tranquila. ¿Usted qué opina?

El capitán se encogió de hombros. El cirujano insistió.

—Algo sabrá usted —dijo.

—Sólo sé que de momento el pueblo es nuestro —replicó el capitán Arnault—. Nada más. Aquí tengo unos informes del enemigo.

Alzó los papeles, agitándolos con impaciencia mientras hablaba:

—La información que contienen no me parece fiable. En cambio, puedo decirle que posiblemente el grueso de las fuerzas alemanas, diez veces superior en número a las nuestras, puede encontrarse más cerca de este pueblo que el ejército francés. Saque usted sus propias conclusiones. Yo no tengo nada más que añadir.

Tras tal desalentadora respuesta, el capitán Arnault se levantó, se cubrió la cabeza con la capucha de su gabán y encendió un puro con la vela.

—¿Adónde va? —preguntó el cirujano.

—A los puestos de primera línea.

—¿Necesita seguir utilizando esta habitación?

—En las próximas horas, no. ¿Piensa trasladar aquí a alguno de los heridos?

—A la dama inglesa —contestó el cirujano—. La cocina no es el lugar más adecuado para ella. Aquí estaría más cómoda; la enfermera inglesa podría hacerle compañía.

El capitán Arnault esbozó una sonrisa desagradable.

—Son dos mujeres respetables —dijo—, y el doctor Surville un mujeriego. Alójelas aquí, si es que se atreven a quedarse con usted a solas.

Justo antes de salir se detuvo y dirigió una mirada recelosa hacia la vela encendida.

—Procure que las mujeres limiten su curiosidad a lo que hay en esta habitación —dijo.

—¿Qué quiere decir?

El índice del capitán señaló significativamente la contraventana cerrada.

—¿Conoce a alguna mujer que se resista a la tentación de asomarse a una ventana? —preguntó—. A pesar de la oscuridad, tarde o temprano estas mujeres sentirán la tentación de abrir la contraventana. Dígales que no quiero que la luz de la vela delate nuestro cuartel general a las patrullas de reconocimiento alemanas. ¿Qué tiempo hace? ¿Aún llueve?

—A cántaros.

—Mejor. Así los alemanes no nos verán.

Con esta observación consoladora abrió la puerta que daba al patio y salió.



El cirujano apartó la cortina de lona y dirigiéndose a alguien que estaba en la cocina, dijo:

—Miss Merrick, ¿dispone de tiempo para descansar un rato?

—Todo el tiempo del mundo —respondió una voz suave, con un leve tono de melancolía perceptible aunque se limitara a pronunciar sólo dos palabras.

—Entre, pues —prosiguió el médico—, y avise a la dama inglesa. Aquí tienen una habitación a su disposición.

Mantuvo abierta la cortina y las dos mujeres aparecieron. Pasó primero la enfermera —alta, fina y grácil—, vestida con su uniforme completamente negro, de cuello y mangas de lino, con la cruz escarlata de la *Convención de Ginebra* bordada en el hombro izquierdo. Pálida y triste, con una expresión y una compostura que indicaban de forma elocuente el sufrimiento y la pena contenidos, mostraba una nobleza innata al alzar la cabeza, una grandeza innata en la mirada de sus grandes ojos grisáceos y en las facciones de la cara bien proporcionada, que hacían de ella una mujer irresistible y hermosa en cualquier circunstancia y sin que importara cómo fuera vestida. Su compañera, de tez más oscura y menor estatura, poseía encantos que explicaban la cortés ansiedad del médico por alojarla en la habitación del capitán. La mayor parte de los hombres afirmarían que se trataba de una mujer excepcionalmente bella. Vestía una capa larga de color gris que la cubría de pies a cabeza con una elegancia que haría resaltar la prenda más sencilla y gastada. La languidez de sus movimientos y el timbre de inseguridad de su voz al darle las gracias al cirujano parecían revelar su fatiga. Sus ojos negros exploraban con timidez la habitación a través de la tenue luz, y se apoyaba en el brazo de la enfermera: tenía el aspecto de una mujer cuyos nervios acababan de sufrir una profunda conmoción.

—Sólo una cosa, señoras —dijo el médico—. No abran la contraventana, pues la luz puede delatarnos. Por lo demás, podemos instalarnos tan bien como podamos. Acomódese, señora, y confíe en la protección de este francés que es su servidor.

El cirujano enfatizó la galantería de estas últimas palabras llevándose a los labios la mano de la dama inglesa. En el momento de hacerlo se descorrió la cortina de lona. Entró una persona perteneciente a la ambulancia, que anunció que a uno de los heridos se le habían salido de lugar las vendas y parecía que iba a morir desangrado. El cirujano, asumiendo su destino de mala gana, dejó caer la delicada mano de la joven y retornó a sus obligaciones en la cocina. Las dos mujeres se quedaron solas en la habitación.

—¿Quiere sentarse, señora? —preguntó la enfermera.

—No me trate de señora —le respondió la joven de forma cordial—. Me llamo Grace Roseberry. ¿Y usted cómo se llama?

La enfermera tardó en responder.

—No tengo un nombre tan bonito como el suyo —dijo, y dudó otra vez—.

Llámeme Mercy Merrick —añadió, después de pensarlo durante unos segundos.

¿Se trataba de un nombre falso? ¿Habría algún acontecimiento dramático relacionado con su nombre? Miss Roseberry se hizo inmediatamente tales preguntas.

—¿Cómo puedo corresponder —exclamó con gratitud— a la inmensa bondad que ha demostrado con una desconocida como yo?

—Me he limitado a cumplir con mi deber —dijo Mercy Merrick, un poco cortante—. No hay por qué hablar de ello.

—Sí lo hay. ¡En menuda situación me encontró usted, después de que los soldados franceses hubieran ahuyentado a los alemanes! El carruaje en el que había viajado inmovilizado, porque nos habían incautado los caballos; estaba en un país extraño, de noche; me habían robado el dinero y el equipaje; me encontraba empapada hasta los huesos a causa de la lluvia. Estoy en deuda con usted por darme cobijo en este lugar; incluso llevo su ropa. Si no fuera por usted ya me habría muerto de miedo y frío. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted a cambio?

Mercy dispuso una silla para su huésped cerca de la mesa del capitán y se sentó, a poca distancia, encima de una vieja arca situada en un rincón de la habitación.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? —dijo con brusquedad.

En circunstancias normales Grace no hubiera aceptado una confianza como esa por parte de una desconocida. Pero ella y la enfermera se habían conocido en un país ajeno, en unas circunstancias adversas y peligrosas que predisponían a las confianzas, sobre todo tratándose de dos mujeres del mismo país. Contestó de forma cordial, sin dudar un momento.

—Y cien —imploró— si usted quiere.

Detuvo la mirada en el fuego tenue y en la figura vagamente visible de su acompañante, sentada en el rincón más oscuro de la habitación.

—La pobre vela apenas da luz —añadió con impaciencia—. No durará mucho. ¿No podemos alegrar un poco la habitación? Salga de esa esquina. Haga que traigan más leña y velas.

Mercy siguió encogida y negó con la cabeza.

—La leña y las velas escasean —respondió—. Debemos tener paciencia, aunque estemos a oscuras. Dígame —continuó, levantando un poco su voz queda— ¿por qué se arriesgó a cruzar la frontera en plena guerra?

La voz de Grace se hizo casi inaudible al contestar. Su fugaz alegría desapareció de repente.

—Tenía que volver a Inglaterra —dijo— debido a una emergencia.

—¿Sola? —contestó la otra—. Sin nadie que la protegiera.

Grace dejó caer la cabeza hacia adelante.

—He dejado a mi único protector, mi padre, en el cementerio inglés de Roma —contestó con naturalidad—. Mi madre falleció hace unos años en Canada.

De repente, la silueta indefinida de la enfermera cambió de postura en el arca. Al salir aquella última palabra de los labios de Miss Roseberry se había visto asaltada por un sobresalto.

—¿Conoce Canada? —preguntó Grace.

—Sí —fue su corta respuesta, dada de mala gana a pesar de su brevedad.

—¿Ha estado por Port Logan?

—Viví hace tiempo a unas millas de Port Logan. —¿Cuándo?

—Hace algún tiempo.

Con estas palabras, Mercy Merrick se acurrucó en su rincón y cambió de tema.

—En Inglaterra su familia debe estar preocupada por usted —dijo.

Grace alzó la vista.

—No tengo familia en Inglaterra. No se imagina lo sola que estoy. Cuando mi padre cayó enfermo, los médicos nos recomendaron abandonar Canada y probar con el clima de Italia. Su muerte me ha dejado sola y pobre.

Hizo una pausa y sacó una cartera de cuero del bolsillo de la larga capa que le había prestado la enfermera.

—Mi futuro —continuó— está en esta pequeña cartera. Es lo único que logré salvar cuando me quitaron el equipaje.

Mercy apenas pudo distinguir la cartera cuando Grace se la enseñó en la habitación, que poco a poco se volvía más oscura.

—¿Lleva ahí dinero? —preguntó.

—No. Sólo papeles familiares y una carta de mi padre presentándome a una dama ya mayor, que está en Inglaterra; una parienta política que no conozco. La señora me ha admitido como señorita de compañía y lectora. Si no regreso pronto a Inglaterra es posible que otra ocupe mi lugar.

—¿Tiene otros medios de vida?

—No. Apenas he recibido educación; llevamos una vida un poco salvaje en el lejano oeste. No estoy cualificada para trabajar como gobernanta. Dependo por completo de esta desconocida, que me recibe por respeto a mi padre.

Guardó la cartera en el bolsillo de su capa y terminó su breve exposición con la misma sinceridad que cuando la empezó:

—¿Verdad que es una historia triste? —dijo.

La voz de la enfermera le llegó, con brusquedad y acritud, con las siguientes palabras:

—Hay historias más tristes que la suya. Para miles de mujeres que viven en la miseria sería una bendición estar en su lugar.

Grace dio un respingo.

—¿Qué hay de envidiable en un destino como el mío?

—Su carácter intachable y sus posibilidades de acomodarse de forma honrada en

una casa respetable.

Grace se movió en la silla, y miró sorprendida en dirección al sombrío rincón de la habitación.

—¡Qué forma tan extraña de decirlo! —exclamó.

No obtuvo respuesta; la silueta apenas visible del arca no se movía. Grace se levantó impulsivamente y, arrastrando la silla tras ella, se acercó a la enfermera.

—¿Ha habido algún romance en su vida? —preguntó—. ¿Por qué se ha sacrificado para llevar a cabo una labor tan terrible como la que le he visto llevar a cabo? La encuentro inmensamente interesante. Deme su mano.

Mercy se apartó y rechazó darle la mano.

—¿No somos amigas? —preguntó Grace, asombrada.

—No podemos ser amigas.

—¿Por qué no?

La enfermera permaneció muda. Había mostrado consternación al pronunciar su nombre. Recordando esto, Grace habló con el corazón en la mano y le confió sus cavilaciones.

—Tengo razón —preguntó— si pienso que es usted una dama importante que desea pasar inadvertida?

Mercy se rió por lo bajo, para sus adentros, con amargura.

—¿Yo una dama importante? —dijo con desdén—. ¡Por Dios, hablemos de otra cosa!

La curiosidad de Grace aumentó todavía más. De nuevo, insistió.

—Se lo vuelvo a repetir —susurró intentando convencerla—, seamos amigas.

Al hablar, le pasó suavemente a Mercy el brazo por el hombro. La enfermera lo apartó con brusquedad. Había una descortesía en sus ademanes que habría ofendido a la persona más paciente. Grace se apartó indignada.

—¡Qué cruel es usted!

—Soy una buena persona —le respondió la enfermera, más severa que nunca.

—¿Acaso mantener esta distancia es propio de una buena persona? Yo le he contado mi vida.

La voz de la enferma se elevó emocionada.

—No me obligue a hablar —dijo—; podría lamentarlo.

Grace se negó a aceptar aquel aviso.

—He depositado mi confianza en usted —prosiguió—. No es nada loable que primero haga que me sienta en deuda y que, después, me corresponda retirándome su confianza.

—¿Así quiere que sea? —dijo Mercy Merrick—. ¡Pues así será! Siéntese otra vez.

El corazón de Grace empezó a acelerarse de emoción ante la inminente

revelación. Acercó aún más su silla al arca en la que estaba sentada la enfermera. Con firmeza, Mercy la alejó.

—No tan cerca —espetó.

—¿Por qué no?

—No tan cerca —repitió con idéntica resolución—. Espere a que oiga lo que le voy a contar.

Grace obedeció. Hubo un momento de silencio. La vela, a punto de consumirse por completo, lanzó un débil destello de luz que permitió ver a Mercy encogiéndose en el arca, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cara escondida entre las manos. Al instante, la habitación quedó sumida en la oscuridad. Cuando las sombras envolvieron a ambas mujeres, la enfermera empezó a hablar.

## CAPÍTULO II

### *Una María Magdalena de Hoy*

—En vida de su madre, ¿paseó con ella alguna noche por las calles de una gran ciudad?

Con estas insólitas palabras empezó Mercy Merrick el relato que le había exigido Grace Roseberry. Ésta contestó con sencillez:

—No la entiendo.

—Se lo diré de otra forma —dijo la enfermera.

El forzado tono seco y áspero había desaparecido de su voz; al contestar, había recobrado su natural dulzura y tristeza.

—Usted lee la prensa, como todo el mundo —prosiguió—; ¿ha leído algo sobre sus desdichados prójimos, los marginados de la sociedad, que se ven obligados a pecar por necesidad?

Perpleja, Grace contestó que efectivamente sabía de estas cosas por los periódicos y también por algunos libros.

—¿Y sabe que, cuando estas criaturas hambrientas y pecadoras son mujeres, hay albergues que se ocupan de acogerlas y protegerlas?

Grace dejó de sentir asombro, y le entró la vaga sospecha de que estaba a punto de oír algo horrible.

—Qué preguntas tan extrañas —dijo nerviosa—. ¿Qué quiere decir?

—Contésteme —insistió la enfermera—. ¿Ha oído hablar de esos albergues? ¿Ha oído hablar de esas mujeres?

—Sí.

—Aleje un poco más su silla.

Hizo una pausa. Su voz, sin perder firmeza, descendió hasta alcanzar los tonos más graves.

—Yo fui una de ellas —dijo con serenidad.

Grace se puso en pie de un salto al tiempo que profería un leve grito. Se quedó petrificada, incapaz de expresar palabra alguna.

—Yo estuve en un albergue —continuó con voz dulce y triste la otra mujer—. También estuve en la cárcel. ¿Aún desea ser mi amiga? ¿Aún insiste en sentarse cerca de mí y cogerme la mano?

Esperó la respuesta, pero ésta no llegó.

—¿Ve cómo se equivocaba al considerarme cruel, y que yo tenía razón cuando le decía que yo no lo era? —siguió con amabilidad.

Grace se tranquilizó y habló.

—No quiero ofenderla —empezó fríamente.

Mercy Merrick la interrumpió.

—Usted no me ofende —dijo, sin el menor timbre de desagrado en su voz—. Estoy acostumbrada a estar en la picota por mi pasado. A veces me pregunto si todo fue culpa mía. Si la sociedad no tenía ninguna responsabilidad hacia mí cuando vendía cerillas por la calle siendo una niña; cuando, en mi trabajo, desfallecía ante la aguja por falta de alimento.

Al pronunciar estas palabras por primera vez le tembló la voz; esperó un momento y recuperó la compostura.

—Es demasiado tarde para discutirlo —dijo resignada—. La sociedad puede pagar para reformarme, pero nunca volverá a aceptarme. Aquí me tiene, en un puesto de responsabilidad, haciendo con paciencia y humildad todo el bien que puedo. No importa. Aquí o allá, lo que soy ahora jamás cambiaré lo que fui antes. Durante tres años he hecho todo lo que una verdadera penitente puede llegar a hacer. Da igual. Cuando doy a conocer mi pasado, su sombra me envuelve y hasta la gente más bondadosa me da la espalda.

Esperó un momento. ¿Saldría de los labios de la otra dama alguna palabra de comprensión que pudiera reconfortarla? No. Miss Roseberry estaba estupefacta; Miss Roseberry estaba desconcertada.

—Lo siento mucho por usted —fue todo lo que atinó a decir Miss Roseberry.

—Todos lo sienten por mí —respondió la enfermera, con la paciencia de siempre—; todos son muy amables conmigo. Pero cuando pierdes el sitio ya no lo vuelves a recuperar. No puedo volver. ¡No puedo! —gritó en un arranque de desesperación, contenido de inmediato tras escapársele—. ¿Le cuento mi experiencia? —continuó—. ¿Quiere oír la historia de una *María Magdalena* de hoy?

Grace dio un paso atrás; Mercy en seguida comprendió por qué.

—No le contaré nada que la escandalice —dijo ella—. Una dama como usted no comprendería las adversidades y penurias por las que he pasado. Mi historia empezará en el albergue. La supervisora me envió a servir, acompañada de los informes que me había ganado honradamente: los informes de una mujer reformada. Hice honor a la confianza depositada en mí: era una sirvienta fiel. Un día, la señora —una mujer buena como pocas— me mandó llamar: «Mercy, lo siento por ti; se ha sabido que te saqué de un albergue; si te retuviera podría perder a todos los sirvientes de la casa. Tienes que marcharte». Volví de nuevo junto a la supervisora, otra buena mujer. Me recibió como una madre: «Lo intentaremos otra vez, Mercy; no te desanimes». ¿Verdad que le he contado que estuve en Canadá?

Muy a su pesar, Grace empezó a interesarse por la historia. El tono de su respuesta resultó más bien afectuoso. Volvió a su silla, colocada a una notable distancia del arca.

La enfermera prosiguió el relato.

—Mi siguiente trabajo me condujo a Canada, con la mujer de un oficial: personas de buena familia que habían emigrado. Gente bondadosa que llevaba una vida sosegada. Me dije: «¿Habré recuperado el lugar que perdí?» Pero la señora murió. Llegó gente nueva al barrio. Entre ellos, una dama joven; el señor pensó en la posibilidad de volver a casarse. Tengo la desgracia, por lo menos en lo que hace a esta parte de la historia, de ser lo que se dice una mujer guapa; desperté la curiosidad de la gente. Los recién llegados empezaron a interesarse por mí; no les convencieron las respuestas de mi señor. En una palabra, descubrieron mi pasado. ¡Y otra vez la misma historia!: «Mercy, lo siento; puede armarse un escándalo contigo y conmigo; somos inocentes, pero es irremediable, debemos separarnos». Abandoné el lugar, pero al menos saqué una ventaja de mi estancia en Canada, que me ha sido de gran utilidad aquí.

—¿Cuál?

—Nuestros vecinos más próximos eran canadienses francófonos. Practicaba el francés a diario.

—¿Regresó a Londres?

—Claro. ¿Adónde podía ir sin informes? —dijo Mercy, con tristeza—. Volví con la supervisora. Hubo una epidemia en el albergue, y presté buenos servicios como enfermera. Uno de los médicos se encaprichó de mí. Digamos que se enamoró. Quería casarse conmigo. La enfermera jefe, una mujer decente, se sintió obligada a contarle la verdad. Jamás volví a verle. ¡La historia de siempre! Estaba harta de decirme a mí misma: «No puedo volver. No puedo volver». La desesperación se apoderó de mí; aquella clase de desesperación que endurece el corazón. Quizá me habría suicidado; tal vez habría regresado a mi vida anterior si no hubiera sido por un hombre.

Con las últimas palabras, su voz —siempre queda y serena en todo el triste relato — empezó a fallarle de nuevo. Se detuvo para ordenar en silencio los recuerdos evocados por lo que acababa de decir. ¿Había olvidado la presencia de otra persona en la habitación? La curiosidad de Grace no le dejó otro recurso que decir algo.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó—. ¿Cómo se hicieron amigos?

—¿Amigos? Él ni siquiera sabe que existe alguien como yo.

Aquella peculiar respuesta avivó aún más el ansia de Grace por seguir escuchando la historia.

—Acaba de decir que... —empezó Grace.

—Acabo de decir que me salvó. Realmente me salvó; ahora sabrá cómo. Un domingo, el capellán del albergue no pudo celebrar la misa. Fue reemplazado por un desconocido, bastante joven. La supervisora nos dijo que se llamaba Julian Gray. Yo me senté en la última fila, bajo la sombra que daba la galería superior, y desde allí podía verlo sin que él me viera. Su texto citaba estas palabras: «Os digo que habré



más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento». No sé qué pensaría de tal sermón una mujer que viviera una vida feliz, pero a todas las del albergue se nos humedecieron los ojos. En cuanto a mí, me llegó al corazón como ningún otro hombre lo había hecho antes o lo haría después. Mi profunda desesperación se fundió con el sonido de su voz; la fastidiosa rueda de la vida volvía a mostrar su lado más noble mientras él hablaba. Desde entonces he aceptado mi duro destino; he sido una mujer paciente. Quizá hubiese llegado a más. Quizá habría llegado a ser feliz si me hubiese convencido a mí misma de que debía hablar con Julian Gray.

—¿Qué fue lo que se lo impidió?

—Tuve miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo a complicarme aún más la vida.

Una mujer que realmente la hubiese comprendido habría sido capaz de desvelar el significado de estas palabras. Grace, quizá a causa de lo violenta que se sentía, no fue capaz de intuirlo.

A Mercy no le quedó más remedio que mostrar con claridad sus sentimientos. Suspiró y pronunció estas palabras:

—Tenía miedo de interesarle tan sólo por mis desdichas, y que sin embargo yo fuera a entregarle mi corazón a cambio.

La completa ausencia de simpatía entre ella y Grace se evidenció fácilmente.

—¿Usted? —exclamó Grace con gran sorpresa.

La enfermera se levantó lentamente. La expresión de incredulidad de Grace le revelaba —casi de forma descarada— que con su confesión había ido demasiado lejos.

—Le sorprende, ¿verdad? —dijo ella—. Ignora cuántos malos tratos puede soportar un corazón de mujer sin dejar de latir. Antes de conocer a Julian Gray los hombres eran para mí objetos que me inspiraban terror. Dejemos el tema. En estos momentos, aquel predicador no es más que un recuerdo; el único recuerdo grato que conservo. No hay más que contar. Fue usted quien insistió en escuchar la historia de mi vida; pues bien, ya la ha escuchado.

—Todavía no entiendo cómo logró encontrar trabajo aquí —dijo Grace, algo incómoda, retomando como pudo el hilo de la conversación.

Mercy cruzó la habitación y juntó lentamente los últimos rescoldos del fuego.

—La supervisora tiene amigos en Francia —contestó— relacionados con hospitales militares. Dadas las circunstancias, no le fue difícil conseguirme una plaza. Aquí puedo serle útil a la sociedad. Entre esos pobres desdichados —y señaló en dirección a la habitación donde yacían los heridos— mis manos son tan suaves y mis palabras de consuelo se reciben como si yo fuera la mujer más respetable sobre la

tierra. Y si una bala perdida se cruza en mi camino antes de que termine la guerra... en fin, la sociedad se habrá librado de mí fácilmente.

Tenía la mirada fija en los rescoldos, como si viera en ellos los restos de su propia vida. Una mínima humanidad exigía decirle algo. Grace meditó, avanzó un paso hacia ella, se detuvo, y buscó amparo en una de las frases más triviales que un ser humano puede soltarle a otro.

—Si puedo hacer algo por usted... —empezó.

La frase, detenida en ese punto, no se concluyó. La compasión que Miss Roseberry sentía hacia aquella perdida que la había rescatado y cobijado no daba para más.

La enfermera alzó su noble cabeza y avanzó lentamente hacia la cortina de lona para regresar a sus obligaciones. «Miss Roseberry pudo haberme estrechado la mano», pensó para sí con amargura. Pero no. Miss Roseberry se mantenía a distancia, sin saber qué decir.

—¿Usted? ¿Qué puede hacer usted por mí? —preguntó Mercy, en un arranque de desprecio, dolida por la frialdad de su acompañante—. ¿Puede cambiar mi identidad? ¿Puede darme el nombre de una mujer sin pecado? ¡Si tuviera sus oportunidades! ¡Si tuviera su reputación y sus perspectivas! —se llevó una mano al pecho y se contuvo—. Quédese aquí —siguió—, yo volveré al trabajo. Voy a ver si su ropa está seca. No tendrá que seguir llevando la mía durante mucho tiempo.

Después de estas melancólicas palabras —pronunciadas de modo conmovedor, sin ninguna amargura— hizo ademán de irse a la cocina. Apenas había alcanzado la cortina cuando Grace la detuvo con una pregunta.

—¿Ha cambiado el tiempo? —preguntó—. Ya no se oye golpear la lluvia contra la ventana.

Antes de que Mercy pudiera retenerla cruzó la habitación y abrió los postigos de la ventana.

—¡Cierre la contraventana! —gritó Mercy—. Le dijeron que no la abriera.

Grace permaneció inmóvil, mirando por la ventana. La luna se alzaba difusa en el cielo pálido; había dejado de llover; aquella amistosa oscuridad, que había ocultado la posición francesa a las patrullas de reconocimiento alemanas, se disipaba velozmente. En unas horas, si no ocurría nada, Miss Roseberry podría continuar su viaje. Pronto amanecería.

Retrocediendo rápidamente, Mercy cerró la contraventana. Pero antes de echar el cerrojo el estruendo de un disparo procedente de las avanzadillas enemigas llegó hasta la casa. Fue secundado, casi de inmediato, por otra descarga, más próxima y más fuerte que la primera. Mercy se quedó quieta y aguzó el oído, en espera de la siguiente descarga.

## CAPÍTULO III

### *La Granada Alemana*

Un tercer disparo retumbó en la noche, cerca de la casa. Grace se asustó y se apartó, alarmada, de la ventana.

—¿Qué significan esos disparos? —preguntó.

—Señales de las avanzadillas —contestó la enfermera en voz baja.

—¿Hay peligro? ¿Está aquí otra vez el ejército ademán?

El médico Surville contestó la pregunta. Alzó la cortina de lona y entró en la habitación.

—Los alemanes están avanzando —dijo—. Su vanguardia está a la vista.

Grace se dejó caer en la silla, temblando de pies a cabeza. Mercy se acercó hasta el médico y le hizo la pregunta clave.

—¿Defenderemos la posición?

Con un gesto solemne Surville lo negó.

—Imposible. Nos superan en número, como siempre. Son diez veces más que nosotros.

Fuera se oyó el estridente redoble de los tambores franceses.

—Retirada —dijo el médico—. El capitán no titubea cuando tiene que hacer algo. Nos han abandonado a nuestra suerte. Debemos dejar este lugar en cinco minutos. En cuanto terminó de hablar se oyó una lluvia de disparos. La vanguardia alemana atacaba a las primeras líneas francesas. Grace se agarró suplicante del brazo del cirujano.

—Ayúdeme, por favor —le dijo entre lágrimas—, ya he sufrido bastante con los alemanes. Si vuelven, no me deje abandonada.

El médico adoptó el aspecto de controlar la situación; cogió la mano de la bella inglesa y se la llevó al pecho.

—No tenga miedo, señora —dijo como si él solo se bastara para aniquilar a todo el ejército alemán—. Bajo su mano palpita un corazón francés. La lealtad de este francés la protegerá.

Grace descansó la cabeza en su hombro. Monsieur Surville se sentía a sus anchas; dirigió una mirada seductora hacia Mercy. Ella también era una mujer muy atractiva. El francés tenía su otro hombro a su disposición. Lamentablemente, la habitación estaba a oscuras y Mercy no pudo apreciar su mirada. Ella estaba preocupada por los hombres desamparados de la habitación contigua y, quedamente, le recordó al médico sus obligaciones.

—¿Qué va a pasar con los enfermos y los heridos? —preguntó.

Monsieur Surville encogió un hombro; el que tenía libre.

—Podemos llevarnos a los que estén más fuertes —dijo—. Al resto los tendremos que dejar aquí. No tema nada, querida señora. Habrá sitio en el furgón de equipajes para usted.

—¿Para mí también? —suplicó Grace con ansiedad.

Como respuesta, el brazo invencible del médico rodeó la cintura de la joven y la estrechó.

—Llévesela —dijo Mercy—. Mi deber es permanecer con los hombres que se queden.

Grace escuchaba asombrada.

—Piense a lo que se arriesga —dijo ella— si se queda.

Mercy señaló su hombro izquierdo.

—No se preocupe por mí —respondió—; la cruz roja me protegerá.

Otro redoble de tambores avisó al sentimental cirujano de la necesidad de ocuparse de inmediato de la ambulancia. Condujo a Grace a una silla, tomó sus manos y las llevó a su corazón, para que ella aceptara la fatalidad de su ausencia.

—Espere aquí hasta que vuelva por usted —susurró—. No tenga miedo, querida amiga. Dígase a sí misma: «¡Surville es un hombre de honor!; ¡Surville se me ha entregado!». Se golpeó el pecho; olvidando de nuevo la oscuridad que reinaba en la habitación lanzó una mirada de inexpresable homenaje a su encantadora amiga. *Á bientôt*, gritó, le lanzó un beso con la mano y desapareció.

Al caer la cortina tras de él, el agudo silbido de los balazos quedó de pronto apagado por el rugido de los cañones. Un instante después estalló una granada fuera, en el jardín, a poca distancia de la ventana.

Grace cayó de rodillas, lanzando un chillido de terror. Mercy —sin perder la compostura— avanzó hacia la ventana y miró al exterior.

—Ha salido la luna —dijo—. Los alemanes están bombardeando el pueblo.

Grace se levantó y corrió hacia ella en busca de protección.

—Sáqueme de aquí gritó—. Nos matarán si nos quedamos.

Se quedó quieta mirando con estupor la esbelta y negra silueta de la enfermera, inmóvil ante la ventana.

—¿Es usted de hierro? —exclamó—. ¿No hay nada que la asuste?

Mercy sonrió con tristeza.

—¿Por qué tendría que tener miedo de perder la vida? No tengo nada por lo que vivir.

El estruendo de los cañones hizo temblar la casa por segunda vez. Otra granada estalló en el patio, al otro lado del edificio.

Desconcertada por el ruido, embargada por el pánico a medida que la amenaza de las granadas se acercaba cada vez más a la casa, Grace rodeó a la enfermera con sus brazos, con la abyecta familiaridad que produce el terror, abrazó a la mujer cuya

mano no había querido tocar aún no hacía ni cinco minutos.

—¿Qué lugar es más seguro? —gritaba—. ¿Dónde puedo esconderme?

—¿Cómo voy a saber dónde caerá la siguiente granada? —respondió Mercy con tranquilidad.

Parecía que la permanente compostura de esta mujer hiciera enloquecer a la otra. Soltando a la enfermera, Grace buscó con ansiedad un sitio por donde escapar de la casa. Se precipitó primero hacia la cocina, pero el alboroto y la confusión causados por la evacuación de los heridos que podían ser trasladados en el carro la hizo retroceder. Un segundo vistazo a la habitación le hizo notar la puerta del jardín. Se lanzó sobre ella, con un gemido de alivio. Acababa de echar mano al cerrojo cuando se oyó un tercer cañonazo.

Retrocediendo un paso, Grace se tapó mecánicamente los oídos con las manos. En ese mismo momento, la tercera granada reventó el techo de la casa y estalló en la habitación, ante la puerta. Mercy, ilesa, dio un salto hacia atrás desde donde estaba, al lado de la ventana. Los fragmentos incandescentes de la granada encendían el piso de madera seca y, en medio de ellos, apenas visible a través del humo, yacía el cuerpo inerte de su compañera. Ni siquiera en tan espantoso momento la enfermera perdió su lucidez. Volvió rápidamente al lugar en el que estaba antes, donde había visto un montón de costales vacíos del molinero, cogió dos y, lanzándolos sobre el suelo en llamas, apagó el fuego a pisotones. Una vez hecho esto se arrodilló al lado de la dama inconsciente y le levantó la cabeza.

¿Estaba herida? ¿O muerta?

Mercy levantó una mano inerte y puso sus dedos en la muñeca. Mientras intentaba en vano encontrarle el pulso, el cirujano Surville, preocupado por las mujeres, entró corriendo para ver si habían sufrido algún daño.

Mercy le pidió que se acercara.

—Me temo que la granada le ha dado —dijo ella, cediéndole su lugar—. ¿Es muy grave su herida?

La inquietud del médico por la salud de su encantadora paciente se vio reflejada en un juramento, en el que puso un énfasis extraordinario en cada letra R.

—Quítele la capa —gritó, poniéndole la mano en el cuello—. Pobrecilla; se ha dado la vuelta al caer; el cordón de la capa se le ha enroscado alrededor del cuello.

Mercy le soltó la capa, que cayó al suelo cuando el médico la levantó en sus brazos.

—Vaya a buscar una vela —dijo él con impaciencia—. Le darán una en la cocina.

Trató de sentirle el pulso; le temblaba la mano, el ruido y la confusión de la cocina lo desconcertaban.

—Por dios —exclamó—. ¡Es superior a mis fuerzas!

Mercy se le acercó con la vela. La luz descubrió la espantosa herida que el

fragmento de granada había producido en la cabeza de la inglesa. El médico cambió de expresión al instante: desapareció la angustia de su rostro, que su compostura profesional cubrió como una máscara. ¿En qué se había convertido el objeto de su admiración? En un bulto inerte en sus brazos; nada más.

A Mercy no se le escapó el cambio de expresión. Sus grandes ojos grises le observaban con atención.

—¿Está herida de muerte? —preguntó.

—No se moleste en seguir sosteniendo la vela —fue su fría respuesta—. Se acabó. No puedo hacer nada por ella.

—¿Está muerta?

El médico Surville hizo un gesto afirmativo, y agitando el puño en dirección a las avanzadillas, gritó:

—¡Malditos alemanes! —Posó la mirada en la cara exánime que descansaba en su brazo y se encogió de hombros con resignación.

—Las vicisitudes de la guerra —dijo, levantando el cuerpo para ponerlo en la cama, en un rincón de la habitación—. La próxima vez, enfermera, puede que sea usted o que sea yo. ¿Quién sabe? ¡Bah! Me repugna la cuestión del destino humano.

Se apartó de la cama e ilustró su repugnancia escupiendo sobre los pedazos de la granada explotada.

—Tenemos que dejarla aquí —continuó—. En su día fue una mujer encantadora, ahora ya no es nada. Venga, Miss Mercy, antes de que sea demasiado tarde.

Le ofreció su brazo a la enfermera. Fuera se oyó el rechinar del carro al empezar su viaje; y, a mayor distancia, se reanudó el redoble de los tambores. La retirada había empezado.

Mercy levantó la cortina de lona y vio a los heridos en sus jergones de paja, abandonados a la misericordia del enemigo. Rechazó el brazo que le ofrecía el cirujano.

—Ya le he dicho que me quedo —contestó.

Monsieur Surville alzó las manos en señal de educada protesta. Mercy, manteniendo descorrida la cortina, señaló la puerta de la casa.

—Váyase —dijo—. Estoy decidida.

Incluso en el último momento el francés no dejó de interpretar su papel. Hizo su mutis con una gracia y una dignidad sin igual.

—Señora —dijo— ¡es usted sublime!

Y con este cumplido de despedida, aquel hombre galante, fiel hasta el final en su admiración por el otro sexo, hizo una reverencia con la mano en el corazón y salió de la casa.

Mercy dejó caer la cortina. Se encontraba sola con el cadáver.

Desaparecieron en la distancia los últimos pasos, el último rechinar de las ruedas del carro. No hubo más disparos desde la posición ocupada por el enemigo que interrumpieran el silencio. Los alemanes sabían que los franceses se batían en retirada. En unos minutos tomarían el pueblo abandonado: el tumulto de su llegada se oiría en la casa. Mientras tanto, la quietud era terrible. Hasta los pobres heridos, abandonados en la cocina, esperaban su destino en silencio.

Sola en la habitación, lo primero que Mercy se detuvo a observar fue la cama. Las dos mujeres se habían conocido en la confusa escaramuza que había tenido lugar al oscurecer. Separadas al llegar a la casa debido a las obligaciones propias de la enfermera, se habían vuelto a encontrar en la habitación del capitán. Su relación había sido breve, y no había madurado hasta convertirse en amistad. Sin embargo, el trágico accidente había suscitado el interés de Mercy por la extraña. Tomó la vela y se acercó al cadáver de la mujer que literalmente había muerto a su lado.

Estaba al lado del lecho, observando en el silencio de la noche la quietud del rostro exánime.

Era una cara impresionante, que una vez vista, tanto cuando estaba viva como ahora, muerta, no se podía olvidar. Tenía la frente excepcionalmente baja y amplia; los ojos muy separados; la boca y la barbilla muy pequeñas. Con ternura, Mercy le arregló el cabello despeinado y el vestido arrugado. «No hace ni cinco minutos», pensó para sí, «deseaba poder cambiarme por ti». Se apartó de la cama y suspiró: «Ojalá pudiera cambiarme por ella ahora».

El silencio empezó a agobiarla. Caminó lentamente hacia el otro extremo de la habitación. Al pasar, le llamó la atención la capa caída en el suelo —su capa, la que había prestado a Miss Roseberry—. La recogió, le sacudió el polvo y la echó sobre la silla. Después puso la vela en la mesa y se acercó a la ventana a la espera de las fuerzas alemanas. El único sonido que su oído pudo percibir fue el tenue paso del viento a través de los árboles. Se apartó de la ventana y se sentó junto a la mesa, pensativa. ¿Exigía la caridad cristiana algún otro deber para con los muertos? ¿Debía realizarse algún servicio antes de que llegaran los alemanes?

Mercy recordó la conversación mantenida con su desafortunada compañera. Miss Roseberry le había hablado del motivo por el que regresaba a Inglaterra. Había mencionado a una mujer; una parienta política que la estaba esperando, y a la que no conocía personalmente. Alguien capaz de testimoniar cómo la pobre encontró la muerte debería ponerse en contacto con aquella su única conocida. ¿Quién debía hacerlo? La única persona que podía no era otra que la única testigo de la catástrofe sucedida en la casa: la propia Mercy.

Cogió la capa de la silla donde la había puesto y sacó del bolsillo la cartera de cuero que Grace le había enseñado. La única forma que tenía de saber la dirección a la que escribir en Inglaterra era abrir la cartera y examinar su contenido. Mercy la

abrió, pero se detuvo al sentir una extraña desgana que le impedía seguir averiguando.

Tras un momento de reflexión se convenció de que sus escrúpulos eran injustificados. Ella no tocaba la cartera por considerarla privada, y en cambio los alemanes no vacilarían en examinarla, y difícilmente se preocuparían de escribir a Inglaterra. ¿Qué ojos eran los más indicados para inspeccionar los documentos de la fallecida: los de unos extranjeros o los de una compatriota? Mercy abandonó sus dudas y vació el contenido de la cartera sobre la mesa.

Aquella acción tan insignificante decidiría por completo el curso de su vida futura.



## CAPÍTULO IV

### *La Tentación*

Lo primero que atrajo la atención de Mercy fueron unas cartas atadas con una cinta. Con el tiempo, la tinta de las direcciones se había decolorado. Las cartas, dirigidas alternativamente al Coronel Roseberry y a la Distinguida Mrs. Roseberry, constituían la correspondencia mantenida entre marido y esposa en la época en que las tareas militares del coronel le habían obligado a ausentarse del hogar. Mercy las guardó y siguió examinando los papeles que tenía entre sus manos.

Algunas hojas, prendidas con un alfiler, estaban encabezadas, en letra femenina, con el título: «Mi diario de Roma». Un breve examen indicaba que Miss Roseberry había escrito aquellas líneas, dedicadas en gran parte a describir los últimos días de la vida de su padre.

Después de guardar el diario y las cartas en la cartera, el único documento que quedaba sobre la mesa era otra carta. El sobre —abierto— llevaba la siguiente dirección: «Lady Janet Roy, Mablethorpe House, Kensington, Londres». Mercy extrajo el contenido del sobre. Lo primero que leyó le indicó que se trataba de la carta de recomendación del Coronel, en la que presentaba su hija a su protectora que la esperaba en Inglaterra.

Mercy siguió leyendo. Su autor la consideraba el último esfuerzo de un hombre moribundo. El coronel Roseberry hablaba con ternura de las cualidades de su hija, y lamentaba la negligencia con que había cuidado su educación, atribuyéndola a la pérdida de su fortuna, razón por la cual se vio obligado a emigrar a Canada. Le seguían fervientes expresiones de gratitud dirigidas a Lady Janet. «Le debo a usted», terminaba la carta, «que pueda morir en paz, tranquilo por el futuro de mi querida niña. Le entrego a su generosa protección el único tesoro que dejo en la tierra. En el transcurso de su larga vida usted ha utilizado noblemente su alto rango y su gran fortuna para hacer el bien. Estoy convencido de que no podrá contarse entre las menores de sus virtudes que haya dado consuelo a las últimas horas de un soldado abriéndole su propio corazón y su hogar a su hija desamparada».

Así terminaba la carta. Mercy la apartó con el corazón afligido. ¡Qué oportunidad había perdido la pobre Grace! Le esperaba una dama de rango y fortuna —una mujer compasiva y generosa, capaz de aliviar la agonía del padre en su lecho de muerte— y la hija yacía ahí, ¡fuera del alcance de la bondad de Lady Janet, sin necesitar ya su ayuda!

El capitán francés había dejado todos los utensilios de escribir sobre la mesa. Mercy le dio la vuelta a la carta para redactar la trágica nueva de la muerte de Miss Roseberry al final de la página en blanco. Meditaba sobre cómo expresar sus

sentimientos, cuando llegaron a sus oídos voces quejumbrosas desde la habitación contigua. Los heridos abandonados pedían ayuda; aquellos desamparados soldados estaban al final de sus fuerzas.

Entró en la cocina. Gritos de alegría le dieron la bienvenida; su simple presencia conmovió a los hombres. Recorrió los camastros, consolando a los heridos con palabras de esperanza, con manos hábiles y tiernas que suavizaban su dolor. Ellos le besaban la orilla del vestido negro y la llamaban ángel de la guarda al pasar entre ellos e inclinar sobre su dura almohada su gentil y compasivo rostro.

—Estaré con vosotros cuando llegue el enemigo —les dijo, antes de volver para escribir su carta—. Ánimo, mis pobres compañeros. Vuestra enfermera no os abandonará.

—¡Ánimo, señora! —contestaron los heridos—, ¡y que Dios la bendiga!

Si en ese momento hubiesen comenzado de nuevo los disparos, si una granada hubiera producido su muerte cuando estaba socorriendo a los afligidos, ¿qué alma cristiana habría dudado en declarar que esta mujer merecía un sitio en el cielo? Pero si la guerra acababa y ella quedaba con vida, ¿qué lugar tendría en el mundo? ¿Qué futuro le esperaría? ¿Dónde tendría su hogar?

Volvió a la carta. Sin embargo, en vez de sentarse a escribir, se quedó de pie junto a la mesa, mirando ausente el pedazo de papel.

Al entrar en la habitación se le había ocurrido un extraño pensamiento; incluso no pudo evitar una sonrisa a causa de lo que era un disparate. ¿Y si le preguntara a Lady Janet Roy si podía sustituir a Miss Roseberry? Había conocido a Grace Roseberry en circunstancias extremas, y había hecho por ella todo lo que una mujer podía hacer para ayudar a otra. Si Lady Janet no tenía otra lectora y dama de compañía en perspectiva, no habría nada que objetar. Supongamos que intentara presentarse para el puesto, ¿qué haría la noble y misericordiosa señora? Le contestaría diciéndole: «Mándeme recomendaciones que hablen de su carácter y veré lo que puedo hacer». ¡Carácter! ¡Recomendaciones! Mercy rió con amargura y se sentó a escribir el mínimo imprescindible: una clara exposición de los hechos.

¡Pero no! Le fue imposible escribir una sola línea. No podía quitarse aquella idea de la cabeza, aunque lo intentara. Su mente se había dado a la perversa ocupación de imaginar la belleza de Mablethorpe House; el bienestar y la elegancia de la vida que allí se llevaba. Pensó una vez más en la oportunidad que Miss Roseberry había perdido. ¡Pobre desdichada! El porvenir que hubiera tenido si la granada hubiese estallado frente a la ventana en lugar de hacerlo en la parte del patio.

Mercy apartó la carta y paseó con impaciencia arriba y abajo de la habitación. Era incapaz de ordenar sus pensamientos. Su mente había abandonado las reflexiones inútiles para ocuparse con otras distintas. Esta vez intentaba pensar cuál sería su propio futuro. ¿Cuáles eran sus perspectivas, si sobrevivía, al terminar la guerra? Las

experiencias por las que había pasado iluminaron con despiadada fidelidad la triste imagen que la asaltaba. Fuese donde fuese, hiciese lo que hiciese, la historia siempre acabaría igual. Su belleza provocaba curiosidad y admiración; se hacían preguntas sobre ella, su historia pasada se descubría. La Sociedad la compadecía; la Sociedad la apoyaba con generosidad; y aun así, a pesar de los años, siempre la misma canción: la sombra de su antigua deshonra la envolvía como un hedor, aislándola entre otras mujeres; estigmatizándola, incluso después de haber ganado el perdón a los ojos de Dios, con la marca de una deshonra indeleble a los ojos de los hombres: ¡ése iba a ser su futuro! No había cumplido más que veinticinco años; estaba en la flor de su vida; en circunstancias normales, ¡todavía podía vivir otros cincuenta años!

Se detuvo junto a la cama y volvió a mirar el rostro del cadáver.

¿Por qué motivo la granada alcanzó a la mujer que tenía una esperanza y dejó ileso a la que no tenía ninguna? Al pensar esto volvieron a su memoria las palabras que le había dicho a Grace Roseberry. «Si yo tuviera sus posibilidades. Si tuviera su reputación y sus perspectivas». ¡Y ahí había una ocasión perdida! ¡Ahí quedaban unas perspectivas envidiables desaprovechadas! Contemplar aquel resultado era para volverse loca, sintiendo su propia situación como ella la sentía. En un arrebato de sarcasmo desesperado, se inclinó sobre la figura sin vida y le habló como si ésta pudiera escucharle.

—¡Ay! —dijo con anhelo—, si en este instante tú pudieras ser Mercy Merrick y yo Grace Roseberry...

Al instante, Mercy dio un respingo. Estaba erguida junto a la cama, su mirada rabiosa perdida en el vacío, la mente enardecida y el corazón latiéndole como si fuera a ahogarse. «Si en este instante tú pudieras ser Mercy Merrick y yo Grace Roseberry...» En un abrir y cerrar de ojos, este pensamiento cruzó de nuevo por su mente. En un abrir y cerrar de ojos, una convicción la paralizó como lo hubiera hecho una descarga eléctrica. ¡Ella podía ser Grace Roseberry si quería! ¡Nada le impedía presentarse ante Lady Janet Roy con el nombre de Grace, ocupando su lugar!

¿Qué riesgo había? ¿Dónde estaban los puntos flacos de semejante plan? Grace le había comentado varias veces que ella y Lady Janet no se conocían. Sus amistades estaban en Canada; sus parientes ingleses habían fallecido. Mercy podía hablar del lugar en el que había vivido —Port Logan— porque había estado allí. Le bastaba con leer el diario manuscrito para poder responder cualquier pregunta relacionada con la visita a Roma y la muerte del coronel Roseberry. No tendría que representar a una mujer muy cultivada: la propia Grace le había hablado de su educación descuidada, y la carta de su padre también era bastante clara en este punto. Todo, literalmente todo, estaba a favor de ella, una mujer sin honor. La gente de la ambulancia que la conocía se había ido y no volvería nunca más. Miss Roseberry llevaba puesta la ropa de Mercy, con su nombre bordado. La vestimenta de Miss Roseberry, con sus iniciales,

se estaba secando en la habitación contigua, a su entera disposición. Llegaba por fin la posibilidad de escapar a la eterna humillación que había sido su vida. ¡Qué gran perspectiva! ¡Una nueva identidad que podría llevar a cualquier lugar! ¡Un nombre por encima de todo reproche! Un pasado nuevo, en el que todo el mundo podría hurgar y ser bienvenido. Se le subieron los colores; le brillaban los ojos; jamás su belleza había sido tan irresistible como en el momento de advertir que se abría un futuro nuevo ante ella, radiante ante una esperanza renovada.

Esperó un minuto hasta que pudo pensar en su osado proyecto desde otro punto de vista. ¿Qué había de malo en ello? ¿Qué le decía su conciencia?

En primer lugar, Grace. ¿Qué daño le podía causar a una mujer muerta? La respuesta venía por sí sola: ninguno. Tampoco le haría ningún daño a sus parientes. Ellos también habían muerto.

En segundo lugar, Lady Janet. Si servía con devoción a su nueva señora; si hacía su trabajo con honradez; si aceptaba con diligencia sus órdenes y mostraba gratitud por su amabilidad; si, en una palabra, hiciera todo lo que estaba dispuesta a hacer en la bendita paz y seguridad de aquella nueva vida ¿qué daño le causaría a Lady Janet? De nuevo, la respuesta era obvia. Posiblemente le daría motivos a Lady Janet para que bendijera el día en que había entrado por vez primera en su casa.

Tomó la carta del coronel Roseberry y la metió en la cartera con los otros documentos. Se le había presentado la oportunidad; la suerte estaba a su favor; su conciencia no se oponía ante tan osado proyecto. Y decidió, allí y en ese momento: «¡Lo haré!»

Sin embargo, al meterse la cartera en el bolsillo había algo que chocaba con su lado bueno; algo que ofendía lo mejor de sus sentimientos. Se había decidido, pero seguía intranquila. No estaba segura de habérselo planteado a su propia conciencia como era debido. ¿Y si pusiera otra vez la cartera sobre la mesa y esperara a estar más tranquila para exponer seriamente el plan a su sentido del bien y del mal?

Empezó a dudar. Antes de poder volver a planteárselo, el ruido lejano pero nítido de multitud de pasos y el distante golpeteo de los cascos de los caballos le llegaron como un soplo de aire nocturno. ¡El ejército alemán entraba en el pueblo! En pocos minutos estarían en la casa; le obligarían a justificar su presencia. No tenía tiempo para pensar. ¿Qué debía elegir? ¿Una nueva vida como Grace Roseberry, o su vieja vida como Mercy Merrick?

Lanzó por última vez una mirada a la cama. El ciclo de Grace había acabado; el futuro de Grace estaba a su disposición. Su carácter resuelto la ayudó a decidirse de inmediato por la alternativa más audaz. Resolvió ocupar el lugar de Grace.

Pesadamente, los alemanes seguían avanzando. Estaban más y más cerca. Las voces de los oficiales dando órdenes ya eran audibles.

Se sentó junto a la mesa, esperando paciente lo que pudiera pasar.

Su instinto femenino le hizo dirigir una mirada a su vestido antes de que aparecieran los alemanes. Repasándolo se dio cuenta de la cruz roja del hombro izquierdo. Pensó que el uniforme de enfermera podría acarrearle un riesgo innecesario. La relacionaba con un empleo público, y podría dar lugar a una investigación posterior que podría llegar a descubrirla.

Miró a su alrededor. La capa gris que le había prestado a Grace llamó su atención. La cogió y se cubrió con ella de pies a cabeza.

Apenas se había envuelto en ella cuando oyó abrir la puerta de la calle y hablar en un idioma extranjero. Escuchó el ruido de las armas cuando, en la habitación contigua, los soldados se pusieron en posición de descanso. ¿Debía esperar a que la descubrieran o presentarse por su propia voluntad? Su carácter era más dado a adelantarse que a esperar. Avanzó hacia la cocina. Cuando iba a alargar la mano para apartar la cortina, de repente, delante de ella, en la entrada, aparecieron tres hombres.

## CAPÍTULO V

### *El Médico Alemán*

El más joven de los tres recién llegados, a juzgar por sus facciones, complexión y modales, parecía inglés. Llevaba gorra y botas militares, pero por lo demás vestía de paisano. Junto a él estaba un oficial con uniforme alemán y, al lado de éste, el mayor de los tres. Vestía también de uniforme, pero no tenía ni el más remoto aspecto de ser militar. Cojeaba de un pie, era cargado de espaldas y en lugar del sable a un costado llevaba un bastón en la mano. Tras mirar con severidad a través de unas grandes gafas de carey, primero a Mercy, después a la cama, y finalmente al resto de la habitación, se dirigió con un gesto irónico al oficial alemán y rompió el silencio con estas palabras:

—Una mujer enferma en la cama; otra a su cuidado, no hay nadie más en la habitación. ¿Hace falta poner centinelas, comandante?

—No hace falta —respondió el comandante. Giró sobre sus talones y entró en la cocina. El médico avanzó un poco, movido por su instinto profesional, en dirección a la cama. El joven británico, cuyos ojos miraban con fascinación a Mercy, dejó caer la cortina y le dirigió cortésmente la palabra en francés.

—Perdone la pregunta, ¿es usted francesa? —dijo.

—Soy inglesa —contestó Mercy.

El médico oyó la respuesta. Se detuvo a mitad de camino de la cama, señaló el cuerpo yacente, y le dijo a Mercy, en buen inglés, aunque con fuerte acento alemán.

—¿La puedo ayudar en algo?

Su modo de comportarse estaba lleno de ironía, pero sin dejar de ser cortés; su áspera voz estaba armada con un timbre monótonamente sarcástico. Desde el primer momento Mercy sintió aversión hacia este viejo cojo y feo, cuya mirada ruda atravesaba las enormes gafas de carey.

—Ya no puede hacerse nada, señor —contestó ella, con sequedad—. La dama murió cuando sus tropas bombardearon la casa.

El británico dio un respingo y miró con compasión hacia la cama. El alemán se alivió con un poco de rapé y formuló otra pregunta:

—¿Ha examinado algún médico el cadáver? —preguntó. Mercy, tosca en sus modales, no dijo más de lo necesario.

—Sí.

El médico era de esa clase de hombres a los que les dejaba sin cuidado quedar mal ante una mujer. Continuó el interrogatorio.

—¿Quién examinó el cadáver? —fue la siguiente pregunta.

—El médico de la enfermería francesa —contestó Mercy.

Entre dientes, el alemán dirigió un comentario despreciativo hacia los franceses y todas sus instituciones. El británico aprovechó la primera oportunidad que tuvo para dirigirse de nuevo a Mercy.

—¿Era la mujer compatriota nuestra? —preguntó con amabilidad.

Mercy reflexionó antes de contestar. Teniendo en cuenta lo que se proponía, tenía grandes motivos para hablar con extrema cautela cuando se trataba de Grace.

—Creo que sí —dijo—. Nos conocimos aquí por casualidad. No sé nada de ella.

—¿Ni siquiera su nombre? —preguntó el médico alemán. Mercy no estaba del todo segura de otorgarle el suyo a Grace. Buscó refugio en la negación.

—Ni siquiera su nombre —repitió con rebeldía.

El viejo la miró de forma más descarada que nunca; pensativo, tomó la vela de la mesa. Cojeó hasta la cama y examinó el cadáver que reposaba en silencio. El inglés reanudó la conversación, sin ocultar el interés que aquella bella mujer le inspiraba.

—Disculpe la intromisión —dijo—, pero usted es muy joven como para estar en tiempos de guerra en un sitio como éste.

La súbita interrupción de un altercado en la cocina libró a Mercy de tener que darle una respuesta. Oyó cómo se alzaban las voces de los heridos en una débil protesta, y las severas órdenes de los oficiales extranjeros exigiéndoles silencio. De inmediato, la generosidad de la mujer se superpuso a sus propios intereses, impuestos por la situación que había asumido. Y con el peligro de delatarse como enfermera de la ambulancia francesa, alzó la cortina para entrar en la cocina. Un centinela alemán le cerró el paso y le comunicó, en alemán, que no estaba permitido el paso a extraños. El inglés, interponiéndose con educación, le preguntó si había algún motivo especial por el que deseara entrar en la sala.

—¡Pobres franceses! —dijo con sinceridad, con el corazón reprendiéndola por haberlos olvidado—. ¡Pobres heridos franceses!

El médico alemán se adelantó y se ocupó del asunto antes de que el británico pudiera decir palabra.

—Los heridos franceses no son asunto suyo —gruñó con aspereza—. Son cosa mía, no suya. Son nuestros prisioneros y van a llevarlos a nuestra enfermería. Soy Ignatius Wetzel, médico en jefe. Y escúcheme bien: ¡Cuidado con lo que dice!

Se volvió al centinela y añadió en alemán:

—Corra la cortina, y si la mujer se empeña en entrar, impídalo.

Mercy quiso protestar. Con respeto, el inglés la tomó del brazo y la alejó del alcance del centinela.

—De nada sirve oponerse —dijo—. La disciplina alemana jamás retrocede. No hace falta que se preocupe por los heridos. La enfermería alemana, bajo el mando de Wetzel, está organizada de forma admirable. Yo lo puedo atestiguar: los hombres recibirán un buen trato.

Al hablar, vio lágrimas en los ojos de Mercy, y creció una vez más su admiración por ella. «Tierna y hermosa», pensó, «¡qué delicia de mujer!»

—Bien —dijo Ignatius Wetzel, mirando con fijeza a Mercy a través de sus gafas—. ¿Está satisfecha? ¿Refrenará su lengua?

Ella se sometió: era inútil ofrecer resistencia. Si no hubiera sido por la insistencia del médico, su devoción por los heridos le habría impedido tomar el camino que había elegido. Si hubiera podido entregarse de nuevo en cuerpo y alma a su trabajo de enfermera, habría encontrado fuerzas suficientes para resistir la tentación. La terrible severidad de la disciplina alemana partió en pedazos el último vínculo que la ligaba a lo mejor de sí misma. Su expresión se endureció al alejarse con orgullo del médico Wetzel; cogió una silla.

El inglés la siguió y regresó al tema de por qué estaba ella en aquella casa.

—No crea que quiero alarmarla —dijo él—. Se lo repito: no hay por qué preocuparse por los heridos, pero sí hay motivos para preocuparse por usted. Cuando amanezca se reanudará el combate; debería estar en un lugar seguro. Soy oficial del ejército inglés, me llamo Horace Holmcraft. Estaría encantado de servirle de ayuda y, de hecho, puedo hacerlo si usted me lo permite. ¿Puedo preguntarle si va a alguna parte?

Mercy se acurrucó en la capa, ocultando aún más su uniforme de enfermera y se entregó en silencio a su primera mentira. Bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Está de camino a Inglaterra?

—Sí.

—En tal caso, la puedo ayudar a atravesar las líneas alemanas para que reanude de inmediato su viaje.

Mercy lo miró con franca sorpresa. Su manifiesto interés en ella se movía dentro de los límites más estrictos de la buena educación: era sin duda un caballero. ¿Hablaban en serio?

—¿Usted me puede ayudar a cruzar las líneas alemanas? —repitió—. Debe tener una gran influencia para poder hacerlo.

Mr. Horace Holmcraft sonrió.

—Tengo una influencia irresistible —contestó—, la de la prensa. Soy corresponsal de guerra de uno de los periódicos más importantes de Inglaterra. Si se lo pido, el comandante le proporcionará un salvoconducto. Él está cerca de la casa. ¿Qué me dice?

Se armó de valor, no sin dificultades, y le tomó la palabra.

—Acepto agradecida, señor.

Él dio un paso hacia la cocina y se detuvo.

—Sería oportuno hacer la solicitud con la máxima discreción —dijo—. Si paso por la cocina me harán preguntas. ¿Hay otra salida?



Mercy le indicó la puerta que daba al patio. Él hizo una inclinación y partió.

Ella miró a hurtadillas al médico alemán. Ignatius Wetzel, junto a la cama, inclinado sobre el cadáver, parecía estar absorto examinando la herida hecha por la granada. Su repugnancia por el viejo médico se hizo diez veces mayor al estar sola con él. Se retiró incómoda hacia la ventana y admiró la luna.

¿Se había comprometido con el engaño? Realmente no, todavía. Solamente se había comprometido a volver a Inglaterra; eso era todo. Hasta ahora no se veía obligada a presentarse en Mablethorpe House en lugar de Grace. Aún tenía tiempo para reconsiderar su decisión; aún tenía tiempo para escribir el relato del accidente, tal y como se había propuesto, y enviárselo con la cartera a Lady Janet Roy. Suponiendo que decidiera adoptar este camino, ¿qué sería de ella cuando ya estuviera en Inglaterra? No le quedaba otra alternativa que su amiga la directora. No tendría más remedio que volver al albergue.

¡El albergue! ¡La directora! Los recuerdos asociados a estas dos ideas se le presentaban sin ser invitados, y ocupaban el lugar central de su pensamiento. ¿En quién estaba pensando, en aquel lugar extraño, y en aquel momento de crisis de su vida? En el hombre cuyas palabras le habían llegado una vez al corazón, cuya influencia le había dado fuerza y consuelo en la capilla del refugio. Julian Gray había dedicado uno de los pasajes más hermosos del sermón a prevenir a la congregación de la influencia degradante de la falsedad y el engaño. Los términos en los que se había dirigido a las desdichadas que le rodeaban —palabras de comprensión y ánimo que nadie les había dedicado antes— volvieron a la memoria de Mercy como si los hubiera escuchado sólo una hora antes. Palideció por completo al oírlos de nuevo. «¡Ay!», dijo para sí, al pensar en lo que se había propuesto, «¿qué he hecho?, ¿qué he hecho?».

Se apartó de la ventana con la vaga idea de seguir a Mr. Holmcroft y pedirle que volviera. Al girarse hacia la cama se vio frente a frente con Ignatius Wetzel. Éste iba a acercársele con un pañuelo en la mano: el que ella le había prestado a Grace.

—He encontrado esto en su bolsillo —dijo él—. Lleva su nombre escrito. Debe ser compatriota suya.

Leyó el nombre bordado en el pañuelo con cierta dificultad.

—Se llama Mercy Merrick.

Él pronunció ese nombre; no ella. Él le había dado su nombre a Grace Roseberry.

—¿Es Mercy Merrick un nombre inglés? —continuó Ignatius Wetzel, con la mirada constantemente fija en ella—, ¿no es así?

La persistencia de Julian Gray en su memoria empezó a mitigarse. En ese momento, aquella urgente pregunta invadía su pensamiento. ¿Debía corregir el error en que había caído el alemán? Había llegado la hora de hablar y asumir su identidad, o de callar y entregarse al engaño.

Horace Holmcroft entró de nuevo en la habitación, justo en el momento en que el doctor Wetzel tenía la mirada clavada en ella esperando su respuesta.

—No he exagerado mis influencias —dijo, mostrando un papelito que llevaba en la mano—. Aquí tiene el salvoconducto. ¿Tiene pluma y tinta? Hay que rellenarlo.

Mercy señaló los utensilios de escribir que estaban sobre la mesa. Horace se sentó y sumergió la pluma en la tinta.

—Le ruego que no piense que quiero entrometerme en sus asuntos —dijo—, pero me veo obligado a hacerle un par de preguntas. ¿Cómo se llama?

Un temblor recorrió su cuerpo. Se apoyó contra la pata de la cama. Todo su futuro dependía de la respuesta. Se sintió incapaz de articular palabra.

Ignatius Wetzel la ayudó una vez más. Sus gruñidos llenaron el silencio en el momento preciso. Le mostró con tozudez el pañuelo y repitió con insistencia:

—Mercy Merrick es un nombre inglés, ¿no es así?

Horace Holmcroft alzó la vista de la mesa.

—¿Mercy Merrick? —preguntó—. ¿Quién es Mercy Merrick?

Wetzel apuntó al cuerpo tendido en la cama.

—Encontré el nombre en el pañuelo —comentó—. Parece que esta dama no sentía curiosidad por conocer el nombre de su compatriota.

Lanzó esta observación burlona en un tono casi de desconfianza, y con una mirada de desdén. El genio vivo de ella se ofendió de inmediato ante la grosería de que acababa de ser objeto. La irritación del momento —a menudo los momentos más insignificantes determinan las acciones humanas más importantes— la ayudó a continuar por el camino emprendido. Le dio la espalda con desprecio al viejo y maleducado médico y lo dejó con la ilusión de haber descubierto la identidad de la muerta.

Horace volvió a ocuparse de rellenar el formulario.

—Perdone que insista, señora —dijo—. En estos momentos ya debe saber lo que significa la disciplina alemana. ¿Cómo se llama?

Ella le contestó con imprudencia, desafiante, sin acabar de darse cuenta de lo que hacía y de que ya era irremediable.

—Grace Roseberry —dijo.

Apenas había pronunciado estas palabras y ya hubiera dado todo lo que poseía por retirarlas.

—¿Señorita? —preguntó Horace, sonriendo.

Solamente pudo asentir con la cabeza. Y él escribió «Miss Grace Roseberry». Reflexionó un momento y preguntó:

—¿De regreso con sus amigos ingleses?

¡Sus amigos ingleses! El corazón de Mercy se inflamó: asintió otra vez en silencio. Horace lo escribió, debajo del nombre, y aplicó sobre la tinta un papel

secante.

—Pues bien, con esto basta —dijo levantándose y entregándole el salvoconducto a Mercy—. La ayudaré a cruzar las líneas y me encargaré de que pueda marcharse en tren. ¿Dónde está su equipaje?

Mercy hizo un gesto en dirección a la puerta de la casa.

—Fuera, en el cobertizo —contestó—. No llevo mucho. Puedo cogerlo yo misma si el centinela me deja pasar por la cocina.

Horace le indicó el papel que ella sostenía en su mano.

—Puede ir adonde quiera —dijo—. ¿La espero aquí o afuera?

Mercy lanzó una mirada de desconfianza hacia Ignatius Wetzel. Éste había reanudado su eterno examen del cuerpo que yacía en la cama. Si lo dejaba a solas con Mr. Holmcroft, ¿quién sabe lo que el repugnante viejo comentaría de ella? Y contestó:

—Aguárdeme afuera, por favor.

El centinela se apartó con un saludo militar al ver el salvoconducto. Todos los prisioneros franceses habían sido trasladados; no había más de media docena de alemanes en la cocina y la mayor parte de ellos dormían. Mercy recogió la ropa de Grace del rincón donde la había puesto a secar y se dirigió al cobertizo, una basta estructura de madera levantada contra la pared exterior de la casa. En la puerta de delante se encontraba otro centinela, y enseñó por segunda vez el salvoconducto. Se dirigió a él y le preguntó si entendía francés. El soldado respondió que un poquito. Mercy le dio dinero y le dijo:

—Voy a recoger el equipaje que tengo en el cobertizo. Por favor, tenga la bondad de impedir que me molesten.

El centinela le devolvió un saludo en señal de que la había entendido. Y Mercy desapareció en la oscuridad del cobertizo.

Horace, que se había quedado a solas con Wetzel, vio cómo el anciano seguía inclinado sobre el cuerpo de la dama inglesa muerta por una granada.

—¿Ocurre algo —preguntó— con esta pobre criatura?

—Nada digno de salir en los periódicos —replicó cínicamente Wetzel, poniendo aún mayor atención en su labor.

—Interesante para un médico, ¿eh? —dijo Horace.

—Sí, interesante para un médico —fue la brusca respuesta.

Horace aceptó de buen grado la insinuación que contenía el tono con que fueron dichas aquellas palabras. Salió de la habitación por la puerta del jardín y aguardó afuera a la encantadora dama inglesa, tal y como ella le había indicado.

Wetzel, después de asegurarse de que estaba solo, desabrochó la parte superior del vestido de Grace y puso la mano sobre su corazón. Sacó con la otra mano un pequeño instrumento de acero del bolsillo de su chaleco, lo puso con cuidado encima de la

herida, trató de localizar un hueso fracturado del cráneo y esperó el resultado.

—¡Ajá! —exclamó, dirigiéndose con satisfacción a la criatura que yacía inerte en sus manos—. Conque el francés afirma que estás muerta, querida. ¡El francés es un medicucho! ¡El francés es un zoquete!

Levantó la cabeza y gritó hacia da cocina.

—¡Max!

Un muchacho alemán, medio dormido, cubierto con un delantal de pies a cabeza, alzó la cortina y aguardó órdenes.

—Tráeme el maletín negro —dijo Ignatius Wetzel.

Una vez dada la orden se frotó con regocijo las manos y se sacudió como un perro.

—Estoy más que satisfecho —gruñó el insoportable anciano, cuya mirada impúdica no dejaba la cama—. Mi pobre dama muerta. No me habría perdido este acontecimiento por todo el dinero del mundo. ¡Maldito curandero francés! A esto le llama muerta... Pues a esto yo le llamo catalepsia por presión en el cerebro.

Max apareció con el maletín negro.

Ignatius Wetzel cogió con esmero dos flamantes y horrendos instrumentos y se los llevó al pecho.

—Mis niños —dijo con ternura, como si fueran sus dos hijos—. Benditos hijos, ¡manos a la obra!

Le dirigió la palabra al muchacho.

—¿Te acuerdas de la batalla de *Solferino*, Max, y del soldado austríaco que operé de una herida en la cabeza?

Los ojos somnolientos del muchacho se abrieron de par en par; sin duda tenía interés en oír la continuación.

—Sí, sí me acuerdo; yo sostenía la vela.

El maestro se dirigió a la cama.

—Pues no me satisfizo el resultado de aquella operación —dijo—; siempre quise tener una segunda oportunidad. Si bien le salvé la vida al soldado, no logré recuperarle la razón. No sé si se debió a algún fallo de la operación o al propio hombre. Fuera lo que fuese, vivirá y morirá loco. Ahora bien, mi pequeño Max, fíjate en la joven que está sobre la cama. He aquí mi segunda oportunidad; aquí se repite el caso de *Solferino*. Sostendrás otra vez la vela, querido; ponte aquí y presta atención. A ver si esta vez puedo devolverle la vida y también la razón.

Se remangó los puños de la chaqueta y empezó a operar. Cuando los aparatosos instrumentos empezaban a hurgar en la cabeza de Grace se oyó cómo la voz del centinela, situado en el puesto más cercano, daba la orden de dejar paso a Mercy. Su primer paso en el viaje hacia Inglaterra.

—¡Dejad pasar a la dama inglesa!

La operación prosiguió. Esta vez la voz del centinela del puesto siguiente se oyó más amortiguada.

—¡Dejad pasar a la dama inglesa!

La operación concluyó. Ignatius Wetzel alzó la mano pidiendo silencio y acercó su oído a la boca de la paciente. El primer soplo trémulo de vida salió por los labios de Grace Roseberry rozando la mejilla arrugada del viejo.

—¡Bravo muchacha! Respiras! ¡Vives! —mientras decía ésto, la voz del centinela colocado en el límite de las líneas alemanas, apenas audible por la distancia, daba la última orden.

—¡Dejad pasar a la dama inglesa!

### *Fin del Primer Acto*

# SEGUNDO ACTO

# MABLETHORPE HOUSE

## *Preámbulo*

El lugar es Inglaterra. Invierno de 1870

Los personajes son: Julian Gray, Horace Holmcroft, Lady Janet Roy, Grace Roseberry y Mercy Merrick.

## CAPÍTULO VI

### *La Señorita de Compañía de Lady Janet*

Un hermoso día de invierno. Cielo despejado, la tierra cubierta de escarcha; apetece patinar.

El comedor de la antigua residencia llamada Mablethorpe House —situada en Kensington, un distrito en las afueras de Londres— es famoso entre los artistas y aristócratas amantes de la artesanía en madera de estilo italiano, por estar decoradas tres de sus cuatro paredes con este arte. En la cuarta pared se percibe la influencia de la modernidad, pues la habitación se convierte en invernadero: la entrada a la pieza es un jardín de invierno con plantas y flores exóticas. A la derecha, conforme uno se sitúa frente al invernadero, la monotonía de la pared artesonada se ve interrumpida por una puerta estampada de forma singular, de taracea, que da a la biblioteca, y desde allí continúa atravesando el vestíbulo hasta las otras salas de recibo. A la izquierda, una puerta conduce al salón del billar, al de fumar contiguo y a un vestíbulo más pequeño que da a una de las entradas secundarias de la mansión. A la izquierda está también la hermosa chimenea, coronada por una repisa de mármol tallada según el estilo barroco y confuso de hace ochenta años. Para el espíritu cultivado, el comedor, con su mobiliario moderno, el invernadero, sus vetustas paredes y puertas y su orgullosa repisa, ni muy antigua, ni muy moderna, ofrecía una asombrosa, casi revolucionaria mezcla de artes decorativas y escuelas opuestas. Al necio, lo único que le producía era una impresión de lujo y bienestar, obtenida de forma curiosa y producida a gran escala.

El reloj acababa de dar las dos; la mesa estaba preparada para el almuerzo. Había tres personas sentadas a ella: Lady Janet Roy, una joven, lectora y señorita de compañía de la primera, y un huésped, que ya ha aparecido en estas páginas, y cuyo nombre es Horace Holmcroft, agregado al ejército alemán como corresponsal de guerra de un periódico inglés.

Lady Janet Roy no requiere presentación. Todo el mundo relacionado con la alta sociedad londinense sabe de ella. ¿Quién no conoce sus memorables encajes y sus inapreciables rubíes? ¿Quién no admira su noble semblante, su cabello plateado, sus preciosos ojos negros, dotados todavía de la misma vivacidad que cobraron al abrirse por vez primera, hace ya setenta años? ¿A quién no le encanta su franco don de palabra, su espíritu inagotable, su jovial saber estar en compañía? ¿Dónde está el ermitaño de hoy que no esté familiarizado, por lo menos de oídas, con la originalidad y agudeza de su conversación; con su talento para ganarse la confianza de todas las personas, sean quienes sean y como sean; con su caridad, pues su generosidad no le permite distinguir entre lo suyo y lo ajeno; con su indulgencia, que no puede ser



rechazada por los desagradecidos o ser pervertida por servilismo alguno? Todo el mundo sabe de la célebre anciana: viuda, sin hijos, de un Lord olvidado hace mucho tiempo.

¿Pero quién conoce a la hermosa joven que está sentada a su derecha, jugueteando con el almuerzo sin llegar a comerlo? Nadie sabe nada de ella. Viste con elegancia un vestido de popelina gris, adornado de terciopelo también gris, y en su indumentaria resalta una cinta de color carmesí, atada en forma de lazo en el cuello. Es casi tan alta como la propia Lady Janet, y tiene un donaire y una figura como no suele verse en mujeres de estatura mayor que la media. A juzgar por cierta grandeza innata que se desprende de sus gestos y por la expresión de sus grandes ojos grises melancólicos, más de uno, obsesionado por la gente de buena cuna y posición, pensaría que es otra aristócrata. ¡Ay, si es tan sólo la señorita de compañía y lectora de Lady Janet Roy! Su cabeza, coronada por un precioso cabello de color castaño, se inclina con un gesto respetuoso cada vez que habla Lady Janet. Su mano fina y firme está siempre atenta para satisfacer las menores indicaciones de su señora. La anciana —con sumo afecto— le habla como si lo hiciese a una hija adoptiva. Pero la gratitud de la bella acompañante sólo se expresa de una forma contenida; su sonrisa tiene un fondo de tristeza cuando acompaña a la risa franca de Lady Janet Roy. ¿Sucede algo? ¿Se trata de algún misterio secreto? ¿Sufre por alguna causa, física o espiritual? ¿Qué le pasa? Parece compungida. La frágil y bella criatura, martirizada por el remordimiento, se consume. Para la dueña de la casa, y para todos los que viven en ella o la visitan, ella se llama Grace Roseberry, huérfana, pariente política de Lady Janet Roy. Pero cuando está sola, sabe que es la marginada que deambulaba por las callejas londinenses; una de las acogidas en el albergue; la pecadora que intenta recuperar su honra —tras haberla manchado— usurpando un hogar y una identidad. Ahí está, sentada a la sombra parduzca de su espeluznante secreto, disfrazada de otra, ocupando el lugar de otra. Mercy Merrick sólo tuvo que desear ser Grace Roseberry para llevar a buen puerto ese proyecto. Se atrevió, y desde hace cuatro meses es Grace Roseberry.

En este momento, mientras Lady Janet conversaba con Horace Holmcroft sobre algo que les había acontecido, recordó el día en que dio el fatal primer paso de su fraude.

El trueque de identidades fue prodigiosamente fácil. A primera vista, Lady Janet quedó fascinada por el encanto de su persona. No fue menester presentar la carta robada, ni contar la historia que había preparado. La anciana apartó la carta sin abrirla e interrumpió su relato después de las primeras palabras. «Su cara es su mejor recomendación, hija mía; su padre no puede añadir una palabra que no haya dicho usted con ella». Esta fue la bienvenida que acabó de consolidar su hazaña. Gracias a sus propias experiencias y a su conocimiento de lo sucedido en Roma gracias al

«Diario», fue capaz de afrontar las preguntas sobre su vida en Canada y la enfermedad del coronel Roseberry de forma más que satisfactoria, borrando (en el supuesto de que hubieran existido) cualquier sospecha. Mientras la verdadera Grace Roseberry libraba una difícil y dolorosa batalla entre la vida y la muerte en un hospital alemán, la falsa Grace se movía en el círculo de amistades de Lady Janet como pariente política de la señora de Mablethorpe House. Desde entonces no había sucedido nada que diera a Mercy motivos para sospechar otra cosa de Grace sino que estaba muerta y enterrada. No había motivos para pensar lo contrario; ella podría disfrutar de su nueva vida en paz (si su conciencia se lo permitía, claro); sería respetada y admirada en el mundo en el que se había introducido con osadía.

De repente se levantó de la mesa. Ansiaba liberarse de los recuerdos que la asediaban desde un tiempo a esta parte. La memoria era su peor enemiga; para combatirla cambiaba con frecuencia de lugar y ocupación.

—¿Puedo ir al invernadero, Lady Janet? —preguntó.

—Por supuesto, hija mía.

Saludó con un leve gesto de cabeza a su protectora; miró por un momento con resolución a Horace Holmcroft, cruzó la habitación y entró en el jardín de invierno. Los ojos de Horace la siguieron, hasta que desapareció de su vista, con curiosidad y una mezcla de admiración y disgusto. Al dejar de verla la admiración se evaporó, pero persistió el disgusto. El joven frunció el entrecejo: callaba, con el tenedor en la mano, jugueteando distraídamente con los restos de comida.

—¿Te apetece un poco más de pollo? —preguntó Lady Janet.

—No, gracias.

—¿Entonces, un poco de pastel?

—No, gracias.

—¿De verdad no te apetece nada?

—Un poco de vino, con su permiso.

Llenó el vaso (por quinta o sexta vez) con vino tinto y, malhumorado, lo bebió de un trago. Lady Janet lo contemplaba con ironía. Como siempre, le habló con el corazón en la mano.

—Parece que no estás muy a gusto en Kensington, joven amigo —dijo ella—. Desde que estás aquí no haces más que beber y fumar. Malos síntomas para un joven convaleciente de una herida. Yo en tu lugar no me habría expuesto a un peligro semejante sólo para experimentar qué es un disparo y poder hablar de ello en el periódico. Cuestión de gustos. ¿Tienes fiebre? ¿Te duele la herida?

—En absoluto.

—¿Te aburres?

Horace Holmcroft dejó caer el tenedor, descansó los codos en la mesa y dijo:

—Terriblemente.

Incluso la tolerancia de Lady Janet tenía sus límites. Aguantaba cualquier ofensa, salvo los malos modales. Cogió el arma más cercana a su mano —una cuchara— y golpeó con elegancia el brazo de su joven amigo.

—Mi casa no es un casino —dijo la anciana—. Levanta la cabeza. Mírame a mí, y no al tenedor. No consiento que en mi casa nadie esté de mal humor. Lo considero un insulto a mi persona. Si no te gusta la vida que llevas aquí, dilo con franqueza, y búscate un trabajo. Si lo buscas, lo encontrarás. No te rías. No seas maleducado. Respóndeme.

Horace admitió con gravedad que efectivamente podía ocuparse en algo. La guerra franco-alemana aún seguía, observó, y un periódico le había ofrecido trabajo como corresponsal.

—No me vengas con el cuento del periódico y la guerra —exclamó Lady Janet, en un arranque de ira—. Detesto los periódicos. En esta casa no entrarán jamás. Ellos tienen la culpa de esta matanza entre Francia y Alemania.

A Horace los ojos se le desorbitaron. Sin duda la anciana hablaba en serio.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Los periódicos responsables de la guerra?

—Por supuesto —respondió Lady Janet—. ¿En qué mundo vives? Hoy se hace cualquier cosa, hasta desencadenar guerras, para salir en el periódico. Yo hago una obra de caridad; tú haces de testigo; ése predica un sermón; nosotros sufrimos agravios; aquél hace un descubrimiento; ellos se casan en la iglesia. Y yo, tú, ése y aquél, todos tenemos algo en común: el vivo deseo de leerlo en el periódico. ¿Acaso los reyes, soldados y diplomáticos son excepciones a esa regla general de la humanidad? Por supuesto que no. Es más: si todos los periódicos de Europa se hubieran puesto de acuerdo en no publicar ni la más mínima noticia acerca de la guerra, estoy convencida de que habría terminado hace ya mucho tiempo. Que la pluma se despreocupe de la espada y ya verás los resultados. Si no les prestáis atención se cansarán de luchar.

—Su punto de vista es digno de ser publicado, señora —dijo Horace—. ¿Le importaría que la entrevistara?

Lady Janet combatió a su joven amigo con sus propias armas.

—¿No corren tiempos modernos? ¿No estamos en las postrimerías del siglo XIX? —preguntó ella—. ¿Ser entrevistada, has dicho? En titulares, Horace, por favor.

Horace cambió de conversación.

—Usted me reprocha que esté aburrido —dijo—, y piensa que es porque estoy cansado de la vida tranquila de Mablethorpe House. Yo no estoy aburrido, Lady Janet.

Lanzó una mirada al invernadero y frunció una vez más el entrecejo.

—La verdad es que —prosiguió— me preocupa Grace Roseberry.

—¿Por qué?

—Insiste en prolongar nuestro noviazgo. No quiere fijar la fecha de la boda.

En efecto, Mercy había sido capaz de atender sus ruegos y enamorarse de él. Pero no era lo bastante vil como para contraer matrimonio bajo su falsa identidad. Habían pasado tres o cuatro meses desde que Horace había regresado herido de la guerra, después de que entablara amistad en Francia con aquella hurí inglesa que se dirigía a Inglaterra. Invitado a recuperarse en compañía de Mercy en Mablethorpe House, se sentía como un escolar de vacaciones en casa de Lady Janet, y muy pronto la primera impresión que ella le había producido cuando la conoció en aquella casa francesa se convirtió en amor. Antes de terminar el mes, Horace se declaró y descubrió que su enamoramiento era recíproco. Desde ese momento, alcanzar la felicidad era sólo cuestión de tiempo. Se estableció el compromiso de matrimonio —que la joven aceptó a regañadientes— pero ahí se detuvo el curso de los acontecimientos. Intentó en vano varias veces convencer a su prometida para que fijara el día de la boda. No había ningún obstáculo. No había necesidad de pedir el beneplácito de sus familiares. Dada su condición de parienta política de Lady Janet, la madre y las hermanas de Horace estaban encantadas de acogerla en la familia. El asunto pecuniario tampoco les impedía fijar la fecha. Horace era el único hijo varón, y había heredado de su padre una fortuna más que comfortable. Nada impedía a los dos jóvenes casarse tan pronto como desearan. Así, a ojos vistas, este era un noviazgo cuya prolongación no se debía sino al incomprensible titubeo de Miss Grace.

—¿Y a qué se debe la actitud de Grace? —preguntó Lady Janet.

Al formular la pregunta, ella cambió de actitud. Miraba y hablaba como lo hace una persona perpleja e intrigada.

—Eso me gustaría saber a mí —respondió Horace—, pero me temo que tiene algún motivo secreto e inconfesable que la obliga a postergar la fecha de la boda.

Lady Janet se sobresaltó.

—¿Por qué crees eso?

—Una o dos veces la he sorprendido llorando. Con frecuencia, incluso cuando está alegre, cambia de semblante y se refugia en el silencio y en la depresión. Hace un momento, cuando se levantó de la mesa, ¿no se dio usted cuenta?, me miró de una forma muy extraña; casi con compasión. ¿Qué puede significar eso?

La respuesta de Horace, en vez de aumentar la inquietud de Lady Janet, pareció tranquilizarla. Él no había dicho nada que ella no hubiese ya notado.

—¡Tonto! —dijo ella—, yo sé lo qué significa. Grace no está del todo bien. El médico le ha recomendado un cambio de aires. Me la llevaré a algún sitio.

—Lo oportuno sería —opinó Horace— que yo me la llevase a algún sitio. Ella lo aceptaría si usted ejerciera su influencia. ¿Sería mucho pedirle que tratara de convencerla? Mi madre y mis hermanas le han escrito, pero no les hace caso. Se lo ruego, hágame este favor: hable hoy mismo con ella.

Hizo una pausa, tomó la mano de Lady Janet y la apretó de modo suplicante.

—Usted siempre me ha tratado tan bien —dijo con dulzura, y le apretó otra vez la mano.

Lady Janet lo observaba. Imposible negar que el rostro de Horace Holmcraft tenía un cierto encanto que lo hacía agradable a los ojos de una mujer. Más de una envidiaría su cutis fino, sus claros ojos azules y el cálido matiz ambarino de su cabello sajón. Los hombres —y sobre todo los expertos en el estudio de la fisonomía— verían en la forma de su frente y la línea de su labio superior las características de una naturaleza carente de voluntad e ingenio y de una mente propicia a padecer graves prejuicios y recelosa en admitir sus propios errores. Para las mujeres, estos defectos permanecían ocultos debajo de la superficie. Encandilaba siempre al sexo opuesto con sus peculiares encantos físicos y con sus modos elegantes y desenvueltos. Lady Janet le tenía en gran estima, no sólo por sus encantos personales, sino también por viejos recuerdos. Su padre había sido uno de los pretendientes que había tenido en su juventud. El destino los había separado. Su matrimonio con otro hombre no le dio hijos. En tiempos, cuando el niño Horace la visitaba al salir del colegio, ella abrigaba el íntimo deseo, demasiado absurdo como para ser contado en público, de que él hubiera sido su hijo, y quizá lo hubiera sido si se hubiese casado con su padre. Sonrió con ternura, anciana como era, y se arrodilló como si efectivamente se tratara de su madre cuando el joven la tomó de la mano y le suplicó que interviniera en el asunto de su boda.

—¿Debo hablar con Grace? —preguntó la señora de Mablethorpe House, con mayor dulzura de la que solía emplear en otras ocasiones.

Horace comprendió que tenía ganada la partida. Se puso en pie de un salto; volvió la vista con impaciencia en dirección al invernadero; su rostro bien parecido irradiaba esperanza. Lady Janet, cuya mente estaba todavía con el padre de Horace, le lanzó una última mirada —como despidiéndose del pasado— y recobró la compostura.

—Vete al salón de fumar —dijo, empujándolo en aquella dirección—. Esfúmate, por favor; vete a cultivar el vicio favorito de este siglo.

Horace intentó en vano expresar su gratitud.

—Vete a fumar —repitió, mientras seguía empujándolo fuera de la habitación—. ¡A fumar!

La irritación de Horace era lógica. Realmente no había ningún motivo para el retraso del cual él se quejaba. Aunque la joven despertaba su inquietud porque parecía incapaz de decidirse, era menester llegar a un compromiso, tarde o temprano, con respecto al delicado asunto del matrimonio. Lo difícil era cómo abordar el tema sin ofenderla. «No entiendo a las mujeres de esta generación», pensaba Lady Janet. «En mis tiempos, cuando nos enamorábamos de un hombre deseábamos casarnos con él lo antes posible. Y eso que no eran tiempos de progreso. Hoy día las chicas

deberían ser aún más resueltas».

Una vez hubo llegado a esa inevitable conclusión, decidió contribuir con su granito de arena y actuar por sorpresa.

—¡Grace! —llamó, acercándose a la puerta del invernadero.

Destacando del fondo verde del jardín de invierno se asomó una figura esbelta y grácil.

—¿Me llamaba?

—Sí. Quiero hablar contigo. Ven y hazme compañía. Con estas palabras, Lady Janet se dirigió al sofá, haciendo sentar a su compañera a su lado.

## CAPÍTULO VII

### *Va a llegar el Hombre*

—Estás muy pálida esta mañana, querida.

Mercy suspiró con fatiga.

—No me siento bien —contestó—. Por cualquier cosa me intranquilizo. Me cansa incluso cruzar la habitación.

Lady Janet le dio con cariño una palmadita en la espalda.

—Veamos si te recuperas con un cambio de aires. ¿Adónde quieres ir? ¿Al continente o a la playa?

—Es usted demasiado buena.

—Te mereces lo mejor, hija.

Mercy se emocionó. Los colores se le subieron a su pálido rostro de un modo encantador.

—¡Ay! Repítalo, por favor —exclamó dejándose llevar por la impresión del momento.

—¿Que repita qué? —preguntó Lady Janet con sorpresa.

—Sí, por favor. No soy presumida, pero quizá sea vanidosa. No me canso de oírla cuando dice cosas que revelan que me quiere. ¿De verdad le agrada tenerme en su casa? ¿Le es grata mi compañía?

(La única excusa para esta ráfaga de cariño —si se puede hablar de excusas— era la probable respuesta afirmativa a aquellas dudas. Dice mucho de la persona de la falsa Grace que la Grace auténtica no hubiera sido más digna de confianza si hubiese sido ella la que hubiera llamado a las puertas de Mablethorpe House.)

Lady Janet en parte se emocionó y en parte se burló de las palabras sinceras que se le habían dirigido.

—Claro que me es grata tu compañía —replicó—. Querida, no tienes que dudar.

Acarició el brazo de Mercy y continuó, en un tono más grave:

—No me canso de decírtelo, Grace: bendigo el día en que te conocí. Creo que si fueras mi propia hija no estaría más satisfecha contigo.

Mercy de repente volvió la cabeza, como si quisiera esconderse. Lady Janet, que acariciaba el brazo de Mercy, advirtió cómo temblaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó de sopetón, con franqueza.

—Le estoy muy agradecida por todo.

Pronunció aquellas palabras con voz entrecortada. No se atrevía a mirar a Lady Janet. «¿Qué habré dicho yo para provocar esta reacción?», se preguntaba la anciana. «¿Estarán hoy sus sentimientos a flor de piel? De ser así, mejor que le hable ahora de

Horace». Sin perder de vista su objetivo, Lady Janet abordó el delicado tema con el tacto que merecía.

—Nos llevamos tan bien —resumió— que no sería fácil para ninguna de las dos aceptar un cambio en nuestras vidas. A mi edad sería insufrible. ¿Qué haría, Grace, si llegara un día en que tuviera que separarme de mi hija adoptiva?

Mercy se intranquilizó y la miró de frente. Las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¿Y por qué tendríamos que separarnos? —preguntó alarmada.

—¿De verdad que no lo sabes? —replicó Lady Janet.

—De verdad.

—Habla con Horace y que sea él quien te lo diga.

Aquella última observación era demoledora. Mercy bajó la cabeza. Empezó a temblar de nuevo. Lady Janet observaba cómo sus ojos estaban en blanco.

—¿Es que pasa algo entre vosotros? —preguntó.

—No.

—¿Estás enamorada de él, querida? Supongo que no le habrás dado esperanzas sin estar enamorada.

—¡No!

—¿Entonces...?

Por vez primera, Mercy se atrevió a interrumpir a su bienhechora.

—Querida Lady Janet —la interrumpió con gentileza—, no tengo prisa por casarme. Tendremos tiempo para ocuparnos de eso. Usted quería hablar conmigo; ¿qué desea?

No era tarea fácil desconcertar a Lady Janet Roy. Pero aquellas últimas palabras la dejaron atónita. Increíble, ahí estaba su joven amiga, ajena al problema y sin la menor idea sobre el motivo de la conversación. «¿En qué piensan las jóvenes de hoy día?», pensaba la anciana, buscando cómo seguir la charla. Mercy, que aguardaba a su lado con paciencia infinita, hacía la situación más embarazosa. El silencio parecía haber dado por terminada la conversación cuando entró en la habitación un sirviente con una bandeja de plata.

Lady Janet descargó su mal humor sobre esta víctima.

—¿Qué pasa? —preguntó con brusquedad—. Yo no te he llamado

—Una carta, señora. El mensajero aguarda respuesta.

El hombre le presentó la bandeja con la carta y se retiró.

Lady Janet, sorprendida, reconoció la letra del sobre.

—Con permiso, hija —dijo con su habitual cortesía, haciendo una pausa antes de abrirlo.

Mercy asintió con la cabeza y se retiró al otro extremo de la habitación, ignorante de que la carta introduciría una crisis en su vida. Lady Janet se puso sus lentes. «¡Qué raro que ya haya regresado...!», dijo para su fuero interno, dejando el sobre en la



mesa.

La carta era la que sigue; y su autor no era otro que aquél que había predicado en la capilla del albergue:

*Querida tía:*

*He regresado a Londres antes de lo que pensaba. Mi amigo el Rector ha suspendido sus vacaciones y ha vuelto a su trabajo. Temo que usted me regañe cuando conozca las razones por las cuales ha tenido que volver deprisa y corriendo a sus obligaciones. Cuanto antes se lo diga, mejor para mi conciencia. Además, quiero hablarle de otro asunto. Tengo cierta urgencia en comunicárselo. Y me gustaría presentarle a una mujer —una desconocida— muy interesante. Por favor, mande con el mensajero su conformidad, y así complacería a su sobrino, que la quiere mucho.*

*Julian Gray*

Lady Janet leyó otra vez con desconfianza la frase en la que hablaba de una «mujer». Julian Gray era su único sobrino, hijo de una hermana, su favorita, que había muerto. Él no gozaría de una gran estima de su tía —quien no aprobaba del todo sus ideas políticas y religiosas— si no hubiese sido por el gran parecido que tenía con su madre. Esta era una de sus armas con la anciana, aparte del secreto orgullo que ella sentía por la temprana celebridad de la que el joven clérigo gozaba como escritor y predicador. Debido a estas circunstancias atenuantes, y al inagotable buen humor de Julian, la tía y el sobrino mantenían por lo general una buena relación. No considerando lo que ella solía llamar «sus detestables opiniones», Lady Janet estaba lo suficiente interesada en Julian como para querer saber quién era aquella «mujer» misteriosa mencionada en la carta. ¿Habría elegido esposa? Y de ser así, ¿sería una elección aceptable para la familia? El rostro de Lady Janet se ensombreció al formularse la última pregunta. Los liberales puntos de vista de Julian eran capaces de alcanzar extremos peligrosos. Al levantarse del sofá, la tía movió la cabeza como si quisiera disipar un mal agüero, y avanzó hacia la puerta de la biblioteca.

—Grace —dijo; hizo una pausa y se volvió—, debo escribirle una carta a mi sobrino. Regreso enseguida.

Mercy se acercó a ella, desde el otro extremo de la habitación, con una exclamación de sorpresa.

—¿Su sobrino? Usted jamás me ha contado que tuviese un sobrino.

Lady Janet rió.

—Seguro que he estado varias veces a punto de contártelo. Pero tenemos tantas cosas de que hablar... y a decir verdad, mi sobrino no es uno de mis temas preferidos

de conversación. Esto no quiere decir que él me disguste; más bien aborrezco sus principios, querida. No obstante tendrás ocasión de formarte tu propia opinión, ya que viene hoy a verme. Espérame hasta que vuelva; debo contarte algo más sobre Horace.

Mercy le abrió la puerta de la biblioteca, la cerró, y se paseó de un lado a otro de la habitación. ¿Le preocupaba el sobrino de Lady Janet? No. Ella no relacionaba la carta de Lady Janet con el nombre de Julian Gray. Mercy ignoraba que el predicador del albergue y el sobrino de su benefactora eran la misma persona. Pensaba ahora en el tributo que Lady Janet le había rendido al principio de la conversación: «Grace, bendigo el día en que te conocí.» En aquel momento, el recuerdo de aquellas palabras era un bálsamo para su corazón compungido. La propia Grace Roseberry no podría haber ganado más laureles. Al instante se asustó del éxito de su fraude. Nunca había visto con mayor claridad la precariedad en que se hallaba su existencia. Si pudiera confesar la verdad —si realmente pudiera disfrutar de la sosegada vida de Mablethorpe House—, ¡cuánta felicidad! ¡cuánto lo agradecería! ¿Sería posible —si contaba la verdad— pedir su absolución en virtud de su excelente conducta? No. El sentido común le avisaba que ello era imposible. El lugar que se había ganado a pulso en la casa de Lady Janet tenía una base fraudulenta. Nadie podría alterar este hecho, nadie podría justificarlo. Sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas que empezaban a asomar a sus ojos, e intentó pensar en otra cosa. ¿Qué había dicho Lady Janet que iba a hacer en la biblioteca? Al decir que volvería para hablar de Horace, Mercy intuía por qué; sabía de sobra lo que Horace deseaba de ella. ¿Cómo salir victoriosa de este aprieto? En nombre de Dios, ¿qué hacer? ¿Podía permitir que se casara el hombre que la amaba —el hombre a quien ella amaba— con una mujer como ella? No; su deber era avisarle.

¿Era capaz de romper su corazón? ¿Era capaz de pronunciar las crueles palabras que lo harían infeliz para siempre? «¡No hablaré!», estalló en un arranque de pasión. «Me moriría si él fuese desgraciado». Al desahogarse, su estado de ánimo cambió. Un desafío temerario —la forma más triste en la cual se puede expresar la miseria de una mujer— le llenó el corazón de amargura. Se sentó en el sofá, con los ojos centelleantes y las mejillas bañadas del color rojo de la ira. «Yo no soy peor que otras mujeres», pensaba. «Otras se casarían con él por su dinero». En el acto, los pretextos que había imaginado para decepcionar a Horace se le revelaron falsos, inútiles. Se tapó la cara con las manos y encontró refugio donde siempre ansiaba encontrar amparo: en la inútil resignación de la desesperación. «¡Ojalá me hubiese muerto antes de entrar en esta casa! ¡Ojalá me muera en este momento y descanse para siempre!» Así terminaba siempre la lucha que se libraba en su interior. Y así terminó también ahora.

La puerta que conducía al salón del billar se abrió con sigilo. Horace Holmcraft

aguardaba los resultados de la intervención de Lady Janet, pero ya no podía esperar más.

Asomó la cabeza con cautela, dispuesto a retirarse sin ser advertido si las dos seguían conversando. Por la ausencia de Lady Janet parecía que la conversación había llegado a su fin. ¿Le aguardaba su prometida para hablar? Avanzó unos pasos. Ella no se movía; estaba sentada, entregada a sí misma, absorta en sus pensamientos. ¿Estaría pensando en él? Avanzó un poco más y la llamó.

—Grace.

Ella saltó de repente, con un grito apenas perceptible.

—Desearía que no me dieras esos sustos —dijo irritada, dejándose caer en el sofá—. Sabes que hacen que me brinque el corazón.

Horace se disculpó con la humildad de un enamorado. Cuando se ponía en tal estado de irritación nerviosa, ella era muy difícil de apaciguar. Grace apartó la vista en silencio. Completamente ajeno al tormento por el que ella pasaba, él se sentó a su lado y le preguntó con amabilidad si había visto a Lady Janet. Ella respondió afirmativamente con un tono poco razonable de impaciencia y con un gesto que pondría sobre aviso a un hombre de mundo y de más edad de que debía darle algo de tiempo antes de tomar él de nuevo la palabra. Horace era joven, y estaba cansado por la tensión que había soportado en la habitación contigua. Sin pensar, la presionó con otra pregunta.

—¿Lady Janet te ha hablado de mí...?

Ella giró la cabeza, encendida en cólera, antes de que él pudiera añadir una sola palabra.

—Veo que te has servido de ella para acelerar la boda —estalló—. Lo veo en tu cara.

A pesar de lo sencilla que era la respuesta, Horace no logró hallar una que fuera satisfactoria.

—No te enfades —dijo de buen humor—. ¿Acaso es pecado pedirle a Lady Janet que me eche una mano? Yo no sé cómo puedo convencerte. Mi madre y mis hermanas también han hecho todo lo posible, y tú como si nada...

Ella no podía más. Dio una patada en el suelo con una vehemencia histérica.

—Estoy harta de oírte hablar de tu madre y tus hermanas —espetó con violencia—. No sabes hablar de otra cosa.

Si seguía hablando con ella existía el peligro de cometer un nuevo error, y Horace, claro está, lo cometió. Se indignó y se levantó del sofá. Su madre y sus hermanas eran sagradas para él; representaban su ideal de la mujer perfecta. Se fue al otro extremo de la habitación y, sin reflexionar, la reprendió de manera severa.

—Quizá sería mejor que siguieras el ejemplo de mi madre y mis hermanas —dijo él—. Ellas no tienen el hábito de insultar a quien las ama.

A primera vista, la reprimenda pareció no afectarle en lo más mínimo. Seguía igual de indiferente, como si no lo hubiese oído. Nacía una espina —una miserable espina— en su corazón, cuyo espíritu se rebeló contra el habitual elogio de las mujeres de su familia. «Me repugna», pensaba ella, «oír continuamente las virtudes de aquellas mujeres que jamás han sido expuestas a la tentación. ¡Vaya mérito el de vivir con dignidad si estás rodeado de prosperidad y placeres! ¿Acaso su madre ha pasado hambre? ¿Acaso sus hermanas fueron abandonadas en la calle?» Le amargaba el corazón —casi pensaba que podía dejarlo en el engaño— cuando le imponía su familia como modelo. ¿Es que no entendía que a las mujeres no les gusta que se las compare con otras? Lo miraba llena de asombro. Horace estaba sentado junto a la mesa del comedor, dándole la espalda, con la cabeza apoyada en las manos. Si él hubiera intentado reunirse con su prometida, ella le hubiese rechazado; si él hubiera hablado, ella le hubiese interrumpido. Horace permanecía sin decir una palabra. Para una mujer, el silencio del hombre amado es la peor protesta. Ella era capaz de aguantar la violencia verbal. Las palabras se pagan con palabras. Pero el silencio la consumía. Después de dudar un momento, Mercy se levantó del sofá y avanzó con sumisión hasta la mesa. Ella le había ofendido; era la única culpable. ¿Cómo podía saber el pobre que la estaba mortificando? Paso a paso, se acercó. Él no se giró. No se movía. Ella puso la mano con delicadeza sobre su hombro.

—Perdóname, Horace —le susurró al oído—. Hoy no me siento bien; yo no soy así. No hagas caso de lo que te he dicho. Perdóname, por favor.

Imposible resistirse a la ternura de la voz y los gestos que acompañaban a estas palabras. Alzó la vista, le cogió la mano. Ella se inclinó y besó su frente.

—¿Me perdonas? —preguntó.

—¡Oh, amor! —dijo él—, ¡si supieras cuánto te quiero!

—Lo sé —respondió ella con dulzura, enroscando su cabello en el dedo y situando los rizos sobre la frente.

Estaban completamente ensimismados, porque de lo contrario habrían oído cómo se abría la puerta de la biblioteca en el otro extremo de la habitación. Lady Janet acababa de escribirle a su sobrino y volvía, fiel a su compromiso, para seguir luchando por la causa de Horace. Observó que los hechos hablaban por sí solos. «Sin duda alguna mi presencia no es necesaria», pensó la anciana. Cerró la puerta sin hacer ruido y dejó a los enamorados en paz.

Horace volvió, imprudentemente persistente, a preguntar la fecha de la boda. En cuanto pronunció la primera palabra ella se apartó —triste, aunque no enfadada— de él.

—Hoy no me presiones —dijo ella—. No me siento bien.

Él se levantó, y la miró con inquietud.

—¿Hablamos mañana?

—Sí, mañana.

Ella volvió a sentarse en el sofá y cambió de tema.

—¡Cuánto tarda Lady Janet! —dijo—. ¿Qué estará haciendo?

Horace hizo esfuerzos por interesarse en los motivos de la prolongada ausencia de Lady Janet.

—¿Qué fue a hacer? —preguntó, de pie junto al respaldo del sofá, inclinado hacia ella.

—Fue a la biblioteca a escribirle una carta a su sobrino. Por cierto, ¿quién es este sobrino?

—Quizá no lo conozcas.

—Efectivamente.

—Habrás oído hablar alguna vez de él —dijo Horace—. El sobrino de Lady Janet es un hombre célebre.

Hizo una pausa, e inclinándose hacia ella, tomó el cabello que caía sobre su espalda y se lo llevó a sus labios.

—El sobrino de Lady Janet —prosiguió— se llama Julian Gray.

De repente, ella se desconcertó; lo miró con terror, desesperada, como si no diera crédito a lo que acababa de oír. Horace se asombró.

—¡Querida! —exclamó—, ¿qué es lo que te asusta tanto?

Ella alzó la mano pidiendo silencio.

—¿El sobrino de Lady Janet es Julian Gray? —repitió despacio—. Y yo soy la última en enterarme.

La perplejidad de Horace iba en aumento.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Pero, ¿por qué te alarmas?

Hasta la más valiente de las mujeres —en su posición, y con un temperamento como el de ella— habría sentido pánico. Para Mercy, ser Grace Roseberry adquiriría el aspecto de la fatalidad. ¿Cómo pudo ser tan ciega y entrar en una casa en la que ella y el reverendo del albergue se iban a ver las caras? Estaba a punto de llegar el hombre que había sabido alcanzar lo más hondo de su corazón; el hombre que cambió el rumbo de su vida. ¿Vendría acompañado del día del juicio Final?

—No me hagas caso —dijo ella, bajando la voz—. Hoy no me siento bien. Ya me viste esta mañana; hasta el timbre de tu voz me asusta. De todos modos, lo digo con franqueza, no debes preocuparte.

—Querida Grace, parece que te inquietas con sólo oír el nombre de Julian Gray. Sé que es una celebridad, y he visto a mujeres desmayarse nada más verle. Pero tú estás muerta de miedo.

Haciendo de tripas corazón, Mercy se rió —una risa amarga, algo incómoda— y lo interrumpió tapándole la boca con la mano.

—¡Qué disparate! —dijo con desprecio—. Como si Mr. Julian Gray tuviera algo

que ver con mis nervios. Ya me encuentro mejor. ¿Lo ves?

Le dirigió una mirada que demostraba su alegría, y retomó, aparentando indiferencia, el tema del sobrino de Lady Janet.

—¡Claro que lo conozco! —dijo—. ¿Sabes que va a venir hoy? No te quedes ahí de pie; así no puedo hablar contigo. Siéntate a mi lado, por favor.

Obedeció, pero ella no había conseguido convencerle del todo. De su rostro no habían desaparecido la angustia y la sorpresa. Ella seguía con su juego, dispuesta a disipar cualquier duda sobre Julian Gray.

—Cuéntame más de este hombre célebre —dijo ella, tomándole con cariño del brazo—. ¿Cómo es?

El gesto cariñoso y el tono acaramelado surtieron efecto. Horace alegró la cara, y contestó con desenvoltura:

—Pues prepárate para conocer al clérigo menos clerical —dijo él—. Julian es una oveja perdida entre los pastores; un intruso a ojos del obispado. Predica, si lo llaman, en las capillas de los Disidentes. No aspira ni a la autoridad ni al poder eclesiástico. Practica la Ley de Dios a su manera. No quiere acceder a las altas esferas de su profesión. Dice que ya tiene bastante con ser el arcediano de los Afligidos, el deán del Hambre y el obispo de los Pobres. En fin, a pesar de todas sus rarezas, es un buen muchacho. Goza de una popularidad increíble entre las mujeres. Todas van a pedirle consejo. Me gustaría que tú también fueras.

El semblante de Mercy cambió de color.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con desconfianza.

—Julian es famoso por sus poderes de persuasión —dijo Horace sonriendo—. Si él hablara contigo, te convencería para que fijaras la fecha de la boda. ¿Y si Julian intercediera por mí...?

La última observación estaba hecha en clave de broma. Mas Horace no captó la inquietud de Mercy como tal. «Y así lo haré», pensó ella, con terror indescriptible, «si no le paro los pies». Tenía tan sólo una salida. La única manera de impedir que Horace consultara a su amigo era concederle lo que deseaba antes de que llegara Julian. Posó la mano en su hombro, se esforzó por ocultar los nervios que la consumían y adoptó una actitud de coquetería absurda digna de compasión.

—¡No digas bobadas, querido! —dijo con alegría—. ¿De qué hablábamos antes de hacerlo sobre Mr. Julian Gray?

—De dónde estaba Lady Janet —contestó Horace.

Ella le palmeó con impaciencia en el hombro.

—No, no. Fue algo que comentaste antes.

Sus ojos terminaron lo que sus palabras habían dejado en el aire. Horace la cogió por la cintura.

—Dije que te amaba —le susurró al oído.

—¿Nada más?

—Es que no te gusta que te lo diga...

Ella sonrió con delicadeza.

—¿De verdad estás seguro de ...? —detuvo sus palabras y apartó la mirada.

—¿Nuestra boda?

—Sí.

—Es lo que más deseo en esta vida.

—¿De verdad?

—De verdad.

Hubo una pausa. Los dedos de Mercy jugaban nerviosamente con los adornos de la cadena de su reloj.

—¿Cuándo quieres que llegue ese momento?

Jamás había hablado, jamás había mirado como lo hizo en ese instante. Horace no cabía en sí de felicidad.

—¡Ah Grace! —exclamó—, ¿no estarás jugando con mis sentimientos?

—¿Por qué habría de hacerlo?

Horace era tan cabal que contesto con seriedad:

—Porque hace un momento no querías saber nada de la boda.

—Olvida lo que dije hace un momento —replicó ella con mal humor—. Las mujeres somos muy volubles. Es uno de nuestros defectos.

—¡Alabado sea el cielo por los defectos de las mujeres! —gritó Horace con devota sinceridad—. ¿De verdad quieres que fije la fecha?

—Si quieres...

Horace sopesó durante un momento todas las posibilidades.

—Podemos obtener la licencia para casarnos en quince días —dijo—. Pues que sea de hoy en quince días.

Mercy alzó las manos en señal de protesta.

—¿Por qué no? —continuó él—. Mi abogado está al corriente. Todo está arreglado. Y tú querías que nos casáramos discretamente.

Mercy debía admitir que efectivamente había dicho eso.

—Nos casaríamos hoy mismo, si la ley lo permitiera... ¡De hoy en quince días! Di que sí.

Horace la apretó contra sí. Hubo una pausa. A Mercy, la máscara de la coquetería —mal colocada la primera vez— se le cayó. Sus tristes ojos grises descansaron compasivamente en el rostro ilusionado de Horace.

—No pongas esa cara tan seria —dijo él—. Quiero una sola palabra, Grace. Un sí.

Ella suspiró y lo dijo. Horace la besó con pasión. Mercy se liberó de sus brazos haciendo un esfuerzo.

—¡Déjame! —dijo con voz entrecortada—. Por favor, déjame un momento a solas.

Hablaba con la mayor seriedad. Temblaba como una hoja. Horace se levantó e hizo el ademán de irse.

—Voy a ver donde está Lady Janet —dijo—; quiero comunicarle que soy un hombre feliz, y quiero compartir con ella mi felicidad.

Se dirigió a la puerta de la biblioteca.

—No te vayas, por favor. Quiero verte en cuanto te hayas tranquilizado.

—Te esperaré aquí —dijo Mercy.

Satisfecho con la respuesta, Horace abandonó la habitación. Ella dejó caer las manos en su regazo y descansó la cabeza en los cojines del sofá. Estaba aturdida, atontada. Se preguntaba boquiabierta si aquello era sueño o realidad. ¿De verdad le había dado su palabra a Horace Holmcroft de casarse dentro de quince días? ¡Quince días! En quince días podía pasar de todo: podría encontrar una solución para su precaria situación. En tal caso, pasara lo que pasara, prefería esa alternativa a que Horace y Julian Gray hablaran sobre ella. Se incorporó bruscamente sin dejar de pensar que Horace se vería con Julian. Excitada imaginó a Julian Gray en la habitación, hablándole como Horace lo había hecho unos momentos antes. Lo veía sentado a su lado —ese hombre que, desde el púlpito, supo llegar a lo más hondo de su corazón mientras ella le escuchaba, sin que él la pudiera ver, desde el otro extremo de la capilla—; lo imaginaba muy cerca de ella, escudriñando su cara, adivinando el pecado en sus ojos, oyéndolo en su voz, sintiéndolo en sus manos agitadas; sacándose palabra por palabra hasta, abatida, encontrarse confesándose culpable ante sus pies. Dejó caer otra vez la cabeza en los cojines; escondió la cara, aterrorizada ante la escena evocada. Había evitado con maña enfrentarse a la espeluznante consecuencia de aquella entrevista espeluznante, ¿pero podía sentirse segura, aunque Julian y ella no llegaran a intimar? No; no debía bajar la guardia. Sentía escalofríos ante la idea de tener que encontrarse con él en la misma habitación. Se encogía de miedo, sentía vergüenza; Julian Gray le inspiraba temor y respeto.

Pasaron los minutos. El estado de sus nervios empezaba a afectarle físicamente. Lloraba en silencio sin saber por qué. Le pesaba la cabeza; el cansancio recorría todo su cuerpo. Se acurrucó en los cojines, cerró los ojos; el tic tac monótono del reloj encima de la repisa de la chimenea se hacía cada vez más débil. Por fin se quedó dormida: un sueño tan leve que se sobresaltaba cuando caía un pedazo de carbón en la parrilla, o cuando los pájaros piaban y gorjeaban en la pajarera del invernadero.

Lady Janet y Horace entraron en la estancia. Mercy era consciente de las personas que estaban en la habitación. Después de un rato, abrió los ojos y se incorporó. Ya no había nadie. Habían salido sigilosamente para dejarla descansar. Cerró otra vez los ojos. De nuevo se quedó dormida, y del dormir ligero pasó al profundo y sin sueños,



favorecida por el calor y el sosiego de Mablethorpe House.

## CAPÍTULO VIII

### *El Hombre hace su entrada*

Llevaba ya un buen rato dormida cuando la despertó el golpe de la puerta vidriera del fondo del invernadero. La puerta, que daba al jardín, era utilizada tan sólo por los más íntimos de la casa, viejos amigos que tenían el privilegio de entrar por ahí a los salones. Suponiendo que Horace o Lady Janet habían regresado, Mercy se incorporó en el sofá y aguzó el oído.

Oyó la voz de uno de los sirvientes. Oyó cómo contestaba otra voz, cuyo timbre le hizo temblar todo el cuerpo. Se levantó y escuchó sin aliento, aterrorizada. No cabía duda alguna. La voz del que hablaba con el sirviente era la voz inolvidable que había escuchado tiempo atrás en el albergue. La persona que había entrado a través de la puerta vidriera era Julian Gray.

Sus pasos rápidos se acercaban al comedor. Ella se precipitó a la puerta de la biblioteca. Tanto le temblaba la mano que no fue capaz de abrirla. Había logrado hacerlo cuando oyó a aquella voz decirle:

—No corra, por favor. No hay por qué asustarse. Soy el sobrino de Lady Janet, Julian Gray.

Se dio la vuelta, hechizada por su voz, y le hizo frente en silencio. Julian estaba de pie, sombrero en mano, en la entrada del invernadero, vestido de negro. Usaba alzacuellos, pero salvo por eso, nada revelaba en su aspecto que se tratara de un clérigo. Joven como era, ya tenía indicios de desazón en el rostro. Su cabellera era fina y escasa. De figura delgada y estatura regular. Tez pálida, sin barba o patillas. La barbilla, poco pronunciada. Un hombre poco observador pasaría por su lado sin advertir en él encanto alguno, salvo los ojos. Éstos hacían de él un hombre atractivo. El tamaño inusual de las órbitas era ya motivo suficiente para atraer la atención; le daba un aire sublime que su cabeza —amplia y firme como era— por sí sola no tenía. En cuanto a los ojos, su luz vivaz era provocativa. Era imposible ponerse de acuerdo sobre su color; las opiniones oscilaban entre el gris oscuro y el negro. Hubo pintores que trataron de reproducirlos, mas perdieron la esperanza al ver que lograban todos los colores menos el suyo. Eran ojos que podían pasar en un momento de encantar a aterrorizar; ojos que incitaban a voluntad a la risa y al llanto. En acción y en reposo, siempre tenían la misma expresión. Cuando por vez primera descansaron en Mercy, al dirigirse ésta corriendo hacia la puerta se avivaron con la alegría de los de un niño. Al girarse ella situando su rostro frente al de él, cambiaron de repente; se llenaron de dulce claridad al ver el encanto de su cara. Al mismo tiempo cambió de tono y de actitud. Julian, con sumo respeto, le dijo:

—Por favor, tenga la bondad de permanecer sentada. Le pido excusas por no

haberme presentado debidamente.

Hizo una pausa, esperando la respuesta, antes de acabar de entrar en la habitación. Ella, que seguía hechizada por su voz, se recompuso, hizo una inclinación y volvió a sentarse en el sofá. Julian no la dejaría sola. Tras observarla un momento, entró en la habitación en silencio. Ella sentía tanta confusión como admiración hacia él. «No es un dolor vulgar», pensó Julian, «el que se refleja en su cara; no palpita un corazón vulgar en su pecho. ¿Quién será esta mujer?»

Mercy recobró el ánimo y se obligó a dirigirle la palabra.

—Lady Janet está en la biblioteca, creo —dijo con timidez—. ¿Le digo que ha llegado?

—No se moleste; ni tampoco moleste a Lady Janet.

Al responder, él se había acercado a la mesa del comedor; de esta sutil manera él le daba tiempo a ella para acomodarse a la situación. Se sirvió de la botella de vino que Horace había dejado inacabada.

—Por ahora el vino tinto de mi tía la representará —comentó sonriendo, avanzando poco a poco hacia ella—. He dado una larga caminata hasta llegar a esta casa, y supongo que se me considera de la familia, así que puedo servirme con confianza un poco de vino. ¿Le apetece algo?

Mercy negó con la cabeza. Empezaba a habituarse —después de aquella extraña presentación— a su comportamiento peculiar y a su aire frívolo. Vació el vaso con el donaire de un hombre que entendía y disfrutaba del buen vino.

—El tinto de mi tía es digno de ella —dijo con cómica gravedad al poner el vaso en la mesa—. Ambos son genuinos productos de la Naturaleza.

Se sentó a la mesa y miró con ojos críticos los distintos platos abandonados sobre ella. Uno le llamó especialmente la atención.

—¿Esto que es? —continuó—. ¡Un pastel! Me parece una injusticia beber vino francés y no probar un pastel que aparenta ser de la misma nacionalidad.

Cogió un cuchillo y un tenedor y disfrutó del pastel del mismo modo en que había disfrutado del vino.

—Digno de una gran nación —exclamó con entusiasmo—. ¡*Vive la France!*

Mercy lo escuchaba y miraba con gran sorpresa. Era completamente distinto a como lo había descrito su prometido. Si se hiciese abstracción del alzacuellos blanco, nadie diría que este célebre predicador era un pastor anglicano. Julian se sirvió un trozo de otro pastel, y siguió dirigiéndose a Mercy, cada vez con más confianza, comiendo y hablando tranquila y amenamente, como si se conocieran desde hacía años.

—Viniendo he pasado por Kensington Gardens —comentó—. Hasta hace poco tiempo vivía en un feo apartamento, situado en un árido barrio agrícola. No se puede imaginar qué contraste con los jardines de Kensington. Las mujeres con sus abrigo

de invierno, las coquetas doncellas, los críos encantadores, la multitud de siempre patinando sobre el hielo de Round Pond; todo era tan estimulante —y sobre todo después de cómo había vivido en aquel apartamento— que me sorprendí silbando mientras paseaba por ese hermoso cuadro. En mis tiempos, los chiquillos teníamos la costumbre de silbar cuando estábamos de buen humor; y todavía no he perdido este hábito. Pues bien, silbando una melodía, ¿a que no sabe a quién me encontré?

En la medida en que se lo permitía el asombro, Mercy llegó a decir que no lo adivinaría nunca. Jamás en su vida había hablado con un sujeto tan desenvuelto y locuaz como Julian Gray.

Él prosiguió como si tal cosa, sin darse cuenta del efecto que producía en ella.

—Entonces silbando, ¿a quién me encontré? —repitió—. Pues a mi obispo. Si hubiese estado silbando algún tema sagrado, el reverendísimo obispo quizá habría perdonado mi falta de seriedad en honor a la música. Por desgracia había elegido un tema popular de Verdi —*La Donna e Mobile*—, canción que el obispo debía conocer porque la tocan los organillos callejeros. Reconoció la melodía, y cuando le saludé, quitándome el sombrero, él giró la cabeza hacia el otro lado. Es curioso que, en este mundo repleto de vicio y miseria, se pueda condenar algo tan insignificante como una alegre melodía silbada por un pastor anglicano.

Al decir estas últimas palabras apartó el plato y prosiguió, pero esta vez con mayor seriedad.

—Nunca he podido comprender —dijo— por qué nos distinguimos de otros hombres como si perteneciéramos a otra casta y condenamos determinados actos inofensivos. Los primeros discípulos del Señor no procedían así; eran más sabios y justos que nosotros. Me permito agregar que uno de los mayores obstáculos con que tropezamos a diario para obrar el bien con el prójimo reside en los múltiples prejuicios que ha impuesto el clero. Yo no me considero más religioso y más sagrado que cualquier otro cristiano que también viva según el Evangelio.

Lanzó una mirada optimista a Mercy, que lo miraba con indecisa perplejidad. De nuevo la hilaridad se apoderó de él.

—¿Es usted una radical? —preguntó, con un centelleo de picardía en los ojos—. Pues yo sí.

Mercy intentó en vano entenderlo. ¿Este era el predicador cuyas palabras la habían persuadido, purificado y ennoblecido? ¿Este era el hombre cuyo sermón hacía llorar a mujeres endurecidas por la *mala vida*? ¡Sí! Los ojos traviosos que se posaban en ella eran aquellos bellos ojos que habían sabido penetrar en su alma. La voz que, bromeando, acababa de formularle una pregunta era la voz profunda y suave que supo algún día hacer vibrar su corazón. En el púlpito era un ángel de misericordia; fuera del púlpito, un frívolo.

—No se asuste, por favor —dijo, percatándose enseguida de su confusión—. La

sociedad me ha puesto nombres peores que «radical». Estuve algún tiempo en un distrito agrícola. Mi tarea era sustituir al Rector, que estaba de vacaciones. ¿Cómo cree que terminó mi misión? El propietario de la casa parroquial me tachó de comunista, los campesinos me denunciaron como incendiario y mi amigo el Rector tuvo que volver de prisa y corriendo. Ahora tengo el placer de hablarle como un hombre desterrado, obligado a abandonar aquella comunidad en lo más duro de la pelea.

Tras esta sincera confesión, abandonó la mesa del comedor y se sentó en una silla, cerca de Mercy.

—Seguro que quiere saber —siguió— en qué consistió mi crimen. ¿Sabe algo de Economía política y de la Ley de la oferta y la demanda?

Mercy reconoció que no lo sabía.

—Pues yo tampoco sabía lo que es... en un país cristiano. Ese era mi delito. Se lo contaré, y después se lo contaré a mi tía, en un santiamén.

Hizo una pausa. Cambió de postura. Mercy, mirándolo con timidez, detectó una expresión en sus ojos que le evocó el impacto que le había dado en el albergue.

—No tenía ni la menor idea —continuo— de cómo era la vida diaria de un labrador en algunas partes de Inglaterra hasta encargarme de suplir al Rector en sus tareas. Jamás había visto tanta miseria como en aquellas chozas. Nunca había conocido a gente que soportase su paupérrima existencia con tan noble paciencia. Los mártires de antaño, esos sí que sabían aguantar, y morir. No obstante, me preguntaba si supieron aguantar y vivir como aquellos mártires que conocí; vivir semana tras semana, mes tras mes, año tras año, en la antesala de la muerte; vivir, y ver a sus desmedrados hijos crecer, trabajar y padecer hambre; vivir, y depender de la caridad de la parroquia, agotados por el hambre y el trabajo. ¿Dios hizo el mundo para cubrirlo con tanta miseria? Si pienso en aquellas personas, si hablo de ellas, se me humedecen los ojos.

Inclinó la cabeza sobre el pecho. Esperó, tratando de dominar su emoción, antes de seguir hablando. Ahora, por fin, Mercy lo reconocía. Efectivamente, este era el hombre que había esperado ver. Sin darse cuenta, ella lo escuchaba con la mirada fija en su rostro, con el corazón pendiente de sus palabras, como aquel día lejano en que lo escuchó por primera vez.

—Hice todo lo que pude por aquella pobre gente —continuo—. Hablé con los propietarios en su beneficio. «Esta gente sufrida se conforma con muy poquito», les dije, «en nombre de Dios, dadles lo suficiente como para seguir adelante». Pero la Economía política puso el grito en el cielo; la Ley de la oferta y la demanda hizo oídos sordos. Aquellos sueldos de hambre eran los que les correspondían, me decían. ¿Y por qué? Porque el campesino tenía la obligación de aceptar su sino. Yo replicaba, dentro de lo posible, que un hombre tiene derecho a superar sus condiciones de vida.

Acudí a mis recursos personales —escribí a algunos amigos— y envié a unos cuantos pobres a otras partes de Inglaterra donde estaba seguro de que les pagarían mejor. Provoqué una pequeña guerra, y por eso me obligaron a marchar. Sea como sea... tengo la intención de continuar mi labor. Tengo relaciones en Londres; puedo hacer colectas. Las viles leyes de la oferta y la demanda ya no inspirarán miedo en esa parte del país, y la inmisericorde Economía política se verá obligada a invertir dinero en los pobres, es una verdad como que yo soy Julian Gray y me llaman radical, comunista e incendiario.

Se levantó —disculpándose por el carácter vehemente de su discurso— y se paseó por la habitación. Contagiada por su ardor, Mercy lo siguió. Tenía preparado su donativo cuando él se volvió y la miró de frente.

—Por favor, quiero ofrecerle lo poco que tengo dijo ella con ilusión.

El rostro pálido de Julian Gray se iluminó al ver aquel rostro hermoso y compasivo suplicándole que aceptara su óbolo.

—¡No, no! —dijo él, sonriendo— aunque sea clérigo no voy pidiendo dinero por doquier.

Pero Mercy quería que él lo aceptara. El singular sentido del humor de él brilló en sus ojos al apartarse vivazmente.

—¡No nos dejes caer en la tentación! —exclamó—. No hay nada tan tentador para un pastor como un óbolo.

Insensible al desánimo, Mercy insistió y lo consiguió; comprobó así lo cierto de las reflexiones acerca de la flaqueza clerical para con las donaciones.

—Los caminos de Dios son incomprensibles para nosotros —observó Julian Gray—. Gracias por el buen ejemplo que da. Gracias por la ayuda. ¿Qué nombre pondré en la lista?

Mercy, confusa, apartó la vista.

—No ponga nombre —dijo ella en voz baja—. Mi contribución será anónima.

Mientras contestaba se abrió la puerta de la biblioteca. Para su alivio —y para decepción de Julian Gray—, Lady Janet Roy y Horace Holmcroft entraron en la habitación.

—¡Julian! —exclamó Lady Janet lanzando sus brazos al aire.

Julian Gray le dio un beso en la mejilla.

—Hoy está usted encantadora.

Le tendió la mano a Horace. Éste se la estrechó y se situó junto a Mercy. Ambos salieron de la habitación. Julian vio la oportunidad de hablar en privado con su tía.

—Entré por el invernadero —dijo él—, y me encontré con esa señorita. ¿Quién es?

—¿Te interesa? —preguntó Lady Janet, con su habitual ironía.

Julian contestó con vehemencia.

—¡Mucho!

Lady Janet llamó a Mercy para que les hiciera compañía.

—Hija mía —dijo Lady Janet—, te presento a mi sobrino. Julian, esta es Miss Grace Roseberry.

Al oír su nombre, Julian Gray se sobresaltó, como si se hubiera llevado una sorpresa.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella con desconfianza.

—Nada —contestó él, inclinándose ante Mercy. Pero su aspecto denotaba preocupación.

Ella le devolvió el gesto de cortesía un poco incómoda. Había notado cómo él se estremecía al oír el nombre por el cual Lady Janet la conocía. Esto significaba algo. ¿Pero qué? ¿Por qué se apartó, y le dirigió la palabra a Horace con una mirada perturbada, como si sus pensamientos no correspondieran a sus palabras? Julian había sufrido una transformación desde el momento en que oyó aquel nombre que no era su nombre; ¡el nombre robado!

Lady Janet reclamó la atención de su sobrino, y liberó así a Horace para que éste volviera al lado de Mercy.

—Tienes la habitación preparada. Te quedarás algún tiempo, ¿verdad?

Julian aceptó la invitación con aire preocupado. En lugar de mirar a su tía, al contestar, buscó con curiosidad los ojos de Mercy. Lady Janet, indignada, le dio una palmadita en el hombro.

—Me gusta que cuando la gente me hable me mire a la cara —dijo ella—. ¿Por qué tienes la vista clavada en mi hija adoptiva?

—¿Su hija adoptiva? —repitió Julian, mirando esta vez a su tía con gravedad.

—Por supuesto. Por ser la hija del coronel Roseberry, ella también pertenece a la familia. ¿O acaso crees que es una expósita?

La cara de Julian se iluminó; parecía otro.

—Había olvidado al coronel —contestó—. Claro que pertenece a nuestra familia.

—Me alegro. Espero haberte convencido de que Grace no es ninguna impostora —dijo Lady Janet con sarcasmo.

Cogió del brazo a su sobrino y lo llevó fuera del alcance del oído de Horace y Mercy.

—En cuanto a tu carta —prosiguió—, hay una frase que me llamó mucho la atención. ¿Quién es la mujer misteriosa que me quieres presentar?

Julian se demudó.

—No se lo puedo decir ahora —susurró.

—¿Por qué no?

Para gran sorpresa de Lady Janet, Julian, en lugar de contestar, miró de soslayo a su hija adoptiva.

—¿Qué tiene ella que ver con esto? —preguntó la anciana, cuya paciencia llegaba a su fin.

—Me es imposible contárselo —contestó él con gravedad—, mientras Miss Roseberry esté en esta habitación.



## CAPITULO IX

### *Noticias de Mannheim*

Llegados a este extremo, la curiosidad de Lady Janet ya no tenía límites. Cuando revelaba su ansia por saber quién era aquella persona mencionada en la carta, Julian había dirigido la vista hacia su hija adoptiva. Después de preguntarle qué relación había entre Mercy y su pregunta, él había contestado que le era imposible hablar en presencia de Miss Roseberry. ¿Qué sucedía? Lady Janet decidió cortar por lo sano.

—¡Odio los misterios! Tener secretos es una forma de ser maleducado. Las personas como nosotros no van cuchicheando por los rincones. Si realmente quieres que estemos a solas, vayamos a la biblioteca. ¡Sígueme!

Fue tras su tía a regañadientes, pues sentía vergüenza de que ella le llamara la atención en público. Lady Janet se sentó en una silla, preparada para el interrogatorio, cuando apareció un impedimento al otro extremo de la biblioteca: un criado con un mensaje. Uno de los vecinos de Lady Janet la llamaba para asistir a la reunión de algún comité que se celebraba aquel día. El sirviente la informó de que la vecina — una dama anciana— la esperaba fuera, en su carruaje.

Sin dudar un momento, la despierta imaginación de Lady Janet se hizo cargo de la situación. Le comunicó al sirviente que dejara pasar a la dama al salón, y que la informara de que ella debía atender un compromiso, pero que Miss Roseberry saldría inmediatamente a su encuentro. Después se dirigió a Julian y le dijo, irónicamente y con énfasis:

—Quizá será mejor que Miss Roseberry no sólo no esté en la habitación, sino que ni siquiera esté en la casa.

—Quizá será mejor que no esté en casa... —contestó Julian con gravedad.

Lady Janet volvió al comedor.

—Querida Grace —dijo—, me pareció ver que tenías mal aspecto cuando te sorprendí durmiendo en el sofá, hace un rato. Creo que te sentaría bien un paseo. Nuestra vecina ha venido a recogerme para ir a la reunión del comité. He mandado decir que estaba muy ocupada, y te agradecería que fueras en mi lugar.

Mercy la miró un poco sobresaltada.

—¿Se refiere a la reunión del comité del Albergue Samaritano de los Convalecientes? Creo que sus miembros decidirán hoy qué plan adoptar para la nueva sede. ¿Cómo quiere que vote en su lugar?

—Da igual cómo votes, igual que da igual cómo vote yo —contestó la anciana—. La Arquitectura es un arte perdido. Tú no entiendes de Arquitectura; yo tampoco; ni siquiera los propios arquitectos entienden. Cualquier plan no es ni mejor ni peor que los otros. Vota, como yo lo haría, con la mayoría. O, como decía el pobre Dr.

Johnson: «Arrímate a los más fuertes». ¡Andando!, no hagas esperar al comité.

Horace se apresuró a abrirle la puerta a Mercy.

—¿Cuánto vas a tardar? —le susurró al oído—. Tenía mil cosas que contarte. Cuando nos interrumpieron.

—Volveré dentro de una hora.

—Bien. Tendremos el salón a nuestra disposición. Te esperaré aquí.

Mercy le apretó la mano de modo significativo y partió. Lady Janet se giró hacia Julian, quien había permanecido hasta ahora en el fondo de la estancia, callado, sin opinar y dispuesto en todo momento a hablar con su tía.

—Bien —dijo ella—. ¿A qué esperas? Grace ha salido; ¿por qué no empiezas? ¿Te molesta Horace?

—En absoluto. Me siento un poco violento.

—¿Por qué?

—Siento haber tenido que incomodar a esa encantadora criatura con mi petición de que se fuera.

De pronto, Horace intervino, rojo de ira.

—Cuando hablas de «encantadora criatura» —observó con acritud—, supongo que te refieres a Miss Roseberry.

—Por supuesto —contestó Julian—. ¿Por qué?

Intervino Lady Janet.

—Julian —dijo ella—. Hasta ahora, tú sólo sabes de Grace que es mi hija adoptiva...

—Y ya es hora de que se diga que también es mi futura esposa —añadió Horace con altivez.

Julian miró a Horace como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡Tu esposa! —exclamó en un arranque incontrolable, mitad desilusión, mitad sorpresa.

—Sí, mi esposa —respondió Horace—. Nos casaremos dentro de quince días. Permíteme la pregunta —añadió con falsa humildad—: ¿desapruebas el matrimonio?

Lady Janet intervino otra vez.

—¡No digas tonterías, Horace! —dijo ella—. Julian te felicitará, por supuesto.

Julian, de forma fría y distraída, coreó sus palabras.

—Sin duda, enhorabuena, desde luego.

Lady Janet volvió al motivo principal de la entrevista.

—Bueno, ya que hemos disipado cualquier duda al respecto, hablemos, pues, de la señorita que hemos olvidado en nuestra conversación de hace dos minutos. Me refiero, Julian, a la misteriosa dama de tu carta. Somos de confianza. Descórrenos por fin el velo, querido sobrino, ¡que no quede nada en el tintero! Ruborízate, si es menester... ¿Es ella la futura Mrs. Julian Gray?

—Ella es una extraña para mí —respondió Julian con tranquilidad.

—¿Extraña? Me decías en la carta que te interesabas en ella.

—Me interesa. Y es más: también debe interesaros a vosotros.

Con impaciencia, Lady Janet tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Te tengo dicho, Julian, que odio los misterios. Explícate de una vez por todas.

Antes de que pudiera hacerlo, Horace se levantó de la silla.

—Quizá estorbo... —dijo.

Julian le indicó que se sentara.

—Ya le he dicho a Lady Janet que no molestas —contestó—. Como futuro esposo de Miss Roseberry, te interesará lo que tengo que contar.

Horace se sentó con un gesto de sorpresa y desconfianza. Julian se dirigió a Lady Janet.

—Usted me ha oído hablar —empezó— de un viejo amigo mío, instalado en el extranjero.

—Sí. El cónsul de Inglaterra en Mannheim.

—El mismo. Al volver a casa encontré, entre muchas otras, una larga carta del cónsul. La he traído, y propongo leeros algunos pasajes, pues relata una historia muy rara de forma más sencilla y coherente de lo que yo podría contar con mis propias palabras.

—¿Hay para mucho? —preguntó Lady Janet, sofocada, al ver que su sobrino desplegaba varias hojas de letra menuda. Horace la secundó con otra pregunta:

—¿Estás seguro de que el tema me concierne? No conozco al cónsul de Mannheim.

—Veamos —contestó Julian con gravedad—, ni tú ni mi tía perderéis el tiempo inútilmente si tenéis la bondad de escucharme.

Dicho esto, Julian empezó a leer un párrafo de la carta del cónsul.

*Tengo una pésima memoria para recordar fechas. Pero hace ya más de tres meses que recibí un informe sobre una paciente inglesa, hospitalizada aquí, cuyo caso, dado que soy el cónsul británico, tenía interés en investigar. Así que fui enseguida al hospital.*

*La paciente era una mujer joven y, en otras circunstancias, creo que podría calificarse de muy bella. Cuando la vi por primera vez, me pareció —aunque soy lego en esa materia— que estaba muerta. Vi que tenía la cabeza envuelta en vendas, y pregunté la causa de su herida. Me respondieron que la pobre se había visto envuelta, nadie sabe cómo ni por qué, en un combate nocturno entre alemanes y franceses, y la herida en la cabeza se debía a una esquirla de granada alemana.*

Horace, que hasta ese momento había permanecido atrincherado en su silla, se

levantó de repente y exclamó:

—¡Por Dios! ¿Será la mujer que vi muerta en la casa de la frontera?

—No lo sé —replicó Julian—. Sigamos leyendo, quizá el resto de la carta nos aclare las dudas.

*La herida había sido considerada muerta y, con la retirada de los franceses, abandonada a su suerte, cuando las fuerzas alemanas ocuparon las líneas enemigas. Los alemanes la encontraron sobre la cama, en el cuartel general del jefe del hospital de campaña alemán...*

—¡Ignatius Wetzel! —gritó Horace.

—Ignatius Wetzel —repitió Julian, con los ojos puestos en la carta.

—Es el mismo —dijo Horace—. Lady Janet, esta historia realmente nos interesa. ¿Recuerda cómo Grace y yo nos conocimos? Sin duda, Grace le habrá contado más al respecto...

—Ella no desea hablar de aquella parte de su viaje —contestó Lady Janet—. Me contó que se detuvo en la frontera y que se encontró por casualidad con una joven inglesa. Naturalmente le hice preguntas al respecto, y me alarmó oír que presencié cómo murió esa mujer allí mismo, a sus pies, debido a una granada alemana. Desde entonces ni a ella ni a mí nos gusta remover viejos recuerdos. Tenías razón, Julian, al no querer hablar de esto en su presencia. Ahora lo voy entendiendo: Grace, supongo, además de mencionar su propio nombre también le debió mencionar el mío a su compañera de viaje. Ahora esta mujer necesita ayuda, y la solicita a través de ti. La ayudaré, pero no quiero que venga a casa hasta que yo hable con Grace y la prepare para encontrarse con una mujer que supone muerta. Por lo demás, no veo ningún inconveniente en que se vean las caras.

—Pues no opino yo lo mismo —dijo Julian en voz baja, sin mirar a su tía.

—¿Qué estás insinuando? ¿Acaso no hemos aclarado ya el misterio?

—El misterio ni siquiera ha empezado a aclararse. Dejádme retomar la palabra de mi amigo el cónsul. Julian volvió a la carta.

*Tras un exhaustivo examen del supuesto cadáver, el médico alemán llegó a la conclusión de que era un caso de muerte aparente, diagnosticada erróneamente por las prisas de los franceses en su retirada. Empujado por un interés profesional, el cirujano alemán decidió operarla. La intervención fue un éxito. Una vez concluida, ella permaneció unos días al cuidado del propio médico, y después fue trasladada al hospital más próximo: el de Mannheim. Él tenía que regresar a sus obligaciones como médico militar, y dejó a la paciente en las condiciones en que yo la había encontrado, es decir, aparentemente muerta. Ni él ni el hospital conocían la*

*identidad de la dama. No se encontraron documentos. La única pista que los médicos me facilitaron, cuando les pregunté por los detalles, para ver si podía comunicarme con su familia, era el nombre bordado en su ropa. Salí del hospital después de apuntar el nombre en mi libreta. Ese nombre era Mercy Merrick.*

Lady Janet también sacó su libreta.

—Voy a apuntarlo —dijo—. Jamás lo he oído, y de otra manera lo olvidaría. Sigue, Julian.

Julian empezó a leer otro fragmento de la carta del cónsul.

*En estas circunstancias, solo me cabía esperar a que el hospital me comunicase que la paciente se había recuperado para poder hablar con ella. Pasaron semanas sin que recibiese noticias de los médicos. Un día me informé y me dijeron que la pobre tenía fiebre: oscilaba entre la postración y el delirio. En los momentos de delirio, se le escapaba con frecuencia el nombre de tu tía, Lady Janet Roy. Por lo demás, el resto de lo que trataba de decirle a las enfermeras que estaban junto a su cama era ininteligible. Varias veces estuve a punto de escribirte para que hablaras con Lady Janet. Pero como los médicos me decían que su situación se encontraba entre la vida y la muerte, decidí esperar hasta ver si realmente merecía la pena molestarte o no.*

—Francamente, Julian —dijo Lady Janet—, debo confesar que aún no sé muy bien por qué debe interesarme esta parte de la historia.

—Me ha quitado las palabras de la boca —añadió Horace—. Es una historia muy triste, sin duda. ¿Pero qué tiene que ver con nosotros?

—Permitidme que lea un tercer fragmento —respondió Julian—, y ya lo veréis... Seleccionó el párrafo y leyó lo que sigue:

*Por fin recibí noticias del hospital, informándome de que Mercy Merrick estaba fuera de peligro y en condiciones, aunque muy precarias, de responder a las preguntas que yo estimase oportunas. Para mi sorpresa, cuando llegué al hospital me rogaron que me entrevistase primero con el médico encargado del departamento. «Me parece conveniente», me dijo este caballero, «avisarle antes de que vea a la paciente, sobre cómo hay que hablarle, y no irritarla mostrando sorpresa o dudando de lo que nos diga. Aquí, entre los médicos, las opiniones están divididas. Algunos dudamos de si la mejoría de sus heridas físicas ha ido a la par de la de sus facultades mentales. Sin poder afirmar de forma explícita que está loca —es una dama completamente inofensiva y educada— somos no obstante de la opinión de que sufre de alguna alteración insana en su estado mental. Le ruego que tenga en cuenta lo*

que le acabo de contar; vaya y tómesese la libertad de opinar por usted mismo». Obedecí, perplejo y sorprendido. Al aproximarme a su cama, vi que la enferma tenía un aspecto triste, débil y cansado; pero, a mi modo de ver, parecía estar en posesión de todas sus facultades. Su forma de hablar y su compostura eran sin duda los de una dama. Tras presentarme, le aseguré que para mí sería un placer ayudarla, tanto profesional como personalmente. Me dirigí a ella por el nombre que había visto bordado en su ropa. Cuando dije «Miss Merrick », una expresión de rencor apareció en sus ojos. Exclamó con furia: «¡No me llame por ese nombre tan odioso! No es el mío. Todos insisten en que me llamo así. Y cuando me enfado, me enseñan la ropa. Diga lo que diga, insisten en que es mi ropa. Por favor, no cometa el mismo error si quiere que seamos amigos». Recordando lo que me había dicho el médico me disculpé y logré calmarla. Sin volver a mencionar aquel nombre, pregunté cuáles eran sus planes, y le aseguré que estaría a su disposición para lo que hiciera falta. «¿Y por qué tiene tanto interés en saber cuáles son mis planes?», preguntó con desconfianza. Le recordé que era el cónsul británico, y que mi deseo era ayudarla en todo lo posible. «Si realmente quiere serme útil», dijo con rencor, «busque a Mercy Merrick ». Vi aparecer otra vez la mirada de odio, y un color que revelaba su enfado recorrió sus pálidas mejillas. Sin aparentar sorpresa, le pregunté quién era Mercy Merrick. «Una mujer de la vida, según me contó ella misma », fue la breve respuesta. «¿Cómo puedo dar con ella? », fue mi siguiente pregunta. «Lleva un vestido negro, con la cruz de Ginebra en el hombro; es enfermera del hospital de campaña francés ». ¿Qué ha hecho? «No tengo documentación; no tengo ropa; Mercy Merrick lo tiene todo». ¿Cómo sabe que lo tiene Mercy Merrick? «¿Quién si no? Estoy segura, ella es la única que tuvo la oportunidad. ¿Usted me cree?» Se estaba emocionando; le aseguré que abriría una investigación para averiguar el paradero de Mercy Merrick. Satisfecha, se dio la vuelta en la almohada. «Usted es una buena persona», me dijo. «Vuelva cuando la haya encontrado.» Así fue mi primera entrevista con la paciente inglesa del hospital de Mannheim. No hace falta que te diga que dudé de la existencia de aquella enfermera desconocida. Sin embargo, sí era posible hacer algunas pesquisas: fui a hablar con el médico, Ignatius Wetzels, cuyo paradero conocían algunos amigos suyos de Mannheim. Le escribí, y recibí respuesta a vuelta de correo. Después del ataque nocturno de los alemanes, ellos ocuparon las líneas francesas, y él entró en la casa que utilizaba el equipo de la ambulancia francesa. Encontró a varios franceses heridos, abandonados, pero no vio a ninguna enfermera con uniforme negro y cruz roja en el hombro que cuidara de ellos. El único ser viviente en aquel lugar era una joven inglesa, vestida de una capa gris, que se encontraba de paso y que prosiguió su camino con el correspondiente de guerra de un periódico inglés.

—Esa era Grace —dijo Lady Janet.

—Y yo el corresponsal de guerra —añadió Horace.

—Dadme un poco más de vuestro tiempo —dijo Julian—, y entenderéis el motivo por el cual quiero que sepáis todo esto.

Volvió a la carta, por última vez, y siguió:

*En lugar de dirigirme personalmente al hospital, le comuniqué por carta mis intentos fallidos de localizar a la desconocida enfermera. Durante algún tiempo no volví a tener noticias de la enferma, a quien llamaré, por razones prácticas, Mercy Merrick. Pero ayer recibí una invitación para que visitara a la paciente. Se había recuperado lo bastante como para reclamar que la dieran de alta; tenía la intención de regresar sin dilación a Inglaterra. El médico estuvo de acuerdo y me hizo llamar. Era imposible retenerla alegando que no podía valerse por sí misma; no obstante, había diversidad de opiniones entre los médicos encargados de su caso. Optaron por informarme de la situación y dejar que yo decidiera. Cuando la vi por segunda vez, me pareció malhumorada y huraña. Me culpó abiertamente de haber fracasado en la búsqueda de la enfermera, reprochándome falta de interés en su persona. Yo, por mi parte, no tenía autorización para retenerla en el hospital. Me limité a preguntarle si tenía dinero para pagarse el viaje. Me contestó que el párroco del hospital había mencionado su desamparo durante la misa, y los residentes ingleses de la ciudad de Mannheim habían reunido una pequeña cantidad para hacer frente a los costes de viaje. Satisfecho, le pregunté si tenía amigos en Inglaterra a los que pudiera acudir. «Tengo una sola amistad», me contestó, «que también es mi anfitriona, Lady Janet Roy». No te puedes imaginar mi sorpresa cuando oí esto. Inútil seguir preguntando de qué conocía a tu tía, y si ésta realmente la aguardaba. Sin duda, mis preguntas la ofendían; es más: como respuesta, en general obtuvieron un silencio sepulcral. En estas condiciones, sabiendo que puedo confiar plenamente en tu bondad para con los desventurados, he decidido, no sin haberlo pensado mucho, asegurarme del bienestar de la pobre criatura cuando llegue a Londres dándole una carta para ti. Ya verás lo que cuenta, y así podrás juzgar mejor que yo si de verdad merece el cuidado de Lady Janet Roy. Una última consideración, que quizá sea importante, y con ella cierro esta carta larga y confusa. Cuando la vi por primera vez, me abstuve, tal como te he contado, de provocar su irritación haciendo preguntas sobre su nombre. En la segunda ocasión, sin embargo, me atreví a abordar el tema.*

Al leer estas últimas palabras, Julian se percató de un brusco movimiento de su tía. Lady Janet se había levantado de repente de la silla y había pasado por detrás de él para leer la carta del cónsul por encima del hombro de su sobrino. Julian se dio cuenta y pudo frustrar a tiempo el plan de Lady Janet, tapando las dos últimas frases

de la carta.

—¿Por qué no me dejas leerla? —preguntó Lady Janet con sequedad.

—Lady Janet, usted conocerá el final de la carta —contestó Julian—, pero antes quiero que se prepare para una gran sorpresa. Acomódese, y déjeme continuar con la lectura. Ponga atención hasta que revele las dos últimas palabras que cierran la carta de mi amigo.

Leyó entonces el final de la carta:

*Miré a la mujer con franqueza y le pregunté si seguía negando el nombre que llevaba bordado en la ropa que traía puesta cuando entró en el hospital. Es decir, si no era Mercy Merrick, ¿quién era entonces? Me respondió en el acto: Mi nombre es...*

Julian quitó la mano de la hoja. Lady Janet miró las dos siguientes palabras, y dio un respingo acompañado de un grito de estupefacción. Horace se levantó y se acercó:

—¡Vamos! ¡No te hagas esperar!

—... *Grace Roseberry* —leyó Julian.



## CAPÍTULO X

### *Un Cónclave de tres*

Horace se quedó paralizado, con los ojos en blanco, fijos en Lady Janet. Al recuperarse, sus primeras palabras fueron para Julian:

—¿Es una broma? —preguntó con dureza—. Porque si lo es, no le veo la gracia. Julian le mostró las hojas de la carta del cónsul.

—Este hombre no habla en broma —dijo—, y menos en una carta tan delicada como esta. La mujer le dio el nombre de Grace Roseberry, y cuando se fue de Mannheim se dirigió a Inglaterra con el firme propósito de ver a Lady Janet Roy.

Julian se volvió hacia su tía.

—De ahí mi sorpresa —continuó— al oír hace un rato el nombre de Grace Roseberry. Ahora entiende por qué.

Se dirigió a Horace.

—Te conté que, como futuro esposo de Miss Roseberry, debías estar presente. Ahora también sabes por qué.

—Esta mujer está completamente loca —dijo Lady Janet—. Pero es una clase de locura de la que no había oído hablar. Opino que, por ahora, hemos de ocultarle la historia a Grace.

—Por supuesto —pactó Horace—, Grace no debe saber nada de esto, y sobre todo ahora que está mal de salud. Deberíamos avisar a la servidumbre por si esa loca, sea quien sea, intenta entrar en esta casa.

—Ahora mismo me ocupo de ello —dijo Lady Janet—. Julian, haz el favor de llamar. Lo que me llama la atención es que en tu carta decías que tenías un interés especial en esta persona.

Julian contestó sin atender su petición de llamar a los criados.

—Pues ahora tengo más interés que nunca —dijo—, ya que Miss Roseberry está en Mablethorpe House.

—Siempre fuiste perverso, Julian, incluso de niño, con tus manías —intervino Lady Janet—. ¿Por qué no llamas?

—Por una razón muy sencilla, querida tía: no quiero que la servidumbre le cierre las puertas a esa pobre criatura.

Lo que Lady Janet captó de la mirada de su sobrino le revelaba que éste disfrutaba oponiéndose a su voluntad.

—¿No esperarás que reciba a esa mujer? —preguntó con frialdad.

—Espero que no se niegue a recibirla —respondió Julian, bajando la voz—. Ella se presentó en mi casa, pero yo no estaba. Tengo que conocer su versión, y me gustaría que usted estuviera presente. Cuando usted me escribió, dando su

conformidad para que se la presentase, le escribí inmediatamente, y fijamos una cita.

Lady Janet manifestó su protesta levantando sus ojos negros hacia los cupidos y guirnaldas tallados en el techo del comedor.

—¿Y cuándo tendré el honor de conocerla? —preguntó con irónica resignación.

—Hoy mismo —contestó su sobrino, con aire misterioso.

—¿A qué hora?

Julian consultó su reloj.

—Lleva diez minutos de retraso —comentó, guardándose en el bolsillo.

En ese momento apareció un sirviente y avanzó hacia Julian con una tarjeta de visita en una bandejita de plata.

—Una dama pregunta por usted, señor.

Julian cogió la tarjeta y, haciendo una reverencia, se la ofreció a Lady Janet.

—Aquí está —dijo en voz baja, como siempre.

Lady Janet examinó la tarjeta y la lanzó indignada hacia su sobrino.

—Miss Roseberry —exclamó—, eso dice la tarjeta, y en letras de molde. Eso es lo que pone. Pues mi paciencia también tiene un límite. ¡Me niego a recibirla!

El sirviente esperaba, no como lo haría un ser humano, interesándose en el curso de los acontecimientos, sino en la forma propia de un lacayo, como una pieza más del mobiliario, puesto ahí para ir o venir según la voluntad de los señores de la casa. Julian le habló, tratando al fiel autómatas de «James».

—¿Dónde está esa dama? —le preguntó.

—En la sala del desayuno, señor.

—Que se quede ahí un momento, por favor; y espera fuera hasta que te llamemos.

Las piernas del impávido criado se pusieron en marcha y salió de la habitación sin hacer ruido. Julian se dirigió a Lady Janet.

—Disculpe —dijo— que le dé órdenes a su servidumbre. Pero quiero que se decida enseguida.

—Debemos saber lo que quiere esta señora.

Horace no opinaba lo mismo.

—Es un insulto para Grace —estalló con pasión— recibir a esa loca.

Lady Janet asintió con la cabeza.

—Soy de la misma opinión —dijo, cruzando sus viejas manos, todavía bellas, en su regazo.

Julian optó por contestar primero a Horace.

—Disculpa —dijo—, no tengo intención de que se dude de Miss Roseberry; tampoco quiero implicarla indebidamente en este asunto. La carta del cónsul — prosiguió con Lady Janet—, hace mención, si usted bien recuerda, a que las autoridades médicas de Mannheim estaban divididas con el caso de esta paciente. Algunos —entre otros, el médico encargado del Departamento— piensan que sus

facultades mentales no se han recuperado a la par de sus heridas corporales.

—Dicho de otro modo —observó Lady Janet—, hay una loca en mi casa y tengo la obligación de recibirla.

—No exagere, por favor —dijo Julian con cortesía—. Con este delicado asunto la exageración no nos sirve de nada. El cónsul nos asegura, con el beneplácito del médico, que ella es inofensiva y educada. Si realmente es víctima de alguna alteración insana de su estado mental, la pobre sería digna de compasión, y de recibir el mejor trato posible. Pero su corazón, querida tía, no aprobaría cometer una injusticia con una mujer desamparada, dejada a la buena de Dios, sin averiguar primero acerca de su persona.

El sentido común de Lady Janet aprobó —aunque no fuese de forma entusiasta— la justicia y la bondad de estas palabras.

—Tienes razón, Julian —dijo ella, cambiando, incómoda, de postura en la silla; y mirando a Horace añadió—. ¿No te parece?

—Pues, no sabría decirlo —respondió Horace, en el tono propio de un hombre capaz de poner a prueba su obstinación cada vez que tiene la ocasión de hacerlo.

Julian estaba dispuesto a luchar contra la obstinación de Horace.

—De todas formas —prosiguió, conservando el buen humor—, nos interesa arreglar este asunto cuanto antes. Lo digo sinceramente, Lady Janet, ¿acaso no nos hemos de felicitar por la oportunidad que nos brinda este momento? Miss Roseberry no sólo está fuera de esta habitación, sino también de la casa. Si dejamos escaparla, ¿quien nos asegura que más adelante no puede pasar algo catastrófico?

—Que entre esa señora —decidió Lady Janet, irritada por la conmoción que sentía—. Julian, quiero que llames ahora mismo, antes de que pueda volver Grace.

Esta vez Julian obedeció y llamó.

—¿Me permite que le dé la orden al sirviente? —le preguntó respetuosamente a Lady Janet.

—Llámalo y dispón según te parezca —respondió la anciana, irritada; se levantó con energía y, para calmar sus nervios, empezó a pasear arriba y abajo.

El criado desapareció con la orden de dejar pasar a la visita. Simultáneamente Horace cruzó la sala, con la intención de abandonarla por la puerta del otro extremo.

—No te vayas —exclamó Lady Janet.

—No veo por qué tengo que quedarme —contestó Horace, de mala gana.

—Ese es mi deseo, así que quédate —dijo Lady Janet.

—Desde luego, si así lo quiere. Recuerde solamente —añadió, con más obstinación que nunca— que no comparto el punto de vista de Julian. Yo creo que esta mujer no tiene derecho a estar aquí.

A Julian, por vez primera, se le escapó un gesto de irritación.

—No seas torpe, Horace —dijo con severidad—. Cualquier mujer tiene derecho a

estar aquí.

En el calor de la breve discusión se habían aproximado entre sí, dándole la espalda a la puerta de la biblioteca. Tras las últimas palabras de reproche, hubo algo que reclamó su atención: el sonido apenas audible de una puerta que se abría y se cerraba. Los tres volvieron la cabeza al mismo tiempo dirigiendo la mirada en la dirección de donde provenía aquel sonido.

## CAPÍTULO XI

### *La Muerta Viva*

En la puerta apareció la silueta de una mujer pequeña, ataviada pobremente con un vestido negro. Alzó en silencio su negro velo y dejó ver un rostro triste, pálido y cansado. Tenía la frente estrecha; los ojos muy separados entre sí; los rasgos inferiores de la cara muy delicados. En otras circunstancias —como había dicho el cónsul—, esta mujer debía mostrar, si no una belleza absoluta, sí por lo menos un atractivo muy singular. Su belleza había sido afectada por un sufrimiento hosco, silencioso y reprimido. Todavía podía llamar la atención o despertar curiosidad. Pero admiración o interés, ya no.

La negra figura menuda y delgada permanecía inmóvil en la puerta. Aquella cara hosca, cansada y pálida, miraba en silencio a las tres personas que estaban en la habitación. Lady Janet, Horace y Julian, por su parte, tampoco se movían, y miraban atónitos a la desconocida que permanecía en el umbral. Había algo, ya en la propia mujer, ya en la forma brusca y extraña de presentarse en escena, que congeló, como si hubieran recibido la caricia de una fría mano invisible, la compasión de los tres. Gente de mundo, habituados a desenvolverse con naturalidad en cualquier compromiso social, enmudecieron por primera vez en sus vidas, y sintieron una extraña inhibición —que no habían sentido desde la niñez— al verse frente a esta mujer desconocida.

¿Acaso la aparición de la verdadera Grace Roseberry levantaba sospechas sobre la mujer que le había robado el nombre y había ocupado su lugar en aquella casa?

Pero la causa del malestar que sentían y de la ausencia de la habitual cortesía y lucidez de Lady Janet, Horace y Julian no se debía a las sospechas suscitadas contra Mercy. Para todos ellos era inadmisibles dudar de la identidad de la hija adoptiva de Mablethorpe House, así como para ti —desocupado lector que lees con atención estas líneas sería inverosímil dudar del pariente más íntimo. Las circunstancias habían fortalecido la posición de Mercy, pues quien actúa primero siempre lleva ventaja. Lady Janet sintió de repente escalofríos, sin saber por qué. Julian y Horace también los sintieron sin poderse explicar la causa. Si en ese momento les hubieran pedido que describieran sus sentimientos, los tres habrían balbuceado palabras de estupor. Con la aparición de la dama vestida de negro había penetrado en Mablethorpe House un vago presentimiento de infortunio. Pero avanzaba sin ser visto, y hablaba, como todos los presentimientos, en una lengua desconocida.

Pasó un momento. El chisporroteo del fuego y el tic tac del reloj eran lo único que se oía en la habitación. La voz de la mujer —fuerte, clara y pausada— rompió el silencio.

—¿Mr. Julian Gray? —dijo, pasando la mirada interrogativa de un caballero a otro.

Julian avanzó unos pasos, recobrando su compostura habitual.

—Siento no haber estado en casa —dijo— cuando llegó usted con la carta del cónsul. Siéntese, por favor.

Para dar ejemplo, Lady Janet tomó asiento, mientras Horace permaneció de pie, a su lado. Antes de sentarse, ella le hizo una inclinación con extraña cortesía a la desconocida, aunque sin pronunciar palabra alguna. «Debo oír lo que tiene que decir», pensaba la anciana. «Pero no tengo la obligación de hablar con ella. Eso le corresponde a Julian, no a mí».

—Horace, no te quedes de pie. Me pones nerviosa. Siéntate —dijo, irritada, y volvió al silencio.

Lady Janet dobló sus venosas manos, como solía, y esperó a que empezara el procedimiento, como un juez en el estrado.

—Siéntese, por favor —repitió Julian, observando que la dama apenas había hecho caso a sus palabras de bienvenida.

Tras la segunda súplica, ella le habló:

—¿Ella es Lady Janet Roy? —preguntó, con los ojos puestos en la anciana.

Julian contestó y se apartó para observar su reacción. La dama vestida de negro cambió por primera vez de talante. Se dirigió sin prisa a Lady Janet, y le habló con respeto y corrección. Su conducta, desde el momento en que apareció por la puerta, delataba su confianza en que el recibimiento que se le daría sería el adecuado.

—Una de las últimas cosas que me contó mi difunto padre en su lecho de muerte, señora —empezó ella—, fue que en su persona encontraría protección y bondad.

Lady Janet guardaba silencio. Escuchaba con suma atención. Y esperaba ansiosa el resto del relato. Grace Roseberry retrocedió un paso, no intimidada, sino mortificada y sorprendida.

—¿Se equivocó mi padre? —preguntó con tanta dignidad en el tono y en los gestos que Lady Janet se vio obligada a abandonar su política de mantenerse en silencio, muy a pesar suyo.

—¿Quién era su padre? —preguntó Lady Janet con frialdad.

Grace Roseberry, sorprendida, respondió a la pregunta.

—¿El criado no le ha dado mi tarjeta de visita? ¿No sabe cual es mi nombre?

—¿Cuál de los dos? —replicó Lady Janet.

—No la entiendo.

—Me explicaré. Usted me ha preguntado si sabía su nombre. Yo, a mi vez, le pregunto cuál de los dos. El que está en su tarjeta, Miss Roseberry. O el de su ropa en el hospital de Mannheim, Mercy Merrick.

Por primera vez desde que entró en el comedor, Grace pareció venirse abajo. Se

giró y miró con humildad a Julian, que hasta ahora había permanecido en silencio, siguiendo con interés la conversación.

—Estoy segura de que su amigo el cónsul —dijo ella— le habrá contado algo sobre el nombre que estaba bordado en mi ropa.

La vacilación y la timidez que había mostrado en el encuentro con Mercy, en la casa francesa, reaparecieron ahora, mientras hablaba, en su tono y en sus gestos. Los cambios —casi todos para mal— que había sufrido desde entonces desaparecieron en ese momento. Los últimos rastros de bondad y humildad de su carácter se manifestaron en la breve súplica que le había hecho a Julian. A decir verdad, hasta unos momentos antes él había sentido repulsión por ella, pero en ese momento empezó a sentir cierto interés no exento de compasión.

—Efectivamente, el cónsul me ha escrito lo que usted le contó —contestó con amabilidad—. Pero si me permite un consejo, cuénteles la historia a Lady Janet con sus propias palabras.

Grace se volvió con sumisa desgana hacia Lady Janet.

—La ropa a la cual se refiere —dijo ella— pertenece a otra mujer. Llovía a cántaros cuando los soldados me detuvieron en la frontera. Tuve que esperar horas bajo la lluvia; me calé hasta los huesos. La ropa con el nombre «Mercy Merrick» bordado era la que Mercy Merrick me prestó mientras se secaba la mía. La granada me hirió cuando aún llevaba esa ropa. Y con ella fui trasladada al hospital, sin sentido, después de la operación.

Lady Janet se limitaba a escuchar con atención. Se volvió en dirección a Horace y le dijo en tono confidencial, con su habitual ironía:

—Trae su historia bien preparada.

Horace contestó del mismo modo.

—Demasiado bien.

Grace los miró con perplejidad. Por vez primera sus mejillas enrojecieron.

—¿Debo entender que no me creen? —preguntó, no sin dejar traslucir su orgullo.

Lady Janet se mantuvo fiel a su política de silencio. Movi6 la mano con cortesía en dirección a Julian, como diciendo, «diríjase al caballero que la ha presentado en esta casa». Julian, que recogió el gesto y observó cómo Grace enrojecía, intervino con firmeza en beneficio de la continuidad de la conversación.

—Lady Janet preguntaba quién es su padre.

—Mi padre era el difunto coronel Roseberry.

Lady Janet le envió una mirada llena de indignación a Horace.

—Su desfachatez me asombra.

Julian intervino antes de que Lady Janet pudiera añadir algo más.

—Por favor, deje que termine su relato —dijo en tono suplicante, pero con acento imperativo. Se volvió hacia Grace—. ¿Puede presentarnos alguna prueba —añadió

con gentileza— de que es la hija del difunto coronel Roseberry.

Grace lo miró con indignación.

—¿Pruebas? —exclamó—. ¿No le basta mi palabra?

Julian guardó la compostura.

—Disculpe —continuó—, olvida que esta es la primera vez que usted y Lady Janet se ven. Trate de ponerse en el lugar de mi tía. ¿Cómo puede saber ella que usted es la hija del coronel Roseberry?

Grace inclinó la cabeza y se dejó caer en una silla cercana. La expresión de su cara pasó de la ira al desaliento.

—¡Ay! —suspiró con amargura—. ¡Si aún tuviera las cartas de presentación que me han robado!

—¿Cartas de presentación para Lady Janet? —preguntó Julian.

—Sí.

Ella se giró de repente hacia la anciana.

—Permítame que le cuente cómo las perdí —suplicó.

Lady Janet dudó. Su generosidad natural le impedía resistirse a aquella súplica. Pero no era tan fácil conseguir la comprensión de Horace. Lanzó otra descarga sarcástica, tratando de conseguir la complicidad de Lady Janet.

—¡Otra explicación! —prorrumpió, con cómica resignación.

Julian pasó por alto estas palabras. Sus ojos brillantes se fijaron en Horace con una mirada de desaprobación.

—Por lo menos —dijo severamente— podrías intentar no irritarla. ¡Resulta tan fácil!

Julian se dirigió a Grace, animándola a sortear aquella difícil situación.

—No se preocupe. Además de la carta, ¿conoce a alguien en Londres que pueda corroborar su identidad?

Grace negó con tristeza.

—No tengo amigos en Londres —dijo.

A Lady Janet —que jamás había oído de alguien que no tuviera amigos en Londres— no le pasó por alto la observación.

—¿No tiene amigos en Londres? —dijo, volviéndose hacia Horace.

Horace lanzó otro dardo de sarcasmo.

—¡Por supuesto que no los tiene!

Grace observaba, cómo hacían comentarios entre ellos.

—Mis amigos viven en Canada —estalló con ímpetu—. ¡Ellos hablarían en mi favor si pudiera hacer que vinieran!

En plena capital del Imperio Británico, el nombre de Canada, seamos honestos, no era muy de fiar como referencia, debido a la distancia. Horace volvió a la carga.

—Eso queda bastante lejos, la verdad.



Una vez más tuvo que intervenir Julian en defensa de la pobre desconocida, que había sido confiada a su cuidado.

—Tenga un poco de paciencia, Lady Janet —rogó—. Un poco de consideración con una mujer que está sola, Horace.

—Gracias señor —dijo Grace—, es muy amable intentando ayudarme; mas es inútil. No quieren escucharme.

Quiso levantarse de la silla. Pero Julian la detuvo con gentileza, poniéndole la mano en el hombro y obligándola a permanecer sentada.

—Yo sí estoy dispuesto a escuchar. Se ha referido a la carta del cónsul. Él me escribe que sospechaba de alguien que le robó su documentación y la ropa.

—No lo sospecho —fue la respuesta inmediata—: lo aseguro. Y digo que Mercy Merrick es la ladrona. Era la única persona que sabía lo de la carta de presentación. Ella me confesó que había sido una mujer pública, que estuvo en prisión, que acababa de salir de un albergue.

Julian la detuvo con una pregunta muy sencilla, que sin embargo lanzó una sombra de duda sobre su historia.

—Dice el cónsul que usted le pidió que localizase a Mercy Merrick. ¿No es verdad que estuvo investigando y que no encontró ni el menor indicio de esa persona?

—El cónsul no se molestó en buscarla —respondió Grace con enfado—. Él, como los otros, conspiraron para menospreciarme y dar una idea equivocada de mí.

Lady Janet y Horace intercambiaron sus miradas. Esta vez, Julian no podía reprenderlos. Conforme avanzaba el relato de la desconocida, menos dignas de atención resultaban sus palabras. Cuanto más hablaba, más ventaja le daba a la joven ausente, cuyo nombre insistía en apropiarse con obstinación y desfachatez.

—Supongamos que dice la verdad —continuó Julian, en un último y paciente intento—, ¿para qué le servirían a Mercy Merrick sus cartas y su ropa?

—¿Que para qué? —preguntó Grace, sorprendida de que él pudiera estar tan ciego—. Mi ropa llevaba mi nombre.

—Uno de los papeles que me robó era la carta de presentación de mi padre para Lady Janet. Una mujer salida de un albergue es capaz incluso de presentarse en esta casa en mi lugar.

La última frase, dicha sin prueba alguna que la apoyase, tuvo un efecto devastador. Lady Janet no podía tolerar aquella ultrajante crítica a su hija adoptiva. Se levantó instantáneamente.

—Dame el brazo, Horace —dijo, dispuesta a salir de la habitación—. Ya he oído bastante.

Horace le ofreció el brazo respetuosamente.

—Tiene usted razón —contestó—. Jamás he escuchado historia tan monstruosa

como esta.

En el paroxismo de su indignación, Horace hablaba tan alto que Grace lo oyó.

—¿Qué tiene de monstruosa? —preguntó ella desafiante, avanzando un paso hacia él.

Julian la contuvo. El también se había indignado —aunque apenas conocía a Mercy— con las injurias dirigidas a aquella hermosa criatura que le había llamado la atención desde el primer momento que la vio.

—¡Silencio! —intervino, dirigiéndose por primera vez con severidad a Grace—. Está ofendiendo a Lady Janet. Además de barbaridades, sus palabras sobre una mujer que supuestamente estaría aquí ocupando su lugar son una ofensa. No sabe lo que dice.

A Grace se le encendió la sangre. Herida por la increpación de Julian, se volvió hacia él y le lanzó una mirada colérica.

—¿Y usted es un hombre de la iglesia? ¿Un hombre cultivado? —preguntó—. ¿Nunca ha leído en periódicos, o en revistas, o en libros que hay casos de personas que han tomado el nombre de otras? Yo confiaba plenamente en Mercy Merrick antes de conocer su verdadero carácter. Ella abandonó la casa, lo sé por el médico que me salvó la vida, convencida de que la granada me había matado. Al mismo tiempo desaparecieron mis papeles y mi ropa. ¿No le parece sospechosa semejante coincidencia? Hubo gente en el hospital que me avisó de que quizá encontraría una impostora en mi lugar.

Se calló repentinamente. El susurro de un vestido de seda atrajo su oído. Lady Janet salía de la sala, con Horace, a través del invernadero. Con un último y desesperado esfuerzo, Grace saltó hacia adelante y se puso delante de ellos.

—Una última palabra, Lady Janet, antes de que me dé la espalda —dijo con decisión—. Dígame una última cosa y quedaré satisfecha. ¿Le ha llegado la carta del coronel Roseberry? Y si ha sido así, ¿la ha traído una mujer?

Lady Janet la miró como solamente puede mirar una gran dama cuando una persona de rango inferior le falta al respeto.

—¿No se da cuenta —dijo con frialdad— de que me está insultando?

—¡Y también está insultando a Grace! —dijo Horace con pasión.

La decidida figura negra, que seguía obstaculizándoles el paso, se estremeció. Sus ojos miraban alternativamente a Lady Janet y a Horace iluminados por una nueva sospecha.

—¿Grace? —preguntó— ¡Qué Grace! Grace soy yo. Lady Janet, ¡usted ha recibido la carta! ¡Esta mujer está aquí!

Lady Janet se soltó del brazo de Horace y retrocedió hasta donde estaba su sobrino.

—Julian —dijo—. Me veo obligada, por vez primera, a recordarte el respeto que

se me debe en mi propia casa. ¡Echa a esta mujer de aquí!

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se cogió del brazo de Horace.

—Apártese, por favor —le dijo con serenidad a Grace.

Grace permaneció firme.

—Esa mujer está aquí —repitió—. Exijo verla, y después écheme, si así lo quiere usted.

Julian avanzó y la sujetó por el brazo.

—Le está faltando al respeto a Lady Janet —dijo, apartándola de enmedio.

—Está haciendo el ridículo.

En un esfuerzo desesperado, logró soltarse del brazo de Julian y alcanzó a detener a Lady Janet en el umbral de la puerta del invernadero.

—¡Justicia! —gritó, agitando el puño en un arrebato histérico—. ¡Exijo el derecho de ver a esa mujer! ¿Dónde está? ¡Quiero verla!

Al mismo tiempo que los gritos, se oyó el chirrido de las ruedas de un carruaje que se acercaba a Mablethorpe House. En la confusión del momento, el sonido de las ruedas, seguido por el de la puerta de la casa al abrirse, pasó inadvertido para las personas del comedor. Horace alzaba la voz con rabia en protesta por los insultos hechos a Lady Janet. Ésta, a su vez, liberada de nuevo del brazo de Horace, agitaba con vehemencia la campanilla llamando a la servidumbre. Julian había vuelto a agarrar a la enfurecida mujer por el brazo y trataba de calmarla en vano... cuando se abrió silenciosamente la puerta de la biblioteca y una joven con capa y sombrero, Mercy Merrick, fiel a la cita que tenía con Horace, entró en la habitación.

La primera en descubrir su presencia fue Grace Roseberry. Se soltó con violencia de las garras de Julian y apuntó a la puerta de la biblioteca.

—¡Ah! —gritó con un chillido de placer vengativo—. ¡Ahí está!

Mercy, tras el grito que inundaba la habitación, vio el rostro con vida de la mujer cuya identidad había robado, cuyo cuerpo había dejado en brazos de la muerte. En el mismo momento en que hizo aquel terrible descubrimiento, con la mirada fija en los ojos furiosos que la habían descubierto, se desmayó y cayó al suelo.

## CAPÍTULO XII

### *Sale Julian Gray*

Julian era quien estaba más cerca de Mercy. Él fue el primero en llegar en su auxilio. El grito de alarma que dejó escapar el clérigo al ayudarla a levantarse, al ver la expresión de sus ojos y su cara asustada —pálida como la muerte— puso de manifiesto el interés y la admiración que esa mujer le inspiraba. A Horace no se le escapó este detalle. Se acercó a Julian asaltado por la sospecha; resentido por sus celos, le dijo al clérigo:

—Deja, déjame a mí.

Julian se resignó en silencio. Su rostro pálido enrojeció levemente al dejar pasar a Horace para que la llevara en sus brazos hasta el sofá. Clavó los ojos en el suelo; parecía pesarle el tono con el que Horace le había hablado. Después de haber desencadenado aquella calamidad en Mablethorpe House, se había vuelto insensible a lo que pasaba a su alrededor.

Una palmadita en el hombro lo distrajo de sus pensamientos. Se dio la vuelta. La mujer responsable de aquel embrollo, la desconocida pobremente vestida de negro se encontraba detrás de él. Apuntaba al cuerpo postrado mostrando una sonrisa despiadada.

—¿No quería pruebas? —dijo—. Pues ahí las tiene.

Horace la oyó. Se apartó del sofá y se acercó a Julian. Su rostro, normalmente sonrosado, estaba ahora pálido y furioso.

—¡Llévate a esta desgraciada! —gritó—. Ahora mismo, o no respondo de mí.

Aquellas palabras hicieron volver a Julian en sí. Miró en derredor. Lady Janet y el criado asistían a Mercy. Había algunos sirvientes, asustados, en la puerta de la biblioteca. Mercy se había ganado su cariño gracias a muchos detalles en los que les había mostrado su bondad y consideración. Uno de ellos se ofreció para ir a buscar al médico. Otro preguntaba si había que avisar a la policía. Un tercero —el sirviente que la había llevado en carruaje a la reunión benéfica— le aseguró a Julian que era obra del Destino que la joven hubiera vuelto en aquel preciso momento.

—En la reunión no se podían poner de acuerdo, señor —dijo el sirviente—, y el presidente aplazó la sesión. Si no hubiera sido por eso, quizá habiéramos tardado una hora más en volver.

No sin dificultades Julian trató de tranquilizar a la angustiada y confusa servidumbre. Una vez lo hubo hecho, tomó a Grace de la mano y la condujo fuera de la habitación. Ella se resistía, y trató de soltarse. Julian apuntó al grupo que estaba alrededor del sofá y a los criados, que como un solo hombre permanecían en la entrada de la biblioteca.

—Ha convertido en enemigos suyos a cuantos están aquí —dijo—, y además no tiene ningún amigo en Londres. ¿También quiere que yo sea su enemigo?

Ella agachó la cabeza. Permaneció en silencio; esperaba obediente. Julian se llevó a Grace a la biblioteca. Antes de cerrar la puerta, se detuvo un momento y volvió la vista hacia el comedor.

—¿Ha vuelto en sí? —preguntó, después de dudar un momento.

—Todavía no —contestó la voz de Lady Janet.

—¿Voy a buscar a un médico?

Horace no quería que Julian interviniera en la recuperación de Mercy.

—Si hace falta que venga el médico, lo llamaré yo —dijo.

Julian cerró la puerta de la biblioteca. Soltó a Grace; le ofreció una silla mecánicamente. Ella tomó asiento, y callada y sorprendida siguió con los ojos cómo Julian se paseaba de un lado a otro de la habitación.

Por el momento, sus pensamientos estaban lejos de Grace y de lo sucedido en Mablethorpe House. Era inimaginable que un hombre tan perspicaz pudiera malinterpretar el comportamiento de Horace. Julian sopesaba con sinceridad sus sentimientos con respecto a Mercy: con seriedad y sin reservas, como era su costumbre. «Con sólo haberla visto una vez», pensaba él, «me ha impresionado de tal manera que hasta Horace se ha dado cuenta, incluso antes que yo mismo». Se detuvo irritado. Como hombre dedicado a la obra de Dios, le hería en su corazón descubrir que podría estar pecando de una extravagancia sentimental, es decir, de eso que llaman amor a primera vista.

Se detuvo frente a Grace. Molesta por su silencio, ella aprovechó la ocasión para dirigirse a él.

—He venido a esta casa como me pidió. ¿Me ayudará? ¿Puedo contar con usted?

Él la miró distraído. Tuvo que esforzarse para entender lo que le estaba diciendo.

—Me ha tratado con dureza —continuó Grace—. Pero también se ha comportado como un caballero: ha hecho todo lo posible para que me escucharan. Le pregunto, apelando a su bondad, ¿duda usted de que la mujer tumbada en el sofá en la habitación contigua es la impostora que ha usurpado mi lugar? ¿Acaso hay mejor prueba de que ella es en realidad Mercy Merrick? Usted mismo lo vio; ellos también lo presenciaron. ¡Se desmayó al verme!

Julian cruzó la habitación sin responder y agitó la campanilla. Cuando apareció el sirviente, le ordenó que fuera en busca de un carruaje. Grace se levantó de la silla.

—¿Para qué quiere el carruaje? —preguntó con desconfianza.

—Para usted y para mí —contestó Julian—. La acompañaré a su pensión.

—Me niego. Mi lugar está en esta casa. Ni Lady Janet ni usted pueden ignorar los hechos. Lo único que pedía era hablar con ella. ¿Y qué hizo al entrar en la habitación? ¡Se desmayó en cuanto me vio!

Recalcando su triunfo, ella posó los ojos en Julian con una mirada que decía: ¡A ver si puede responder a eso! Por compasión hacia ella, Julian respondió de inmediato.

—Veamos, usted da por sentado que una mujer inocente no se habría desmayado al verla por primera vez. Voy a decirle algo que quizá cambie su modo de pensar. A su llegada a Inglaterra, esta joven le contó a mi tía que se había encontrado con usted en la frontera francesa, y que vio cómo una granada la mataba. Y, por tanto, la creyó muerta. Recuérdelo y recuerde lo ocurrido hace un momento. Sin previo aviso de su recuperación, ella se ve cara a cara con una mujer resucitada; y todo esto en un momento en el que no disfruta de muy buena salud. ¿Qué hay de extraño, qué hay de sospechoso en que se desmaye en estas condiciones?

Era una pregunta sencilla. Ahora faltaba la respuesta. No la hubo. Grace comprendió que las circunstancias en que se había encontrado con Mercy por segunda vez, y el incidente que se había producido como consecuencia del pánico de ésta, favorecía aún más la posición de la impostora. Era imposible detectar el menor asomo de culpabilidad en el desmayo de Mercy. Nadie sospechaba de Grace Roseberry, y la verdadera Grace aceptó la realidad de su situación. Se sentó en la silla y dejó caer sus manos en el regazo con un gesto de desesperación.

—Todo se vuelve contra mí —dijo—. La verdad se hace mentira, y la mentira ocupa su lugar.

Hizo una pausa, buscando fuerzas.

—¡No! —gritó con resolución—. ¡No dejaré que una cualquiera ocupe mi lugar! Diga lo que le plazca, pero insisto en hablar con ella; de otro modo no me iré de esta casa.

El criado entró en la habitación y anunció que el carruaje aguardaba fuera.

Grace se volvió a Julian con actitud insolente.

—Por favor, por mí no se entretenga. Veo que no puedo esperar ni consejo ni ayuda de Mr. Julian Gray.

Julian llamó al sirviente a un rincón de la habitación.

—¿Sabes si han llamado a un médico? —preguntó.

—Me parece que no, señor. En la cocina me han dicho que no hacía falta.

Julian estaba demasiado nervioso como para confiar en lo que se dijera en la cocina. Se apresuró a escribir en un papel «¿Se ha recuperado?», se lo dio al criado con la orden de que se lo entregase a Lady Janet.

—¿Ha oído lo que le he dicho? —preguntó Grace al salir el sirviente de la biblioteca.

—Ahora mismo la atiendo —contestó Julian.

El criado reapareció enseguida llevando la respuesta de Lady Janet. Había escrito unas líneas en el dorso de la nota de Julian: «Gracias a Dios ha vuelto en sí.

Enseguida la llevaremos a su habitación».

El camino más corto hacia su habitación atravesaba la biblioteca. Sacar de ella a Grace se hizo ahora una necesidad. Julian se propuso abordar el problema en cuanto el criado saliera de la habitación.

—Ponga atención —empezó—. El carruaje aguarda afuera, y es lo último que le digo. Si me preocupo por usted es gracias a la recomendación del cónsul. Decida ahora mismo si quiere seguir bajo mi custodia, o si prefiere la custodia de la policía.

Grace se asustó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó visiblemente enfadada.

—Si quiere seguir bajo mi custodia —prosiguió Julian—, debemos irnos ahora mismo. En ese caso me encargaré de que le pueda contar su historia a mi abogado. Él está más indicado que yo para aconsejarle. Esto no quiere decir que yo crea que la persona a quien usted acusa ha cometido algún fraude, o que sea capaz de cometerlo. Si me acompaña, ya veremos lo que nos aconseja el abogado. Si se niega, no tendré otro remedio que ir a la habitación contigua y explicar que aún sigue usted aquí. Puede estar segura de que se las tendrá que ver con la policía. Decida usted misma; le doy un minuto para que se lo piense. Y recuerde que si me expreso con rudeza es porque me obligan las circunstancias. Estoy intentando ayudarla, y si le propongo todo esto es por su bien.

Sacó su reloj para contar el minuto. Grace lanzó una mirada furtiva que mostraba bien a las claras su resolución. Ella no se había impresionado por la forma tan ruda en que Julian se había expresado, pero comprendió que él no se andaría con chiquitas. Después de todo, habría otras ocasiones para volver a Mablethorpe House en secreto. Optó por rendirse, no sin que ello le causara a Julian cierta decepción....

—Bien, vámonos —dijo con falsa sumisión—. Ahora tú ganas —murmuró para sí misma, mirándose en el espejo mientras se arreglaba el chal—, pero mañana ¿quién sabe?

Julian intentó acercarse, como si fuera a ofrecerle su brazo, pero se detuvo. Convencido de que estaba ante una mujer perturbada —si bien estaba dispuesto a aceptar que ella merecía indulgencia dado lo que estaba sufriendo— le repugnó la idea de tocarla. La imagen de la otra joven, víctima de viles acusaciones —imposible desprenderse del recuerdo de Mercy, desamparada, en sus brazos—, aún estaba muy fresca en su memoria cuando abrió la puerta que daba al recibidor y se apartó para dejar pasar a Grace. Dejó que el sirviente la ayudara a subir al carruaje. Julian se sentó frente a Grace, mientras el criado le anunciaba:

—La señora me encarga que le diga que tiene lista su habitación, señor, y que le aguarda para la cena.

Absorto en los episodios del día, Julian había olvidado que iba a alojarse en Mablethorpe House. ¿Podría regresar, conociendo lo que pasaba en su corazón?

¿podría permanecer quizás durante varias semanas, bajo el mismo techo que Mercy, consciente de la impresión que le había causado? No. Debía renunciar a la invitación de su tía.

—Dile a la señora que no me espere —dijo Julian—. Ya le escribiré una carta explicándole mi decisión.

El coche se puso en marcha. El sirviente se quedó en las escaleras, perplejo, viendo cómo se alejaba. «No me gustaría estar en el pellejo de Mr. Julian», pensaba, imaginando la embarazosa situación del joven pastor. «Ella se va con él, pero ¿que hará él con ella?»

El propio Julian, si alguien le hubiese formulado la pregunta, no habría sido capaz de contestarla.

Lady Janet se tranquilizó cuando vio que Mercy volvía en sí, y dio la orden de que se la trasladara a su habitación. Mercy parecía muy angustiada. Una y otra vez le aseguraron que la mujer que la había insultado no volvería a poner sus pies en Mablethorpe House. Le insistieron en que ninguno de los que la rodeaban habían considerado dignas de atención las acusaciones de la extraña. Sin embargo, dudaba de si le decían la verdad. Empezó a desconfiar. Cada vez que Lady Janet se acercaba a su cama parecía estar más angustiada. Temblaba cuando la besaba. Se negaba rotundamente a que Horace la viera. Hacía preguntas extrañas sobre Julian Gray, y negó con la cabeza cuando le dijeron que se había ido, como si no creyera lo que le decían. A ratos, escondía la cara bajo las sábanas y murmuraba: «¡Ay! ¿Qué debo hacer? ¿Qué hago?». Otras veces pedía que la dejaran sola. «No quiero que entre nadie», gritaba con desesperación. «Nadie».

Llegó la noche, y no trajo consigo ninguna mejoría. Lady Janet, siguiendo el consejo de Horace, hizo llamar a su médico. Éste movió negativamente la cabeza. Los síntomas, decía, indicaban un grave trastorno del sistema nervioso. Recetó un calmante, y soltó un discurso absurdo que podría resumirse en el siguiente consejo: «Le conviene un cambio de aires; llévensela a la costa». Lady Janet, con su habitual energía, no lo dudó ni un momento. Dispuesta a partir con Mercy la mañana siguiente, dio las oportunas órdenes para hacer los preparativos esa misma noche.

Poco después de que se marchara el médico llegó una carta de Julian dirigida a Lady Janet. Empezando con las excusas debidas a la ausencia del autor, proseguía de la siguiente manera:

*Antes de permitir que mi acompañante hablase con mi abogado, vi la necesidad de ponerle al tanto de mi posición en relación con ella. Le conté, pues —y me tomo la libertad de repetírselo a usted—, que no me parece justo basarme en mi opinión de*



que esta mujer tiene la mente perturbada. En el caso de esta desvalida mujer quiero conocer la opinión autorizada de su médico; es más: necesito las pruebas que me permitan tanto tranquilizar mi conciencia como confirmar mis puntos de vista.

El abogado, al ver que insistía en este punto, tomó las medidas necesarias y consultó con un médico especialista en enfermedades mentales. Después de hablar con él, el abogado me pidió que llevara a la dama a su despacho al cabo de media hora, para que ella le explicara su historia al especialista. La propuesta me sorprendió; le pregunté cómo íbamos a lograr que ella se sincerase con el médico. Él rió y me contestó: «Presentaré al médico como si fuese mi socio; así, mi “colega” será capaz de establecer un diagnóstico». Usted sabe que odio los tapujos; incluso si el fin los justifica. Sin embargo, en esta ocasión no había otra alternativa. O el abogado tomaba las riendas del caso, o retrasábamos el asunto y agravábamos la situación.

Esperé fuera (me sentía bastante incómodo, por cierto) a que el médico terminara con la entrevista y se reuniera conmigo. Al acabar, su diagnóstico fue el siguiente:

Hasta ahora, observó, tras un examen detallado de esta desafortunada criatura, él considera que existen síntomas inconfundibles de aberración mental, pero se ve incapaz de decir hasta qué punto ha llegado el trastorno y si el caso es lo suficientemente grave como para ordenar su reclusión. Dijo: «sabemos muy poco en lo que se refiere a su delirio. Este es el quid de la cuestión. Comparto la opinión de la señora de que los resultados de las pesquisas del cónsul de Mannheim están lejos de ser satisfactorios. Procure averiguar si realmente existe o no una persona llamada Mercy Merrick, y entonces le podré dar una opinión definitiva del caso.»

A causa de las palabras del médico he decidido partir al Continente y tomar por mi cuenta la búsqueda. Mi amigo, el abogado, duda de si estoy en mis cabales. Su consejo es que me dirija al juez más próximo y que usted y yo nos desentendamos así del caso.

Quizá opine usted lo mismo, pero, querida tía, yo no soy como las demás personas, como usted bien dice. Quiero resolver este asunto. No puedo abandonar a una mujer desamparada, que se me ha confiado, mientras se pueda averiguar algo que quizá le ayude a restablecerse.

Salgo esta noche en el tren correo. Mis planes: ir primero a Mannheim, hablar con el cónsul y los médicos del hospital; después, localizar al médico alemán y hablar con él; y por último, seguir la pista de la ambulancia francesa y penetrar por fin en el misterio de Mercy Merrick.

En cuanto vuelva me pondré en contacto con usted y le contaré mis éxitos o mis fracasos. Mientras tanto, no se preocupe porque esta infeliz pueda reaparecer en Mablethorpe House. Ahora está ocupada, siguiendo mi consejo, escribiendo a sus

*amigos de Canada; está al cuidado de la propietaria de la casa donde se hospeda, una mujer capacitada y de confianza, que nos ha parecido muy adecuada para la tarea que se le ha encomendado, tanto al médico como a mí.*

*Por favor, comuníqueme todo esto a Miss Roseberry cuando usted lo crea oportuno, con un respetuosa expresión de mi simpatía hacía ella y con los mayores deseos por su pronta recuperación. Una vez más, disculpe que no pueda disfrutar, bien a mi pesar, de la hospitalidad de Mablethorpe House.*

Lady Janet dobló la carta de Julian con un sentimiento de insatisfacción. Reflexionó un buen rato sobre lo que su sobrino le había escrito. «Una de dos», pensaba la vivaz anciana. «O el abogado tiene razón y Julian es un digno compañero de esta loca, o Julian tiene alguna secreta intención para hacer este absurdo viaje y no quiere contármela. No se me ocurre cuáles puedan ser sus motivos».

A ratos, estos pensamientos volvieron a ella durante la noche. Les daba vueltas una y otra vez, hasta el agotamiento, y finalmente concluyó que lo mejor sería esperar pacientemente a que Julian regresara y, según le gustaba decir a la dueña de Mablethorpe House, «intercambiar impresiones» con él.

A la mañana siguiente, Lady Janet y su hija adoptiva salieron hacia Brighton; Horace, que quería acompañarlas, tuvo que quedarse en Londres por expreso deseo de Mercy. El porqué, nadie lo sabía, y ella se negaba a revelarlo.

## CAPÍTULO XIII

### *Entra Julian Gray*

Ha pasado una semana. La escena da comienzo en el comedor de Mablethorpe House.

La mesa, servida para el almuerzo, ofrece un apetitoso surtido de variados manjares. Pero, en esta ocasión, Lady Janet está sola. Su atención se divide entre la lectura de un periódico y dar de comer a su gato. El felino, de buen aspecto, es un animal orgulloso y pulcro. Se revuelca voluptuosamente en la mullida alfombra. Se acerca a su dueña contorneándose con coquetería. Olisquea dubitativo las exquisiteces que ella le ofrece. La melodía monótona de su ronroneo tranquiliza a Lady Janet. Abandona el artículo hacia la mitad y contempla con preocupación al feliz animal. «¡Palabra de honor!», exclama Lady Janet, ironizando sobre sus problemas, «¡cuánto me gustaría, *Tom*, estar en tu pellejo!».

El gato se sobresalta; no por los cumplidos de su señora, sino por el sonido de unos nudillos en la puerta. Lady Janet, distraída, dice «adelante»; alza la vista con indiferencia para ver quién es, y da un respingo, como el gato, al ver quién abre y cierra la puerta: ¡Julian Gray!

—¿Eres tú o tu espíritu? —exclamó.

Advirtió enseguida que estaba más pálido que de costumbre, y —en contra de lo que solía ser su carácter— parecía abatido y preocupado. Julian se sentó a su lado y besó la mano de su tía. Pero —por vez primera— se negó a probar los succulentos manjares dispuestos en la mesa y no le hizo ningún caso al gato. El animalito, decepcionado, buscó amparo en el regazo de Lady Janet. Ella, con los ojos expectantes puestos en su sobrino, determinada a «intercambiar impresiones» cuanto antes, esperaba a que él iniciara su relato. Julian no tuvo más remedio que romper el silencio y empezar su narración como mejor pudo.

—Llegué anoche del Continente —empezó—. He venido a informarla, como prometí. ¿Cómo se encuentra? ¿Cómo está Miss Roseberry?

Lady Janet puso el índice en la pelerina de encaje que adornaba la parte superior de su vestido.

—Esta anciana está bien —respondió, y apuntó a la habitación que quedaba encima del comedor—, pero la joven está enferma. ¿Y tú cómo estás, Julian?

—Un poco cansado después del viaje. Pero no se preocupe por mí. ¿Todavía no se ha recuperado Miss Roseberry del susto?

—Aún no. No te perdono que trajeras a esa loca impostora a mi casa.

—Querida tía, yo no tenía ni la menor idea de que aquí viviera una persona llamada Grace Roseberry. Nadie lamenta más que yo lo ocurrido. ¿Qué dice el

médico?

—Me aconsejó que cambiara de aires, y hace una semana nos fuimos a la costa.

—¿Y le ha sentado bien el cambio?

—En absoluto. Incluso me parece que está peor. A veces se sienta horas y horas, pálida como la muerte, mirando al vacío y sin decir palabra. Otras veces parece que está mejor y que quiere hablar, pero entonces, de repente, ¡Dios sabe por qué!, se paraliza, como si estuviera atenazada por el miedo. Esto aún se puede soportar, pero lo que me parte el corazón es que ya no confía en mí ni me quiere como antes. Si no supiera que el cariño no desaparece de un día para otro, pensaría que sospecha que he tomado partido por esa loca. En definitiva, y en confianza, me temo que jamás se recuperará de este incidente. Algo anda mal, y aunque hago todo lo posible por descubrirlo, no consigo dar con el problema.

—¿Y no puede hacer algo el médico?

Los ojos negros de Lady Janet se adelantaron a lo que iba a decir con una mirada llena de supremo desprecio.

—¡El médico! —dijo con desdén—. Anoche regresamos, y esta mañana, desesperada, he mandado llamar al médico. Dicen que es muy bueno y que gana diez mil libras al año, pero sobre lo que le pasa a ella no sabe más que yo. El gran galeno me ha cobrado dos guineas y se ha marchado. Una ha sido por recomendarme que hiciera todo lo posible para que la paciente no se alterara; y la otra, por aconsejarme que le dé tiempo al tiempo. ¿Te imaginas lo que puede llegar a prosperar a ese paso? Querido Julian, ya no queda gente decente. Hoy día, la medicina sigue en pie gracias a enfermedades incurables: la enfermedad masculina y la enfermedad femenina. La femenina es la depresión nerviosa; la masculina, el ataque de gota. Remedios: una guinea si tú vas al médico; dos guineas si el médico viene a ti. Con el dinero que le llevo dado a ese hombre —gritó indignada— me hubiera podido comprar una pame! Pero será mejor cambiar de tema. Me estoy poniendo de mal humor. Además, quiero saber por qué te marchaste al extranjero.

Julian no esperaba una pregunta tan directa y se sobresaltó.

—Le escribí una carta explicándole mi partida. ¿No la recibió?

—La recibí. Era una carta muy larga, pero no decía nada sobre la única cosa que me interesaba saber.

—¿Qué es eso que le interesa saber?

Lady Janet aludió con sutileza a la existencia de una segunda intención en el viaje de Julian, desconocida hasta ahora para ella.

—Quiero saber —empezó— por qué te has tomado personalmente la molestia de viajar al Continente. Sabes cómo localizar a mi correo. Tú mismo has dicho que se trata de una persona inteligente y digna de confianza. Dime, honradamente, ¿no podrías haberlo enviado en tu lugar?

—Sí, quizás podría haberlo hecho —admitió Julian de mala gana.

—¿Y por qué no lo hiciste? Además, tenías un compromiso conmigo: ibas a quedarte unos días en Mablethorpe House. Con el corazón en la mano: ¿Por qué te fuiste?

Julian dudó. Lady Janet aguardaba su respuesta, con el aspecto de una persona dispuesta a esperar, si fuese necesario, durante toda la tarde.

—Tenía una razón para ello —dijo finalmente Julian.

—¿Sí? —contestó Lady Janet, dispuesta a esperar, si era necesario, hasta la mañana siguiente.

—Una razón —acabó Julian— que preferiría no mencionar.

—¡Ah! —dijo Lady Janet—. Conque otro misterio, ¿eh? Y otra mujer oculta tras él, ¿no es así? Gracias, ya es suficiente. No es de extrañar que, siendo un pastor, te sientas un poco confundido. Bueno, cambiemos de tema. Ya que has vuelto, ¿te quedarás?

Una vez más, el célebre predicador se encontró en la increíble situación de no saber qué decir. Una vez más Lady Janet parecía dispuesta a esperar hasta mediados de la semana siguiente. Julian se refugió en una frase convencional, uno de los tópicos más usados por los hombres a través de la historia.

—Le agradezco su invitación, pero le ruego que me disculpe —dijo.

Los dedos enjoyados de Lady Janet que se entretenían acariciando al gato mecánicamente en su regazo empezaron a hacerlo a contrapelo. La inagotable paciencia de Lady Janet daba muestras de querer abandonarla.

—¡Muy educado! —dijo—. Dilo aún más educadamente: Mr. Julian Gray le envía un saludo y lamenta que un compromiso anterior... ¡Julian! —exclamó la anciana, apartando al gato, echando por la borda su intención de mantenerse calmada—. Julian, no intentes jugar conmigo. Sólo encuentro una explicación a tu conducta: estás evitando quedarte en mi casa. ¿Hay alguien que no te gusta en ella? ¿Tienes algo contra mí?

Julian dio a entender que la última observación de su tía era absurda. El gato, ofendido, arqueó el lomo, movió la cola, se acercó a la chimenea y le hizo los honores a la alfombra echándose sobre ella.

Lady Janet insistió.

—¿Tiene algo que ver con Miss Roseberry? —preguntó.

Julian tuvo un momento de debilidad. Tenía que decidirse. Levantó la voz.

—¿Insiste en saberlo? —dijo—. Pues sí, es por Miss Roseberry.

—¿No te cae bien? —gritó Lady Janet, en un estallido provocado por la ira y la sorpresa.

Julian también reventó.

—Si la sigo viendo —contestó, sonrojándose—, seré el hombre más desdichado

del mundo. Si la sigo viendo estaré traicionando a mi viejo amigo, su prometido. Por favor, manténganos apartados. Si realmente quiere lo mejor para mí, procure que no se crucen nuestros caminos.

Lady Janet, atónita, expresó su sorpresa levantando las manos. Y en su afán por saber pronunció las siguientes palabras:

—¿No te habrás enamorado de Grace?

Julian se levantó inquieto de un salto, molestando al gato. Finalmente, el felino salió de la habitación.

—No sé qué decir —dijo—. Ni yo mismo lo puedo creer. Ninguna otra mujer ha sabido penetrar en mi corazón como esta joven. Con la esperanza de olvidarla, decidí no quedarme en su casa. Aproveché la oportunidad de irme al extranjero. Todo en vano. Pienso en ella en cada instante del día. Forma ya parte de mí. Mi vida sin ella no tiene sentido. En este momento, la veo, la oigo, como si estuviera delante de mí. Parece que me ha abandonado mi fuerza de voluntad. Esta mañana me dije: «Le escribiré a mi tía que no volveré a Mablethorpe House». Pues aquí me tiene, con el pretexto, para apaciguar mi conciencia, de que le debo una explicación. Eso es lo que me decía esta mañana por el camino; pero deseaba vivamente que ella apareciera en el salón cuando yo estuviera en él. Ahora mismo lo estoy deseando. Es la prometida de Horace Holmcraft, mi más viejo amigo, mi mejor amigo. ¿Soy un sinvergüenza o un pobre idiota? Quién sabe. Por favor, tía, no se lo diga a nadie. Estoy avergonzado; pensaba que estaba hecho de otra madera. No se lo diga a Horace. Esto debo superarlo yo solo. Déjeme marchar.

Cogió su sombrero. Lady Janet, levantándose con la agilidad de una joven, cruzó la habitación y lo detuvo en la puerta.

—No —respondió la anciana resueltamente—. Tú no te vas a ninguna parte. Te quedas aquí.

Al decir esto, ella notó el color rojizo de las mejillas de Julian; la chispa luminosa que hacía brillar sus ojos. Le pareció que nunca había estado tan guapo. Lo cogió del brazo y lo condujo a la silla que acababa de abandonar. No estaba bien, pensaba ella, que viera a Mercy, en estas circunstancias, con otros ojos que no fueran los de un hermano o un amigo. Pero para un clérigo, esto era todavía peor; era doble pecado. Pero, con el respeto debido a Horace, no se podía culpar a Julian. Es más: se daba cuenta de que ahora, desde hacía dos minutos, ella le tenía más cariño. ¿Quién se atrevía a negar que su hija adoptiva era una mujer encantadora? ¿Quién reprocharía que un hombre de gustos refinados la admirara? Así que Lady Janet era de la opinión de que su sobrino no tenía la culpa de nada; más bien era digno de compasión. ¿Qué mujer, tuviera siete o setenta años, no hubiese llegado a la misma conclusión? Haga lo que haga un hombre —lo que él quiera, desde un desaire hasta un crimen—, mientras haya una mujer implicada siempre merecerá perdón y amparo a ojos de las

mujeres.

—Siéntate —dijo Lady Janet, sonriendo a su pesar—, y no vuelvas a decir esas cosas horribles. Un hombre, Julian, y sobre todo un hombre famoso como tú, debe saber controlarse.

Julian rió con amargura.

—Dígale a mi control que baje —dijo—. Ella lo tiene en su poder. Me marchó. Se levantó de la silla. Pero Lady Janet le obligó a sentarse de nuevo.

—Insisto en que te quedes —dijo—, aunque sea sólo un rato. Quiero hablar contigo.

—¿Tiene algo que ver con Miss Roseberry?

—Se trata de esa loca que la tiene asustada. ¿Satisfecho?

Julian inclinó la cabeza afirmativamente y se acomodó en la silla.

—No me gusta confesarlo —prosiguió Lady Janet—. Pero quiero que entiendas que esto es importante. Julian, esa miserable no sólo tiene aterrorizada a Grace, también me atemoriza a mí.

—¿Es que le da miedo? Pero si la pobre es inofensiva.

—¿Pobre? —repitió Lady Janet—. ¿Has dicho pobre?

—Sí.

—¿Es posible que la compadezcas?

—Con todo mi corazón.

Aquella respuesta volvió a desencadenar el mal genio de la anciana.

—Odio a los hombres que no saben odiar —estalló—. Si hubieras vivido en la antigua Roma, Julian, temo que incluso te habrías apiadado de Nerón.

Julian aprobó con cordialidad.

—Seguramente —corroboró con tranquilidad—. Todos los pecadores, querida tía, unos más, otros menos, no son sino seres desgraciados. Nerón tuvo que haber sido uno de los más desgraciados de la humanidad.

—¡Desgraciado! —exclamó Lady Janet—. ¿Nerón desgraciado? ¿Un ladrón, un incendiario, un asesino que cometía sus crímenes tañendo su lira? Esto es el colmo. Si la filantropía moderna empieza a tener piedad de Nerón, ¿a dónde iremos a parar? El siguiente paso sería afirmar que María Tudor, *la Sangrienta*, fue tan solo una gatita juguetona; y así podemos perdonar también las extravagancias del pobre Enrique VIII porque hizo lo que hizo debido a los usos de la época. ¡Oh, cómo odio la gazmoñería! ¿De qué estábamos hablando? Cambias continuamente de tema, Julian; eres ingenioso para eso. He olvidado lo que iba a decir. Pero aunque sea vieja, aún no he empezado a chochear. Ya me acordaré. ¿Qué miras? ¿Hoy no te vas de la lengua? Me parece alarmante que precisamente tú no tengas nada que decir.

Gracias a su excelente humor y a que conocía a la perfección el carácter y la forma de actuar de su tía, Julian pudo aguantar aquel vendaval de palabras. Se las

ingenió para llevar a Lady Janet, sin que ella lo advirtiera, sutilmente, al asunto olvidado, haciendo referencia a la historia que hasta ahora no había contado, es decir, a la narración de sus aventuras por el Continente.

—Pues tengo mucho que contar, querida tía. Aún no le he dicho nada de mis aventuras en el extranjero.

Lady Janet picó el anzuelo.

—Ya sabía yo que se nos olvidaba algo —dijo ella—. Llevas no sé cuánto tiempo en casa y aún no me has contado nada. Empieza ahora mismo.

Con su característica paciencia, Julian empezó.



## CAPÍTULO XIV

### *Presagios del Futuro*

—Como le conté en mi carta, Lady Janet, fui primero a Mannheim, donde me entrevisté con el cónsul y con los médicos del hospital. Ellos no pudieron echar nueva luz sobre el caso. Averigüé el paradero del médico alemán, y decidí hablar con el hombre que había realizado la operación. Acerca de la identidad de su paciente, no pudo decirme nada. Sin embargo, en cuanto a su estado mental, sí hizo una observación interesante. Me confesó que había hecho la misma operación a otra persona, herida por un proyectil en la cabeza, en la batalla de *Solferino* (1859) y que en ese caso el paciente también se recuperó, pero se volvió loco. Es un detalle interesante, ¿verdad?

El genio de Lady Janet apenas se había apaciguado.

—Muy interesante. Sin embargo me atrevo a decir —contestó— que jamás he dudado de la locura de esta mujer. Para mí no cabe duda, y hasta ahora tu relato me ha parecido de lo más aburrido. Prosigue. ¿Encontraste a Mercy Merrick?

—No.

—¿Hallaste alguna pista, oíste algo sobre ella, ?

—Nada. Me encontré con un camino repleto de dificultades. A la ambulancia francesa le tocó el mismo destino que a Francia: fue hecha añicos. Los soldados franceses estaban prisioneros en alguna parte de Alemania. ¡Dios sabe dónde! El médico francés había muerto en acto de servicio. Sus asistentes habían desaparecido, probablemente se habían escondido. Estaba al borde de la desesperación cuando el azar hizo que me encontrara con dos soldados prusianos que habían estado en la casa de la frontera. Confirmaron lo que el médico alemán le había dicho al cónsul y lo que el propio Horace me contó, es decir, allí no hubo ninguna enfermera vestida de negro al cuidado de los heridos franceses. Si la hubiera habido, la habríamos encontrado, dijeron los prusianos. La cruz de la *Convención de Ginebra* habría sido su salvoconducto: ninguna mujer con esa honorable insignia se hubiera atrevido a abandonar su puesto antes de que llegasen los alemanes.

—Para decirlo en pocas palabras —interrumpió Lady Janet: Mercy Merrick no existe.

—Hasta ahora no —dijo Julian—, a no ser que el médico inglés tenga razón. Después de contarle a él lo que le acabo de contar a usted, su opinión es que ella es Mercy Merrick.

Lady Janet alzó la mano, indicando que no estaba de acuerdo.

—Tú y el médico habéis arreglado la historia como mejor os ha parecido. Pero hay otra posibilidad con la cual no habéis contado.

—¿Cuál?

—Opinas con demasiada ligereza, Julian, sobre lo que esa loca dice, es decir, que Grace es la enfermera desaparecida y que ella misma es Grace. Pero aún no has explicado cómo le entró esa idea en la cabeza; es más: ¿cómo sabe ella mi nombre y dónde vivo, y cómo está al tanto de los documentos y de la vida de Grace? Son piezas de un rompecabezas que está retando a mi inteligencia. ¿Qué opina tu amigo ese médico tan listo, sobre ello?

—¿Le digo lo que me contó cuando lo vi esta mañana?

—¿Hay para mucho?

—Es cosa de un minuto.

—¡Qué agradable sorpresa!. ¡Adelante!

—¿Tiene interés en saber cómo se enteró de su nombre y de los asuntos de Miss Roseberry —reanudó Julian—. Pues pudo haber sido de dos maneras. O bien Miss Roseberry le contó cosas de usted y de su vida, cuando ella y esa mujer se encontraron en la casa de la frontera, o bien esa mujer tuvo ocasión de ver los papeles de Miss Roseberry. ¿Me sigue?

Lady Janet empezó a interesarse por el relato de Julian.

—Perfectamente —contestó—. Sin duda, claro está, Grace se dejaría impresionar por ella. Estoy segura de que la sorprendería con preguntas indiscretas; y Grace debe haber contado cosas que una persona de más edad y con más experiencia hubiera callado.

—Muy bien. ¿Supongamos, y esta es una suposición muy verosímil, que el último pensamiento que esta mujer tuviera en su mente, antes de ser alcanzada por la granada, se refiriese a la identidad y la vida de Miss Roseberry? Es probable, ¿verdad? Bien. ¿Y después? La operación le salva la vida, ella es trasladada al hospital de Mannheim, y allí empieza a delirar. Durante el delirio, la idea de Miss Roseberry fermenta en su cerebro y se desborda, y asume su presente en la forma pervertida que conocemos. Y en esa forma permanece todavía. Como consecuencia, esa trastornada persiste en invertir las dos identidades. Ella afirma que es Miss Roseberry, y bautiza a Miss Roseberry como Mercy Merrick. Ahora que lo pienso, este pequeño razonamiento no sólo es la respuesta a su pregunta, sino que también explica su rechazo al nombre bordado en su ropa, el de Mercy Merrick, cuando llega al hospital. ¿Qué le parece?

—No sé qué pensar, Julian; si estar de acuerdo contigo o no. Admito que es muy común que los locos confundan su propia identidad. Aun así, el médico no acaba de convencerme. Pienso que...

Lo que Lady Janet pensaba no llegaría a ser pronunciado en voz alta. De repente se detuvo y alzó la mano por segunda vez.

—¿Se le ocurre alguna otra objeción? —preguntó Julian.

—¡Silencio! —gritó la anciana—. Si hablas, se me escapa.

—¿El qué?

—Lo que te iba a decir hace un rato. Ya me acuerdo. Era una pregunta. ¡Ya está bien de hablar del médico!. ¿Dónde está tu señorita digna de compasión, es decir, dónde está esa loca desgraciada? ¿En Londres?

—En efecto.

—¿Sigue andando suelta?

—Por supuesto. Está con la dueña de su pensión.

—Perfecto. Ahora, contéstame por favor. ¿Quién me garantiza que no intentará entrar otra vez —por las buenas o por las malas— en esta casa?

—¿Eso es lo que quería decirme?

—Así es.

Ambos estaban demasiado sumergidos en la conversación como para advertir el ruido proveniente del invernadero y percatarse del distinguido caballero que había entrado por el jardín, abriéndose camino entre las plantas y las flores. Avanzando sin hacer ruido sobre las esteras de la India, el caballero resultó ser ni más ni menos que Horace Holmcraft. Antes de entrar en el comedor se detuvo, y fijó la mirada inquisitivamente en la espalda del huésped de Lady Janet; por su posición, la espalda era lo único visible. Tras un instante, el huésped habló, y ello acabó con sus dudas. Horace, sin embargo, no mostró intención de entrar en el comedor. Celoso, deseaba conocer los motivos de Julian para estar hablando en privado con Lady Janet, y optó por esperar un poco más para ver si se confirmaban sus sospechas.

—Ni usted ni Miss Roseberry tienen nada que temer de esa pobre desgraciada —prosiguió Julian—. Ejerce sobre ella una gran influencia. La he convencido de que sería inútil presentarse otra vez en Mablethorpe House.

—Perdonad —interrumpió Horace, hablando desde la puerta del invernadero—. Pero no has conseguido nada de eso.

Había oído lo suficiente para asegurarse de que la conversación no iba por donde sus sospechas le habían anticipado. Y tenía un incentivo adicional para aparecer ante ellos: una magnífica oportunidad de demostrarle a Julian que estaba equivocado.

—¡Por Dios, Horace! —exclamó Lady Janet—. ¿De dónde sales? ¿Y de qué estás hablando?

—En casa del guarda me dijeron que usted y Grace habían regresado anoche. Y vine enseguida, sin molestar a la servidumbre, por el camino más corto.

Horace se volvió hacia Julian.

—La mujer de la que hablabas —continuó— ya ha vuelto a venir, cuando no estaba Lady Janet.

—Imposible —contestó Julian—. Debe ser un error.

—No lo es —se regocijó Horace—. Me lo acaba de contar el mismo guarda. No

se lo dijo a Lady Janet para no asustarla. Hace tres días, esa persona tuvo la osadía de preguntarle cuál era la dirección de Lady Janet en la costa. Por supuesto que se negó a ello.

—¿Lo oyes, Julian? —dijo Lady Janet.

A Julian no se le escapó ningún signo de cólera o mortificación. Su cara sólo reflejaba consternación.

—No se alarme —le dijo a su tía, en voz baja—. Si intenta acercarse a usted o Miss Roseberry, tengo medios para detenerla inmediatamente.

—¿Cuáles? —preguntó Lady Janet.

—¿Eso, cuáles? —añadió Horace—. Si la entregamos a la policía daremos lugar a un escándalo público.

—He logrado evitar el peligro de que se produzca un escándalo —contestó Julian, cuya cara adquiría cada vez más una expresión de pesar—. Antes de venir aquí fui a consultar al juez de este distrito, y he convenido algunas cosas con la comisaría. Con sólo enviar mi tarjeta, un policía experto, vestido de paisano, se presentará donde yo le indique, y se llevará a esta mujer discretamente. Comparecerá ante el magistrado y éste decidirá, a puerta cerrada, guiándose por el testimonio que yo le pueda ofrecer, si ella es responsable de su actos. Entonces, un médico competente se ocupará del caso y, si es necesario, la ley determinará su reclusión.

Lady Janet y Horace se miraron perplejos. Según ellos, Julian era la persona menos indicada para adoptar la medida, razonable pero grave, que él había tomado. Lady Janet buscó una explicación.

—¿Por qué soy yo la última en enterarme? —preguntó—. ¿Por qué no me has tenido al tanto de que habías tomado estas precauciones?

Julian contestó con sinceridad y tristeza.

—Porque no esperaba llegar a tales extremos. Ahora me veo obligado a contarle que el abogado y el médico son de la misma opinión que usted, es decir, que ella no es de fiar. Fueron ellos quienes me empujaron a acudir al juez. Me preguntaron si los resultados de mi investigación en el extranjero —fallida, como sabe— no conducían inexorablemente a la conclusión de que esta pobre mujer está loca. Honestamente tuve que admitir que, efectivamente, esta pobre mujer ha perdido el juicio. Convencido de ello, me decidí a tomar las precauciones que me sugerían el médico y el abogado. He cumplido con mi deber, aunque muy a mi pesar. Me es imposible tratar con rigor a esta pobre infeliz. ¡Su delirio es tan desesperado! ¡Y su situación tan lastimosa!

Se le quebrantó la voz. Se levantó con brusquedad y cogió su sombrero. Lady Janet fue tras él, y lo alcanzó en la puerta. Horace, sonriendo con sorna, fue a calentarse junto a la chimenea.

—¿Te vas, Julian?

—Quiero hablar con el guarda. He de darle instrucciones por si ella se presenta otra vez.

—¿Vuelves? —Lady Janet Roy prosiguió en un susurro—. Ahora sí que tienes un motivo para no abandonar esta casa.

—Le prometo que no me iré hasta que no me haya cerciorado de su seguridad. Si usted, o su hija adoptiva, se ven molestadas por otra intrusión, le doy mi palabra de que avisaré en el acto a la policía, aunque me duela hacerlo.

Él bajó la voz:

—Mientras tanto recuerde lo que le he confesado hace un rato, cuando estábamos solos. Por mi bien, procure que no tenga que ver a Miss Roseberry. ¿Estará usted en el comedor cuando vuelva?

—Sí.

—¿Sola?

Julian acentuó, tanto con la voz como con la mirada, esta última palabra. Lady Janet captó su intención.

—¿Tan enamorado estás de Grace? —susurró.

Julian puso la mano en el brazo de su tía, y señaló con la otra a Horace, quien les daba su espalda mientras se calentaba los pies en el guardafuego.

—¿Y bien? —dijo Lady Janet.

—Y bien —dijo Julian, con una sonrisa en los labios y los ojos humedecidos—. ¡Jamás he envidiado a nadie como le envidio a él.

Y con estas palabras salió de la habitación.

## CAPÍTULO XV

### *Los Remordimientos de una Mujer*

Cuando terminó de calentarse los pies, Horace se apartó de la chimenea y descubrió que estaba solo con Lady Janet.

—¿Puedo ver a Grace? —preguntó.

La familiaridad de la pregunta —como si fuese el propietario de Grace— irritó a Lady Janet. Comparó a Horace con Julian, y por vez primera aquél salió desfavorecido. Horace tenía fortuna; era un caballero, perteneciente a una familia de linaje ilustre; su carácter era intachable. ¿Pero quién tenía más inteligencia? ¿Quién más corazón? ¿Cuál de los dos era un hombre de verdad?

—No está para nadie —contestó Lady Janet—. Ni siquiera para ti.

El tono de la respuesta era cortante, y con un pellizco de ironía. Pero ¿acaso un joven moderno —dotado de salud e independencia económica— es capaz de captar con rapidez que alguien ose hablarle con ironía? Horace, con perfecta educación, no se dio por aludido.

—¿Quiere decir que Miss Roseberry está descansando? —preguntó.

—Quiero decir que Miss Roseberry está en su habitación. Quiero decir que he tratado por dos veces de convencerla para que se vistiese y bajara, y ha sido en vano... Quiero decir que creo que lo que no hace por mí, tampoco lo hará por ti...

Era difícil calcular de cuántos otros «Quiero decir» disponía Lady Janet en su fuero interno. A la tercera frase, un sonido procedente de la biblioteca se coló a través de la puerta semiabierta, y la anciana detuvo en sus labios lo que iba a decir. Horace también lo oyó: Era el susurro de un vestido de seda deslizándose sobre la alfombra de la biblioteca.

(En el intervalo de incertidumbre anterior a un acontecimiento que está a punto de suceder, ¿qué es lo que inevitablemente hace un caballero inglés que no haya alcanzado la treintena? Pues preguntar a quien tenga a mano si quiere apostar sobre lo que va a suceder. No puede resistirse a ello, del mismo modo que no puede resistirse, cuando sale de paseo, a levantar su bastón o paraguas como si fuera un rifle y disparar a los pájaros en pleno vuelo.)

—¿Qué se juega a que es Grace? —exclamó Horace.

Lady Janet no aceptó la apuesta; tenía la atención puesta en la puerta de la biblioteca. El susurro cesó. La puerta se abrió suavemente. La falsa Grace Roseberry entró en la habitación.

Horace se adelantó a recibirla, abrió la boca para hablar, pero se detuvo, enmudecido al advertir el cambio que había experimentado su prometida desde que la había visto por última vez. Un peso terrible parecía aplastarla. Había adelgazado, y

hasta parecía más pequeña.

Caminaba más lentamente de lo usual; apenas hablaba, y si lo hacía, era en voz baja. Para los que la habían visto antes de la fatal visita de la desconocida de Mannheim, ella no era sino los restos de lo que había sido. Y, a pesar de todo, seguía conservando su belleza de siempre: la sublimidad de rostro y ojos, la fina simetría de los rasgos, la gracia de sus movimientos; en una palabra, su invulnerable belleza no se dejaba destruir por el sufrimiento ni consumir por el tiempo.

Lady Janet se acercó a ella y la tomó de las manos con cariño.

—Hija mía, ¿has venido para complacerme?

Ella inclinó la cabeza en silencio, como asintiendo. Lady Janet señaló a Horace.

—Aquí tenemos a alguien que tenía muchas ganas de verte, Grace.

No levantó la cabeza; se quedó de pie, sumisa, la vista puesta en la pequeña cesta de costura con lanas de colores que traía consigo.

—Gracias, Lady Janet —dijo débilmente—. Gracias, Horace.

Horace la tomó del brazo y la condujo hasta el sofá. Ella se estremeció al sentarse, y miró a su alrededor. Era la primera vez que bajaba al comedor desde el día en que se encontró cara a cara con la resucitada.

—¿Por qué has bajado al comedor, querida? —preguntó Lady Janet—. En el salón hace una temperatura más agradable y hay más tranquilidad.

—Vi un carruaje delante de la puerta. Temía que hubiera gente en el salón.

Al decir esto, un sirviente se presentó en la habitación y anunció los nombres de las visitas. Lady Janet hizo un gesto de fastidio.

—Tendré que ir para deshacerme de ellos —dijo con resignación—. ¿Tú que vas a hacer, Grace?

—Me quedaré aquí, si me lo permite.

—Yo le haré compañía —añadió Horace.

Lady Janet dudó durante unos instantes. Había prometido recibir a su sobrino, a solas, en el comedor. ¿Tendría suficiente tiempo para atender a sus visitantes y trasladar a su hija adoptiva al salón antes de que apareciera Julian? Llegar a la casa del guarda era cosa de diez minutos, y además tenía que darle las instrucciones. Lady Janet decidió que tenía tiempo. Saludó con cariño a Mercy y la dejó a solas con su prometido.

Horace se sentó en la parte del sofá que había quedado desocupada. Quería a Mercy con verdadera devoción: todo lo que un ser como él era capaz de amar.

—Me duele verte sufriendo —dijo con expresión de angustia en la cara—. Trata de olvidar lo que ha pasado.

—Lo intento. ¿Piensas mucho en ello?

—Cariño, pensar en ello es demasiado despreciable.

Puso la cesta de costura en su regazo. Sus dedos empezaron a seleccionar la lana

distraídamente.

—¿Has visto a Mr. Julian Gray? —preguntó de repente.

—Sí.

—¿Y él que opina de esto?

Miró a Horace por primera vez escudriñando su rostro, con la mirada. Horace buscó refugio en las evasivas.

—No se lo he preguntado.

Ella volvió a bajar la vista, con un suspiro, a la cesta de costura; reflexionó un momento y probó otra vez suerte.

—¿Y por qué no ha venido en toda la semana? —continuó—. La servidumbre dice que estuvo de viaje. ¿Es verdad?

Era inútil negarlo. Horace admitió que así había sido. Los dedos de Grace detuvieron su trabajo entre los ovillos: empezó a respirar aceleradamente. ¿Qué hacía Julian Gray en el extranjero? ¿Fue preguntando por ahí? ¿Sospechaba de ella solamente él, o todos los que presenciaron la horrible escena? ¡Sí! Él era un cerebro lúcido; un clérigo —londinense, además— acostumbrado al fraude y las mentiras; tenía experiencia con las mujeres del albergue. ¡No había duda! Julian sospechaba de ella.

—¿Cuándo volverá? —preguntó en voz tan baja que Horace apenas la pudo oír.

—Ya ha vuelto. Regresó anoche.

Una sombra de terror se apoderó de ella. Pálida, apartó de repente la cesta de costura y juntó las manos para controlar su temblor antes de formularle una pregunta.

—¿Dónde está...? —hizo una pausa para controlar su voz—. ¿Dónde está la mujer que me asustó tanto?

Horace se apresuró a tranquilizarla.

—Esa persona no entrará más en esta casa —dijo él—. Ni la menciones. No pienses en ella.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero saber una cosa —insistió—. ¿Cómo dio Mr. Julian Gray con ella?

Era fácil contestar. Horace mencionó al cónsul de Mannheim y la carta de presentación. Ella escuchaba con atención, y preguntó con voz clara y fuerte.

—De modo que Mr. Julian Gray no la conocía hasta ese momento.

—Desde luego —contestó Horace—. No quiero más preguntas, ni más comentarios, Grace. Te prohíbo que hables de ella. Vamos, amor mío —dijo Horace cogiendo y acariciando su mano—. Somos jóvenes, nos amamos el uno al otro y ha llegado el momento de que seamos felices.

La mano de ella se heló repentinamente y temblaba en la suya. Incluyó la cabeza sobre el pecho con abrumadora tristeza. Horace se alarmó.

—¡Estás helada! ¡Estás al borde del desmayo! Deja que te traiga un vaso de vino.



Voy a avivar el fuego.

Las botellas aún estaban sobre la mesa del comedor. Horace se empeñó en que bebiera algo de oporto. Finalmente, bebió la mitad del vaso. Pero, incluso tan poca cantidad hizo efecto en su sensible organismo; le dio energías tanto físicas como mentales. Horace la examinaba con angustia. Dejó que se tranquilizara; pasado un rato, se dispuso a atizar el fuego de la chimenea, al otro lado de la habitación. Ella seguía sus pasos con una desesperación amarga y desconsoladora. «Ánimo», susurró para sí misma. Contempló el lujo y la belleza de la habitación, como si fuera a despedirse para siempre de Mablethorpe House. Bajó la vista hacia el lujoso vestido que llevaba puesto: un regalo de Lady Janet. Recordó el pasado; pensó en el futuro. Ella, hija adoptiva de Lady Janet y prometida de Horace Holmcroft, ¿le habría llegado la hora de regresar al albergue, o de vagabundear por las calles? Sintió un escalofrío al pensar en ese posible fin. ¡Horace tenía razón! ¡Ánimo! ¿Por qué no aprovechar el tiempo que le quedaba? Sus horas en Mablethorpe House estaban contadas. ¿Por qué no disfrutar de la posición que había usurpado mientras pudiese? «¡Lánzate a la aventura!», le susurraba su espíritu rebelde, ¡Sé fiel a tu carácter! ¡Al diablo el remordimiento!. El remordimiento es un lujo propio de una mujer decente. Inspirada por una idea, cogió la cesta de costura.

—Llama, por favor —le pidió a Horace, cuya atención estaba concentrada en el fuego de la chimenea.

Sorprendido, alzó la mirada. El timbre de su voz era tan distinto que parecía que era otra mujer la que estaba en la habitación.

—Coge la campanilla y llama —dijo Grace—. He dejado la labor arriba. Si quieres que me anime, haz que me lo traigan, tengo que tenerla a la mano.

Horace, mirándola, cogió mecánicamente la campanilla y llamó. Entró un sirviente.

—Sube y dile a mi doncella que te dé mi labor —dijo con aspereza.

Incluso el criado quedó asombrado; ella siempre trataba a la servidumbre con amabilidad y consideración, motivo por el cual se supo ganar el afecto de todos.

—¿No me oyes? —preguntó con impaciencia.

El sirviente hizo una reverencia, y salió confuso de la habitación. Ella se volvió hacia Horace con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas.

—¡Qué placer —dijo— pertenecer a las clases altas! Una mujer pobre no tiene doncella que la vista, ni criado que suba por ella las escaleras. Me pregunto si vale la pena vivir con menos de cinco mil al año.

El sirviente volvió con el bordado. Se lo recogió con un gesto de insolencia y le ordenó que le acercara un escabel. El hombre obedeció. Tiró el bordado en el sofá.

—Pues ahora no tengo ganas de trabajar —dijo—. Llévatela otra vez arriba.

El sirviente, sorprendido, pero educado a la perfección, obedeció sin que se

notase su estupor. Horace, atónito, se acercó al sofá y la observó con curiosidad.

—¡Qué serio estás! —dijo Grace, con aire despreocupado—. ¿Desapruebas que esté sin hacer nada? Lo que tú quieras. No soy yo quien tiene que subir y bajar escaleras. Llama al criado.

—Querida Grace —objetó Horace con gravedad—, estás en un error. No estaba pensando en tu labor.

—Da igual; no tiene sentido pedir la labor y después mandar que se la lleven. Vuelve a llamar.

Horace la contemplaba paralizado.

—Grace —dijo—, ¿qué te pasa?

—Qué sé yo —respondió a la ligera—. ¿No decías que me animase? ¿Vas a llamar o tengo que hacerlo yo?

Horace se rindió. Frunciendo el entrecejo se dispuso a llamar. Él era una de esas personas que de forma instintiva se sienten incómodos en situaciones nuevas. Los exabruptos de su prometida eran completamente nuevos para él. Por primera vez en su vida sintió compasión por un criado cuando aquel hombre abnegado volvió a aparecer.

—Baja mi labor; he cambiado de opinión.

Con esta breve explicación se reclinó con aires de gran dama en los mullidos cojines del sofá y, aburrída, empezó a jugar con un ovillo de lana, tirándolo al aire y recogéndolo como si fuera una pelota.

—Te diré algo, Horace —dijo ella, cuando el sirviente cerró la puerta tras de sí—. Sólo la gente de nuestra posición tiene buenos criados. ¿Has notado que nada altera a ese hombre? El criado de una familia menos rica, ya se habría rebelado; una doncella corriente ya me habría conminado a decidirme.

El hombre volvió con la labor. Esta vez, Grace lo trató mejor: le dio las gracias.

—¿Has hablado últimamente con tu madre, Horace? —preguntó ella de repente, enderezándose y ocupándose de su bordado.

—La vi ayer.

—Entenderá que no me siento lo suficientemente bien como para ir a verla. ¿No se habrá enfadado conmigo?

Horace recobró la serenidad. El interés de Mercy por su madre lo halagó. Se sentó en el sofá, a su lado.

—¿Cómo va a enfadarse contigo? —respondió—. Mi querida Grace, ella te manda saludos. Y además, tiene su regalo de boda para ti.

Grace se ensimismó con su labor; tan doblada sobre el bordado que Horace apenas le veía la cara.

—¿Sabes qué es? —preguntó en voz baja, como sin querer.

—No. Solamente sé que ya lo tiene. ¿Quieres que vaya hoy mismo a buscarlo?

Ni aceptó ni rechazó la propuesta. Siguió trabajando con fervor.

—Tenemos tiempo de sobra —insistió Horace—. Puedo ir antes del almuerzo.

Grace no parecía prestarle atención; tampoco levantaba la cabeza.

—Tu madre es muy buena conmigo —dijo de repente—. Hubo un tiempo en que temí que no me considerara digna de ser tu esposa.

Horace se rió con indulgencia: no cabía en sí de gozo.

—¡Qué absurdo! —exclamó—. Querida, eres parienta de Lady Janet Roy. Tu familia es casi tan ilustre como la nuestra.

—¿Casi? —dijo ella—. ¿Sólo casi ?

La fugaz alegría de Horace desapareció por completo. Los asuntos de familia eran demasiado serios como para ser tratados a la ligera. Una sombra de solemnidad emergió en su semblante. Parecía que fuera Domingo y acabara de entrar en la Iglesia.

—Nuestra familia —dijo— se remonta, por parte de mi padre, a los Sajones; y por parte de mi madre, a los Normandos. La familia de Lady Janet, en cambio, si bien es una familia antigua, lo es solamente por parte de madre.

Grace dejó caer el bordado y miró a Horace de frente. Y, como si no tuviera ninguna importancia, dijo:

—Si no fuera parienta de Lady Janet —empezó—, ¿te casarías igualmente conmigo?

—Amor mío, ¿qué sentido tiene esa pregunta? Eres familia de Lady Janet.

Ella no permitió que saliera con evasivas.

—Imagínate que no lo fuera —prosiguió—, que sólo fuera una chica común y corriente. ¿Cómo reaccionaría tu madre?

Horace todavía eludía la cuestión, pero sólo mientras trataba de hallar una respuesta ventajosa para él.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero una respuesta —insistió—. ¿Tu madre aceptaría que te casaras con una muchacha pobre, sin linaje, sin más blasones que sus propias virtudes?

Horace estaba entre la espada y la pared.

—Pues si quieres saberlo —reveló Horace—, mi madre no consentiría un matrimonio como ese.

—¿Aunque ella fuese la joven más bondadosa del mundo?

Había un algo de provocación —casi una amenaza— en su tono. Horace se sentía turbado, cosa que mostró al hablar:

—Mi madre respetaría a la joven, pero no por ello faltaría al respeto que se debe a sí misma —explicó él—. Mi madre recordaría cuál es su obligación para con nuestro apellido.

—O sea, que diría que no.

—Diría que no.

—¡Ah!

Había un tono de rabia contenida en su exclamación que sorprendió a Horace.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada —respondió Grace, y se ocupó otra vez del bordado.

Horace, a su lado, la miraba con preocupación; sus esperanzas estaban puestas en la boda. Faltaba poco más de una semana para que ella hiciera su entrada en una familia de antiguo linaje, de la cual él hablaba con orgullo. «¡Ay! si no lo amara», pensaba ella, «si mi única preocupación fuera su despiadada madre...»

Consciente de que algo extraño había pasado entre ellos, Horace prosiguió la conversación.

—Espero no haberte ofendido —dijo.

Ella se giró hacia a él. Dejó caer la labor sobre su regazo. Sus grandes ojos se llenaron de ternura. Una sonrisa triste asomaba en sus delicados labios. Puso una mano en su hombro con una pequeña caricia. La belleza de su voz impregnaba las siguientes palabras ansiosas de consuelo, dirigidas a su prometido.

—¿Tú me amarías, Horace, sin pensar en el apellido de tu familia?

¡Otra vez con el apellido! ¿Por qué le obsesionaba ese tema? Horace la miró, sin contestar; intentando averiguar qué corría por su cabeza. Ella le cogió la mano y la apretó con fuerza, como si así él estuviera obligado a contestar.

—¿Me amarías?

El hechizo de su voz y el tacto de su mano le llegaron al corazón. Horace contestó apasionadamente.

—En cualquier circunstancia y con cualquier apellido.

Ella le pasó un brazo alrededor del cuello y lo miró fijamente a los ojos.

—¿De verdad? —preguntó.

—¡Tan cierto como que existe el cielo!

Ella bebió aquellas tópicas palabras con ávido placer. Quiso obligarlo a repetir las de otra forma.

—¿Y no te importaría quién hubiera sido? ¿Sólo por mí misma?

—Sólo por ti misma.

Lo rodeó con los dos brazos y, apasionadamente, apoyó la cabeza en su pecho.

—¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! —cada vez que repetía esas palabras su voz se hacía más vehementemente histérica; de súbito, la invadió un llanto lleno de rabia y desesperación.

Su verdadera situación había irrumpido trágicamente en ella cuando sus labios dejaban escapar las palabras de amor. Dejó caer los brazos y se hundió en los cojines, escondiendo la cara con sus manos.

—¡Déjame! —dijo entrecortadamente—. ¡Vete! ¡Vete!

Horace trató de abrazarla y levantarla. Ella se puso a temblar, rechazando el contacto; lo apartó con un gesto brusco, como si tuviese miedo de él.

—El regalo —exclamó, utilizando el primer pretexto que le vino a la mente—. Te ofreciste a traerme el regalo de tu madre. Me muero por saber lo que es. Ve por él.

Horace intentó que se calmara. Mejor hubiera sido tratar de calmar al viento en medio de una tempestad.

—Ve por él —repitió, llevándose una mano al pecho—. No me siento bien. Hablar me pone nerviosa; estoy histérica; es mejor que me quede sola. Vete a buscar el regalo. ¡Ve!

—¿Quieres que vaya a buscar a Lady Janet? ¿Llamo a tu doncella?

—No. No llames a nadie. Si me quieres déjame sola, ahora mismo.

—¿Te veré cuando vuelva?

—¡Sí, sí!

No había más remedio que obedecerla. A regañadientes y con un presentimiento, Horace salió de la habitación. Entonces ella exhaló un profundo suspiro y se dejó caer en una silla próxima. Si Horace se hubiera quedado con ella un solo segundo más — lo sentía, lo sabía—, se habría vuelto loca; habría estallado contando toda la terrible verdad. «¡Ay!», pensó, llevándose sus manos heladas a sus ojos ardientes, «si pudiera llorar, ahora que nadie me ve».

No había nadie en la estancia; pensaba, pues, que estaba sola. Pero, en aquel preciso instante, un par de oídos la escuchaban y un par de ojos la acechaban. Poco a poco, sin hacer ruido, a sus espaldas, se abría la puerta que daba al salón del billar. Cuando la abertura se hizo mayor, apareció en ella primero una mano enfundada en un guante negro, y después un brazo cubierto por una manga negra. Pasó un instante, y el rostro blanco y afligido de Grace Roseberry asomó con cautela; su mirada recorrió el comedor.

Sus ojos brillaron con ardor vengativo cuando advirtieron a Mercy, sola, sentada en el otro extremo de la habitación. Poco a poco siguió abriendo la puerta, avanzó un paso, y se detuvo. Un ruido, al fondo del invernadero, llamó la atención de sus oídos. Escuchó con atención, comprobando que no se había equivocado, y se retiró con un gesto de desagrado, cerrando con cuidado la puerta, para no ser vista. El sonido era un murmullo lejano de voces, al parecer dos hombres, hablando en voz baja en la entrada del invernadero.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué harían a continuación? Tenían dos opciones: o bien entrar en el salón o bien marcharse y salir por el jardín. De rodillas, detrás de la puerta, con el oído pegado a la cerradura, Grace Roseberry aguardaba lo que sucediera.

## CAPÍTULO XVI

### *El Reencuentro*

Ensimismada, Mercy no oyó cómo se abría la puerta ni el rumor de voces en el invernadero. Durante la última semana había sentido la necesidad, una terrible necesidad de desahogarse, la misma que la acorralaba en estos momentos. Debía reparar la injusticia cometida con Grace Roseberry, y confesar la verdad. Cuanto más tardara en hacerlo, más cruelmente estaba hiriendo a la mujer cuya identidad había robado; una mujer sin amigos ni papeles que pudieran atestiguar en su favor. Pero por más que se lo dijera a sí misma, Mercy no sabía cómo vencer el miedo que la asaltaba al pensar en admitir lo que había hecho. Había dejado pasar los días sin haber tenido nunca el valor de proceder a aquella horrenda confesión.

¿Era el miedo a lo que le pudiese pasar lo que sellaba sus labios? Temblaba — como cualquier otra persona habría temblado en su lugar— ante la idea de encontrarse otra vez en la calle, sin sitio ni esperanza para ella. Sin embargo, era lo suficientemente fuerte como para superar ese terror y asumir su fatalidad.

No, no era el miedo a la confesión en sí misma, o el miedo a sus posibles consecuencias, lo que la obligaba a guardar silencio. La intimidaba tener que confesarles a Horace y a Lady Janet que les había mentado. Cada día Lady Janet era más buena con ella, y Horace se desvivía más y más. Era incapaz de confiarle su secreto a Lady Janet. ¿Cómo decirle a Horace que había abusado de su amor? «No puedo hacerlo. Son tan buenos conmigo. ¡No puedo hacerlo!» La desesperanza la había envuelto durante los últimos siete días. La misma desesperanza en que estaba envuelta ahora.

El murmullo de las dos voces del invernadero había cesado. La puerta del salón de billar se abrió con sigilo. Mercy seguía en el mismo lugar, ignorante de lo que pasaba a su alrededor. Acosada por la fuerte tensión que la invadía, su mente se había sumergido poco a poco en nuevos pensamientos. Ahora, por primera vez, había reunido el valor suficiente para cuestionar su futuro desde otro punto de vista. Suponiendo que confesara la verdad, o suponiendo que la mujer a la que había suplantado descubriera el fraude, «¿qué partido?», se preguntaba, «¿obtendría Miss Roseberry del infortunio de Mercy Merrick?»

¿Podía Lady Janet dejar de querer a alguien que no era de su familia porque se presentaba una mujer que sí lo era? Nada en el mundo lograría que la Grace verdadera ocupara el lugar de la falsa Grace. Mercy había sabido ganarse el cariño de Lady Janet por sus propios méritos. Lady Janet podría hacer justicia, pero no entregaría sin reservas su corazón a una desconocida por segunda vez. Grace Roseberry sería formalmente reconocida y punto.

¿Había alguna esperanza en la nueva manera en que veía las cosas?

Sí: la falsa esperanza de reparar el perjuicio que había hecho sin tener que recurrir a la confesión del fraude. ¿Qué había perdido Grace Roseberry con el daño ocasionado a su persona? El salario de señorita de compañía y lectora de Lady Janet Roy. Digamos que reclama el dinero; Mercy tenía ahorrada parte de la generosa paga de la propietaria de Mablethorpe House; Mercy podría indemnizarla con ese dinero. O digamos que reclamaba su empleo; Mercy podría buscarle un trabajo por mediación de Lady Janet Roy, si se avenía a un arreglo.

Entusiasmada por aquellas nuevas expectativas, Mercy se puso de pie presa de gran excitación, convencida de que estaba sola en la estancia. Ella, a quien hace unos minutos le repelía la idea de tener que ver otra vez a Grace Roseberry, no deseaba ahora otra cosa que entrevistarse con ella. No había que perder tiempo, ese mismo día, si fuese posible, o mañana, a más tardar. Miró a su alrededor mecánicamente, pensando en cómo llevar a cabo su propósito. Su mirada reparó por casualidad en la puerta del billar. ¿Era una ilusión o vio realmente que la puerta, que primero estaba entreabierta, después se cerraba con sigilo? ¿Era una ilusión u oía voces en el invernadero?

Se detuvo y miró en dirección a las voces; aguzó el oído. El murmullo —estaba segura de haberlo oído— había desaparecido. Se dirigió al salón del billar para cerciorarse de que no había estado soñando. Alargó el brazo para abrir la puerta cuando oyó de nuevo las voces, reconocibles ahora como las de dos hombres. Ahora sí podía entender las palabras que se oían.

—¿Algo más, señor? —preguntaba un hombre.

—Eso es todo —contestó el otro.

Mercy se sonrojó cuando la segunda voz respondió a la primera. Indecisa, junto al salón de billar, no sabía qué hacer. Tras unos segundos la segunda voz se dejó oír de nuevo, pero esta vez aproximándose al comedor: «¿Está ahí, tía?», preguntó con cautela. Hubo un momento de silencio. Entonces la voz se oyó por tercera vez, ahora más fuerte y más cerca: «¿Está ahí?», repitió, «tengo algo que contarle». Mercy se armó de valor y respondió.

—Lady Janet no está aquí —al hablar se dirigió a la puerta del invernadero, hasta quedar frente a frente con Julian Gray.

Se miraron sin decirse nada el uno al otro. La situación, por muy distintos motivos, era embarazosa para ambos. Allí —a ojos de Julian— estaba la mujer prohibida; la mujer amada.

Allí —a ojos de Mercy— estaba el hombre que ella temía; el hombre cuyas acciones (o como ella las interpretaba) probaban que sospechaba de ella.

Aparentemente se repetían con exactitud las mismas circunstancias que habían marcado su primera entrevista, con la única diferencia de que ahora era él, y no ella,

quien deseaba escabullirse. Fue Mercy quien tomó la palabra.

—¿Esperaba encontrar aquí a Lady Janet? —se preguntó en forma forzada.

Él contestó de manera más forzada todavía.

—No se preocupe —dijo—. Ya la veré más tarde.

Julian retrocedió un paso mientras contestaba. Ella avanzó con resolución, dispuesta a impedir que se retirase obligándole a seguir hablando. El gesto de retroceder un paso y su forma forzada de contestar le habían confirmado instantáneamente a Mercy su erróneo convencimiento de que él, y sólo él, había adivinado la verdad. Y en tal caso, si lo que secretamente hubiera descubierto la ponía a su merced, el esfuerzo de llegar a un compromiso con Grace sería completamente inútil. Ahora, su principal preocupación era saber qué opinaba Julian Gray de ella. Muerta de miedo, helada de pies a cabeza, se interpuso en su camino y se dirigió a él con lo que piadosamente podría llamarse una sonrisa.

—Lady Janet tiene visitas —dijo—. Si desea esperarla aquí, vendrá enseguida.

El esfuerzo de esconder su angustia hizo que se sonrojara. A pesar del cansancio y de su aspecto descuidado, el hechizo que producía su belleza era tan fuerte como para retener a Julian contra su voluntad. Todo lo que tenía que hacerle saber a Lady Janet era que había hablado con uno de los jardineros, en el invernadero, y con el guardián de la puerta de entrada de la finca sobre las medidas que debían tomarse con la intrusa. Le habría resultado fácil, pues, escribirlo en una nota y salir de la casa. Por su propia tranquilidad, por respeto para con Horace, estaba obligado a disculparse educadamente con lo primero que se le ocurriera, y dejar a Mercy tal como la había encontrado, es decir, sola en la habitación. Hizo un intento, pero dudó. Despreciándose por hacerlo, se permitió mirarla. Sus ojos se encontraron. Julian entró en el comedor.

—Si no la molesto —dijo con turbación—, aguardaré aquí a Lady Janet, como usted amablemente me sugiere.

Ella advirtió su desasosiego; se dio cuenta de que él estaba luchando consigo mismo para no mirarla otra vez. Mercy bajó la vista cuando se dio cuenta de ello. Se quedó sin aliento; su corazón galopaba. «Si vuelvo a mirarle», pensaba ella, «me postraré a sus pies y le contaré la verdad». «Si vuelvo a mirarla», pensaba él, «me postraré a sus pies y le confesaré que la amo». Con la vista baja, él colocó una silla para ella. Ella, a su vez, con la vista baja, asintió con una inclinación y aceptó el asiento. Siguió un silencio sepulcral. Nunca en la historia de los malentendidos humanos hubo un malentendido como el que existía entre los dos.

El cesto de costura estaba a su lado. Lo cogió, e intentó rehacerse, haciendo como que arreglaba los ovillos de color. Julian, de pie detrás de ella, admiraba la elegante forma de su cabeza, contemplaba su hermoso cabello. Descubrió que era el hombre más vulnerable y el más falso de los amigos por seguir allí todavía, y a pesar de ello



no se movió.

Nada rompía el silencio. La puerta del salón de billar volvió a abrirse sin hacer ruido. El rostro de la mujer que había estado escuchando se entrevió en el umbral. En ese momento, Mercy se levantó.

—Siéntese, por favor —dijo con amabilidad, pero sin atreverse a levantar la vista, fija en la cesta de la costura.

Julian se dio la vuelta para coger una silla pero lo hizo con tanta rapidez que alcanzó a ver cómo se cerraba velozmente la puerta del billar.

—¿Hay alguien en esa habitación?

—No sé. Hace un rato me pareció oír cómo se abría y cerraba la puerta.

El pastor se dirigió al salón del billar. En ese instante, a Mercy se le cayó un ovillo de lana. Julian se detuvo a recogerlo, y después abrió la puerta y miró en el interior del salón. Encontró la habitación vacía.

¿Había estado alguien escuchando, alguien que se había retirado antes de que se le descubriese? La puerta abierta del salón de fumar dejaba ver que en esa habitación tampoco había nadie. Había una tercera puerta abierta, la del vestíbulo, que daba al jardín. Tras reflexionar unos instantes, Julian optó por cerrarla y regresar al comedor.

—Tal vez —le dijo a Mercy— la puerta no estaba bien cerrada y una corriente de aire la abrió...

Ella aceptó la explicación en silencio. Él, a ojos vista, no estaba muy convencido de lo que había dicho. Mercy lo miró sin pestañear, algo incómoda. Entonces la antigua fascinación que había sentido por ella lo atrapó de nuevo. Otra vez se entretuvo contemplando la forma de su cabeza y su hermoso cabello. Ahora que él se había quedado en el comedor tras habérselo pedido, ella no era capaz de reunir el valor que ya antes le había faltado para hacerle la pregunta cuya respuesta ansiaba. Seguía ocupada con su labor; demasiado ocupada como para alzar la vista o hablar con él. El silencio se hacía insoportable. Julian lo rompió con una pregunta tópica: se interesó por su salud.

—Estoy bien, pero avergonzada por los trastornos y la angustia que he causado —contestó—. Hoy he bajado por primera vez. Voy a intentar trabajar un poco.

Reparó en el cesto de la labor. Las lanas estaban muy enmarañadas, hechas un revoltijo de colores, hebras y ovillos.

—Todo está revuelto—, suspiró con timidez, y con una leve sonrisa en los labios—. ¿Cómo voy a arreglarlo?

—Déjeme ayudarla —dijo Julian.

—¡Usted!

—¿Por qué no? —preguntó él, recobrando el singular humor que ella recordaba—. Olvida que soy un pastor. Y los pastores tenemos el privilegio de ayudar a las jóvenes más necesitadas. Déjeme intentarlo.

Puso un taburete a sus pies y se sentó a deshilvanar una de las madejas enredadas. En un minuto, desenmarañó la lana y se la entregó a Mercy para que hiciera ovillos con ella. Esta escena tan hogareña, cuyo carácter acogedor inspiraba confianza, logró tranquilizar a Mercy Merrick. Distraída, enrollaba la lana hasta formar ovillos. Por fin se atrevió a pronunciar las osadas palabras que, poco a poco, delatarían las sospechas de Julian, si es que éste sospechaba la verdad.

## CAPÍTULO XVII

### *El Ángel de la Guarda*

—Estaba usted aquí cuando me desmayé, ¿verdad? —empezó Mercy—. Pensaré que soy una cobarde, incluso siendo mujer.

Él negó con la cabeza.

—Ni mucho menos —replicó Julian—. Hasta el más valiente habría sucumbido ante semejante situación. No me sorprende en absoluto. No me extraña que se haya puesto enferma.

Ella dejó de hacer un ovillo con la lana. ¿Qué significaban aquellas inesperadas palabras de simpatía? ¿Serían una trampa? Le urgía saber más, y optó por una táctica más directa.

—Horace me ha dicho que ha estado en el extranjero —dijo—. ¿Disfrutó de las vacaciones?

—No eran vacaciones. Me fui porque debía hacer ciertas indagaciones...

Julian no pudo terminar la frase; imposible hablar de un asunto que a ella le resultaría doloroso. Mercy, con los dedos temblando entre dos ovillos de lana, prosiguió en voz baja.

—¿Sacó algo en claro? —preguntó.

—Nada digno de mención.

La prudencia de la respuesta le hizo sospechar. En un arranque de desesperación, decidió cortar por lo sano.

—Me interesa su opinión... —empezó Mercy.

—¡Cuidado! —dijo Julian—. ¡Está enredando la lana!

—Quiero saber su opinión sobre la mujer que me dio aquel susto. Usted cree que ella...

—¿Creo que ella... ?

—¿Cree que es una aventurera?

Mientras decía esto, en el invernadero, una mano enfundada en un guante negro rompía sin ruido las ramas de un arbusto. El rostro de Grace Roseberry, casi invisible, se vislumbraba detrás de las hojas. Había logrado salir sin ser vista del salón del billar y se había refugiado en el invernadero, un lugar más seguro. Escondida detrás del arbusto, podía ver y escuchar. Escondida detrás del arbusto, aguardaba tan pacientemente como siempre.

—Tengo una opinión más clemente —respondió Julian—. Creo que no está en sus cabales. No censuro su conducta; más bien es digna de compasión.

—¿La compadece? —mientras Mercy repetía esas palabras tomaba de las manos de Julian las últimas hebras de lana y ponía las madejas mal ovilladas en la cesta—.

¿Significa eso —prosiguió bruscamente— que la cree?

Julian se levantó y miró a Mercy con asombro.

—¡Santo cielo, Miss Roseberry! ¿Cómo se le ocurre tal cosa?

—Yo soy poco más que una extraña para usted —siguió ella, intentando utilizar un tono festivo—. La conoció antes que a mí. No hay mucha diferencia entre compadecer y creer. ¿Cómo puedo estar segura de que no sospecha de mí?

—¿Sospechar de usted? No sabe cómo me aflige, cómo me ofende. ¿Sospechar de usted? Jamás me había pasado esa idea por la cabeza. No hay hombre que tenga más fe en usted, que crea con mayor devoción en su persona.

Sus ojos, su voz, sus gestos, todo le revelaba a ella que aquellas palabras provenían del corazón. Comparó aquella generosa confianza en ella (confianza que no merecía) con sus desabridas sospechas sobre él. No solamente había sido injusta con Grace Roseberry, sino que también lo había sido con Julian Gray. ¿Era capaz de engañarlo, como había engañado a los demás? ¿Podía aceptar aquella confianza absoluta, aquella fe devota? Nunca había sufrido tanto como ahora por su vil comportamiento; le repugnaba su manera de ser, y sentía odio hacia sí misma. Horrorizada de sí misma, apartó la cabeza en silencio y evitó cruzarse con su mirada. Él notó el gesto, y lo interpretó a su manera. Se acercó a ella y le preguntó angustiado si la había ofendido.

—No sabe cuánto me ha conmovido su confianza —dijo ella, sin alzar la vista—. No se imagina cuánto agradezco su bondad.

Se detuvo de repente. Su buen tino la advirtió de que estaba hablando demasiado efusivamente, que la expresión de su gratitud podría parecerle a él extrañamente exagerada. Mercy le dio la cesta de la labor, y dijo, antes de que él pudiera contestar.

—¿Es tan amable de apartar esto? — le rogó ella en voz baja—. No me siento capaz de seguir trabajando.

Julian le dio la espalda para poner la cesta en una mesita. En ese momento, la mente de ella corrió velozmente desde el presente hasta el futuro. Algún día la verdadera Grace dispondría de las pruebas que buscaba con desesperación, y le daría a conocer a él la verdadera identidad de la falsa Grace. ¿Qué pensaría de ella entonces? ¿Podría conseguir que él se lo dijera sin traicionarse ella misma? Decidió intentarlo.

—Ya sabe cuán insaciables son los niños cuando se responde una vez a sus preguntas; me temo que con las mujeres pasa lo mismo —dijo cuando Julian se volvió hacia ella—. ¿Resistirá su paciencia si vuelvo por tercera vez a la persona de la que hablábamos?

—Póngame a prueba —contestó con una sonrisa.

—Imagine que usted no sintiese compasión por ella.

—¿Sí?

—Pongamos que estuviera convencido de que actúa con maldad, engañando a los demás en su propio provecho, ¿no es cierto que una mujer así le causaría horror y disgusto?

—Dios me prohíbe apartarme de una criatura humana —respondió—. ¿Quién entre nosotros tiene el derecho de hacerlo?

Ellas apenas se atrevía a creer sus palabras.

—¿Seguiría apiadándose de ella? —insistió—; ¿mantendría sus sentimientos hacia ella?

—Con todo mi corazón.

—¡Qué bondadoso es usted!

Julian alzó la mano como advertencia. Bajó la voz, brillaron sus ojos. Ella había llegado hasta las profundidades de aquel gran corazón y removido sus creencias más íntimas, aquellas por las cuales se guiaba aquel hombre: los principios que guiaban su humilde y noble existencia.

—¡No! —gritó—. No diga eso. Diga que intento amar al prójimo como a mí mismo. Únicamente el fariseo cree que es mejor que los demás. El mejor de nosotros hoy puede, de no ser por la misericordia divina, ser el peor mañana. La virtud cristiana es aquella que jamás desespera del prójimo. La Fe cristiana cree tanto en el Hombre como en Dios. Frágiles y pecadores como somos, podemos remontar el vuelo con las alas del arrepentimiento e ir de la tierra al cielo. La Humanidad es sagrada. La Humanidad tiene un destino inmortal. ¿Quién soy yo para decirle a cualquier hombre o mujer: «no hay salvación para ti?» ¿Quién se atreve a decir que el mundo es vil, si el mundo lleva la huella de la mano divina?

Julian se apartó, luchando contra la emoción que ella le producía.

Momentáneamente, los ojos de Mercy, que seguían sus movimientos, brillaron con entusiasmo, pero luego se apagaron en el vano lamento de que era demasiado tarde. ¡Si él hubiera sido su amigo y su guía espiritual aquel día fatal en que había dirigido por primera vez sus pasos hacia Mablethorpe House! Suspiró con amargura al partírsele el corazón ante aquella pretensión desesperada. Él la oyó suspirar, y volviéndose, la miró con atención.

—Miss Roseberry —dijo.

Ella seguía ensimismada en sus amargos recuerdos; no oyó su voz.

—Miss Roseberry —repitió, acercándose. Mercy alzó la vista, sobresaltada.

—¿Me permite hacerle una pregunta? —inquirió con amabilidad.

Ella se alarmó.

—No crea que la hago por mera curiosidad —siguió él—. Y, por favor, no conteste si con ello tiene que traicionar la confianza que se haya puesto en usted.

—¿Confianza? —repitió ella—. ¿A qué se refiere?

—Me parece que tiene usted más interés de lo común en las preguntas que me

acaba de formular —se aventuró Julian—. ¿Habla por casualidad de alguna infeliz en concreto —no de aquella que la impresionó, claro está—, sino de alguna otra mujer que usted tal vez conozca?

Mercy dejó caer la cabeza sobre el pecho. Él no sospechaba que había hablado de sí misma: su tono y sus gestos seguían manifestando que tenía plena confianza en ella. Y no obstante, sus últimas palabras provocaron en ella un escalofrío; no se veía capaz de responderlas.

Sin embargo, Julian aceptó su gesto con la cabeza como una respuesta.

—¿Se interesa por ella?

Ella contestó con desmayo.

—Sí.

—¿Le ha dado ánimos?

—No me he atrevido.

Su rostro se iluminó por el entusiasmo.

—¡Hable con ella! —exclamó—. ¡Y permítame acompañarla y ayudarla!

La respuesta llegó desmayada y lúgubre.

—Ha caído demasiado bajo para eso... Julian la interrumpió con un gesto de impaciencia.

—¿Qué ha hecho?

—Ha engañado a la buena gente que confía en ella. Le ha hecho mucho daño, cruelmente, a otra mujer.

Por primera vez, Julian se sentó a su lado. El interés que crecía en él hacia Mercy era más bien un reproche. Le habló sin reservas; la miró de hito en hito con el corazón en la mano.

—¿No la juzga con severidad? —dijo él—. ¿Usted sabe qué pruebas y tentaciones ha tenido que soportar?

No hubo respuesta.

—Dígame —prosiguió—, ¿la persona a quien ha hecho tanto daño todavía vive?

—Sí.

—Si vive, podrá compensar el daño que le ha hecho. Llegará el momento en que esta pecadora podrá pedir nuestro perdón y ganar nuestro respeto.

—¿Usted podría perdonarla? —preguntó Mercy con tristeza—. ¿Usted sería capaz de comprender su calvario?

Una sonrisa, amable y fugaz, iluminó el rostro de Julian.

—Usted olvida que yo también he vivido tristes experiencias —respondió él—. Aunque sea joven, sé más que la mayoría de hombres de las mujeres que han pecado y han sufrido. Aunque sea tan poco lo que me ha contado, puedo ponerme en su lugar. Puedo comprender, por ejemplo, que esta mujer fue tentada hasta más allá de lo que puede resistir un ser humano ¿tengo razón?

—La tiene.

—Probablemente, tampoco tendría a alguien a su lado que pudiera aconsejarla, advertirla o salvarla. ¿No es así?

—Así es.

—Atraída por la tentación, desamparada, abandonada al maligno impulso del momento, esta mujer cometió algún pecado del cual ahora se arrepiente. Ahora quiere reparar el daño que ha hecho, pero no sabe cómo hacerlo. Todas sus energías están sepultadas bajo la desesperación y el horror que siente por sí misma, mientras crece su arrepentimiento. ¿Es por eso una mujer perversa o vil? ¡Lo niego! Quizá tenga una noble naturaleza, y quizá pueda demostrarlo. Hay que darle la oportunidad que necesita, igual que nosotros, pobres y caídas criaturas, para que pueda ocupar su lugar entre los justos; con honor, sin culpa, otra vez feliz.

Los ojos de Mercy, que habían estado fijos en él mientras hablaba, cayeron abatidos cuando calló.

—No existe tal futuro —contestó ella— para la mujer de la que estoy hablando. Perdió su oportunidad. Hace tiempo que la ha abandonado la esperanza.

Julian pareció reflexionar consigo mismo.

—Vamos a ver si nos entendemos —dijo—. Ella ha engañado y ofendido a otra mujer. Esto es lo que me ha contado, ¿no?

—Sí.

—¿Y lo ha hecho en su propio provecho?

—Sí.

—¿Y puede ser descubierta?

—De momento no, que yo sepa.

—¿Estará a salvo mientras guarde silencio?

—Mientras guarde silencio.

—¡Ahí está su oportunidad! —gritó Julian—. Tiene un futuro por delante. Todavía hay esperanza.

Con las manos entrelazadas, sin atreverse a respirar, Mercy miraba aquel rostro alentador y escuchaba aquellas palabras áureas.

—Explíquese, por favor —preguntó—. Cuéntele a través mío qué debe hacer.

—¡Que confiese la verdad! —respondió Julian—. ¡Que el temor a ser descubierta no se lo impida! Que sea justa con la mujer a la que ha perjudicado, mientras esa mujer no tenga aún la posibilidad de demostrar lo que le ha hecho. Que sacrifique todo lo que ha ganado mediante el fraude al sagrado deber de la expiación. Si es capaz de hacer esto —porque se lo exija su propia conciencia o porque se lo exija la piedad— en su contra, en perjuicio suyo, para su vergüenza, su arrepentimiento revelará su noble naturaleza; ¡entonces será una mujer digna de confianza, de respeto y de amor! Y si los fariseos y los intolerantes de esta tierra miserable pasaran por

delante de ella y la menospreciaran, yo le tendería mis manos. Yo le diría, liberándola de su soledad y aflicción: «Levántate, pobre corazón afligido. Alma purificada y noble, los ángeles se regocijan por ti. Recobra tu lugar entre las más nobles criaturas de Dios».

Sin ser consciente de ello, empleó en sus últimas frases las mismas palabras que había utilizado en la capilla del albergue. Pero ahora estas palabras se multiplicaban con fuerza en el corazón de Mercy. Imperceptible, repentina, misteriosamente ella cambió de expresión. Su rostro, antes preocupado, mostraba ahora una belleza sosegada. El destello de miedo y angustia desapareció de sus bellos ojos grises y fue reemplazado por un brillo que revelaba que había tomado una resolución.

Hubo un momento de silencio entre ellos. Ambos lo necesitaban. Julian fue el primero en hablar.

—¿No le satisface que haya todavía una oportunidad ante ella? —preguntó—  
¿Siente como siento yo que no debe perder la esperanza?

—Solamente sé que ella no puede tener mejor amigo que usted —contestó Mercy con gentileza y gratitud—. Ella hará todo lo posible para no defraudarle. Le demostraré que no ha hablado usted en vano.

Todavía sin comprenderla, él se dirigió a la puerta.

—No pierda un tiempo precioso —dijo él—. No la abandone a su triste suerte. Si usted no puede ir, deje que vaya yo en su lugar como mensajero.

Ella lo detuvo con un gesto. Él retrocedió, se detuvo y observó con sorpresa cómo ella no hacía ningún ademán de levantarse de la silla.

—No se vaya —expresó ella, con la voz un poco alterada.

—Perdone —dijo él—. No la entiendo.

—Enseguida me entenderá. Deme un poco de tiempo.

Julian seguía cerca de la puerta con sus inquisitivos ojos puestos en ella. Cualquiera otro hombre con menos luces que él, o con menos fe en Mercy de la que él tenía, habría empezado a sospechar de ella. Pero Julian estaba muy lejos de ello.

—¿Quiere que la deje sola? —preguntó con consideración—. ¿Salgo un momento y vuelvo dentro de un rato?

Ella lo miró con terror.

—¿Dejarme sola? —repitió, mas se detuvo, y repentinamente se detuvo en el momento en que debía ir más allá.

Los separaba más de la mitad de la habitación. Ella quería decirle palabras que jamás saldrían de sus labios hasta que no viera en el rostro de él algo que le diera valor para hacerlo.

—¡No! —gritó, de repente, desesperada—. No me deje sola. Vuelva a mi lado.

Julian obedeció en silencio. Ella, a su vez, señaló en silencio la silla a su lado. Él la cogió. Ella lo miró y se contuvo. Estaba decidida a proceder a su horrible



confesión, pero no sabía cómo empezar. Su instinto femenino le susurró: «Busca amparo en su contacto». Le dijo con naturalidad, ingenuamente:

—Deme valor. Deme fuerza. Por favor, deme su mano.

Julian no contestó, ni se movió. De repente parecía preocupado; sus ojos descansaban en ella sin comprender; había estado a punto de descubrir su secreto; en otro momento quizá habría descubierto la verdad. En ese instante, con la naturalidad de una hermana, ella le cogió la mano. La suave presión de sus dedos, enlazados con los suyos, lo emocionó; sintió cómo se encendía su pasión hacia ella, barrió de su mente los puros propósitos de hacía un momento, paralizó sus facultades cuando estaba casi entrando en el misterio de la extraña conducta de ella y sus perturbadoras palabras. Todo él temblaba por el hechizo de su contacto. Pero la presencia de Horace seguía atormentándole: su mano yacía inerte en las suyas; esquivaba su mirada.

Ella apretó su mano. Y le dijo con ingenuidad:

—Por favor, no aparte la vista. Sus ojos me dan valor.

Su mano correspondió a la fuerza de la suya. Gozó del privilegio de poder mirarla sin inhibiciones. Ella había derribado sus últimos restos de dominio de sí mismo. La imagen de Horace, el sentimiento del honor, se desvanecieron. Estuvo a punto de pronunciar palabras que habría lamentado durante el resto de su vida, pero ella lo interrumpió al hablar primero.

—Aún no se lo he dicho todo —prosiguió Mercy, dispuesta de una vez por todas a encontrar la paz para su corazón—. Me faltan muchas, muchas cosas que contarle. Querido, generoso amigo, déjeme que se las cuente aquí y ahora.

Ella quiso arrodillarse a sus pies. Él saltó de su sitio y la detuvo; sosteniéndola con las dos manos, la levantó del suelo. Por las palabras que había pronunciado y la actitud que las había acompañado, Julian cayó por fin en la cuenta. ¡La mujer culpable de la que le había hablado era ella misma!

## CAPÍTULO XVIII

### *La Búsqueda en los Jardines*

Mientras Mercy casi estaba en los brazos de Julian; mientras su pecho rozaba con el suyo —ambos sin decir una sola palabra—, se abrió la puerta de la biblioteca. Lady Janet entró en la habitación. Grace Roseberry, acechando desde el invernadero, vio abrirse la puerta y reconoció a la señora de Mablethorpe House. Con sigilo, retrocedió y buscó un albergue más seguro, fuera del alcance de los que estaban en el comedor.

Lady Janet no pasó del umbral. Paralizada, miraba con severo silencio a su sobrino y a su hija adoptiva. Mercy se sentó en una silla a su lado. Julian no se apartó. Su mente aún no había asimilado su descubrimiento; sus ojos permanecían sobre la joven con una mirada inquisitiva y aterrada. Estaba absorto, con los ojos puestos en Mercy como si todavía estuvieran solos en la habitación.

Lady Janet fue la primera en romper el silencio. Se dirigió en primer lugar a Julian.

—Tenías razón, Julian Gray —dijo, acentuando su amargura con el énfasis puesto en sus palabras y sus gestos—. Hubiera sido mejor que a la vuelta no hubieras encontrado en el comedor a nadie más que a mí. No te entretendré más. Puedes irte de mi casa.

Julian miró a su tía. Ella le señalaba la puerta. Excitado por las circunstancias, aquel gesto lo sacó de sus casillas. Contestó olvidándose de su habitual respeto para con la edad y posición social de Lady Janet.

—Olvida, por lo visto, Lady Janet, que no le está hablando a uno de sus criados —apuntó—. Tengo graves razones, que usted no conoce, para quedarme en Mablethorpe House. Tenga por seguro que no abusaré más de lo necesario de su hospitalidad.

Al decir esto, se volvió hacia Mercy y la sorprendió observándolo tímidamente. En el instante en que se cruzaron sus miradas, el tumulto de sentimientos que se agitaba en su interior se apaciguó. Apenado por ella, compasivamente apenado, crecía en él una serenidad que colmaba su corazón. Ahora, y sólo ahora, podía leer en su angustiado y noble rostro cuánto debía haber sufrido. La compasión que había sentido por la mujer desconocida era diez veces menor que la que sentía por ella. La fe que honestamente había depositado en la mujer anónima se había convertido en diez veces mayor al depositarse en ella. Se dirigió a su tía con amabilidad.

—Esta señorita —explicó— tiene que decirme algo en privado. Estas son mis razones, y también mi disculpa, para no irme en el acto de esta casa.

Impresionada todavía por lo que había presenciado al entrar en la habitación,

Lady Janet le lanzó una mirada entre aturdida y airada. ¿Estaba Julian haciendo caso omiso de los derechos de Horace Holmcroft en presencia de su futura esposa? Apeló su hija adoptiva.

—¡Grace! —exclamó—. ¿Lo has oído? ¿No tienes nada que decir? Recuerda que...

Lady Janet no terminó la frase. Por primera vez en el trato con su joven señorita de compañía, vio que ella no le prestaba atención. Mercy era incapaz de escuchar. Los ojos de Julian le habían revelado que por fin había comprendido.

Lady Janet se volvió hacia su sobrino y le habló con dureza, como jamás le había hablado al hijo de su hermana.

—Si es que tienes un mínimo sentido de la decencia —le reprendió—, y ya no menciono el sentido del honor, debes abandonar inmediatamente mi casa, y se ha acabado tu relación con esta señorita. Ahórrate tus explicaciones y tus disculpas; lo que acabo de ver al abrir la puerta sólo puede explicarse de una manera.

—Malinterpreta usted lo que ha visto —respondió Julian con serenidad.

—¿Quizá malinterpreto también lo que me confesaste hace menos de una hora? —replicó Lady Janet.

Alarmado, Julian miró a Mercy.

—¡No hable de ello! —susurró—. Ella podría oírla.

—¿Significa eso que no sabe que estás enamorado de ella?

—Gracias a Dios, no tiene la menor sospecha.

No hubo dudas al respecto de la honestidad de esta respuesta. Demostraba su inocencia como ninguna otra cosa podía hacerlo. Lady Janet retrocedió un paso, desconcertada, sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

El silencio que siguió fue interrumpido por un discreto golpe en la puerta de la biblioteca. Un sirviente —cuyo rostro reflejaba que traía buenas y malas noticias— entró en la habitación.

Lady Janet, muy susceptible debido a la tensión del momento, consideró la irrupción como una ofensa por parte del inofensivo criado.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó con aspereza—. ¿Por qué nos interrumpes?

El sirviente se disculpó con recelo.

—Dispense mi atrevimiento. Desearía hablar con Mr. Julian Gray.

—¿Qué pasa? —preguntó Julian.

El hombre miró con incomodidad a Lady Janet, dudó un momento, y miró a la puerta deseando no haber entrado.

—Apenas me atrevo, señor, delante de Miss Roseberry —contestó él.

Lady Janet de inmediato adivinó el porqué de la vacilación del sirviente.

—¡Sé lo que sucede! —dijo—. Esa mujer abominable está otra vez aquí, ¿verdad?

Los ojos del criado buscaron el apoyo de Julian.

—¿Sí o no? —gritó Lady Janet imperativamente.

—Sí, señora.

Julian asumió en el acto la obligación de hacer las debidas preguntas.

—¿Dónde está? —empezó.

—Por la finca, suponemos, señor.

—¿Tú la has visto?

—No, señor.

—¿Quién la ha visto?

—La esposa del guarda.

Esto se ponía serio. La mujer del guarda estaba presente cuando Julian le dio las instrucciones a su marido. Ella no se equivocaría de persona.

—¿Cuándo? —siguió Julian preguntando.

—No hace mucho, señor.

—Más concreto, por favor. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, señor.

—¿Ha hablado la esposa del guarda con ella?

—No señor, no le dio tiempo, según tengo entendido. Recuerde que ella es muy astuta. Al ser descubierta salió corriendo, y se le escapó.

—¿En qué parte de los jardines?

El sirviente hizo un gesto en dirección del vestíbulo.

—Por ahí, señor. O bien por el jardín Holandés o por la zona de los arbustos. No estoy seguro.

Era evidente que la información era demasiado imprecisa como para ser útil. Julian preguntó si la mujer del guarda estaba en la casa.

—No, señor. Su marido ha salido a proseguir la búsqueda en su lugar por los jardines, mientras ella guarda la verja. Enviaron a su hijo con el mensaje. Por lo que dice el chiquillo, ellos le agradecerían que les echara una mano, señor.

Julian reflexionó un momento.

Era muy probable, por lo que le contaba, que la intrusa hubiera estado deambulando por la casa; que escuchara, por ejemplo, desde el salón del billar, que saliera corriendo cuando él se dispuso a abrir la puerta, y que ahora estuviera por ahí, como había dicho el criado, por los jardines, después de esquivar a la mujer del guarda.

El asunto era grave. Cualquier error podría tener nefastas consecuencias. Si Julian realmente había adivinado el secreto que Mercy había estado a punto de revelar, la mujer que intentaba introducirse en la casa no era otra que la verdadera Grace Roseberry.

Asumiendo este hecho como cierto, era de vital importancia que él pudiera hablar

a solas con Grace, antes de que ella empezara de nuevo a exigir sus derechos a gritos, y antes de que lograra hablar con la hija adoptiva de Lady Janet. La dueña de la pensión ya le había avisado de que el motivo por el cual había entrado a hurtadillas en Mablethorpe House era para ver si pillaba a solas a «Miss Roseberry», es decir, sin la compañía de Lady Janet o el amparo de los caballeros. «Déjeme hablar con ella — había dicho—, y lograré que confiese que es una impostora». Tal como estaba ahora el asunto, era imposible prever las consecuencias de un encuentro entre estas dos mujeres. Todo dependía de la destreza de Julian para manejar con tacto a una mujer exasperada; pero nadie, en este momento, conocía su paradero.

En ese momento, tal como Julian lo veía, no parecía haber otra alternativa que empezar sus pesquisas en la casa del guarda, y partiendo de allí dirigir personalmente la búsqueda.

Al llegar a esta conclusión, miró hacia la silla que ocupaba Mercy. Debía sacrificar cruelmente sus ansias y sus deseos dejando para más tarde la continuación de la conversación, suspendida en un momento clave cuando fueron interrumpidos por la aparición de Lady Janet.

Mercy se había levantado cuando él estaba interrogando al criado. No había puesto mucha atención en la discusión entre Julian y su tía, pero, sin embargo, sí se había interesado por las respuestas incompletas del sirviente. Su cara revelaba que había estado escuchando con el mismo interés que Lady Janet, con la notable diferencia de que Lady Janet parecía asustada, y la señorita de compañía no mostraba ningún signo de preocupación. Parecía tener interés, quizá algo de inquietud, pero nada más. Julian se dirigió a su tía despidiéndose.

—Tranquílcese, por favor. Tengo pocas dudas de que, en cuanto tenga más detalles, encontraremos enseguida a esta mujer. No hay motivo para sentirse incómoda. Yo mismo me ocuparé de la búsqueda. Volveré en cuanto me sea posible.

Lady Janet escuchaba distraída. Había algo en la expresión de sus ojos que le sugirió a Julian que su mente estaba maquinando algo. Al salir hacia el salón del billar, él se detuvo delante de Mercy. Hizo esfuerzos para contener la emoción que le causaba dirigirle una simple mirada. Su corazón palpitaba a gran velocidad; su voz se había hecho susurro al decirle:

—Volveremos a vernos. Le prometo que ahora, más que nunca, podrá contar con mi comprensión y mi ayuda.

Ella entendió el mensaje. Su pecho se agitaba nerviosamente, sus ojos posaron la vista en el suelo y no respondió. Al mirarla, una lágrima surgió de los ojos de Julian. Él salió apresuradamente de la habitación. Al regresar, después de cerrar la puerta del salón del billar, oyó cómo Lady Janet decía: «Tenemos que hablar, Grace; no te vayas». Interpretando estas palabras como que su tía tenía algo que hacer en la biblioteca, él cerró la puerta.

Entró en el salón de fumadores e inmediatamente oyó cómo se abría la puerta. Volvió la espalda y vio que Lady Janet le había seguido.

—¿Desea hablar conmigo? —preguntó Julian.

—Quiero que me hagas un favor —contestó Lady Janet— antes de que te vayas.

—¿Cuál?

—Tu tarjeta.

—¿Mi tarjeta?

—Me has dicho que no me preocupase —dijo la anciana—. Pues estoy preocupada. No estoy tan segura como tú de que esta mujer esté por ahí afuera. Puede estar en cualquier sitio de la casa, espiándonos, y puede aparecer cuando menos lo esperemos. Recuerda lo que me dijiste.

Julian entendió la alusión. Permaneció en silencio.

—La comisaría —continuó Lady Janet— enviará un policía experimentado y de paisano a cualquier dirección que figure en la tarjeta. Eso es lo que me dijiste. Para mayor seguridad de Grace, quiero esa tarjeta antes de que te vayas.

Julian no podía explicarle las razones que impedían ahora tomar esa medida, sobre todo teniendo en cuenta que estaban precisamente ante la emergencia para la que había sido pensada. ¿Cómo declarar que la verdadera Grace Roseberry estaba loca? ¿Cómo permitir que detuvieran a la verdadera Grace Roseberry? Por otra parte, él se había comprometido, si las circunstancias lo exigían, a proporcionarles a Lady Janet los medios legales necesarios para protegerla de cualquier molestia o acoso. Y ahora ahí estaba Lady Janet, acostumbrada a que nadie se opusiera a sus deseos, con la mano extendida esperando la tarjeta.

¿Qué debía hacer? Por el momento, la única posibilidad era someterse. Si lograba encontrar a la fugitiva podría ocuparse de que no fuera sometida a innecesarias vejaciones. Si se las ingeniaba para entrar en la casa, durante su ausencia, aún podría evitar este riesgo mandando en secreto una segunda tarjeta a la comisaría, indicándole al comisario que no interviniera hasta nuevo aviso. Julian, antes de entregarle la tarjeta a su tía, trató de alcanzar un pacto:

—Estoy seguro de que no la utilizará si no es estrictamente necesario, pero debo imponerle una condición. Prométame mantener este asunto en secreto.

—¿También con Grace? —intervino Lady Janet.

Julian asintió.

—¿Es que crees que quiero alarmarla aún más de lo que está? ¡Como si no me causara ya bastantes preocupaciones! ¡Claro que lo mantendré en secreto!

Más tranquilo en este aspecto, Julian salió hacia el jardín. Tan pronto como desapareció, Lady Janet cogió una pluma y escribió en la tarjeta de su sobrino, dirigiéndose al comisario de policía: «*Necesitamos su presencia en Mablethorpe House*». Una vez hecho esto, metió la tarjeta en el bolsillo pasado de moda de su

vestido y regresó al comedor.

Grace la esperaba, de acuerdo a las órdenes recibidas. Durante algunos momentos, ninguna de las dos se atrevió a hablar. Ahora que estaba a solas con su hija adoptiva, mostraba una cierta frialdad y dureza en su comportamiento. Tenía grabada en la memoria la escena presenciada al abrir la puerta del comedor. Si bien es cierto que Julian supo convencerla de que no era lo que parecía que era, ella no se quedó satisfecha con la explicación. «Hay algún secreto entre ellos», pensaba la anciana, «y la culpa la tiene esa loca. ¡Siempre las dichosas mujeres!»

Mercy —pálida, quieta, callada y sumisa— aguardaba a que ella tomase la palabra. Lady Janet, soliviantada, se vio obligada a empezar la conversación.

—¡Hija mía! —estalló.

—Sí, Lady Janet.

—¿Cuánto tiempo vas a estar sentada aquí, callada y con la mirada clavada en la alfombra? ¿No tienes nada que decir al respecto de la situación? Has oído lo que el sirviente le ha dicho a Julian. Te vi escuchando con sumo interés. ¿No tienes miedo?

—No, Lady Janet.

—¿No estás nerviosa?

—No, Lady Janet.

—¡Ah! No creí que tuvieras tanto coraje después del susto que nos diste apenas hace una semana. Me congratulo de tu recuperación. ¿Me oyes? Me congratulo de tu recuperación.

—Gracias, Lady Janet.

—Yo no estoy tan tranquila como tú. En tiempos, ya me excitaba con facilidad, y no he perdido esa virtud. Estoy nerviosa, ¿sabes? Nerviosa.

—Lo siento, Lady Janet.

—Eres muy bondadosa. ¿Sabes lo que voy a hacer?

—No, Lady Janet.

—Reunir a la servidumbre. Cuando digo la servidumbre me refiero a los hombres. Las mujeres no valemos para nada. Me temo que no me estás prestando atención.

—Le presto toda mi atención, Lady Janet.

—Sigues siendo muy bondadosa. Decía que las mujeres no valemos para nada.

—En efecto, Lady Janet.

—Quiero poner a un hombre de guardia en la entrada de la casa. Enseguida me ocupo de esto. ¿Me acompañas?

—¿Le soy de alguna utilidad acompañándola, Lady Janet?

—En absoluto. Pero en esta casa mando yo y tú no. Y tengo otra razón para que vengas conmigo. Me preocupa tu seguridad más de lo que tú crees. No quiero dejarte sola. ¿Entiendes?

—Le estoy muy agradecida. Pero no me importa quedarme sola.

—¿Que no te importa? ¡Pareces una heroína escapada de una novela! Imagínate que esa pobre loca entra aquí otra vez.

—Esta vez no me asustaría como antes.

—No tan rápido, mi querida joven. Dios mío, ahora se me ocurre: ¡el invernadero! Supongamos que está ahí. Julian la está buscando por los jardines. ¿Quién la va a buscar en el invernadero?

—Con su permiso, Lady Janet, yo lo haré.

—¿Tú?

—Con su permiso.

—No puedo dar crédito a lo que oigo. Vivir para ver, dice un viejo refrán. Creía conocer tu carácter. ¡Esto sí que es un cambio!

—Olvida, Lady Janet, si me permite decirlo, que han cambiado las circunstancias. Ella me pilló por sorpresa la primera vez, ahora, en cambio, estoy preparada.

—¿De verdad crees lo que dices?

—Sí, Lady Janet.

—Bueno, haz lo que quieras. Te diré algo, sin embargo, por si has sobrestimado tu valor. Pondré un criado vigilando en la biblioteca. Llámalo, si sucede algo. Él dará la alarma y yo sabré qué hacer. Tengo un plan —prosiguió, perfectamente consciente de la tarjeta que tenía en su bolsillo—. No me mires como si quisieras saber de qué se trata. No pienso hablar de ello con nadie, salvo cuando lo ponga en práctica. Te lo repito por última vez: ¿te quedas o vienes conmigo?

—Me quedo.

Al responder, Mercy le abrió respetuosamente la puerta de la biblioteca a Lady Janet. En toda la conversación, ella había mantenido una distancia fría y respetuosa; no había quitado los ojos del rostro de Lady Janet. Estaba convencida de que dentro de pocas horas se vería en la calle; tenía la necesidad de pesar cada palabra y distanciarse espiritualmente de la dama cuyo amor se había ganado por medio de engaños. Incapaz de comprender los verdaderos motivos que habían hecho cambiar de opinión a su joven dama de compañía, Lady Janet abandonó la habitación profundamente disgustada para reunir a la servidumbre que debía proteger la casa.

Mientras le mantenía la puerta abierta, Mercy miraba con el corazón abrumado cómo su benefactora atravesaba la habitación camino al vestíbulo. Había amado y respetado a aquella anciana bondadosa y de genio vivo. Sintió cómo la atravesaba un dolor afilado al pensar que, pronto, mencionar su nombre en aquella casa sería un insulto para Lady Janet.

Pero no había vuelta atrás posible después de su confesión. No sólo estaba angustiada, sino también impaciente por la vuelta de Julian. Antes de acostarse tenía que ganarse la confianza que Julian había depositado en ella.



«¡Que confiese la verdad; ¡Que el temor a ser descubierta no se lo impida! Que sea justa con la mujer a la que ha perjudicado, mientras esa mujer no tenga aún la posibilidad de demostrar lo que le ha hecho. Que sacrifique todo lo que ha ganado mediante el fraude al sagrado deber de la expiación. Si es capaz de hacer esto en su contra, en perjuicio suyo, para su vergüenza, su arrepentimiento revelará su noble naturaleza; ¡entonces será una mujer digna de confianza, de respeto y de amor!» Tenía estas palabras tan presentes como si las estuviera oyendo de los labios de él. Las palabras que siguieron resonaban perfectamente en sus oídos: «Levántate, pobre corazón afligido. Alma purificada y noble, los ángeles se regocijan por ti. Recobra tu lugar entre las más nobles criaturas de Dios.» ¿Había alguna mujer que le oyera decir esto a Julian Gray y pudiera vacilar en llevar a cabo un sacrificio, en perderlo todo, y así poder justificar la fe que él había depositado en ella? «¡Ay!», pensaba con anhelo, mientras sus ojos seguían a Lady Janet hasta el final de la biblioteca, «¡si se cumplieran sus peores temores! Si pudiera ver a Grace Roseberry en esta habitación, ¡qué poco miedo me daría!»

Cerró la puerta de la biblioteca cuando Lady Janet abrió la otra puerta, la que conducía al vestíbulo.

Al volver la mirada hacia el comedor, se le escapó un grito de sorpresa.

Ahí, como si el deseo que tenía en mente hubiera sido escuchado; ahí, ocupando triunfal la silla que ella acababa de dejar, estaba sentada Grace Roseberry, en siniestro silencio, esperándola.

## CAPÍTULO XIX

### *El Genio del Mal*

Reponiéndose de esta primera y abrumadora sorpresa, Mercy avanzó rápidamente, deseosa de expresarle sus primeras disculpas. Grace la detuvo con un gesto amenazante con la mano.

—No te acerques ni un paso más —dijo, con una mirada de autoridad y desdén—. ¡Quédate donde estás!

Mercy se detuvo. El recibimiento de Grace la dejó perpleja. Instintivamente, tomó la silla más cercana para apoyarse en ella. Grace levantó la mano por segunda vez y le espetó otra orden.

—Te prohíbo que te sientes en mi presencia. No tienes ningún derecho a estar en esta casa. Recuerda, si me haces el favor, quién eres y quién soy.

El tono en que había pronunciado estas palabras era en sí mismo un insulto. Mercy, de repente, levantó la cabeza; estaba a punto de escapársele una furiosa respuesta. La retuvo y se sumió en el silencio. «Seré digna de la confianza que Julian ha puesto en mí», pensó, paciente, al lado de la silla; «estoy dispuesta a soportar cualquier cosa de la mujer a quien tanto he perjudicado».

Las dos mujeres se contemplaron sin decir palabra: solas, por primera vez desde que se conocieron en la casa francesa. El contraste entre las dos resultaba curioso. Grace Roseberry, sentada en la silla, pequeña y flaca, de aspecto pálido y triste, con aquella cara desafiante, su figura encogida, vestida de negro con prendas sencillas y pobres, parecía una mujer de clase baja al lado de Mercy Merrick, erguida con su lujoso vestido de seda, con aquella figura alta y proporcionada que se elevaba por encima de la pequeña criatura que tenía delante de ella, su gallarda cabeza inclinada con gentil sumisión; delicada, paciente, hermosa; una mujer a quien era un privilegio observar y un honor admirar. Si a cualquier desconocido le hubieran dicho que aquellas dos mujeres habían representado una comedia de la vida real en la que una de ellas estaba vinculada por lazos de familia a Lady Janet Roy y que la otra había tenido la audaz osadía de suplantarla, si hubiera tenido que adivinar quién era quién, sin lugar a dudas habría señalado a Grace como la impostora y a Mercy como a la verdadera.

Grace rompió el silencio. No se decidió a hablar hasta que no hubo observado por completo a su víctima vencida, escudriñándola con desprecio de pies a cabeza.

—Quédate donde estás, quiero verte —dijo, deleitándose con rencor en sus crueles palabras—. Esta vez no te servirá de nada desmayarte. Lady Janet no está aquí para apoyarte. Tampoco hay ningún caballero que se apiade de ti y te recoja en sus brazos. Mercy Merrick: por fin eres mía. ¡Gracias a Dios, ha llegado mi turno!

¡No te escaparás!

La ausencia de corazón y la cortedad de miras de Grace, que ya se había manifestado en su primer encuentro, en la casa de la frontera, cuando Mercy le narró la triste historia de su vida, volvió a mostrarse de nuevo. La mujer que en aquella ocasión no había sentido el impulso de tomar la mano de la otra, que sufría y purgaba su penitencia, era la misma que ahora era incapaz de sentir compasión y no podía evitar la insolencia que provoca el triunfo. La dulce voz de Mercy le respondió paciente, en un tono apacible y suplicante.

—Yo no la he evitado —dijo—. Si hubiera sabido que estaba aquí yo misma me hubiera acercado a usted. Deseo de corazón confesar mi pecado contra usted y expiar mi culpa tanto como pueda. Tengo demasiado interés en merecer su perdón como para tener miedo de verla.

A pesar del carácter conciliador de la respuesta, Mercy la expresó con una sencilla y modesta dignidad que provocó un estallido de cólera en Grace Roseberry.

—¿Cómo te atreves a hablarme de igual a igual? —explotó—. Te comportas y me contestas como si tuvieras derecho a estar en esta casa. ¡Qué desvergonzada! ¡Yo sí tengo derecho! Y sin embargo, me veo obligada a vagar por los jardines, a evitar que me vean los sirvientes, a esconderme como un ladrón y esperar como un mendigo. ¿Y todo para qué? Para poder hablar contigo. ¡Sí! ¡Contigo, con una mujer que todavía huele al albergue y a la mugre de la calle!

Mercy bajó aún más la cabeza. Las manos, ocultas tras el respaldo de la silla, le temblaban.

Le costaba trabajo aguantar los reiterados insultos que recibía, pero todavía podía en ella el influjo de Julian. Contestó, conservando la paciencia:

—No tengo derecho a reprocharle sus palabras, aunque sean tan duras.

—¡Tú no tienes derecho a nada! —gritó Grace—. ¡Ni tienes derecho a ir así vestida. ¡Mírate a ti y mírame a mí! —sus ojos recorrían con una mirada rabiosa el vestido de seda de Mercy—. ¿Quién te ha dado ese vestido? ¿Quién te ha regalado esas joyas? ¡Lo sé! Lady Janet se las dio a Grace Roseberry. ¿Eres tú Grace Roseberry? Ese vestido es mío. Quítate las pulseras y el broche. Son míos.

—Pronto lo serán, Miss Roseberry. No seguirán en mi poder mucho más tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Por mucho que ahora usted me ofenda, mi deber es reparar el daño que le he hecho. Estoy obligada a hacerle justicia. Estoy decidida a confesar la verdad.

Grace sonrió con desprecio.

—¿Confesar, tú? —dijo—. ¿Piensas que soy tan idiota como para creérmelo? Eres, de pies a cabeza, una desvergonzada, una incorregible mentirosa. ¿Vas a renunciar a tus vestidos de seda, a tus joyas y a tu posición en esta casa, y vas a volver voluntariamente al albergue? ¡No! ¡Tú no eres de esas!

Mercy empezó a sentir cómo el rubor aparecía lentamente en su rostro; pero a pesar de todo seguía manteniéndose firme en su propósito gracias al influjo de Julian. Todavía podía decirse a sí misma: «¡Todo menos desilusionar a Julian Gray!» Al amparo del valor que él le había inspirado se sometió a aquel martirio con toda su templanza. Sin embargo, se había producido un cambio inquietante en ella: era capaz de aceptar la situación, pero en silencio. Ya no podía responder de sus palabras.

La muda perseverancia que su rostro mostraba exasperaba aún más a Grace Roseberry.

—¡Tú qué vas a confesar! —continuó—. Has tenido una semana para ello y no lo has hecho. ¡No, qué va! Tú eres de las que mienten y engañan hasta el final. Me alegro; así tendré la satisfacción de desenmascararte yo misma delante de toda la casa. Haré una buena obra enviándote otra vez a la calle. ¡Oh! ¡Casi merece la pena todo lo que he tenido que pasar si al final veo cómo un policía se te lleva agarrada del brazo y la chusma te señala con el dedo y se mofa de ti mientras vas hacia la cárcel!

Esta vez el aguijón le llegó muy adentro; aquel ultraje era insoportable. Mercy le dio un primer aviso a aquella mujer que la había insultado deliberadamente una y otra vez.

—Miss Roseberry —dijo—, he aguantado sin rechistar las palabras más hirientes que me ha dirigido. No siga insultándome. Le aseguro que estoy deseando devolverle los derechos que le pertenecen. ¡Con la mano en el corazón le repito que estoy decidida a confesarlo todo!

Hablaba seriamente, le temblaba la voz. Grace la escuchaba con una sonrisa sardónica de incredulidad y una despiadada mirada de desprecio.

—No estás lejos de la campanilla —dijo—. Llama.

Mercy la miró con estupefacción.

—Eres el arrepentimiento en persona. Te mueres por confesar la verdad —insistió la otra con sarcasmo—. Confiésalo ante todo el mundo ahora mismo. Llama a Lady Janet, llama a Mr. Gray y Mr. Holmcraft, llama al servicio. Arrodíllate y declara delante de todos que eres una impostora. Entonces te creeré, pero no antes.

—¡No haga que me vuelva contra usted! —suplicó Mercy.

—¿Y qué me importa que estés o no contra mí?

—Por favor, se lo digo ¡por su bien, no me siga provocando.

—¿Por mi bien? ¡Insolente! ¿Me estás amenazando?

Hizo un último y desesperado esfuerzo; el corazón le latía cada vez más deprisa, y sus mejillas le ardían. Pero Mercy seguía manteniendo el control de sí misma.

—¡Tenga compasión de mí! —rogó—. Aunque me haya comportado mal, soy una mujer como usted. No puedo enfrentarme a la vergüenza de reconocer lo que he hecho ante toda la casa. Lady Janet me trata como a una hija; Mr. Holmcraft es mi prometido y pronto nos íbamos a casar. No puedo decirles a Lady Janet y a Mr.

Holmcroft, frente a frente, que he abusado de su cariño. Pero se enterarán de todo. Tengo la oportunidad de explicarle toda la verdad a Mr. Julian Gray y voy a aprovecharla.

Grace empezó a reír a carcajadas.

—¡Ajá! —exclamó, con una cínica manifestación de regocijo—. ¡Por fin salió!

—¡Cuidado! —dijo Mercy—. ¡Cuidado!

—Con que Mr. Julian Gray... Yo estaba detrás de la puerta de la sala del billar. Vi como engatusabas a Mr. Julian Gray para que entrara. ¡Esa confesión deja de ser horrible y se convierte en lujuria si es con Mr. Julian Gray!

—¡Basta ya, Miss Roseberry! ¡Basta ya! ¡Por el amor de Dios, no me saque de mis casillas! Ya me ha torturado bastante.

—De algo te ha servido estar en la calle. Eres una mujer con recursos. Sabes guardarte un as en la manga. Si te falla Mr. Holmcroft, tienes a Mr. Julian Gray. ¡Bah! Me repugnas. Yo me encargaré de abrirle los ojos a Mr. Holmcroft; ya verá con qué mujer se habría casado de no ser por mí...

Grace calló; dejó suspendido en el aire el refinado insulto que iba a seguir.

La mujer a quien había ultrajado había avanzado hacia ella. Los ojos de Grace, que miraban desprevenidos hacia arriba, alcanzaron a vislumbrar el rostro de Mercy Merrick, blanco de ira, de esa ira terrible que enciende el corazón, inclinándose amenazadoramente sobre ella.

—¿Que va a abrirle los ojos a Mr. Holmcroft? —repitió Mercy lentamente—. ¿Que ya verá con qué mujer se habría casado de no ser por usted?

Hizo una pausa y prosiguió con una pregunta que hizo que Grace Roseberry se estremeciera de pies a cabeza.

—¿Y tú quién eres?

La cólera contenida en la mirada y en el tono con que formuló esta pregunta indicaba, como ningún acto violento hubiera sido capaz de manifestar con mayor claridad, que la paciencia de Mercy se había agotado. Ausente el ángel de la guarda, el genio del mal había hecho su trabajo. La bondad que Julian Gray había hecho emerger en ella se había vuelto a desmoronar, inyectada con el vil veneno de la lengua despiadada de Grace. Si Mercy quería, tenía a su alcance un medio fácil y terrible de vengarse de los ultrajes recibidos. Empujada por su indignación, no dudó ni un instante en aferrarse a él.

—¿Y tú quién eres? —preguntó por segunda vez.

Grace se levantó e intentó hablar. Mercy se lo impidió con un gesto despectivo con la mano.

—Creo recordar —continuó con la misma brutal ira contenida— que eres la loca del hospital alemán que estuvo aquí hace una semana. Esta vez no te tengo miedo. Siéntate y cálmate, Mercy Merrick.

Deliberadamente pronunció aquel nombre mirándola cara a cara. Mercy le dio la espalda y se sentó en la silla que Grace le había prohibido ocupar al principio de la conversación.

Grace se levantó de un salto.

—¿Qué significa esto?— preguntó.

—Significa —contestó Mercy con desdén— que retiro todo lo que acababa de decir. Significa que he decidido mantener mi lugar en esta casa.

—¿Has perdido el juicio?

—Estás cerca de la campanilla. Llama. Haz lo que me ordenaste hacer. Reúne a toda la casa y pregunta quién de las dos está loca: ¿tú o yo?

—¡Mercy Merrick! ¡Te arrepentirás de esto durante todo lo que te queda de vida!

Mercy se puso de pie y fijó su mirada centelleante en la mujer que seguía desafiándola.

—Ya he tenido suficiente —dijo—. Sal de esta casa mientras puedas. Si te quedas, llamaré a Lady Janet Roy.

—¡No podrás llamarla! ¡No te atreverás a llamarla!

—Puedo y me atrevo. No tienes ni la más mínima prueba contra mí. Yo tengo los papeles; yo he tomado posesión de tu lugar; me he ganado la confianza de Lady Janet. Voy a hacerme acreedora a la opinión que tienes de mí. Me quedaré con mis vestidos y mis joyas, y con mi lugar en esta casa. No es cierto que yo haya obrado mal. Es la sociedad la que ha sido cruel conmigo; yo no le debo nada. Tengo derecho a aprovecharme si se me presenta la ocasión. No es cierto que te haya perjudicado. ¿Cómo podía saber que ibas a resucitar? ¿Acaso he mancillado tu nombre o tu persona? He honrado ambas cosas. Me he ganado el cariño y el respeto de todo el mundo. ¿Crees que Lady Janet te hubiera querido como me quiere a mí? ¡Seguro que no! Te lo digo a la cara. He ocupado tu lugar con falsedad, pero mejor que lo hubieras hecho tú, aun siendo la verdadera Grace Roseberry, y tengo la intención de mantenerlo. No renunciaré a tu nombre, ni te devolveré tu identidad. ¡Haz lo que quieras, te desafío!

Vertió aquel caudal de palabras insensatas sin dejar ocasión a que se la interrumpiera. Grace no pudo contestar hasta que Mercy se quedó sin aliento. Aprovechó entonces la oportunidad.

—¿Me desafías? —contestó con resolución—. Pues no será por mucho tiempo. He escrito a Canada. Mis amigos responderán de mí.

—¿Y qué, si lo hacen? Tus amigos son extranjeros. Yo soy la hija adoptiva de Lady Janet. ¿Piensas que creará a tus amigos? Es a mí a quien creará. Si escriben, quemará sus cartas. Si vienen, les negará la entrada en esta casa. Dentro de una semana seré la esposa de Mr. Horace Holmcraft. ¿Quién me arrebatará mi lugar? ¿Quién podría perjudicarme?

—Espera un poco. Te olvidas de la directora del albergue.

—Encuétrala, si puedes. No te di su nombre. Ni te conté dónde estaba.

—Pondré un anuncio con tu nombre y así la encontraré.

—Pon anuncios en todos los periódicos de Londres. ¿Crees que siendo tú una extraña te iba a dar el nombre que usaba en el albergue? El que te di es el que asumí cuando salí de Inglaterra. La directora no conoce a nadie que se llame Mercy Merrick. Ni tampoco Mr. Holmcraft. Me vio en la casa, en Francia, cuando tú ya estabas sobre la cama, sin sentido. Yo llevaba encima la capa gris; nadie me vio con el uniforme de enfermera. Se han hecho averiguaciones sobre mí en el Continente, pero he sabido por la persona que las llevó a cabo que no han dado resultado. Estoy segura en tu puesto; la gente me conoce por tu nombre. Yo soy Grace Roseberry, y tú eres Mercy Merrick. ¡Desmíentelo, si puedes!

Resumiendo su invulnerabilidad con esas últimas palabras, Mercy señaló significativamente hacia la puerta del salón del billar.

—Has dicho que estabas ahí escondida —dijo—. Entonces, conocerás la salida. Sal de esta habitación.

—¡No retrocederé ni un paso!

Mercy se acercó a la mesita en que estaba la campanilla y llamó.

En ese mismo instante se abrió la puerta del salón del billar. Apareció Julian Gray, de vuelta de una búsqueda sin éxito por los jardines.

No había cruzado por completo el umbral de la puerta cuando se abrió la de la biblioteca y entró un criado. El sirviente se apartó respetuosamente y dejó pasar a Lady Janet Roy, seguida de Horace Holmcraft, quien llevaba el regalo de boda de su madre para Mercy en la mano.

## CAPÍTULO XX

### *El Policía de Paisano*

Julian miró en su derredor y permaneció inmóvil en el quicio de la puerta que acababa de abrir.

Sus ojos descansaron primero en Mercy, y después en Grace.

Las caras turbadas de ambas le indicaron claramente que el desastre que tanto había temido ya se había producido. Se habían encontrado sin que una tercera persona mediara entre ellas. Pero le era imposible deducir hasta dónde había llegado la discusión. En presencia de su tía, sólo podía aguardar la oportunidad de hablar con Mercy y estar preparado para intervenir, si, por ignorancia, se tomaba alguna medida contra Grace amparándose en la ley.

La reacción de Lady Janet al entrar en el comedor estuvo en consonancia con su carácter. Descubriendo al instante a la intrusa, miró con severidad a Mercy.

—¿Qué te había dicho? —preguntó—. ¿Estás asustada? ¡No! ¡Nada en absoluto! Muy bien, hija.

Lady Janet se rehizo; cogió a Mercy de la mano con la dulzura de siempre, la apretó con cariño; entonces se dirigió al criado.

—Aguarda en la biblioteca; quizá pueda necesitarte.

Después miró a Julian.

—Déjame a mí; puedo arreglármelas sola.

Luego le hizo una señal a Horace.

—Quédate donde estás y no digas nada.

Habiendo dado instrucciones a todo el mundo, Lady Janet Roy avanzó hasta Grace con el ceño fruncido y los labios apretados, como si desafiara a todos los presentes.

—No quiero ofenderla, ni ser severa con usted —empezó muy tranquila—. Lo único que puedo decirle es que sus visitas a mi casa no le conducirán a nada. Espero que no me obligue a emplear términos más duros que éstos. Espero que entienda mi deseo de que se retire.

La despedida no pudo haber sido expresada con mayor consideración. Lady Janet había tenido en cuenta la supuesta debilidad mental de la persona a quien iba dirigida. Con desfachatez, Grace se resistió.

—Para hacer justicia a la memoria de mi padre y hacérmela a mí misma —replicó—, insisto en que se me escuche. Me niego a marcharme.

Lentamente cogió una silla y se sentó delante de la dueña de la casa.

Lady Janet esperó un momento, controlándose con firmeza. En el intervalo, Julian vio la oportunidad de amonestar a Grace.



—¿Es así como cumple lo que me prometió? —preguntó con amabilidad—. Me dio su palabra de que no volvería a Mablethorpe House.

Antes de que pudiera seguir, Lady Janet volvió a hablar. Respondió a Grace señalando con gesto autoritario la puerta de la biblioteca.

—Si no se ha decidido a seguir mi consejo cuando llegue a esa puerta —dijo—, me encargaré de que no pueda volver a desobedecerme. Estoy acostumbrada a que me obedezcan, y también lo conseguiré ahora. Me obliga a hablarle con dureza. La aviso antes de que sea demasiado tarde. ¡Váyase!

Lady Janet se dirigió hacia la biblioteca. Julian intentó intervenir amonestando a Grace de nuevo. Pero su tía lo detuvo con un gesto que indicaba con claridad: «Insisto en hacerme cargo yo misma de la situación». Él miró a Mercy. ¿Permanecería sin hacer nada? Sí. Cabizbaja, no se movía del sitio en el que estaba, apartada de los demás. Horace intentaba llamar su atención, en vano.

Cuando llegó a la puerta de la biblioteca, Lady Janet miró por encima del hombro a la diminuta figura negra, inmóvil en la silla.

—¿Se marcha? —preguntó por última vez.

Grace saltó enfurecida de la silla y miró con ojos viperinos a Mercy.

—No me expulsarán de esta casa en presencia de esa impostora —dijo—. No me rendiré, si no es por la fuerza. Insisto en el derecho que tengo al lugar que ella me ha arrebatado. No les servirá de nada insultarme —añadió, volviéndose tercamente hacia Julian—. Mientras esa mujer siga aquí, usurpando mi nombre, no me iré de esta casa. ¡La aviso, en presencia de todos, que he escrito a mis amigos de Canadá! ¡Desafío ante todos a esa mujer a que niegue que ella es la perdida y desvergonzada Mercy Merrick!

Aquel reto obligó a Mercy a salir en su propia defensa. Se había prometido combatir a Grace Roseberry en su terreno. Quiso hablar, pero Horace se lo impidió.

—Te estarías rebajando si la contestaras —dijo él—. Toma mi brazo y salgamos de la habitación.

—¡Sí, sáquela de aquí! —gritó Grace—. Puede que ella sienta vergüenza por enfrentarse a una mujer decente. Es ella la que tiene que salir de la habitación, no yo.

Mercy se soltó del brazo de Horace.

—No me iré —dijo con tranquilidad.

Horace intentó persuadirla de que se retirara.

—No soporto que te insulten —replicó—. Esa mujer me ofende, aunque no sea responsable de lo que dice.

—Nadie se verá obligado a seguir aguantándola —dijo Lady Janet.

Lanzó una mirada a Julian y, sacando del bolsillo la tarjeta que le había dado, abrió la puerta de la biblioteca.

—Ve a la comisaría —le dijo al criado en voz baja—, y entrégale esta tarjeta al

inspector de servicio. Dile que no hay momento que perder.

—¡Espera! —intervino Julian, antes de que su tía volviese a cerrar la puerta.

—¿Que espere? —preguntó Lady Janet con severidad—. Ya he dado mis órdenes. ¿Qué quieres?

—Antes de enviar la tarjeta, me gustaría hablar primero en privado con esta señorita —replicó Julian, señalando a Grace—. Cuando lo haya hecho —prosiguió, acercándose a Mercy y dirigiéndose intencionadamente hacia ella—, hay algo que debo pedirle. Le ruego que me dé la oportunidad de hablar con usted sin interrupciones.

Lo dijo en un tono alusivo. Mercy evitó mirarle. El rubor y aquel incómodo silencio eran los primeros signos de su dolorosa turbación. La significativa referencia a lo que había ocurrido entre ellos había hecho que sus mejores sentimientos se levantaran de nuevo y recobraran su influencia sobre ella. En ese momento crítico quizá habría cedido al impulso del lado noble de su carácter, quizá habría superado el mortificante recuerdo de los insultos de que había sido objeto, si la malicia de Grace no hubiera visto en su inseguridad un medio para volver a referirse de forma ofensiva a su entrevista con Julian Gray.

—Por favor, no dude de él porque se quede a solas conmigo —dijo, empleando una cortesía salpicada de afectación sarcástica—. Yo no tengo ningún interés en conquistar a Mr. Julian Gray.

La celosa desconfianza de Horace, avivada por la petición de Julian, intentó manifestarse abiertamente. Pero antes de que pudiera tomar la palabra, la indignación dictó la respuesta de Mercy.

—Le estoy muy agradecida, Mr. Gray —dijo dirigiéndose a Julian, pero sin levantar la mirada hacia él—. No tengo nada más que decirle. No hay necesidad de que volvamos a conversar.

Con estas precipitadas palabras se desdecía de la confesión que le había prometido. ¡Con estas precipitadas palabras se comprometía a mantener el lugar que había usurpado, y delante de la mujer a la que se lo había arrebatado!

Horace había callado, pero no estaba satisfecho. Veía los ojos fijos y tristes de Julian buscando los de Mercy mientras ella hablaba. Oyó cómo Julian suspiraba cuando ella acabó de hablar. Observó cómo Julian, tras un momento de profunda reflexión y una mirada momentánea hacia la extraña vestida con aquel atuendo negro y humilde, levantaba la cabeza como si acabara de tomar una decisión repentina.

—Tráigame la tarjeta enseguida —le dijo al criado.

Por el tono de su voz se veía que no estaba para bromas. El criado obedeció.

Sin contestar a Lady Janet, que seguía insistiendo autoritariamente en que tenía derecho a actuar por sí misma, Julian sacó un lápiz y añadió su firma a lo que ya estaba escrito en la tarjeta. Al devolvérsela al criado se excusó ante su tía.

—Discúlpeme por atreverme a intervenir —dijo—. Pero se debe a una razón muy grave, que ya le explicaré en un momento más apropiado. Entre tanto, no me opondré a la medida que propone. De hecho, acabo de contribuir a conseguir lo que usted pretende.

Al decir esto levantaba el lápiz con el que había firmado la tarjeta.

Lady Janet, perpleja y, quizás con razón, ofendida, no respondió. Le hizo una indicación con la mano al sirviente y lo envió con la tarjeta.

En la habitación se hizo el silencio. La mirada de todos los presentes estaba puesta, con mayor o menor ansiedad, en Julian. Mercy estaba vagamente sorprendida y alarmada. Horace, al igual que Lady Janet, se sentía ofendido, aunque sin saber muy bien por qué. Incluso a Grace Roseberry le embargaba el presentimiento de que iba a presentársele un nuevo obstáculo para el que no estaba preparada en absoluto. Las palabras y acciones de Julian, desde el momento en que firmó la tarjeta, estaban envueltas de un misterio que ninguna de las personas que le rodeaban era capaz de descifrar.

Sin embargo, lo que había motivado esta conducta podría resumirse en muy pocas palabras: Julian seguía teniendo fe en la nobleza innata de Mercy.

No le había costado deducir, a partir del lenguaje que Grace había empleado con Mercy en su presencia, que la mujer agraviada debía haber adoptado una cruel posición de superioridad en la entrevista que él había interrumpido. En vez de apelar a la comprensión y al sentido de la justicia de Mercy, en vez de aceptar su expresión de sincera contrición y de animarla a que expiara su culpa por completo y en el plazo más breve posible, Grace, evidentemente, la había ultrajado e insultado. Como era inevitable, su paciencia había cedido.

El remedio para solucionar este percance, como Julian había visto desde el principio, era hablar en privado con Grace para calmarla, reconociendo que su opinión sobre la legitimidad de sus reclamaciones había experimentado un cambio a su favor, y convencerla de que, por su propio interés, le permitiera transmitir de su parte a Mercy unas palabras de disculpa y arrepentimiento con el fin de que ambas pudieran llegar a un entendimiento.

Con esta intención había solicitado que se le permitiera hablar por separado con una y otra. La escena que siguió después, el insulto de Grace y la réplica que le había devuelto Mercy, le convenció de que la mediación que había planeado no tendría ni la más remota posibilidad de éxito.

El único remedio que quedaba era el recurso desesperado de dejar que las cosas tomaran su propio rumbo, confiando implícitamente en que la nobleza de Mercy llevaría la situación a buen puerto.

Dejemos que entre en la habitación el policía vestido de paisano. Que ella comprenda claramente las consecuencias de su intervención. Que se vea en la

encrucijada de permitir que se encierre a Grace Roseberry en un manicomio o confesar la verdad. ¿Qué ocurriría entonces? Si la confianza que Julian había depositado en ella era fundada, Mercy tendría la nobleza de perdonar los ultrajes a los que la había sometido y haría justicia con la mujer a la que había perjudicado.

Pero, por otra parte, si su fe en ella no era más que la fe ciega de un hombre locamente enamorado, si ante tal encrucijada ella siguiera insistiendo en su identidad suplantada ¿qué ocurriría entonces?

La confianza de Julian en Mercy se negaba a albergar en su pensamiento el lado negativo de aquella pregunta. Dependía de él que se hiciera venir al policía. Había impedido a Lady Janet que hiciera un uso indebido de la tarjeta dando aviso que no se atendiera mensaje alguno que no llevara su firma. Conociendo la responsabilidad que estaba asumiendo, consciente de que Mercy no le había hecho confesión alguna a la que poder apelar, había firmado sin dudarle; y ahí estaba él, observando a la joven cuya bondad estaba dispuesto a defender.

Los celos de Horace vieron algo sospechoso, quizá un acuerdo secreto, en la actitud de Julian y el gesto cabizbajo de Mercy. Al no tener excusa alguna para intervenir abiertamente, intentó separarlos.

—Hace un momento —le dijo a Julian— deseabas hablar en privado con esa persona —y señaló a Grace—. ¿Quieres que nos retiremos o prefieres llevarla a la biblioteca?

—No tengo nada que decirle a este hombre —estalló Grace, antes de que Julian pudiera contestar—. Él sería la última persona en ser justa conmigo. Me ha sabido engañar muy bien. Si tengo que hablar con alguien en privado, es con usted. Usted es el mayor interesado en conocer la verdad.

—¿A qué se refiere?

—¿Quiere contraer matrimonio con una mujerzuela de la calle?

Horace avanzó hacia ella. Por su mirada se veía claramente que era muy capaz de echarla de la casa con sus propias manos. Lady Janet le detuvo.

—Tenías razón, Horace, sugiriendo que Grace saliera de la habitación. Vayámonos los tres. Julian se quedará aquí y le dará instrucciones al hombre que ha de llegar. ¡Vámonos!

No.

Contradictoriamente, ahora era Horace quien no quería que Mercy saliera de la habitación. En el furor de su indignación había perdido el sentido de la dignidad y se rebajó al nivel de la mujer a la que consideraba perturbada. Para sorpresa de todos, dio un paso atrás y cogió de la mesa un estuche que había puesto ahí al llegar. Era el regalo de boda de su madre para su futura esposa. Su ultrajado amor propio vio la oportunidad de defender a Mercy ofreciéndole en público el regalo.

—¡Espera! —exclamó con dureza—. Esa desgraciada obtendrá una merecida respuesta. Le queda razón suficiente para ver y escuchar. ¡Pues que vea y escuche!

Abrió el joyero y sacó un magnífico collar de perlas de montura antigua.

—Grace —dijo, con la máxima solemnidad—, mi madre te manda saludos y desea lo mejor para nuestro futuro matrimonio. Te ruega que aceptes, y que lleves en tu boda estas perlas. Es el collar que ella llevaba cuando se casó. Pertenece a nuestra familia desde hace siglos. Como una más de la familia, amada y respetada, mi madre se las ofrece a mi esposa.

Cogió el collar para ponérselo a Mercy.

Julian la contemplaba sin aliento. ¿Soportaría la prueba a la que Horace la estaba sometiendo sin querer?

¡Sí! En presencia de la insolente Grace Roseberry, ¿qué no sería capaz de soportar? Su orgullo se alzaba en armas. Sus bellos ojos brillaban como solamente pueden brillar los ojos de mujer cuando ven una joya. Su hermosa cabeza se inclinó para recibir el collar. Un cálido color se agolpó en sus mejillas; su belleza recobraba su encanto. Su triunfo sobre Grace Roseberry era absoluto. Julian inclinó la cabeza. Durante un momento trágico se preguntó secretamente: ¿Me habré equivocado con ella?

Horace la engalanó con las perlas.

—Tu marido te coloca estas perlas, amor mío —dijo con orgullo e hizo una pausa para contemplarla.

—Ahora —añadió con una mirada despectiva a Grace—, podemos retirarnos a la biblioteca. Ya ha visto y oído mi respuesta.

Horace pensaba que había hecho callar a Grace. Pero lo único que había conseguido era empujar a su venenosa lengua a otra picadura.

—Usted será el que oirá y verá cuando consiga las pruebas de Canada —replicó—. ¡Oirá que su mujer me ha robado el nombre y la identidad! ¡Y verá cómo echan a su mujer de esta casa!

Mercy se volvió con pasión hacia ella en un incontrolable arrebato.

—¡Está loca! —gritó.

Lady Janet se contagió de aquella descarga de rabia que quedó flotando en la habitación. Ella también se volvió hacia Grace. Ella también lo dijo:

—¡Está loca!

Horace secundó a Lady Janet. Estaba fuera de sí. Clavó una mirada despiadada en Grace y coreó aquellas contagiosas palabras.

—¡Está loca!

Ahora sí se quedó sin habla, abatida al fin. Aquella triple acusación le reveló por primera vez la horrenda sospecha a la que se había expuesto. Retrocedió, con un grito de terror y tropezó con una silla. Grace se habría caído al suelo si Julian no se

hubiese precipitado a sostenerla.

Lady Janet emprendió la marcha hacia la biblioteca. Abrió la puerta, pero se sobresaltó y, repentinamente, se apartó, dejando libre el paso.

Un hombre apareció en el umbral.

No era un caballero; tampoco un obrero, ni un criado. Vestía muy mal, con popelín negro y brillante. La levita, en vez de quedarle entallada, le colgaba. El chaleco le quedaba corto y demasiado apretado en el pecho. Los pantalones parecían dos bolsas negras sin forma definida. Los guantes le iban demasiado grandes. Las botas, muy lustradas, crujían de forma insoportable a cada paso que daba. Tenía unos ojos vigilantes y un tanto perversos, unos ojos que parecían expertos en espiar a través de las cerraduras. Sus grandes orejas, que tenía hacia delante como las de un mono, parecían culpables de escuchar vilmente detrás de puertas ajenas. Sus modales eran sosegados al hablar y de un autocontrol impenetrable cuando estaba callado. Era un tipo envuelto todo él en un leve aire de servicio secreto, como si perteneciera a ese ambiente. Echó una mirada en la suntuosa habitación sin mostrar sorpresa ni admiración. Escudriñó minuciosamente a cada una de las personas que había en ella con una mirada rápida de sus astutos y atentos ojos. Haciendo una inclinación a Lady Janet, le mostró en silencio, a modo de presentación, la tarjeta que le había convocado. Y ahí se quedó tranquilamente, habiendo revelado él mismo su siniestra identidad: un policía de paisano.

Nadie le habló. Todos estaban un poco cohibidos, como si hubiese entrado un reptil en la habitación.

Miraba hacia atrás y adelante sin ningún tipo de reparo, oscilando entre Julian y Horace.

—¿Está Mr. Julian Gray? —preguntó.

Julian invitó a Grace a sentarse. Ella tenía los ojos clavados en el hombre. Temblaba. Susurró:

—¿Quién es?

Julian se dirigió al policía sin contestar a su pregunta.

—Espere ahí —dijo, señalando una silla en el rincón más alejado de la habitación—. Ahora mismo le atiende.

El hombre avanzó hacia la silla marchando al ritmo discordante del crujido de sus botas. Al caminar sobre la alfombra calculó para sus adentros que mediría más o menos una yarda. Al sentarse en la silla, calculó para sus adentros lo que costaría la docena. Estaba a gusto: le daba lo mismo tener que esperar sin hacer nada o entrometerse en la vida privada de todos los presentes; le pagaban para eso.

Incluso Lady Janet, que había tomado antes la decisión de actuar por su cuenta no estaba preparada para la aparición del policía. Dejó que su sobrino tomara la

iniciativa. Julian lanzó una mirada a Mercy antes de entrar en materia. Sabía que el desenlace no estaba en sus manos, sino en las de ella.

Ella advirtió su mirada mientras la suya observaba a aquel hombre. Mercy volvió la cabeza, dudó, y de repente se acercó a Julian. Igual que Grace Roseberry, estaba temblando. Igual que Grace Roseberry susurró:

—¿Quién es?

Julian le dijo quién era.

—¿Por qué está aquí?

—¿No lo adivina?

—¡No!

Horace se apartó de Lady Janet y se reunió con Mercy y Julian, intranquilo por la conversación que sostenían entre ellos.

—¿Interrumpo?

Julian retrocedió un poco, comprendiendo a Horace a la perfección. Buscó con la mirada a Grace. Se encontraba sentada casi en la otra punta de la amplia habitación. No se había movido desde que la había dejado en aquella silla. Se había apoderado de ella el miedo más terrible, el miedo a lo desconocido. No tenían por qué temer que se interpusiera, ni que oyera lo que decían, mientras procuraran hablar en voz baja. Julian dio ejemplo bajando la voz.

—Pregúntele a Horace por qué está aquí el policía —le dijo a Mercy.

Ella se lo preguntó de inmediato.

—¿Por qué está aquí?

Horace le lanzó un, mirada a Grace a través de la habitación, y contestó:

—Está aquí para librarnos de esa mujer.

—¿Quieres decir que se la llevará de aquí?

—Sí.

—¿Adónde?

—A la comisaría.

Mercy se sobresaltó y miró a Julian. Él seguía atento a los más mínimos cambios de su expresión. Ella devolvió la mirada a Horace.

—¡A la comisaría! —repitió—. ¿Para qué?

—¿Cómo puedes preguntar tal cosa? —dijo Horace con irritación—. Para que la encierren, por supuesto.

—¿Quieres decir en la cárcel?

—Quiero decir en un sanatorio.

Mercy se volvió hacia Julian. Ahora había horror y sorpresa en su cara.

—¡Oh! —le dijo—. Horace debe estar equivocado, ¿no? No puede ser.

Julian dejó que Horace respondiera. Parecía tener todos los sentidos puestos en observar la expresión de Mercy. Se vio obligada a dirigirse de nuevo a Horace.

—¿Qué clase de sanatorio? —preguntó—. ¿No será un manicomio?

—En efecto —replicó Horace—. Bueno, quizás primero la llevarán al asilo de pobres y después al manicomio. ¿Qué es lo que te sorprende tanto? Tú misma le has dicho a la cara que está loca ¡Dios mío, qué pálida estás! ¿Qué te ocurre?

Mercy se volvió por tercera vez hacia Julian. La terrible encrucijada por fin se había manifestado sin reservas, claramente. Devuelve la identidad que has suplantado o enciérrala en un manicomio: ¡a ti te corresponde elegir! De esta forma había imaginado él la situación. Decidió en el acto. Antes de que sus labios pronunciaran una sola palabra, los ojos de ella le revelaron a Julian su nobleza. Aquella intensa luz interior que ya había visto antes volvió a brillar en ellos con más fulgor y pureza que antes. La conciencia que él había fortalecido, el alma que él había salvado, le miraba, y le dijo: «No lo dudemos más».

—Que se vaya ese hombre.

Ésas fueron sus palabras. Habló, señalando al policía, con claridad, rotundidad y decisión, de forma que su voz podía oírse en cualquier rincón de la habitación.

La mano de Julian rozó la suya; apretándola, le dijo que contara con su comprensión fraternal y su ayuda. Los demás la miraron mudos de sorpresa. Grace se levantó de la silla. Hasta el policía se levantó. Lady Janet —que se acercó rápidamente a Horace, compartiendo su perplejidad y alarma—, agarró impulsivamente a Mercy del brazo y la zarandó, como para que tomara conciencia de lo que estaba haciendo. Mercy se mantuvo firme y repitió lo que había dicho:

—Que se vaya ese hombre.

Lady Janet perdió la paciencia.

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó con severidad—. ¿Es que no sabes lo que dices? Este hombre está aquí para protegernos de mas molestias e insultos. Y tú insistes, en mi presencia, en que le pidamos que se vaya. ¿Qué significa esto?

—Enseguida lo sabrá, Lady Janet, dentro de media hora. Repito mi súplica: ¡Que se vaya ese hombre!

Julian se apartó, seguido de la furiosa mirada de su tía, y se dirigió al policía.

—Vuelva a la comisaría —dijo—, y espere allí hasta nuevo aviso.

Los ojos escrutadores y desagradables del policía iban de Julian a Mercy, midiendo la belleza de ella como había hecho con la alfombra y las sillas. «La misma historia de siempre», pensó. «En el fondo de todo siempre hay una mujer hermosa que tarde o temprano se acaba saliendo con la suya». Se retiró, marchando al ritmo discordante del crujido de las botas; los saludó con una inclinación, con una sonrisa horrible que demostraba que lo había entendido todo al revés y desapareció por la puerta de la biblioteca.

La buena educación de Lady Janet le impidió pronunciar palabra hasta que el policía se hubo alejado lo suficiente. Entonces, y sólo entonces, se dirigió a Julian.



—Supongo que conoces el misterio que hay aquí —dijo ella—. Supongo que tendrás tus motivos para desafiar mi autoridad en mi propia casa.

—Yo jamás he faltado al respeto que le debo —respondió Julian—. Dentro de poco sabrá que ahora tampoco lo estoy haciendo.

Lady Janet miró al otro extremo de la habitación. Grace escuchaba ansiosa, consciente de que en el último minuto los acontecimientos se habían vuelto misteriosamente en su favor.

—¿Forma parte de lo que debo permitir —prosiguió Lady Janet— que esta mujer siga en esta casa?

El miedo que se había apoderado de Grace Roseberry todavía no la había abandonado. Dejó que Julian contestara. Antes de que él pudiera tomar la palabra, Mercy cruzó la habitación y le susurró: «Deme tiempo para que lo confiese por escrito. Me es imposible hacerlo delante de ellos, con esto alrededor del cuello». Y señaló el collar de perlas. Grace le lanzó una mirada amenazadora y de repente volvió a apartar la mirada en silencio.

Mercy contestó la pregunta de Lady Janet.

—Le suplico que la deje quedarse media hora más —dijo—. Transcurrido ese tiempo este ruego se explicará por sí solo.

Lady Janet no puso más objeciones. Había algo en el rostro de Mercy, o en el tono de su voz, que la había dejado sin habla, al igual que a Grace. Horace fue el siguiente en hablar. Con palabras llenas de rabia y desconfianza, se dirigió a Mercy, que estaba delante de él, al lado de Julian.

—¿Yo también entro en ese plan? ¿Me explicarás tu comportamiento dentro de media hora? —preguntó.

Él le había puesto el regalo de boda de su madre alrededor del cuello. Sintió una fuerte punzada de dolor al mirar a Horace, y se dio cuenta de cuán profundamente le había angustiado y ofendido. Los ojos se le llenaron de lágrimas; le contestó con humildad y desmayo.

—Si quieres...

Fue lo único que pudo decirle, antes de que aquella cruel herida penetrara aún más en el corazón y la dejara sin habla.

La susceptibilidad de Horace se negó a ser calmada por la simple sumisión de ella.

—Odio los misterios y las insinuaciones —prosiguió con hosquedad—. En mi familia estamos acostumbrados a tratarnos con franqueza. ¿Por qué tengo que esperar media hora para una explicación que se me puede dar ahora? ¿A qué tengo que esperar?

Al oír a Horace, Lady Janet reaccionó.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo—. Yo también me pregunto a

qué estamos esperando.

Incluso Julian perdió la calma cuando su tía repitió aquella pregunta de cruel simplicidad. ¿Cómo la respondería Mercy? ¿Seguiría conservando su valor?

—Me preguntáis qué estáis esperando —le dijo a Horace, tranquila y firme—. Estáis esperando para saber algo más acerca de Mercy Merrick.

Cansada, Lady Janet escuchaba con irritación.

—¡No volvamos a lo mismo! Ya sabemos bastante de Mercy Merrick.

—Discúlpeme, pero no lo sabe. Yo soy la única persona que puede informarle.

—¿Tú?

Mercy inclinó la cabeza con respeto.

—Le he rogado, Lady Janet, que me conceda media hora —siguió—. Prometo solemnemente que en media hora les presentaré a Mercy Merrick en esta habitación. Lady Janet Roy, Mr. Horace Holmcraft: eso es por lo que esperan.

Prometiéndose firmemente a sí misma confesar la verdad, se quitó el collar de perlas del cuello, lo metió en su estuche y se lo dio a Horace.

—Guárdalo —dijo con un leve titubeo—, hasta que volvamos a vernos.

Horace tomó el estuche en silencio; miraba y actuaba como un hombre paralizado por la sorpresa. Movi6 la mano de forma mecánica. Seguía a Mercy con una mirada vacía e interrogadora. Lady Janet, si bien de forma distinta, parecía compartir con él la extraña angustia que le había embargado. Se había producido un cambio evidente desde las últimas palabras de Mercy.

—¿Tengo su permiso para retirarme a mi habitación? —preguntó Mercy con respeto a Lady Janet.

Lady Janet accedió en silencio. Al salir, la última mirada de Mercy fue para Grace. «¿Satisfecha?», parecían decirle con aflicción sus grandes ojos grises. En su soberbia, Grace volvió la cabeza con un rápido ademán. Hasta en su corazón intolerante se había abierto paso por un momento, contra su voluntad, un poco de compasión.

Al despedirse, Mercy le dijo a Julian que se ocupara de Grace.

—¿Se encargará de que esta mujer espere esta media hora en otra habitación? ¿Y la avisará cuando haya transcurrido ese tiempo?

Julian le abrió la puerta de la biblioteca.

—¡Bien hecho! Ha obrado con gran nobleza —le susurró—. Puede contar con toda mi comprensión y mi ayuda.

Sus ojos se posaron en él y le dieron las gracias a través de sus incipientes lágrimas. También él tenía pesar en la mirada. Mercy cruzó silenciosamente la habitación y desapareció antes de que él cerrase la puerta.

## CAPÍTULO XXI

### *Pasos en el Corredor*

Mercy estaba sola.

Se había asegurado media hora de soledad en su habitación para poder redactar su confesión en una carta dirigida a Julian Gray.

Nada de lo que había pasado últimamente había conseguido mitigar el horror de tener que reconocer ante Horace y Lady Janet que se había ganado sus corazones mediante mentiras. Sólo a través de Julian Gray se sentía capaz de pronunciar las palabras que le darían a Grace Roseberry la posición que le correspondía en aquella casa.

Había dudado sobre cómo confesarle a Julian la verdad. ¿Bastaba con escribirla o debía contársela de viva voz? Después de todo lo ocurrido desde el momento en que la llegada de Lady Janet les había interrumpido, se habría sentido más aliviada que avergonzada abriéndole en persona su corazón al hombre que la había comprendido con delicadeza, que le había ofrecido su sincera amistad cuando más la necesitaba. Pero los celos de Horace por Julian la alertaban de que esto sólo acarrearía problemas, pues colocaría a Julian en una posición embarazosa si accedía a tener con él una conversación a solas estando Horace en casa.

La única solución era precisamente la que había adoptado. Decidida a explicarle a Julian sus mentiras a través de una carta, determinó añadir al final de ésta ciertas instrucciones que indicaban lo que él debía hacer.

Según estas instrucciones, la carta debía leerse a Lady Janet y Horace en la biblioteca, mientras que Mercy —que así habría confesado ser la mujer que había prometido presentarles— aguardaría en la habitación contigua para recibir su condena. La decisión de no escudarse tras Julian Gray frente a las consecuencias derivadas de su confesión se hizo inquebrantable desde el momento en que Horace le preguntó secamente, secundado por Lady Janet, que por qué retrasaba su explicación y qué era lo que debían esperar. Del dolor que le habían causado estas preguntas había nacido la idea de esperar su sentencia en una habitación mientras su carta hablaba por ella en la otra. «Que me partan el corazón, si quieren», pensaba, rebajándose a sí misma en aquel momento de amargura: «Me lo tengo merecido».

Cerró la puerta con llave y abrió su escritorio. Sabiendo lo que tenía que hacer, intentó ordenar sus pensamientos y ponerse a ello.

El esfuerzo fue en vano. Las personas que estudian el arte de la escritura son probablemente las únicas capaces de calibrar la distancia abismal que separa una

idea, según se concibe en la mente, de cómo se le da forma mediante palabras. La tremenda tensión acumulada durante horas le impedía comenzar el delicado y arduo proceso de narrar los acontecimientos dando lugar a un relato ordenado cronológicamente y en el que los hechos tomaran sus debidas proporciones. Una y otra vez su esfuerzo se veía frustrado por la confusión de sus ideas. En un arranque de desesperación acabó por abandonar aquella lucha.

Se sentía como si se le hubiera hundido el corazón; una histérica opresión que le aplastaba el pecho le advertía que no debía cruzarse de brazos, ni dejarse prender por el afán de una introspección morbosa o por miedos imaginarios.

Instintivamente volvió a pensar en su futuro, manteniendo así la mente ocupada durante unos momentos. No tenía que pensar mucho. Sus perspectivas empezaban y terminaban en el albergue, si la directora la acogía. No iba a ser injusta con Julian Gray: sabía que su gran corazón sufriría por ella, que le tendería su mano bondadosa. ¿Pero qué pasaría si aceptaba irreflexivamente lo que él pudiera ofrecerle? Proliferarían los chismorreos sobre su belleza y su juventud, malinterpretando la amistad que podría existir entre ellos dos por más pura que fuese. Entonces sería él quien sufriría, ya que como pastor tenía una reputación que podía perder. No, por su propio bien, por la gratitud que le debía, al despedirse de Mablethorpe House también tendría que hacerlo de Julian Gray.

Estaba perdiendo unos minutos preciosos. Decidió escribir a la directora para preguntarle si podía perdonarla y aceptarla de nuevo en el albergue. Tal vez redactar esta carta, que le resultaba más fácil, podría darle ánimos y allanarle el camino para escribir la otra, la que verdaderamente le costaba. Se quedó un momento ante la ventana, pensando en el pasado al que pronto retornaría, antes de tomar la pluma de nuevo.

Su ventana daba hacia el este. Al mirar al cielo, sus ojos se posaron en el oscuro resplandor de Londres. Parecía como si la ciudad la llamara para devolverla al cruel horror de sus calles, señalándole, con sorna, el camino hacia los puentes que cruzaban el negro río, invitándola a subirse al antepecho de uno de ellos y dar el terrible salto que la conduciría a los brazos de Dios o a la aniquilación. ¿Quién podría saberlo?

Temblando, se apartó de la ventana. «¿Terminará mi vida de ese modo si la directora me rechaza?», se preguntaba.

Empezó la carta.

*Estimada señora:*

*Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que le di noticias mías, que casi no me atrevo a escribirle. Temo que haya acabado considerándome una mujer desagradecida e insensible.*

*He estado viviendo una falsa vida; no he sido capaz de escribirle hasta el día de*

hoy. Ahora, en el momento en que estoy haciendo lo posible para compensar a quienes he perjudicado, ahora que me arrepiento de todo corazón, ¿puedo pedirle permiso para reunirme otra vez con la amiga que ha sufrido conmigo y me ha ayudado durante tantos años de desdichas? ¡Por favor, señora, no me abandone! Usted es la única persona a la que puedo acudir.

¿Me permitirá confesárselo todo? ¿Será capaz de perdonarme cuando sepa lo que he hecho? ¿Volverá a aceptarme en el albergue, si hay algún trabajo para mí con el que pueda ganarme el cobijo y el pan?

Antes de que anochezca debo salir de la casa desde la que le escribo. No tengo adónde ir. El escaso dinero que conservo y lo poco que tengo de valor debo dejarlo atrás; lo poseo gracias al engaño, no es mío. No hay criatura más desamparada que yo. Usted es cristiana. No lo haga por mí, sino por amor a Dios; tenga compasión y acépteme de nuevo.

Soy una buena enfermera, ya lo sabe, y rápida con la aguja. ¿No podría encontrar algún trabajo para mí en cualquiera de esas ocupaciones?

También podría hacer de maestra, pero de forma muy limitada. Aunque es inútil. ¿Quién iba a confiar sus hijos a una mujer carente de reputación? En ese sentido no puedo hacerme ilusiones. ¡Pero me gustan tanto los niños! Creo que, aunque no pueda llegar a ser feliz, quizás sí podría conformarme con mi destino si pudiera trabajar de alguna forma con ellos. ¿Hay alguna asociación caritativa que intente ayudar y proteger a los niños necesitados que vagabundean por las calles? Me acuerdo de mi desgraciada niñez... ¡y me gustaría tanto dedicarme a evitar que otros niños terminaran como yo! Por esta causa estaría dispuesta a trabajar día y noche sin dar muestras de fatiga. Pondría todo mi corazón en ello y tendría una ventaja sobre otras mujeres felices y prósperas: cuidar de los niños sería mi única preocupación. Estoy segura de que me confiarían los niños vagabundos de las calles si usted hablara en mi favor. Perdóneme si pido demasiado. Soy tan desdichada, señora; estoy tan sola y tan cansada de esta vida.

Sólo una cosa más. Me queda muy poco tiempo. ¿Me hará el favor de contestarme con un telegrama, que diga simplemente sí o no? El nombre por el que usted me conoce no es el mismo por el que me conocen aquí. Le ruego que le dirija el telegrama al Reverendo Julian Gray, en Mablethorpe House, Kensington. Él está aquí y me lo mostrará. No tengo palabras para expresar todo lo que le debo. Él nunca ha dejado de creer en mí... y me ha salvado de mí misma. ¡Que Dios bendiga al hombre más comprensivo, honesto y bueno que he conocido en mi vida!

No tengo nada más que añadir, salvo pedirle que me disculpe por esta larga carta y que me permita ofrecerle mi más humilde gratitud.

Firmó la carta, la metió en un sobre y escribió en él la dirección. Entonces, por

vez primera, se interpuso en su camino un obstáculo que no había previsto.

No había tiempo para mandar la carta por correo. Debía enviarla con un mensajero. Hasta aquel momento, los sirvientes de Lady Janet habían estado a su disposición. ¿Podía tomarse la libertad de disponer de ellos para un asunto suyo, cuando iban a echarla de aquella casa en menos de media hora? De las dos alternativas, parecía más sensato correr el riesgo de presentarse en el albergue sin avisar antes.

Estaba considerando la cuestión cuando le sorprendió el sonido de unos golpes dados en la puerta. Abrió y dejó pasar a la doncella de Lady Janet con una nota doblada en la mano.

—De mi señora, señorita —dijo la doncella, dándole la nota—. No espera respuesta.

Mercy la detuvo cuando estaba a punto de salir de la habitación. Se le ocurrió preguntarle si por casualidad alguno de los sirvientes iba a ir a la ciudad esa tarde.

—Sí, señorita. Uno de los mozos ha de llevar un mensaje al carroceros de la señora.

El albergue quedaba cerca del taller del carroceros. En tales circunstancias, Mercy se animó a servirse del mozo. Era disculpable que se tomara aquella libertad en ese momento.

—¿Serás tan amable de darle esta carta al mozo de mi parte? —dijo—. No tendrá que desviarse. No tiene más que entregarla. Eso es todo.

La mujer aceptó de buena gana hacer lo que se le pedía. Una vez sola, Mercy se fijó en la nota que acababa de llegar a sus manos.

Era la primera vez que su benefactora usaba este método tan formal para comunicarse con ella cuando ambas estaban en la casa. ¿Qué significaba ese cambio? ¿La informaba así de que la había despedido? ¿Había adivinado la perspicaz Lady Janet la verdad? Mercy estaba dominada por los nervios. Al desdoblar la nota temblaba penosamente.

Carecía de encabezamiento y de firma. Decía así:

*Debo pedirte que aplaces la explicación que me habías prometido. A mi edad, las sorpresas desagradables resultan muy dolorosas. Necesito tiempo para sosegarme antes de poder oír lo que tienes que decir. No te haré esperar más de lo necesario. Entretanto, todo seguirá como de costumbre. Mi sobrino Julian, Horace Holmcroft y la dama que estaba en el comedor permanecerán en mi casa hasta que esté en condiciones de reunirme con ellos y contigo.*

Así acababa la nota. ¿Qué conclusión podía extraerse de ella? ¿Había adivinado realmente la verdad Lady Janet, o tan sólo conjeturaba que su hija adoptiva tenía algo

que ver, algo deshonroso, con el misterio de Mercy Merrick? La frase en la que se refería a la intrusa del comedor como la dama manifestaba claramente que su opinión había cambiado durante el último cuarto de hora. ¿Pero era razón suficiente esta frase para suponer que Lady Janet había deducido el contenido de la confesión de Mercy? No era fácil responder a estas preguntas en ese momento, y daba a entender que iba a ser igual de difícil vislumbrar las respuestas mas adelante. Hasta el final de sus días, Lady Janet se negó rotundamente a contarle a nadie las conclusiones a las que había llegado, el dolor que había reprimido en silencio en aquel día memorable.

No obstante, entre aquel cúmulo de incertidumbres al menos había algo claro. Su bienhechora había prolongado de forma indefinida el tiempo de que disponía para permanecer en su habitación. Podían pasar horas antes de que llegara el momento de la revelación a la que se había comprometido. En ese tiempo podría poner en orden sus ideas y escribirle su confesión a Julian Gray.

Tenía la mente ocupada en estos pensamientos cuando vio su imagen reflejada en el espejo, todavía ataviada con aquel lujoso vestido y llevando las joyas que le había dado Lady Janet.

Tembló al recordar lo que le había dicho Grace Roseberry. El modesto vestido con el que había entrado en Mablethorpe House seguía colgado en algún rincón de su armario. Guardó las joyas en su joyero y se puso aquel sencillo vestido negro. «No me llevaré nada», pensó, al mirar por última vez el ropero y las joyas. «Miss Roseberry encontrará todos sus regalos cuando ocupe esta habitación».

Volvió a sentarse a la mesa, dispuesta a intentar de nuevo escribirle la carta. Apoyada la cabeza en una mano, intentaba abrirse camino por el laberinto del pasado, empezando por el día en que conoció a Grace Roseberry, en aquella casa en Francia, hasta el día en que volvieron a verse cara a cara, por segunda vez, en el comedor de Mablethorpe House.

La cadena de acontecimientos empezó a desenroscarse con claridad en su mente, eslabón a eslabón.

Observó, siguiendo aquella retrospectiva, el extraño modo en que al principio el Azar o el Destino le habían allanado el camino hacia aquella suplantación. Había conocido a Grace Roseberry en unas circunstancias extraordinarias, en las que estaban sometidas a toda suerte de pruebas y peligros en un país extraño, circunstancias que sin duda podían predisponer a dos mujeres de la misma nacionalidad a explicarse mutuamente su vida. Siendo la primera vez que se veían, sólo de esa forma podía explicarse que hubiera llegado a conocer toda aquella información decisiva acerca de la situación y los asuntos de Grace, y que supuso una tentación para ella ante las irremediables consecuencias que siguieron al estallido de la granada alemana.

Partiendo de este punto, a través de los múltiples acontecimientos que, de forma

tan natural como extraña favorecieron el éxito de su engaño, Mercy llegó hasta el último periodo, cuando Grace ya la había seguido hasta Inglaterra. De nuevo observó cómo el Azar o el Destino le habían allanado el camino ante aquel segundo encuentro que las había enfrentado en Mablethorpe House.

Ella estaba en una reunión, convocada por una sociedad benéfica, en representación de Lady Janet. Por ese motivo no estaba en la casa cuando llegó Grace. Si su regreso se hubiese retrasado tan sólo unos minutos, Julian habría tenido tiempo de salir llevándose a Grace de la habitación, y el terrible encuentro que había hecho desplomarse a Mercy jamás habría tenido lugar. Una vez ocurrido aquello, el desacuerdo de los presentes sobre cómo debía resolverse el asunto hizo que se aplazara cualquier resolución. El Azar o el Destino habían calculado aquel aplazamiento haciendo que Mercy regresara al comedor en el momento exacto en que Grace Roseberry insistía en ver a la mujer que la había suplantado.

Hasta ahora no había visto los hechos desde este siniestro punto de vista. Estaba sola y atravesaba una de las mayores crisis de su vida. Desfallecida, las contradictorias emociones que sentía la habían conmovido en lo más profundo.

Poco a poco empezó a advertir que, a medida que avanzaba en sus reflexiones, el desánimo se apoderaba de ella al constatar su situación de desamparo. Poco a poco empezó a sentir cómo la recorrían furtivos escalofríos provocados por un terror supersticioso. Horribles presentimientos palpitaban en su interior siguiendo el ritmo de su pulso, y fluían por sus venas disueltos en su sangre. Una sensación casi mística de que algún desastre oculto se cernía sobre ella impregnaba la atmósfera de la habitación. La alegre luz de la vela empezó a parecerle traicionera y a perder su claridad. La casa estaba rodeada de trémulos murmullos sobrenaturales que traía el gemir del viento invernal. Tenía miedo de mirar detrás de ella. De repente, sintió el frío de sus propias manos cubriéndole el rostro, sin saber cuándo las había levantado ni por qué.

Todavía desvalida ante el miedo que la embargaba, oyó pasos, inequívocamente masculinos, en el corredor. En otras circunstancias aquel sonido la habría asustado; sin embargo, ahora alejaba su miedo. Aquellos pasos evocaban la idea de vida, de compañía, de una presencia humana, fuese cual fuese. Cogió la pluma mecánicamente; volvió a recordar la carta que tenía que dirigir a Julian Gray. En ese mismo momento los pasos se detuvieron delante de la puerta. El hombre llamó.

Ella seguía temblando. Apenas podía dominarse. Se le había escapado un grito ahogado por el pánico al oír los golpes en la puerta. Antes de que se repitieran se armó de valor y abrió.

El hombre que estaba en el corredor era Horace Holmcraft.

Su tez sonrosada se había vuelto pálida. Su cabello, que normalmente cuidaba con esmero, estaba alborotado. Había desaparecido el superficial refinamiento de sus



modales; se dejaba entrever al hombre verdadero, hosco, desconfiado, irritado a más no poder. Él la observaba con una mirada de atenta desconfianza; le habló sin preámbulos ni disculpas, con un tono frío, enfurecido.

—¿Tienes idea de lo que está pasando abajo? —preguntó.

—No he salido de esta habitación —contestó ella—. Sé que Lady Janet quiere que aplace la explicación que le había prometido. Eso es todo lo que sé.

—¿No te han contado lo que ha hecho Lady Janet después de que salieras? ¿Sabes que ha puesto su gabinete a disposición de la misma mujer a la que sólo hace media hora le había ordenado salir de la casa? ¿Tampoco sabes que el propio Mr. Julian Gray ha acompañado al gabinete a la que, de pronto, se ha convertido en una distinguida huésped? ¿Y que yo me he quedado solo, observando estos cambios, contradicciones y misterios, y que soy el único que no consigue descifrarlos?

—No tiene sentido que me hagas estas preguntas —dijo Mercy con amabilidad—. ¿Quién podría haberme dicho lo que estaba pasando abajo, antes de que llamaras a la puerta?

Horace la miró con una exagerada expresión de irónica sorpresa.

—Me sorprende que hoy estés tan olvidadiza —dijo—. ¿Acaso no te lo ha contado tu amigo Mr. Julian Gray? Me asombra que aún no haya venido a hablar contigo.

—No te entiendo, Horace.

—No hace falta que me entiendas —replicó con irritación—. Quien tiene que entenderme es Julian Gray. Cuento con él para que me explique la relación que parece haberse establecido entre vosotros a mis espaldas. Hasta ahora me ha evitado, pero ya me las arreglaré para hablar con él.

Su expresión era más amenazadora que sus palabras. Nerviosa como estaba, Mercy creyó que él andaba buscando pelea con Julian Gray.

—Estás completamente equivocado —le dijo afectuosamente—. Desconfías sin motivo de tu mejor y más fiel amigo. No hablo de mí. Pronto descubrirás por qué aguanto con paciencia estas sospechas que cualquier otra mujer consideraría un insulto.

—Pues déjame que lo descubra ahora mismo. ¡Ahora! ¡No perdamos más tiempo!

Hasta entonces se había mantenido cierta distancia entre los dos. Mercy escuchaba en el umbral de la puerta. Horace hablaba apoyado en la pared del corredor. Al decir estas últimas palabras, él se acercó de repente y, con gesto imperativo, la agarró del brazo. Lo apretaba con tal fuerza que casi le hizo daño. Ella forcejeó para soltarse.

—¡Déjame! —le dijo—. ¿Qué estás haciendo?

La soltó tan rápido como la había agarrado.

—Ya verás lo que hago —contestó—. Una mujer que te ha acosado, que te ha

insultado, cuya única excusa es su locura, permanece en esta casa a petición tuya, casi me atrevo a decir por orden tuya, cuando la policía estaba a punto de llevársela. Tengo derecho a saber lo que esto significa. Soy tu prometido. Aunque no confíes en los demás, a mí estás obligada a darme una explicación. Me niego a esperar hasta que a Lady Janet le convenga. Insisto en saber cuál es tu verdadero papel en este asunto. Me he visto obligado a seguirte hasta aquí porque era la única manera que tenía de hablar contigo. Me evitas; te escondes de mí. Aún no soy tu esposo; no tengo derecho a entrar en tu habitación. Pero hay otras. Tenemos la biblioteca a nuestra disposición, y ya me encargaré de que no nos interrumpen. Ahora voy allí, y quiero hacerte una última pregunta. Dentro de una semana serás mi esposa; ¿vas a contarme o no tu secreto?

Dudar equivalía literalmente a estar perdida. El sentido de la justicia de Mercy le decía que Horace no había exigido más que aquello a lo que tenía derecho. Respondió al instante.

—Nos veremos en la biblioteca dentro de cinco minutos.

La rápida y sincera satisfacción de sus deseos le sorprendió; quedó conmovido. Le tomó la mano.

Ella había soportado su enojo de hombre ofendido. Pero la gratitud que él sentía le dolía a ella en lo más profundo. El momento más amargo fue aquél en que él se llevó su mano a los labios y murmuró con ternura, «¡Mi fiel Grace!». Sólo pudo hacer un gesto para que se fuera, tras lo cual volvió a recluirse en su habitación.

Su primer sentimiento, una vez se hubo quedado sola, fue de estupor: no se le había ocurrido, hasta que no se lo había dicho él mismo, que su futuro esposo era quien más derecho tenía a conocer la verdad. Debido al horror que le inspiraba tener que confesar que había conseguido su cariño a través de un engaño, había colocado a Horace y a Lady Janet en un mismo nivel. Ahora comprendía, por primera vez, que no había comparación entre los derechos que cada uno de ellos podía reclamarle. A Horace le debía una lealtad que Lady Janet no podía reclamar. Por mucho que le costara confesarle la verdad, aquel cruel sacrificio debía ser llevado a cabo.

Sin dudarlo un momento, apartó los utensilios de escritura. Ahora le sorprendía que hubiese llegado a pensar en Julian como intermediario entre su prometido y ella. La comprensión de Julian le había causado una tan fuerte impresión que la había cegado ante un deber que estaba más allá de todo compromiso, que no admitía discusión.

Había pedido cinco minutos antes de reunirse con Horace. El tiempo se le hizo interminable.

La única manera de armarse de valor para enfrentarse a él con la terrible revelación de lo que realmente había hecho era precipitar su confesión sin darse tiempo para pensar. La vergüenza la embargaría inevitablemente si tenía tiempo para

pensar en ello.

Se dirigió hacia la puerta, dispuesta a seguirle de inmediato.

Pero incluso en ese difícil momento, el instinto femenino más arraigado, el de la autoestima, la hizo detenerse. Ella había pasado por pruebas terribles desde que se había vestido para bajar. Recordando este detalle, se detuvo de forma mecánica, retrocedió unos pasos y se contempló en el espejo.

No era vanidad. Se trataba de una acción tan inconsciente como abrocharse un guante o estirar las arrugas del vestido. No pretendía comprobar si su belleza aún podría hacer algo en su favor, ni pensaba en realzarla al máximo.

Una fugaz sonrisa, la más precaria, la más desconsolada que haya podido entristecer jamás el rostro de una mujer, apareció en el reflejo que le devolvía el espejo. «Ojerosa, pálida, prematuramente vieja», se decía a sí misma. «¡Pues bueno!, mejor así. Él lo lamentará menos y no se arrepentirá después».

Y con estos pensamientos bajó a la biblioteca a encontrarse con Horace.

## CAPÍTULO XXII

### *Un Hombre en el Comedor*

En los momentos críticos de nuestra vida sentimos, u obramos, según nuestro temperamento. Pero jamás nos paramos a pensar. Mercy bajaba la escalera con la mente en blanco. Mientras lo hacía, lo único de lo que era consciente era de su impulsiva necesidad de llegar a la biblioteca en el menor tiempo posible. Una vez en la puerta, aquel impulso la abandonó caprichosamente. Se detuvo en la estera, preguntándose por qué se había apresurado si tenía tiempo de sobra. Su ánimo decayó; a la fiebre de su acaloramiento le siguió una súbita sensación de frío al encontrarse frente a la puerta cerrada; entonces se preguntó: «¿Me atreveré a entrar?»

Su mano contestó por ella. La levantó para asir la manilla y abrir. Pero volvió a dejarla caer, desvalida.

Ante su falta de decisión dejó escapar un leve suspiro de desaliento. A pesar de lo tenue que fue, por lo visto no pasó inadvertido. La puerta se abrió desde el interior y Horace apareció frente a ella.

Él se apartó para dejarla pasar. Pero no la siguió. Horace permanecía en el umbral. Se dirigió a ella, manteniendo abierta la puerta.

—¿Te importa esperarme un momento? —preguntó.

Mercy le dirigió una mirada de inexpresiva sorpresa, dudando si había oído bien.

—No tardaré mucho —continuó Horace—. Estoy demasiado ansioso por oír lo que tienes que contarme para dejar que me entretengan innecesariamente. La verdad es que acabo de recibir una nota de Lady Janet.

(¡De Lady Janet! ¿Qué deseaba Lady Janet de él, si se había retirado a su habitación para tranquilizarse?)

—Bueno, debería decir dos mensajes —prosiguió Horace—. El primero me lo dieron cuando bajaba. Lady Janet deseaba verme inmediatamente. Le envié una disculpa. Recibí una segunda nota: Lady Janet no ha aceptado mis excusas. Si me niego a acudir a su llamada vendrá a mi encuentro. No quiero arriesgarme a que nos interrumpa, de modo que no tengo otra alternativa que despachar el asunto cuanto antes. ¿Te importa esperar?

—Claro que no. ¿Tienes idea de lo que puede querer?

—No. Sea lo que sea, no me retendrá mucho tiempo. Estarás completamente sola; he avisado al servicio de que no dejen entrar a nadie.

Y con estas palabras se marchó.

La primera sensación de Mercy fue de alivio, pero enseguida se tornó en vergüenza por la debilidad que suponía alegrarse ante ese momentáneo alivio, dada su situación. A su vez, la vergüenza se transformó en impaciente disgusto. «De no

haber sido por la nota de Lady Janet, pensaba Mercy», ya conocería mi destino.

Los minutos se sucedían con lentitud, monótonamente. Se paseaba de un lado a otro de la biblioteca, cada vez más rápido, dominada por una insoportable impaciencia y la exasperante incertidumbre de aquella espera. Dentro de poco, la espaciosa habitación le iba a parecer demasiado pequeña. Le irritaba la sobria monotonía de los largos estantes con los libros alineados. Abrió con ímpetu la puerta que daba al comedor y se precipitó dentro, ansiosa por ver otros objetos, sedienta de más espacio y más aire.

Se detuvo al dar el primer paso; sus sentimientos sufrieron una conmoción que la paralizó al instante.

El comedor no estaba iluminado más que por la tenue luz del fuego que se iba extinguiendo. En la oscuridad se distinguía a un hombre sentado en el sofá, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos. Había levantado la mirada al ver irrumpir la luz que procedía de la biblioteca. El suave resplandor le iluminó la cara: era Julian Gray.

Mercy estaba de espaldas a la luz y, por lo tanto, tenía su rostro oculto en la penumbra. Él la reconoció por su figura y por la postura que inconscientemente había adoptado. Aquella gracia natural, aquella belleza de línea ágil y esbelta solamente podía pertenecer a una mujer en toda la casa. Se levantó y se acercó a ella.

—Estaba deseando verla —empezó—, y esperaba que la casualidad me deparara un encuentro como éste.

Él le ofreció una silla. Mercy dudó un momento antes de aceptarla. Era la primera vez que se encontraban a solas desde que Lady Janet la interrumpió cuando estaba a punto de confesarle a Julian su triste pasado. ¿Ansiaría él volver a aquel preciso momento? Según sus palabras, parecía que sí. Ella se lo preguntó sin ambages.

—Tengo un profundo interés en oír todo lo que aún tiene que contarme —le contestó él—. Pero por muy impaciente que esté, no deseo presionarla. Esperaré, si usted lo desea.

—Tengo que reconocer que sí lo deseo —admitió Mercy—. No sólo por mí, sino porque en estos momentos debo dedicarle mi tiempo a Horace Holmcraft. Espero verlo dentro de unos minutos.

—¿Podría concederme esos minutos? —preguntó Julian—. Yo, por mi parte, también tengo que decirle algo que debería saber antes de hablar con quien fuese, incluso antes de ver a Horace.

Julian hablaba con un timbre de tristeza en la voz que ella no estaba acostumbrada a oír en él. Parecía mayor, y la luz rojiza del fuego dejaba ver en él una expresión de inquietud. Algo había ocurrido desde su último encuentro con ella que lo había entristecido y decepcionado.

—Estoy dispuesta a ofrecerle todo el tiempo de que dispongo —contestó Mercy—. ¿Lo que quiere contarme tiene algo que ver con Lady Janet?

Julian no respondió directamente.

—Lo que le tengo que explicar de Lady Janet —replicó con gravedad— se dice enseguida. Por lo que a ella respecta, no tiene nada que temer. Lady Janet lo sabe todo.

Al oír estas palabras olvidó incluso la apremiante sensación de angustia que le causaba su inminente conversación con Horace.

—Vamos donde haya luz —dijo con debilidad—. Es horrible oírle decir eso en la oscuridad.

Julian la siguió a la biblioteca. Mercy temblaba toda ella. Se dejó caer en una silla y apartó la mirada de los grandes y brillantes ojos de él, que permanecía a su lado contemplándola con tristeza.

—¡Lady Janet lo sabe todo! —repitió ella, con la cabeza gacha y las lágrimas descendiendo por las mejillas—. ¿Se lo ha contado usted?

—Yo no he dicho nada, ni a Lady Janet ni a nadie. Su confesión será sagrada hasta que usted la desvele.

—¿Le ha dicho algo Lady Janet?

—Ni una palabra. La he contemplado con los atentos ojos que proporciona el cariño, la he escuchado con el oído perspicaz del cariño, y ha podido deducir la verdad. No hablará de ello con nadie en absoluto. Ahora sé lo mucho que la quería. Muy a su pesar, sigue aferrada a usted. Su vida, pobre mujer, ha sido una vida vacía; ha llevado una vida indigna, desgraciadamente indigna, de su carácter. Su matrimonio carecía de amor, y no le dio hijos. Tuvo pretendientes, pero nunca un amigo, en el buen sentido de la palabra. Ha perdido los mejores años de su vida con el deseo insatisfecho de algo que amar. Al final de su vida, usted ha ocupado este vacío. Su corazón ha vuelto a rejuvenecer gracias a usted. A su edad —y a cualquier edad— ¿es que hay que romper de pronto un vínculo como éste porque las circunstancias lo exijan? ¡No! Ella sufrirá lo que sea, se expondrá a lo que sea, olvidará lo que sea antes de reconocer, incluso ante sí misma, que usted la ha engañado. Hay algo más que su felicidad en juego; está su orgullo, su noble orgullo, que en su amor por usted pasará por alto el descubrimiento más evidente y rechazará la verdad más incontestable. Estoy totalmente convencido, porque conozco su forma de ser y por lo que he observado hoy, que encontrará alguna excusa para no tener que escuchar su confesión. Es más: creo que, si puede conseguirlo haciendo uso de toda su influencia, hará todo lo posible para evitar que usted le confiese a nadie su verdadera condición. Estoy asumiendo una grave responsabilidad al decirle esto, pero no voy a echarme atrás. Debe saber, ya lo irá comprobando, qué pruebas y tentaciones se le van a presentar.

Hizo una pausa para dejar que Mercy se calmara, por si ella deseaba responderle.

Mercy sintió la necesidad de hablar con él. Julian aún no sabía que ella había recibido una nota de Lady Janet aplazando el momento de la prometida explicación. Aquella circunstancia en sí misma confirmaría su opinión. Debía decírselo. Lo intentó. Pero no le alcanzaban las fuerzas. La sencillez con la que mencionó el vínculo que unía a Lady Janet con ella le había partido el corazón. Las lágrimas le ahogaban la voz. Sólo fue capaz de indicarle con un gesto que continuara.

—Se preguntará por qué hablo con tanta seguridad —continuó él— si no dispongo de otros elementos que mi propia convicción. Únicamente le puedo decir que he observado tan de cerca a Lady Janet que me es imposible albergar dudas al respecto. Vi el momento en que adiviné la verdad con tanta claridad como yo estoy viéndola ahora a usted. No fue un descubrimiento paulatino, sino que le sobrevino de repente, igual que a mí. Ella no sospechaba nada, estaba francamente indignada por su abrupta intromisión y su extraña forma de hablar, hasta que usted se comprometió a presentar a Mercy Merrick. Entonces, y sólo entonces, cayó en la cuenta, ante la triple revelación de sus palabras, su voz y su mirada. Entonces, y sólo entonces, experimentó un notable cambio que persistió mientras permaneció en la habitación. No quiero ni pensar lo que hará ante su desesperación por el descubrimiento que acaba de hacer. Desconfío, aunque bien sabe Dios que de natural no soy un hombre desconfiado, de los acontecimientos aparentemente más insignificantes que se están produciendo a nuestro alrededor. Ha tenido la nobleza de mantenerse firme en su propósito de confesar la verdad. Sin embargo, prepárese para que, antes de que anochezca, la pongan a prueba y la tienten de nuevo.

Mercy alzó la cabeza. En sus ojos el miedo había reemplazado a la tristeza cuando miraban fijamente a Julian Gray con expresión de sorpresa e interrogación.

—¿Cómo puedo verme tentada en estos momentos? —preguntó.

—Dejaré que los acontecimientos respondan esta pregunta —dijo él—. No tendrá que esperar mucho. Ya la he avisado.

Él se inclinó y le susurró las siguientes palabras al oído:

—Aférrese al admirable coraje que ha demostrado hasta ahora —prosiguió—. Soporte lo que sea antes de rebajarse. Sea la misma mujer con la que yo he hablado —la mujer que todavía tengo en mi mente—, la que tiene el valor suficiente para hacer aflorar la nobleza de su carácter. Y no olvide esto jamás: ¡mi fe en usted no decaerá nunca!

Ella lo miró con orgullo y gratitud.

—Estoy dispuesta a hacer honor a su confianza —dijo—. Ya no está a mi alcance la posibilidad de echarme atrás. Le he prometido a Horace que se lo explicaría todo en esta misma habitación.

Julian se sorprendió.

—¿Es Horace quien se lo ha pedido? Él no tiene la menor sospecha de cuál es la verdad.

—Horace ha apelado a mi obligación como su futura esposa —respondió—. Él es quien más derecho tiene a conocer mi secreto. Horace está resentido por mi silencio, y con toda razón. Por terrible que resulte abrir sus ojos a la verdad, debo hacerlo.

Mientras hablaba miraba a Julian. Su antiguo deseo de asociar la dura prueba de su confesión con el único hombre que había sufrido por ella, y que tenía fe en ella, reapareció de otra forma. Si ella supiera que, cuando estuviera pronunciando las terribles palabras que debía pronunciar ante Horace, Julian también la estaba escuchando, tendría el valor de enfrentarse a lo peor. Al ocurrírsele esta idea observó que Julian estaba mirando en dirección a la puerta que acababan de cruzar. En el acto vio cómo llevar a cabo su objetivo. Sin esperar a escuchar las amables palabras de comprensión que él le estaba dirigiendo a modo de conclusión, le insinuó tímidamente la propuesta que quería hacerle.

—¿Tiene intención de volver a la habitación de al lado? —preguntó.

—No si usted se opone —replicó él.

—No me opongo. Quisiera que permaneciera en ella.

—¿Cuándo Horace se reúna con usted?

—Sí, cuando se reúna conmigo.

—¿Desea verme cuando hayan acabado?

Armándose de valor, le explicó con franqueza lo que tenía pensado.

—Quiero que usted esté cerca de mí mientras hablo con Horace —dijo ella—. Me dará valor sentir que le estoy hablando a usted además de a él. ¿Puedo contar con su comprensión... ? ¡Es lo que más necesito en estos momentos! ¿Pido demasiado si le ruego que deje la puerta abierta cuando regrese al comedor? Piense en lo terrible de esta situación... tanto para él como para mí. No soy más que una mujer. Tengo miedo de sucumbir ante esta prueba si no tengo cerca a un amigo. Y no tengo más amigo que usted.

Con estas simples palabras ella acababa de probar por primera vez su poder de persuasión hacia él.

Entre la perplejidad y el apuro, Julian se encontró por un momento sin saber qué contestar. El amor que sentía por Mercy, que no se atrevía a confesar, era un sentimiento tan vivo como la fe que depositaba en ella, que sí había podido manifestar abiertamente. Negarle lo que ella le pedía cuando tenía tanta necesidad, y, aún peor, negarse a escuchar la confesión que en un primer impulso iba a hacerle a él, suponía renunciar a sus creencias sobre lo que le debía a Horace y lo que se debía a sí mismo. Pero aunque le horrorizara, porque además podía parecer que la estaba abandonando, le resultaba imposible concederle aquella petición, salvo con una condición que prácticamente equivalía a una negativa.



—Haré todo lo que esté en mi mano por ayudarla —dijo él—. Dejaré la puerta abierta y me quedaré en la habitación contigua, pero con esta condición: que Horace lo sepa. No sería digno de la confianza que me tiene si consintiera estar escuchando de otra forma. Estoy seguro de que usted lo comprende tanto como yo.

Ella no había pensado en su propuesta desde esa perspectiva. Como mujer, no había pensado más que en el consuelo que representaba tenerlo cerca de ella. Ahora sí que lo comprendía. Un leve rubor de vergüenza apareció en sus pálidas mejillas al darle las gracias. Él tuvo la delicadeza de ahorrarle el sofoco haciéndole una pregunta muy normal en aquellas circunstancias.

—¿Dónde está Horace en estos momentos? —preguntó—. ¿Por qué no está aquí?

—Ha tenido que acudir a una llamada de Lady Janet.

La respuesta, más que sorprender a Julian, pareció alarmarle. Volvió a acercarse a la silla de Mercy y le dijo con impaciencia.

—¿Está segura?

—El propio Horace me dijo que Lady Janet insistió en verle.

—¿Cuándo?

—No hace mucho. Me pidió que le esperara aquí mientras él estaba arriba.

El rostro de Julian se oscureció de manera alarmante.

—Esto confirma mis temores —dijo—. ¿Se ha dirigido a usted de alguna manera Lady Janet?

Mercy le enseñó la nota de su tía. Julian la leyó con atención.

—¿No le decía —dijo él— que ella encontraría alguna excusa para no tener que escuchar su confesión? Empezará aplazándola, simplemente con la intención de ganar tiempo para llevar a cabo alguna otra cosa que tenga en mente. ¿Cuándo recibió la nota? ¿Poco después de subir a su habitación?

—Aproximadamente un cuarto de hora después, si no me equivoco.

—¿Sabe lo que sucedió aquí cuando usted se retiró?

—Horace me ha contado que Lady Janet le ofreció su gabinete a Miss Roseberry.

—¿Algo más?

—Me contó que usted la acompañó.

—¿Y le contó lo que pasó después?

—No.

—Entonces tendré que explicárselo yo. Ya que no puedo hacer nada más tal como están las cosas, por lo menos podré evitar que la tomen por sorpresa. En primer lugar, tiene derecho a saber por qué acompañé a Miss Roseberry al gabinete. Deseaba apelar, por el bien de usted, a su bondad, si es que la tiene. Reconozco que, a juzgar por lo que ya había visto, dudaba del éxito de mi empresa. Mis dudas se confirmaron. En circunstancias normales la habría considerado una mujer común y corriente, sin ningún tipo de interés. Después de verla del modo en que la vi cuando nos quedamos

a solas, es decir, yendo mas allá de la superficie, puedo decir que jamás a lo largo de mi penosa experiencia he conocido a nadie tan irremediamente estrecho de miras, ruin y mezquino como ella. Habiendo entendido, pues era imposible que no lo hiciera, lo que el repentino cambio de actitud de Lady Janet significaba, su única idea era sacarle el mayor partido posible para actuar de la forma más cruel. En vez de tener la más mínima consideración hacia usted, protestó porque se le permitiera reclamar el mérito de restituirle su identidad confesando por propia voluntad la verdad. Insistió en denunciarla públicamente, y en obligar a Lady Janet a que la despidiera, sin escucharla, delante de todo el servicio. «¡Ahora me vengaré! ¡Finalmente, Lady Janet me teme!»; ésas fueron sus palabras, casi me avergüenzo de repetir las. Quiere someterla a usted a todas las humillaciones posibles, sin mostrar consideración alguna hacia la edad y la posición de Lady Janet. ¡Que nada, absolutamente nada, se interponga en la venganza y el triunfo de Miss Roseberry! Esa es su desvergonzada opinión de lo que debe hacerse, según ella misma ha expuesto con toda claridad. Supe controlarme; hice todo lo que pude para que recapacitara. Pero fue como si le suplicase, no diré ya a un salvaje, puesto que a los salvajes a veces se les puede amonestar si sabe uno cómo comunicarse con ellos, sino como si lo hiciese a un animal hambriento que se hubiera abstenido de comer teniendo comida a su alcance. Disgustado, acababa de dejarlo por imposible, cuando apareció la doncella de Lady Janet con un mensaje de su señora para Miss Roseberry: «Mi señora le envía un saludo, y le comunica que le agradecerá verla en cuanto pueda en su habitación.»

(¡Otra sorpresa! ¡Grace Roseberry recibe una invitación para entrevistarse con Lady Janet! Sería imposible creerlo si Julian no lo hubiese escuchado con sus propios oídos.)

—Ella se levantó inmediatamente —prosiguió Julian—. «No haré esperar ni un momento a Lady Janet», exclamó, «indíqueme el camino». Le hizo una señal a la doncella para que saliera primero de la habitación y después se volvió hacia mí y me habló desde la puerta. Renuncio a describir su insolente júbilo; lo único que puedo hacer es repetir sus palabras: «¡Esto era exactamente lo que quería! Estaba dispuesta a insistir para verla: ahora me va a ahorrar esa molestia; le estoy infinitamente agradecida». Al decir esto, me saludó inclinando la cabeza y cerró la puerta. Desde entonces no la he vuelto a ver ni a saber de ella. Por lo que sé, ella debe estar todavía con mi tía, y Horace la habrá encontrado allí al acudir a la habitación.

—¿Qué querrá Lady Janet decirle? —preguntó Mercy con ansiedad.

—No hay forma de saberlo. Cuando usted me encontró en el comedor yo me estaba haciendo la misma pregunta. No puedo imaginar que Lady Janet y esta mujer puedan reunirse por algún motivo intrascendente. En su actual estado, ella con toda probabilidad insultará a Lady Janet antes de que estén cinco minutos juntas. Confieso

que estoy absolutamente confuso. La única conclusión a la que puedo llegar es a la de que la nota que mi tía le ha enviado, la entrevista con Miss Roseberry y la llamada a Horace que la ha seguido son eslabones de la misma cadena, y todos apuntan hacia aquella nueva tentación contra la que la he puesto en guardia.

Mercy alzó la mano para pedir silencio. Miró hacia la puerta que se abría en el vestíbulo; ¿había oído pasos fuera? No. Todo estaba en silencio. Ni el menor rastro de la vuelta de Horace.

—¡Ay! —suspiró—. ¡Lo que daría por saber qué ocurre arriba!

—Pronto lo sabrá —dijo Julian—. Es imposible que esta incertidumbre dure mucho más.

Se dio la vuelta, con la intención de regresar a la habitación donde Mercy lo había encontrado. Analizando la situación de ella desde el punto de vista de un hombre, le pareció que el mejor servicio que podía hacerle, sin duda alguna, era dejarla sola a fin de que se fuera preparando para la entrevista con Horace. Pero aún no se había alejado ni tres pasos cuando ella puso de manifiesto la diferencia que suele existir entre el punto de vista de una mujer y el de un hombre. La idea de pensar de antemano lo que iba a decir no le había pasado por la cabeza. El terror que sentía por quedarse sola le hizo olvidar cualquier otra consideración. Incluso se le olvidaron por completo los celos de Horace hacia Julian, como si jamás hubiera tenido conocimiento de ello.

—¡No me deje sola! —gritó—. Soy incapaz de quedarme aquí sola. ¡Vuelva! ¡Vuelva!

Se levantó impulsivamente al hablar, como si fuera a seguirle hasta el comedor si insistía en dejarla.

Una fugaz expresión de incertidumbre cruzó la cara de Julian, al retroceder e indicarle que se sentara. ¿Podía confiar —se preguntaba Julian— que soportara la prueba a la que iba a someterse su voluntad, si ni siquiera se atrevía a esperar lo que tuviera que suceder sola en la habitación? Julian aún tenía que aprender que el coraje de una mujer aparece en los momentos de mayor urgencia. Si se le pide a una mujer que le acompañe a uno a atravesar un prado en el que hay paciendo unas reses inofensivas, en nueve de cada diez casos no es probable que lo haga. Si se le pide, estando en un barco en llamas, que su serenidad sirva de ejemplo para los demás pasajeros, seguramente, en nueve de cada diez casos, lo hará. Tan pronto como Julian se sentó a su lado, Mercy se tranquilizó.

—¿Está segura de su decisión?

—Lo estaré, siempre que no me deje sola.

Aquí concluyó la conversación. Sentados uno junto al otro, en silencio, con los ojos fijos en la puerta, esperaban a que entrase Horace.

Transcurrido un lapso de unos minutos, les llamó la atención un sonido que

provenía de los jardines. Podía oírse claramente un carruaje aproximándose a la casa.

El coche se detuvo, sonó el timbre y se abrió la puerta principal. ¿Había llegado una visita? No se oían voces preguntando quién era. Los únicos pasos que cruzaron el vestíbulo fueron los del sirviente. Siguió un largo silencio; el carruaje seguía delante de la puerta. En vez de traer, parecía que había venido a recoger a alguien.

A continuación, el sirviente regresó a la puerta principal. Volvieron a escuchar atentamente. Igual que antes, no se oyeron los pasos de nadie más. Se cerró la puerta; el sirviente volvió a cruzar el vestíbulo; el carruaje se marchó. A juzgar tan sólo por los sonidos, nadie había llegado ni abandonado la casa.

Julian miró a Mercy.

—¿Usted entiende algo? —preguntó él.

Ella hizo un gesto negativo.

—Si alguien se ha ido en el carruaje —insistió Julian—, esa persona no puede haber sido un hombre, o de lo contrario habríamos oído sus pasos en el vestíbulo.

La conclusión que su acompañante acababa de extraer acerca de la sigilosa partida de la supuesta visita suscitó súbitamente una duda en Mercy.

—¡Vaya a preguntar! —dijo impaciente.

Julian salió de la habitación; volvió, tras una breve ausencia, con una expresión de profunda angustia.

—Ya le decía que temía por los sucesos más insignificantes que estaban ocurriendo a nuestro alrededor —dijo—. Y lo que acaba de ocurrir no es nada insignificante. El carruaje que oímos aproximarse era un coche de alquiler pedido desde aquí. Y la persona que se ha marchado en él...

—¿Es una mujer, como pensaba?

—Sí.

Mercy se levantó nerviosa de la silla.

—¿No será Grace Roseberry? —exclamó.

—Es Grace Roseberry.

—¿Se ha ido sola?

—Sola, después de entrevistarse con Lady Janet...

—¿Por voluntad propia?

—Ella misma hizo llamar el coche.

—¿Qué significa esto?

—Es inútil que me lo pregunte. Pronto lo sabremos.

Y se volvieron a sentar, a esperar, como habían hecho antes, con los ojos clavados en la puerta de la biblioteca.

## CAPÍTULO XXIII

### *Lady Janet Acorralada*

El relato abandona a Julian y a Mercy por un momento y, subiendo a la parte superior de la casa, sigue el curso de los acontecimientos en la habitación de Lady Janet.

La doncella le había entregado la nota a Mercy, y había salido de nuevo para entregar un segundo mensaje, esta vez a Grace Roseberry, en el gabinete. Lady Janet estaba sentada en su escritorio, esperando a que apareciera la dama que había mandado llamar. Una única lámpara difundía una luz tenue sobre los libros, los cuadros y los bustos que la rodeaban, dejando el fondo de la habitación, donde estaba la cama, casi a oscuras. Todas las obras de arte eran retratos; los libros estaban dedicados por sus autores. Lady Janet gustaba de guardar en su dormitorio los recuerdos de las personas que había conocido en el transcurso de su larga vida, todas ellas más o menos distinguidas; la mayoría de ellas, por aquel tiempo ya habían sido llamadas por la muerte.

Estaba sentada cerca del escritorio, reclinada en su sillón, reviviendo la imagen que Julian había descrito.

Tenía los ojos clavados en el retrato fotográfico de Mercy, puesto en un caballete dorado que le permitía contemplarlo bajo el foco de la lámpara. El radiante y expresivo rostro de la anciana dama había sufrido un triste y extraño cambio. Tenía el ceño fruncido; la boca rígida; su cara hubiera parecido una máscara modelada según los trazos más duros de una resistencia a ultranza y de la rabia contenida, de no ser por la luz y la vida que todavía contenían sus ojos. Había algo absolutamente conmovedor en la ternura con que miraba el retrato, intensificada por una expresión de cariño y de sufrido reproche. El peligro que Julian tan sabiamente había temido se reflejaba en su cara; el amor que había descrito con tanta sinceridad se refugiaba únicamente en sus ojos. Ellos hablaban de aquel afecto profanado cruelmente, que había sido su única dicha, inconmensurable, la única esperanza inextinguible de la última etapa de la vida de Lady Janet. El ceño fruncido no expresaba sino la obstinada determinación de estar dispuesta a aguantar ante el naufragio de aquella felicidad, de reavivar las cenizas apagadas de aquella esperanza. Sus labios se limitaban a expresar con elocuencia su firme resolución de ignorar aquel odioso presente y salvar el sagrado pasado. «Mi ídolo quizás haya sido abatido, pero ninguno de vosotros lo sabrá. Voy a impedir que se sepa lo que he descubierto; voy a apagar la luz de la verdad. Seré sorda ante vuestras palabras y ciega ante vuestras pruebas. A mis setenta años, mi ídolo es mi vida. Y lo seguirá siendo.»

El silencio del dormitorio se vio interrumpido por un murmullo de voces

femeninas en el pasillo.

Lady Janet se levantó al instante y sacó la foto del caballete. Puso el retrato boca abajo encima de la mesa, entre otros papeles, pero de repente cambió de opinión y lo escondió entre los grandes pliegues de encaje que le cubrían el cuello y el pecho. En aquella acción había un amor enorme, y también lo había en la repentina dulzura que a continuación apareció en su mirada. Acto seguido, Lady Janet se puso la máscara. Un observador superficial, al verla en aquel momento, habría dicho: «¡Qué mujer más dura!»

La doncella abrió la puerta. Grace Roseberry entró en la habitación.

Avanzó con rapidez, con una desafiante expresión de seguridad y la cabeza bien alta. Se dejó caer en la silla que Lady Janet le había indicado en silencio. Respondió a la solemne inclinación de Lady Janet con un leve saludo con la cabeza y una sonrisa. Cada movimiento y cada mirada de aquella mujer consumida, pálida y mal vestida expresaba un triunfo insolente, como si dijera: «¡Ahora me toca a mí!»

—Me alegra poder presentarle mis respetos —empezó, sin darle la oportunidad a Lady Janet de hablar primero—. De hecho, me habría visto en la obligación de solicitarle que me recibiera si la doncella no me hubiese entregado su invitación.

—¿Se habría visto en la obligación de pedir que la recibiera? —repitió Lady Janet con tranquilidad—. ¿Por qué?

El tono en que había pronunciado aquellas dos últimas palabras desconcertó a Grace. Se había establecido una gran distancia entre Lady Janet y ella, como si la hubiesen levantado en su silla y la hubiesen transportado al otro extremo de la habitación.

—Me sorprende que no me entienda —dijo, luchando por dominar su confusión—. Sobre todo después de haber sido tan amable de ofrecerme su propio gabinete.

Lady Janet ni se inmutó.

—Pues no la entiendo —contestó, con su habitual serenidad.

El temperamento de Grace acudió en su ayuda. Recobró la seguridad que había mostrado en su primera aparición en escena.

—En este caso —continuó—, debo facilitarle algunos detalles para hacerme justicia a mí misma. Sólo encuentro una explicación de su extraordinario cambio de actitud. El comportamiento de aquella abominable mujer le ha abierto por fin los ojos al engaño de que ha sido objeto. Sin embargo, por alguna razón de carácter personal, veo que aún no se ha decidido a reconocerme abiertamente. En esta penosa situación considero que mi dignidad tiene derecho a un cierto respeto. Lo que no puedo, ni tengo intención de permitir es que Mercy Merrick se atribuya el mérito de restablecerme en el puesto que me corresponde en esta casa. Después de todo lo que he sufrido, me es imposible soportarlo. Yo habría solicitado que me recibiera, si no me hubiera hecho llamar, con el propósito de exigir la expulsión inmediata de esa

persona de la casa. Y eso es lo que ahora exijo, como justa compensación. Independientemente de lo que usted o Mr. Julian puedan hacer, no estoy dispuesta a permitir que ella desempeñe el papel de arrepentida. Realmente es demasiado tener que oír a esa descarada fijar la hora en que va a explicarse. Resulta insultante tener que ver cómo sale de la habitación, mientras un pastor de la Iglesia de Inglaterra le abre la puerta, como si me estuviera poniendo en un compromiso. Puedo perdonar mucho, Lady Janet, incluso las palabras con las que usted creyó oportuno decirme que me fuera de su casa. He aceptado el ofrecimiento de su gabinete como señal de un cambio favorable en su opinión. Pero incluso la caridad cristiana tiene sus límites. La permanencia de esa desgraciada bajo su techo, permítame que se lo diga, no sólo es una muestra de su debilidad, sino también un claro e insufrible insulto contra mí.

Grace calló de repente; no porque le faltaran las palabras, sino porque no tenía quien la escuchara.

Lady Janet ni siquiera aparentaba prestarle atención. Con una descortesía intencionada, totalmente ajena a su temperamento, se dedicaba tranquilamente a ordenar los papeles dispersos sobre la mesa. Ataba algunos con pequeños cordeles y colocaba otros debajo de un pisapapeles; a otros los guardaba en los preciosos cajoncillos de un pequeño secreter japonés. Trabajaba disfrutando plácidamente de su ordenada tarea, totalmente ignorante, según parecía, de que hubiera alguien más en la habitación. Alzó la vista sosteniendo sus papeles con las dos manos cuando Grace dejó de hablar y le dijo serenamente:

—¿Ha terminado?

—¿Acaso me ha hecho llamar con la intención de tratarme deliberadamente con grosería? —le espetó Grace indignada.

—La he mandado llamar con el propósito de decirle algo en cuanto me dé la oportunidad.

La serenidad impenetrable que revelaba aquella frase tomó a Grace Roseberry completamente por sorpresa. No tenía ninguna respuesta preparada. Atónita, esperó en silencio con la mirada clavada en la dueña de la casa.

Lady Janet dejó los papeles y se acomodó confortablemente en su sillón antes de empezar a explicar lo que pretendía.

—Lo poco que tengo que decirle —empezó— se podría resumir en una pregunta. ¿Me equivoco al suponer que usted carece de empleo por ahora y que le convendría aceptar un pequeño anticipo económico? —dijo con delicadeza.

—¿Pretende insultarme, Lady Janet?

—Por supuesto que no. Pretendo hacerle una pregunta.

—Su pregunta es un insulto.

—Mi pregunta es una atención, si estuviera dispuesta a entenderla como es debido. No le reprocho que no la entienda. Ni siquiera la considero responsable de

cada una de las muchas faltas contra los buenos modales que ha cometido desde que ha entrado en esta habitación. Deseaba sinceramente poder prestarle algún servicio y usted ha rechazado mis intentos. Lo siento. Dejemos el tema.

Manteniendo un perfecto dominio de sí misma, Lady Janet volvió a dedicarse a sus papeles y a olvidar de nuevo la presencia de la otra persona.

Grace abrió la boca para contestar con la mayor impertinencia de que es capaz una mujer enfurecida, pero, pensándolo mejor, se controló. Era completamente inútil mostrarse violenta con Lady Janet. Su edad y su posición la hacían inmune a cualquier acto de violencia. Grace optó por combatir al enemigo en el terreno neutral de la cortesía, táctica ésta más prometedora dadas las circunstancias.

—Si he dicho algo imprudente, le pido disculpas —empezó—. ¿Puedo preguntarle si me mandó llamar con el único objeto de interesarse por mi situación económica?

—Ésa —dijo Lady Janet— era mi única intención.

—¿No tenía nada que decirme con respecto a Mercy Merrick?

—Nada en absoluto. Estoy harta de oír hablar de Mercy Merrick. ¿Tiene alguna otra pregunta?

—Una más.

—Diga.

—Deseo saber si tiene usted la intención de reconocerme en presencia del servicio como la hija del difunto coronel Roseberry.

—Acabo de reconocerla a usted como a una dama que se ve en una situación difícil y con cierto derecho a recibir mi consideración y mi indulgencia. Si desea que repita estas palabras en presencia del servicio, por absurdo que esto sea, estoy dispuesta a satisfacer su petición.

El mal genio de Grace empezó a imponerse sobre su estrategia de comportarse con prudencia.

—¡Lady Janet! —dijo—, eso no me basta. Me veo obligada a pedirle que se exprese con claridad. Usted habla de que tengo cierto derecho a recibir su indulgencia. ¿De qué derecho habla?

—Sería muy doloroso, tanto para usted como para mí, entrar en detalles —contestó Lady Janet—. Por favor, no lo hagamos.

—Insisto, señora.

—Le ruego que no insista.

Grace hizo oídos sordos a estas protestas.

—Se lo preguntaré de forma sencilla —continuó Grace—. ¿Reconoce usted que ha sido víctima de un engaño a manos de una desaprensiva que se ha hecho pasar por mí? ¿Tiene intención de devolverme el lugar que me corresponde en esta casa?

Lady Janet volvió a ordenar sus papeles.



—¿Se niega a escucharme?

Lady Janet levantó la vista con su tranquilidad habitual.

—Si insiste en volver a su alucinación —dijo—, me veré obligada a volver a mis papeles.

—¿Y cuál es esa alucinación, si me hace el favor?

—Su alucinación está expresada en las preguntas que acaba de formularme. Su alucinación está implícita cuando solicita mi indulgencia. Nada de lo que usted haga o diga alterará mi paciencia. La primera vez que la vi actué de forma muy incorrecta; perdí los estribos. Fui tan insensata y tan imprudente que hice llamar a la policía. Debo compensarla en lo posible por tratarla de aquella forma tan cruel. Le he ofrecido que disponga de mi gabinete como parte de esa compensación. La hice llamar con la esperanza de que me permitiera ayudarla, para compensarla. Puede mostrar malos modales conmigo, puede hablar en los términos más insultantes de mi hija adoptiva; todo lo aceptaré para compensarla. En la medida en que se abstenga de referirse a algún tema que me resulte enojoso, la escucharé con sumo placer. Pero cada vez que vuelva a ese tema yo volveré a mis papeles.

Grace contempló a Lady Janet con una sonrisa maligna.

—Estoy empezando a entenderla —dijo—. Le avergüenza admitir que la han engañado de forma tan flagrante. Por tanto, su única alternativa es ignorar lo ocurrido. Por favor, cuente con mi indulgencia. No estoy ofendida... simplemente me da risa. No ocurre todos los días que una mujer de tan alto rango se encuentre en una situación como esta ante una mujer insignificante como yo. ¿Cuándo decidió darme ese trato más humanitario? ¿Cuando su hija adoptiva le ordenó al policía que saliera de la habitación?

Lady Janet estaba preparada incluso para este insulto. Recibió con toda seriedad la pregunta de Grace, como si ésta la hubiese formulado de buena fe.

—No me sorprende —intervino ella— que la intromisión de mi hija adoptiva haya dado lugar a malas interpretaciones. Debería haberme manifestado sus objeciones en privado, antes de intervenir. Lo que ocurre es que tiene un defecto: es demasiado impulsiva. Jamás he conocido, en toda mi vida, persona más amable que ella. ¡Siempre preocupada por los demás y siempre olvidándose de sí misma! La simple aparición del policía la movió a compasión y, como siempre, se dejó llevar por sus impulsos. ¡Fue por mi culpa, todo por mi culpa!

Grace volvió a cambiar de actitud. Se había dado cuenta de que Lady Janet podía combatirla con sus propias armas.

—Ya basta —dijo—. Ha llegado el momento de que hablemos en serio. Su hija adoptiva, como usted la llama, es Mercy Merrick, y usted lo sabe.

Lady Janet volvió a sus papeles.

—Yo soy Grace Roseberry. Ella ha robado mi nombre... y usted lo sabe.

Lady Janet seguía con sus papeles. Grace Roseberry se levantó de la silla.

—Acepto su silencio, Lady Janet —continuó— como prueba de su voluntad de eludir la verdad. Es evidente que está dispuesta a recibir a esa desaprensiva como si fuera yo, y veo que no alberga ninguna clase de escrúpulos ante las consecuencias de esta actitud, pues en mi propia cara hace como si yo estuviera loca. No pienso dejarme robar mis derechos de esta manera tan descarada. Volverá a tener noticias mías cuando llegue el correo de Canada.

Se dirigió hacia la puerta. Esta vez Lady Janet le respondió clara y rápidamente.

—Me negaré a recibir sus cartas —dijo ella.

Grace volvió sobre sus pasos con expresión amenazadora.

—A mis cartas les seguirán mis testigos —continuó.

—Me negaré a recibir a sus testigos.

—Arriésguese a rechazarlos. ¡Apelaré a la ley!

Lady Janet sonrió.

—No pretendo saber mucho del tema —dijo—, pero realmente me sorprendería descubrir que pueda usted reclamarme algún derecho reconocido por la ley. No obstante, supongamos que inicia una demanda legal. Usted sabe tan bien como yo que lo único que puede hacerla avanzar es el dinero. Yo soy rica; honorarios, gastos y lo que haga falta no significan ningún problema para mí. ¿Puedo preguntarle si usted se encuentra en la misma situación?

La pregunta hizo enmudecer a Grace. En lo referente al dinero, estaban a punto de agotarse sus recursos. Sus únicos amigos estaban en Canada. Después de lo que le había dicho, sería inútil pedir la ayuda de Julian Gray. En una palabra, considerando el dinero que podía reunir le era absolutamente imposible satisfacer sus deseos de venganza. Y la señora de Mablethorpe House, ahí sentada, era perfectamente consciente de ello.

Lady Janet le mostró la silla vacía.

—¿Puedo suponer que tomará asiento de nuevo? Parece que nuestra conversación nos ha llevado otra vez a la pregunta que le hice antes. En lugar de amenazarme con el peso de la ley, supongamos que considera la conveniencia de permitir que le sea de alguna utilidad. Tengo por costumbre socorrer a damas que se encuentran en situaciones difíciles y nadie sabe de ello, salvo mi administrador, que lleva las cuentas, y yo misma. Permítame preguntarle una vez más si desea aceptar una pequeña ayuda pecuniaria —ofreció con delicadeza.

Grace volvió despacio a la silla que había abandonado. Se detuvo a su lado, apoyándose en el respaldo y fijando una mirada burlona en el rostro de Lady Janet.

—Por fin muestra sus cartas —dijo—. ¡Silencio a cambio de dinero!

—Me obliga a regresar a mis papeles —dijo Lady Janet—. ¡Qué obstinada es usted!

La mano de Grace apretó con más fuerza el respaldo de la silla. Sin testigos, sin recursos, prácticamente sin cobijo —a causa de su crueldad y torpeza, tanto en su lenguaje como en su conducta—, la sensación de soledad y desamparo casi se hizo enloquecedora en aquellos momentos finales. Otra mujer con más entendederas habría abandonado la habitación en el acto. La mentalidad estrecha e intransigente de Grace la impulsaba a enfrentarse a aquella situación de forma muy distinta. Una última posibilidad de venganza, a la cual Lady Janet se había expuesto voluntariamente, estaba al alcance de su mano. «Por ahora» pensó ella, «sólo tengo una forma de vengarme. Haré que le cueste todo lo que pueda».

—Por favor, tenga paciencia conmigo —dijo—. No es que sea tozuda: sólo soy un poco torpe al tratar de competir con la audacia de una dama de tan alta cuna. Espero mejorar con la práctica. Mi lenguaje, soy consciente de ello, es el del pueblo llano. Permítame que lo deje a un lado y lo sustituya por el suyo. ¿Qué donativo está dispuesta a ofrecerme? —dijo, imitando la delicadeza de la oferta.

Lady Janet abrió un cajón y sacó un talonario.

¡Por fin había llegado un momento de alivio! Lo único que quedaba por discutir era, evidentemente, la cantidad. Lady Janet reflexionó. El problema de la cantidad, a su parecer, también era de alguna forma un problema de conciencia. Su amor por Mercy y su odio por Grace; el horror de tener que ver a su querida hija humillada y su afecto profanado por un escándalo la habían precipitado, sin lugar a dudas, a tratar a la mujer agraviada con dureza. Por odiosa que le resultase Grace Roseberry, su padre la había encomendado, en sus últimos momentos, a su cuidado, con el pleno consentimiento previo de Lady Janet. De no ser por Mercy, ella habría sido acogida en Mablethorpe House como la señorita de compañía de Lady Janet, con un salario de cien libras al año. Por otra parte, teniendo en cuenta el carácter que había mostrado, ¿cuánto tiempo habría permanecido al servicio de su protectora? Probablemente la habría despedido a las pocas semanas, con el salario de un año a modo de compensación y con una recomendación para un puesto de trabajo conveniente. En ese momento, ¿a cuánto podría ascender una compensación justa? Lady Janet decidió que cinco años de salario entregados de inmediato y, llegado el caso, alguna otra ayuda posterior, representaría una suma adecuada en memoria del Coronel Roseberry, y una generosa compensación por la rudeza con que pudiera haberse tratado a Grace. Al mismo tiempo y para tranquilizar aún más su conciencia, decidió averiguar la cantidad que la propia Grace consideraría suficiente pidiéndole que pusiera ella misma las condiciones.

—Me resulta imposible hacerle una oferta —dijo—, por la sencilla razón de que sus necesidades económicas dependerán en gran parte de los planes que tenga usted para el futuro. Yo los desconozco.

—Quizás tendrá usted la amabilidad de aconsejarme —dijo Grace con sarcasmo.

—Yo no puedo asumir la responsabilidad de aconsejarla —contestó Lady Janet—. Lo único que puedo suponer es que no permanecerá por mucho tiempo en Inglaterra, donde no tiene amistades. Tanto si pretende llevarme a los tribunales como si no, seguramente tendrá la necesidad de entrar en contacto personal con sus amigos de Canada, ¿no es así?

Grace era lo bastante sagaz como para entender el sentido de estas palabras. Su significado exacto era el siguiente: «Si acepta el dinero como compensación, debe estar claro que no permanecerá en Inglaterra».

—Tiene usted toda la razón —dijo ella—. Evidentemente, no me quedaré en Inglaterra. Consultaré con mis amistades... —pero añadió mentalmente: «y si puedo la llevaré a los tribunales, ¡con su propio dinero!»

—Cuando regrese a Canada —prosiguió Lady Janet— probablemente sus perspectivas serán un tanto inciertas al principio. Tomando esto en consideración, ¿en cuánto estima la ayuda pecuniaria que va a necesitar?

—¿Puedo contar con su amabilidad para corregirme si, fruto de mi ignorancia, mis cálculos son erróneos? —preguntó Grace con aire inocente.

Nuevamente había que interpretar debidamente el significado exacto de estas palabras: «Por mi parte me presento en pública subasta, y mis cálculos se basarán en la oferta más alta». Entendiendo estas condiciones a la perfección, Lady Janet hizo un gesto de asentimiento y aguardó con gran seriedad.

Con la misma seriedad, Grace empezó la puja.

—Me temo que necesitaré más de cien libras.

Lady Janet hizo su primera oferta.

—Así lo creo.

—¿Quizás algo más de doscientas?

Lady Janet hizo su segunda oferta.

—Probablemente.

—¿Más de trescientas? ¿Cuatrocientas? ¿Quinientas?

Lady Janet hizo su última oferta.

—Pongamos quinientas —dijo.

Muy a su pesar, el rubor de Grace delataba una excitación incontrolable. Desde pequeña estaba acostumbrada a ver cómo se estudiaba el destino de cada chelín y de cada penique antes de gastarlos. Jamás había visto a su padre disponer, sin deberlos previamente, de más de cinco soberanos. Había vivido la atmósfera sofocante de la pobreza refinada. Sus ojos expresaban ansia y codicia observando a Lady Janet, tratando de averiguar si realmente iba a entregarle quinientas libras esterlinas de un plumazo.

Lady Janet escribió el cheque en unos segundos y lo dejó al otro lado de la mesa.

Grace devoraba con ojos hambrientos aquella frase mágica: «Páguese a mí misma

o al portador quinientas libras» y observó la firma en la parte inferior: «Janet Roy». Ya segura de que podría disponer del dinero en cuanto decidiera tomarlo, su mezquindad natural afloró al instante. Echó la cabeza hacia atrás y dejó el cheque sobre la mesa con un ademán afectado que intentaba expresar que le importaba muy poco recogerlo o no.

—No creerá que me voy a abalanzar sobre su cheque —dijo.

Lady Janet se recostó en su sillón y cerró los ojos. La visión de Grace Roseberry la ponía enferma. Su mente evocó, de pronto, la imagen de Mercy. Ansiaba volver a ver aquella extraordinaria belleza y deleitar otra vez sus oídos con la melodía de aquella dulce voz.

—Necesito tiempo para pensar... para hacer justicia a mi dignidad —continuó Grace.

Lady Janet hizo un gesto de hastío, concediéndole el tiempo que pedía.

—¿Puedo disponer todavía de su gabinete?

Lady Janet afirmó en silencio.

—¿Y los criados estarán a mis órdenes, en caso de que los necesite?

Lady Janet abrió de pronto los ojos.

—¡Todo el servicio está a su disposición! —gritó con rabia—. ¡Váyase!

Grace no se sintió insultada en absoluto. Más bien se sentía satisfecha: haber motivado un abrupto arrebató de cólera en Lady Janet Roy era una pequeña victoria. Insistió todavía con otra condición.

—Si por fin decido aceptar su cheque —dijo—, mi dignidad me impide recibirlo de otra forma que no sea en un sobre. ¿Será en ese caso tan amable de remitírmelo de esa forma? Buenas tardes.

Se dirigió lentamente hacia la puerta, mirando a un lado y otro, con aire de profundo desprecio, los inestimables tesoros de arte que adornaban las paredes. Sus ojos se posaron con desdén sobre la alfombra —que tenía un dibujo de un célebre pintor francés— como si sus pies la honraran al pisarla. Su entrada en el dormitorio había mostrado su descarada audacia, pero no había sido nada en comparación con la insolencia infinitamente superior con que lo abandonó.

En el mismo instante en que se cerró la puerta, Lady Janet se levantó de su silla. Sin tener en cuenta el frío invernal, abrió precipitadamente una de las ventanas. «¡Ah!», exclamó, con un estremecimiento de desagrado, «¡hasta el aire de la habitación ha contaminado!»

Volvió a su silla. Su humor cambió al sentarse de nuevo; su corazón volvía a estar con Mercy. «¡Ay, amor mío!», murmuró, «¡cuán bajo he caído, cuán miserablemente me he rebajado! ¿Cuánta miseria y degradación todavía he de soportar ...? ¡Y todo por ti!» La amargura de este pensamiento se le hacía insoportable. La fuerza innata de su carácter intentó escapar de él en un arranque de desafío y desesperación. «¡Sea lo

que sea lo que haya hecho, esa infeliz merece mi intervención! Nadie en esta casa puede decir que me ha engañado. ¡Ella no me ha engañado... *ella me quiere!* ¡Qué importa si me ha dado su verdadero nombre o no! Ella me ha entregado su amor sinceramente. ¿Qué derecho tiene Julian a jugar con sus sentimientos y hurgar en sus secretos? ¡Mi pobre niña, tentada y torturada! No pienso oír su confesión. No quiero que diga ni una sola palabra más, a nadie. Soy su señora y se lo prohibiré de inmediato». Tomó un trozo de papel del cajón; titubeó y lo dejó sobre la mesa. «¿Por qué no hago llamar a mi querida niña», pensó. «¿Por qué escribir?» Volvió a titubear y, finalmente, renunció a la idea. «No. No me fío de mí misma. Todavía no me atrevo a verla». Cogió otra vez la hoja de papel y escribió un segundo mensaje para Mercy. Esta vez la nota empezaba cariñosa y familiarmente:

*Mi querida hija:*

*Desde la última vez que te escribí, pidiéndote que aplazaras la explicación que me prometiste, he tenido tiempo para pensar y tranquilizarme. Entiendo y aprecio los motivos que te condujeron a obrar en el comedor como lo hiciste, y ahora te pido que renuncies a tu explicación. Estoy segura de que te resultará muy doloroso, por motivos que no me interesan, tener que presentarme a la persona que mencionaste y de la que, como bien sabes, ya estoy harta de oír hablar. Además, en realidad ya no existe la necesidad de que expliques nada. La extraña, cuyas visitas nos han causado tanto dolor y angustia, no volverá a molestarnos. Se marcha de Inglaterra, por propia voluntad, después de mantener una conversación conmigo que la ha tranquilizado y satisfecho por completo. Ni una palabra más, querida, ni a mí, ni a mi sobrino, ni a ninguna otra persona acerca de lo ocurrido hoy en el comedor. Entre nosotras debe quedar claro, querida, que cuando nos volvamos a ver, el pasado de hoy en adelante y para siempre, ha de quedar enterrado en el olvido. Esto no es solamente un ruego; se trata, si fuera necesario, de una orden formal de tu madre y amiga,*

*Janet Roy.*

*P.D.: Ya encontraré la oportunidad, antes de que salgas de tu habitación, de hablar por separado con mi sobrino y con Horace Holmcroft. No tendrás por qué avergonzarte de nada cuando vuelvas a verlos. No te pediré que me contestes por escrito. Dile sí a la doncella que te lleve esta nota, y así comprenderé que estamos de acuerdo.*

Después de cerrar el sobre que contenía estas líneas, Lady Janet lo dirigió, como siempre, a «Miss Grace Roseberry». Estaba a punto de levantarse para llamar cuando apareció la doncella con un mensaje que se le había entregado en el gabinete. Por el

tono de su voz y su mirada se veía claramente que, al igual que su señora, había sido víctima de la insolente altivez de Grace.

—Perdone, señora, la persona que se encuentra en el piso de abajo desea...

Lady Janet, frunciendo el ceño con desdén, interrumpió el mensaje nada más empezar.

—Ya sé lo que desea... ¿Te manda a buscar un sobre?

—Sí, señora.

—¿Algo más?

—Ha enviado a uno de los sirvientes a por un coche de alquiler, señora. ¡Si hubiera oído cómo lo trató!

Lady Janet le dio a entender con un gesto que prefería no oírlo. Metió inmediatamente el cheque en un sobre blanco.

—Llévaselo —dijo— y luego regresa.

Expulsando a Grace Roseberry de sus pensamientos, Lady Janet se sentó, con la carta para Mercy en la mano, meditando sobre su papel y sobre lo que aún se vería obligada a hacer. Siguiendo el curso de estos pensamientos se le ocurrió que Horace y Mercy podrían encontrarse casualmente en cualquier momento y que, teniendo en cuenta el estado de ánimo de Horace, éste sin lugar a dudas insistiría en que se le diera la explicación que ella quería suprimir a toda costa. El temor a este desastre se había apoderado completamente de ella cuando volvió la doncella.

—¿Dónde está Mr. Holmcroft? —preguntó nada más entrar la mujer en la habitación.

—Le he visto abriendo la puerta de la biblioteca, señora, ahora mismo, cuando subía.

—¿Estaba solo?

—Sí, señora.

—Baja y dile que quiero verle aquí de inmediato.

La doncella se retiró con su segundo recado. Lady Janet se levantó inquieta y cerró la ventana abierta. La impaciencia por tranquilizar a Horace se apoderó de ella de tal forma que salió de su habitación para encontrarse en el pasillo con la doncella, de vuelta con la respuesta de Horace. Al recibir las excusas de Horace, volvió a enviar otro mensaje apremiante al instante.

—Dile que no tendré más remedio que ir a su encuentro si sigue negándose a acudir a mi llamada. ¡Espera! —añadió, recordando la carta sin entregar—. Envíame la doncella de Miss Roseberry. Que venga.

Una vez sola, Lady Janet se paseó por el corredor... de repente, se cansó de ver aquellas paredes y volvió a entrar en su habitación. Las dos doncellas llegaron juntas. Despidió a la primera, una vez ésta le hubo anunciado que Horace accedía a verla. Envió a la otra a la habitación de Mercy con la carta de Lady Janet. En uno o dos

minutos volvió a aparecer la doncella con la noticia de que había encontrado la habitación vacía.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar Miss Roseberry?

—No, señora.

Lady Janet reflexionó un momento. Si Horace se presentaba enseguida, estaría claro que habría conseguido separarle de Mercy. Si su aparición se retrasaba sospechosamente, iría a buscar a Mercy personalmente por los salones de la planta baja.

—¿Qué has hecho con la carta? —preguntó.

—La dejé sobre la mesa de Miss Roseberry, señora.

—Muy bien. Estate atenta a la campanilla por si vuelvo a necesitarte.

Al minuto siguiente la incertidumbre de Lady Janet se resolvió. Oyó el esperado sonido de unos nudillos masculinos llamando a la puerta. Horace entró rápidamente.

—¿Qué es lo que desea, Lady Janet? —preguntó, sin demasiada gentileza.

—Siéntate, Horace, y lo sabrás.

Él no aceptó la invitación.

—Disculpe —dijo—, tengo un poco de prisa.

—¿Prisa? ¿Por qué?

—Tengo razones para hablar cuanto antes con Grace.

—Y yo tengo las mías —replicó Lady Janet— para hablar contigo acerca de Grace antes de que tú hables con ella; razones muy serias. ¡Siéntate!

Horace se intranquilizó.

—Serias razones... —repitió—. Me sorprende usted.

—Pues te sorprenderé más antes de que acabe.

Mientras Lady Janet contestaba en estos términos, sus miradas se encontraron. Por primera vez él observó en ella signos de agitación. El rostro de Horace se nubló con una expresión de sombría desconfianza... entonces cogió una silla en silencio.



## CAPÍTULO XXIV

### *La Carta de Lady Janet*

El relato deja a Lady Janet y Horace Holmcroft para volver a la biblioteca con Julian y Mercy.

Pasó un rato (un buen rato, si se mide con la impaciencia que provoca la incertidumbre) después de que el coche de Grace partiera de Mablethorpe House. Transcurría un minuto tras otro y seguían sin oírse los pasos de Horace sobre el piso de mármol del vestíbulo. De tácito acuerdo, Julian y Mercy evitaron tratar el tema que más les interesaba a ambos. Con el pensamiento puesto en vanas especulaciones sobre las características de la entrevista que se estaba llevando a cabo en la habitación de Lady Janet, intentaron abordar temas que les eran indiferentes (lo intentaron una vez, sin éxito; luego volvieron a intentarlo). En el último y más prolongado intervalo de silencio, ocurrió que la puerta que daba al vestíbulo se abrió con suavidad.

¿Se trataba de Horace? No. Aún no. La persona que había abierto la puerta era la doncella de Mercy.

—Con el cariño de mi señora, señorita. ¿Tendrá la bondad de leer la nota ahora mismo?

Mientras decía esto la mujer sacó del bolsillo de su delantal la segunda carta de Lady Janet, con un trozo de papel curiosamente sujeto al sobre. Mercy desplegó el papel y al abrirlo vio unas líneas escritas rápidamente a lápiz. La letra era de Lady Janet. Decían así:

*No pierdas ni un momento en leer la carta. Recuerda. cuando H. vuelva, sé fuerte: no le digas nada.*

Advertida por las palabras de Julian, a Mercy no le costó nada interpretar ese extraño mensaje. En lugar de abrir el sobre y leer la carta, Mercy detuvo a la doncella en la puerta de la biblioteca. El temor de Julian de que lo peor estaba a punto de suceder también se apoderó de ella.

—¡Espera! —dijo—. No entiendo qué está pasando arriba. Quiero hacerte una pregunta.

La doncella volvió sobre sus pasos, algo reticente.

—¿Cómo sabías que yo estaba aquí? —preguntó Mercy.

—Con su permiso, señorita, la señora me mandó hace un rato que le trajera esta carta. Usted no estaba en su habitación y la dejé sobre la mesa...

—Entiendo. Pero, ¿cómo es que has acabado trayéndola aquí?

—Mi señora me llamó otra vez, señorita. Antes de que pudiera llamar a la puerta salió al corredor con ese trozo de papel en la mano...

—¿Para evitar que entraras en su habitación...?

—Sí, señorita. La señora escribió el mensaje con prisas y me ordenó que lo sujetara a la carta que había dejado en su habitación. Tenía que llevársela sin que nadie me viera. «Encontrarás a Miss Roseberry en la biblioteca», me dijo, «y corre, corre, no hay tiempo que perder». Esas fueron sus palabras, señorita.

—¿Oíste algo en la habitación antes de que saliera Lady Janet a tu encuentro?

La doncella dudó un momento y miró a Julian.

—No sé si debo contárselo, señorita...

Julian hizo ademán de salir de la biblioteca. Mercy lo detuvo con un gesto.

—Sabes que no te causaré ningún problema —le dijo a la doncella—. Y puedes hablar tranquila delante de Mr. Julian Gray.

Sintiéndose más segura, la doncella se explicó.

—A decir verdad, señorita, oí la voz de Mr. Holmcroft en la habitación de mi señora. Parecía enfadado. Diría que los dos estaban enfadados, Mr. Holmcroft y mi señora —la doncella se dirigió entonces a Julian Gray—. Y justo antes de que la señora saliera de la habitación oí su nombre, como si estuvieran hablando de usted. No puedo decirle con exactitud lo que decían; no pude oírlo. Yo no trataba de escuchar, señorita. La puerta estaba entreabierta y ellos hablaban muy fuerte. Era imposible no oírles.

Era innecesario retener por más tiempo a la doncella. Tras darle permiso para retirarse, Mercy se dirigió a Julian.

—¿Por qué estarían discutiendo sobre usted? —preguntó.

Julian apuntó al sobre cerrado que tenía ella en la mano.

—Quizá tenga ahí la respuesta —dijo—. Lea la carta ahora que aún está a tiempo. Y si necesita mi consejo, no tiene más que pedirlo.

Abrió el sobre con reticencia. Se le encogía el corazón al leer aquellas líneas en las que Lady Janet, como «madre y amiga», le ordenaba que olvidara por completo la confesión que se proponía hacer en honor a la justicia y la verdad. Se le escapó un grito ahogado de desesperación al advertir cuán compleja era su situación en ese momento. «¡Ah, Lady Janet!», pensó, «en mi desgracia aún debo soportar otra prueba, y es usted quien me la inflige».

Le dio la carta a Julian. Él la recogió en silencio; a medida que la iba leyendo su palidez aumentaba. Al devolvérsela, posó en ella su mirada compasiva.

—En mi opinión —dijo—, Lady Janet no deja lugar a dudas. La carta revela para qué hizo llamar a Horace y por qué hablaban de mí.

—¡Explíquese! —exclamó Mercy, ansiosa.

Julian no contestó inmediatamente. Se volvió a sentar a su lado y señaló la carta.

—¿La ha hecho dudar de su decisión Lady Janet?

—La ha reforzado —contestó Mercy—. Ha añadido amargura a mi remordimiento.

No era un reproche, pero así se lo pareció a Julian. Su generosidad, el rasgo más sobresaliente de su carácter, afloró de nuevo. Él, que le había rogado a Mercy que fuera clemente consigo misma, ahora debía rogarle que lo fuera con Lady Janet. Con gentil persuasión, se acercó a ella y puso la mano en su brazo.

—No sea severa con ella —dijo—. Está equivocada, tristemente equivocada. Se ha rebajado tontamente. Con todo, ¿es generoso, o incluso justo, considerarla responsable de este pecado? Está en la etapa final de su vida; es improbable que pueda llegar a sentir de nuevo tanto afecto por alguien; jamás podrá reemplazarla. Mírelo desde este punto de vista y advertirá, como lo hago yo, que no es una nadería lo que la ha hecho tomar la senda equivocada. Piense en su corazón afligido y en su vida desperdiciada, y dígame a sí misma con indulgencia, «¡Ella me quiere!».

A Mercy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ya me lo digo! —contestó—. Pero no con indulgencia... soy yo la que la necesita. Lo digo con gratitud cuando pienso en ella. Y con vergüenza y dolor cuando pienso en mí misma.

Julian, por primera vez, le tomó la mano. Contempló, inocentemente, su rostro abatido. Y le habló como lo había hecho en la memorable conversación que la había convertido en una mujer nueva.

—Me es imposible imaginar una prueba más cruel que la que ahora se le presenta —dijo Julian—. La bienhechora a la que usted le debe todo no le pide más que su silencio. La persona a la que usted ha perjudicado no está presente para obligarla a hablar. El propio Horace, si no me equivoco, no le exigirá la explicación que le ha prometido. La tentación de mantener su falsa identidad es, no tengo escrúpulos en decirlo, completamente irresistible. Querida hermana y amiga, ¿todavía se ve capaz de justificar la fe que he depositado en usted? ¿Seguirá confesando la verdad, sin que el miedo a ser descubierta la empuje a la mentira?

Ella levantó la cabeza, con el brillo firme de la resolución en sus grandes ojos grises. Le contestó, sin titubear, con voz queda y dulce.

—Lo haré.

—¿Le hará justicia a la mujer a la que ha perjudicado, aunque no lo merezca y no tenga ya la posibilidad de desenmascararla?

—¡Lo haré!

—¿Sacrificará todo lo obtenido gracias a este engaño, en beneficio del sagrado deber de la expiación? ¿Aguantará todo lo que sea, aunque para ello tenga que herir a su segunda madre, que la ha querido y que ha pecado por usted, antes que degradarse a sí misma?

La mano de Mercy apretó con firmeza la de Julian. De nuevo, y por última vez, contestó:

—¡Lo haré!

Hasta ahora, la voz de Julian había permanecido firme. Sin embargo, ahora le falló. Las siguientes palabras las dijo casi en un susurro, mas para sí mismo que para ella.

—¡Te doy gracias Señor por este día! —dijo—. ¡Le he sido útil a una de las más nobles criaturas de Dios!

Al hablar, un sutil magnetismo pasó de la mano de él a la de ella: temblando a través de sus nervios, entrelazándose misteriosamente con la fina sensibilidad de su carácter, abriendo suavemente su corazón a una primera y vaga sospecha de la devoción que ella le inspiraba. Un rubor adorable emergió en el rostro y el cuello de Mercy. Su respiración se hizo más rápida y trémula. Ella liberó su mano y, después, suspiró.

Julian se levantó de repente y se alejó de ella sin dirigirle ni una palabra, ni una mirada, recorriendo de punta a punta la habitación. Al volver a su lado su rostro se había sosegado: volvía a ser dueño de sí mismo.

Mercy fue la primera en hablar. Alejó la conversación sobre ella para referirse a lo que debía estar sucediendo en el dormitorio de Lady Janet.

—Hace un rato me hablaba de Horace de una forma que me llamó la atención. Decía que no me iba a exigir una explicación. ¿Es ésa una de las conclusiones que ha sacado después de leer la carta de Lady Janet?

—Es muy probable —contestó Julian—. Comprenderá a lo que me refiero si piensa en la salida furtiva de Grace de esta casa.

Mercy lo interrumpió.

—¿Sabe cómo logró Lady Janet que se fuera?

—Apenas me atrevo a confesarlo —dijo Julian—. Pero esa carta me sugiere que Lady Janet le ha ofrecido dinero y que ella ha aceptado el soborno.

—¡Oh, es imposible creerlo!

—Volvamos a Horace. Miss Roseberry se ha ido. Ahora sólo queda un obstáculo en el camino de Lady Janet. Y ese obstáculo se llama Horace Holmcroft.

—¿Por qué es Horace un obstáculo?

—Se ha comprometido a casarse con usted dentro de una semana, y Lady Janet está dispuesta a mantenerle, como a los demás, al margen de la verdad. Lo hará sin escrúpulos. Pero aún no ha perdido del todo su innato sentido del honor. No puede, y no se atreve, dejar que Horace la convierta en su esposa creyendo erróneamente que se va a casar con la hija del difunto coronel Roseberry. ¿Entiende la situación? Por una parte, no va a revelar nada. Por otra parte, no puede permitir que se case a

ciegas. Ante este problema, ¿qué va a hacer? Yo veo tan sólo una salida. Debe convencerlo, y si no sacarlo de sus casillas, para que actúe por su cuenta y rompa el compromiso bajo su propia responsabilidad...

Mercy lo interrumpió.

—¡Imposible! —gritó acaloradamente—. ¡Imposible!

—Lea la carta de nuevo —contestó Julian—. Le dice con claridad que no debe temer nada cuando vuelva a ver a Horace. Si algo significan esas palabras, es que él no le exigirá la confesión que usted le había prometido. ¿Y en qué condiciones le sería posible tal sacrificio? Pues sólo si usted deja de ser lo que más le interesa en la vida.

Mercy no se dejó abatir.

—Es usted injusto con Lady Janet.

—Intente verlo desde el punto de vista de ella. ¿Usted cree que para ella es inmoral intentar romper el compromiso? Yo le digo que ella cree que le está haciendo un favor. En cierto sentido, sería un favor evitarle la vergüenza de una confesión humillante y ahorrarle la posibilidad de verse rechazada por el hombre que ama. A mi modo de ver, sea lo que sea, ya ha sucedido. Tengo razones para creer que mi tía lo conseguirá con mayor facilidad de lo que ella podía suponer. El temperamento de Horace la ayudará.

Muy a su pesar, la mente de Mercy empezó a darle la razón.

—¿Qué quiere decir con eso del temperamento de Horace? —preguntó.

—¿De verdad quiere saberlo? —contestó, apartándose un poco de ella.

—Debo saberlo.

—Cuando hablo del temperamento de Horace me refiero a la indigna desconfianza que muestra por el interés que siento hacia usted.

Ella lo entendió en el acto. Es más: admiró secretamente la escrupulosa delicadeza con que se había expresado. Otro hombre no habría sido tan considerado con ella. Otro habría dicho sencillamente: «Horace tiene celos».

Julian no esperó su respuesta. Siguió hablando con el mismo respeto.

—Por la razón que acabo de mencionar —dijo—, será muy fácil irritar a Horace y empujarlo a tomar una decisión que en otro momento por nada del mundo adoptaría. Hasta que oí a su doncella yo tenía pensado, por su bien, retirarme antes de que él viniera a reunirse aquí con usted. Ahora que sé que mi nombre está implicado, y que arriba se ha utilizado de forma engañosa, me siento en la obligación, también por su bien, de enfrentarme cara a cara con Horace y su temperamento antes de que hable con usted. Déjeme, si puedo, prepararlo para que la escuche sin que albergue sentimientos hostiles hacia mí. ¿Le importa retirarse unos minutos a la habitación de al lado por si regresa a la biblioteca?

Ante tal emergencia, el valor de Mercy se creció al instante. Se negó a dejar a los

dos hombres solos.

—No piense que no aprecio su amabilidad —dijo—, pero si le dejo solo con Horace le expongo a que le insulte. Me niego. ¿Qué le hace dudar que venga?

—Su prolongada ausencia es la que me hace sospecharlo —replicó Julian—. Creo que este matrimonio ya se ha roto. Quizá se vaya como Grace Roseberry. Tal vez no lo vea nunca más.

En el mismo momento en que se pronunciaban estas palabras, Horace abrió la puerta de la biblioteca.

## CAPÍTULO XXV

### *La Confesión*

Se detuvo en el umbral de la puerta. Primero miró a Mercy; después a Julian.

—¡Lo sabía! —dijo, asumiendo una actitud sarcástica—. Si hubiera conseguido que Lady Janet las apostara habría ganado cien libras.

Se acercó a Julian Gray, pasando repentinamente de la ironía a la ira.

—¿Quieres saber cuál era la apuesta? —preguntó.

—Preferiría saber que eres capaz de controlarte en presencia de esta dama —contestó Julian con calma.

—Le dije a Lady Janet que me apostaba doscientas libras contra cien —continuó Horace— a que te encontraría aquí cortejando a Miss Roseberry a mis espaldas.

Mercy intervino antes de que Julian pudiera contestar.

—Si eres incapaz de hablar sin insultar a uno de los dos, entonces te ruego que te abstengas de dirigirte a Mr. Julian Gray.

Con burlón respeto, Horace le hizo una reverencia.

—Por favor, no os alteréis. Me han pedido que sea escrupulosamente cortés con los dos. Lady Janet me permitió venir a condición de que le prometiera que me comportaría con perfecta corrección. ¿Qué más puedo hacer? Tengo que tratar con dos personas privilegiadas: un clérigo y una mujer. La profesión del clérigo le protege a él, y el ser mujer la protege a ella. Estoy en desventaja, y los dos sois conscientes de ello. Pido, por tanto, disculpas si he olvidado la profesión del clérigo y el sexo de la dama.

—Has olvidado más que eso —dijo Julian—. Has olvidado que eres un caballero desde la cuna y que te han educado como a un hombre de honor. Por lo que a mí respecta, no hace falta que recuerdes que soy un clérigo, yo no le impongo mi condición a nadie, solamente te pido que no olvides la tuya ni la educación que has recibido. Ya es bastante malo sospechar de forma cruel e injusta de un viejo amigo, que nunca ha olvidado el respeto que te debe y que se debe a sí mismo. Pero es todavía más indigno expresar semejantes sospechas en presencia de la mujer a la que, por tu propia elección, estás doblemente obligado a respetar.

Julian se detuvo. Los dos hombres se miraron en silencio. A Mercy le resultaba imposible verlos, como los veía ahora, sin establecer la inevitable comparación entre la fuerza y la dignidad masculinas de Julian y la malicia e irritabilidad femeninas de Horace. Un último impulso de fidelidad hacia el hombre con el que se había prometido la indujo a separarlos antes de que Horace cayera aún más bajo en su estima.

—Es mejor que esperes a hablar conmigo —le dijo a Horace— a que estemos

solos.

—En efecto —respondió Horace con sarcasmo—, si Mr. Julian Gray nos lo permite.

Mercy se volvió hacia Julian, con una mirada que decía: «¡Compadézcanos y déjenos!»

—¿Desea que me vaya? —preguntó él.

—Si puedo abusar otra vez de su bondad —contestó ella—. Le ruego que espere en la habitación contigua.

Señaló la puerta que daba al comedor. Julian dudó un momento.

—¿Me promete que me avisará si necesita ayuda? —dijo él.

—¡Sí, sí! —le iba siguiendo mientras él se retiraba, y añadió en un susurro—. ¡Deje entreabierta la puerta!

Él no contestó. Cuando Mercy regresó hasta Horace, él entró en el comedor. Hizo lo único que podía hacer. Julian cerró la puerta con tanto tiento que el agudo oído de ella ni siquiera se dio cuenta de que la había cerrado.

Mercy se dirigió a Horace sin esperar a que él tomara la palabra.

—Te he prometido una explicación de mi comportamiento —dijo ella, con voz un tanto temblorosa— y estoy dispuesta a cumplir con mi palabra.

—Primero te quiero hacer una pregunta. ¿Me vas a contar la verdad?

—Estoy esperando para hacerlo.

—Te daré una oportunidad. ¿Estás o no enamorada de Julian Gray?

—¡Debería darte vergüenza preguntarme tal cosa!

—¿Esa es tu única respuesta?

—Jamás te he sido infiel, Horace; ni siquiera de pensamiento. Si no te hubiese sido fiel, ¿me comportaría como me comporto ahora?

Él sonrió con amargura.

—Tengo mi propia opinión sobre tu fidelidad y sobre el honor de Julian. Ni siquiera has sido capaz de mandarle a la otra habitación sin susurrarle algo antes. Ahora ya no importa. Por lo menos sabes que Julian Gray está enamorado de ti.

—Mr. Julian Gray jamás me ha dicho palabra sobre eso.

—Un hombre puede demostrar su amor por una mujer sin expresarlo con palabras.

La resistencia de Mercy empezó a fallarle. Ni siquiera Grace Roseberry le había hablado de forma tan insultante de Julian Gray como lo estaba haciendo Horace.

—Quien diga eso de Mr. Julian Gray está mintiendo.

—Pues entonces miente Lady Janet —replicó Horace.

—¡Lady Janet jamás ha dicho tal cosa! ¡Lady Janet no puede haberlo dicho!

—Quizá no lo haya dicho con esas palabras, pero no lo negó cuando yo lo dije. Le recordé el momento en que Julian Gray oyó por primera vez que iba a casarme



contigo: estaba tan consternado que casi dejó de ser educado conmigo. Lady Janet estaba presente y no ha podido negarlo. Le pregunté si ella había observado, desde entonces, algunos indicios de simpatía mutua entre vosotros. Y no pudo negar estos indicios. Le pregunté si os había encontrado juntos alguna vez. Y no pudo negar que os había encontrado juntos, hoy mismo, en una situación bastante comprometida. ¡Sí! ¡Sí! ¡Enfádate tanto como quieras! Tú no sabes lo que ha ocurrido arriba. Lady Janet está empeñada en que rompamos nuestro compromiso y Julian Gray está detrás de todo esto.

En cuanto a Julian, Horace estaba completamente equivocado. Pero con respecto a Lady Janet, él había repetido lo que el propio Julian le había predicho a Mercy. Pero ella aún dudaba.

—¡No te creo! —dijo con firmeza.

Horace avanzó un paso y fijó su mirada colérica en ella, interrogativamente.

—¿Sabes por qué me llamó Lady Janet?

—No.

—Te lo diré. Lady Janet es tu amiga del alma, no hay lugar a dudas. Deseaba contarme que estaba angustiada por la explicación que habías prometido dar sobre tu singular comportamiento. Ella dijo: «Tras largas reflexiones he llegado a la conclusión de que no hace falta que nos dé una explicación. Le he ordenado a mi hija adoptiva que no hable». ¿Es verdad esto?

—Sí.

—¡Pues escucha! Esperé a que terminase y entonces dije: «¿Y yo qué?» Lady Janet tiene una virtud. Habla abiertamente. «Tú harás lo mismo que yo», me contestó. «Vas a admitir que no hace falta explicación alguna, y vas a enterrar todo este asunto en el olvido». «¿Habla en serio?», pregunté. «Muy en serio». «Pues, en este caso, debo decirle que usted me exige más de lo que cree: exige que rompa mi compromiso con Miss Roseberry. O bien obtengo la explicación que me ha prometido, o me niego a casarme con ella». ¿Y cómo crees que reaccionó Lady Janet? Cerró la boca, extendió las manos y me miró como diciendo: «¡Tú mismo! Rompe si quieres; ¡a mí no me importa!».

Hizo una pausa. Mercy, por su parte, permaneció callada: preveía lo que iba a pasar. Equivocado al suponer que Horace había abandonado la casa, Julian, sin duda alguna, había errado también en concluir que había caído en la trampa de que rompiera el compromiso.

—¿Me vas entendiendo? —preguntó Horace.

—Te entiendo a la perfección.

—Pues no te robaré más tiempo —continuó él—. Le dije a Lady Janet: «Por favor, tenga la bondad de contestarme sinceramente. ¿Insiste en sellar los labios de Miss Roseberry?» «Sí, insisto», contestó ella. «No hace falta ninguna explicación. Si

tú crees tener suficientes motivos para desconfiar de tu futura esposa, yo soy lo suficientemente justa para creer en mi hija adoptiva». Y yo contesté, y te suplico que pongas suma atención a lo que voy a decir ahora: «No es justo que me culpe por sospechar de ella. No entiendo sus confianzas con Julian Gray, como tampoco entiendo su lenguaje y su conducta en presencia del policía. Reclamo mi derecho a que se me satisfaga en estos dos puntos, siendo como soy el hombre que va a casarse con ella». Esa fue mi respuesta. Te ahorraré lo que siguió. Solamente repito lo que le dije a Lady Janet. Ella te ha ordenado permanecer en silencio. Si obedeces sus órdenes, tengo la obligación, con mi familia y conmigo mismo, de liberarte de nuestro compromiso. Elige, pues, entre tus obligaciones con Lady Janet y tus obligaciones conmigo.

Por fin había dominado su temperamento: hablaba con dignidad e iba al grano. Sus argumentos eran irrefutables, no pedía más que aquello a lo que tenía derecho.

—Ya había elegido —contestó Mercy— cuando te di mi palabra arriba.

Esperó un segundo, luchando por controlarse, ante la terrible revelación a la que estaba a punto de proceder. Bajó la mirada; su corazón palpitaba cada vez más rápido, pero se armó de valor. Se enfrentó a la situación con un coraje desesperado.

—Si estás preparado para escucharme —prosiguió—, estoy lista para contarte por qué insistí en que se fuera el policía.

Horace alzó la mano, a modo de advertencia.

—¡Espera! —dijo—. Eso no es todo.

Los infundados celos hacia Julian, que tergiversaban cualquier reacción de ella, la hicieron desconfiar desde el primer momento. Mercy se había limitado a prometer aclarar por qué se había inmiscuido al pedir que se fuera el policía. La cuestión de su relación con Julian Gray la había pasado por alto deliberadamente. La conclusión que Horace extrajo al instante era demoledora.

—Que no haya malentendidos entre nosotros —dijo—. La explicación de tu conducta es una de las dos explicaciones que me debes. Tienes que aclarar otra cosa. Empecemos por ahí, por favor.

Mercy lo miró sinceramente sorprendida.

—¿De qué más tengo que dar cuenta? —preguntó.

Él repitió lo que ya le había comentado a Lady Janet.

—Ya te lo he dicho —dijo él—. No entiendo tus confianzas con Julian.

Mercy se ruborizó; sus ojos empezaron a brillar.

—¡No empieces otra vez con eso! —gritó en un arranque de ira—. ¡Por amor de Dios, no hagas que te desprecie en un momento como éste!

La obstinación de Horace halló nuevos motivos en la actitud de Mercy.

—Insisto en ello.

Ella había decidido soportar cualquier cosa como justo castigo por su engaño.

Pero no era propio de una mujer aguantar, en el preciso momento en que su confesión estaba a punto de brotar de sus labios, las injustas sospechas de Horace. Se levantó de su asiento y le miró a los ojos con firmeza.

—Me niego a degradarme y a degradar a Mr. Julian Gray contestándote.

—Piensa bien lo que haces. Es mejor que cambies de opinión antes de que sea demasiado tarde.

—Ya te he dado mi respuesta.

Aquellas resueltas palabras parecieron enfurecerle. La tomó con violencia del brazo.

—¡Eres tan falsa como el diablo! —gritó—. Tú y yo hemos acabado.

La voz estridente y amenazadora con que había hablado traspasó la puerta del comedor. Se abrió en el acto. Y Julian entró en la biblioteca.

No había dado un solo paso cuando llamaron a la otra puerta, la que daba al vestíbulo. Apareció uno de los sirvientes con un telegrama. Mercy fue la primera en verlo. Era la respuesta de la directora del albergue.

—¿Para Mr. Julian Gray? —preguntó ella.

—Sí, señorita.

—Démelo, por favor.

Hizo un ademán de despedida al criado y le dio el telegrama a Julian.

—Pedí que se lo dirigieran a usted —dijo ella—. Reconocerá el nombre del remitente y verá que soy su destinataria.

Horace intervino antes de que Julian pudiera abrir el telegrama.

—¿Otro secretito entre vosotros? Dame ese telegrama.

Julian lo miró con callada indignación.

—¡Va dirigido a mí! —contestó, y abrió el sobre.

El texto rezaba de la siguiente manera:

*Ella me interesa tanto como a usted. Dígame que he recibido su carta y que la acogeré en el albergue de todo corazón.*

*Esta noche tendré que atender unos asuntos en ese vecindario. Yo misma pasaré a buscarla por Mablethorpe House.*

El mensaje era suficientemente explícito. Por voluntad propia, ¡ella había procedido a expiar su pecado! ¡Por voluntad propia, iba a regresar al martirio de su antigua vida! Aunque estaba obligado a no decir ni hacer nada que pudiera comprometerla en presencia de Horace, la expresión irreprimible de la admiración que Julian sentía refulgió en sus ojos al dirigir la mirada hacia Mercy. Horace advirtió aquella mirada. Dio un salto hacia adelante e intentó arrebatarse el telegrama de las manos de Julian.

—¡Dámelo! —dijo—. ¡Lo quiero!

Julian, en silencio, le hizo retroceder con el brazo. Horace, loco de ira, levantó la mano amenazándole.

—¡Dámelo! —repitió entre dientes—, ¡o te arrepentirás!

—Démelo a mí —dijo Mercy de repente, colocándose entre los dos hombres.

Julian se lo dio. Ella se giró y se lo ofreció a Horace, mirándole con la misma firmeza con que lo sostenía.

—Léelo —dijo.

El carácter bondadoso de Julian se apiadó del hombre que lo había insultado. Su corazón solamente recordaba al amigo de otros tiempos.

—¡Impídaselo! —le dijo a Mercy—. ¡Impídaselo, aún no está preparado!

Ella no contestó, ni se movió. Nada alteraría la horrible apatía que le confería el haberse resignado ante su destino. Sabía que había llegado la hora.

Julian miró a Horace.

—¡No lo leas! —le gritó—. ¡Escucha primero lo que quiere decirte!

La mano de Horace contestó con un gesto desdeñoso. Sus ojos devoraban, palabra por palabra, el mensaje de la directora.

Después de haberlo leído alzó la vista. Cuando miró de nuevo a Mercy se había producido un cambio espantoso en su rostro.

Ella permanecía entre los dos hombres inmóvil como una estatua. Parecía que su vida se había extinguido por completo, excepto en sus ojos, que reposaban en Horace con una serenidad firme y resplandeciente.

Lo único que rompió el silencio fue un tenue murmullo que procedía de Julian. Tenía la cara escondida entre las manos: estaba rezando por ellos.

Horace habló, señalando el telegrama. Su voz había cambiado como su semblante. Ahora era queda y temblorosa: nadie la habría reconocido.

—¿Qué significa esto? Este telegrama no puede ser para ti.

—Pues es lo es.

—¿Qué tienes tú que ver con un albergue?

Sin alterar su semblante, sin mover un solo músculo, pronunció las terribles palabras:

—Provengo de un albergue y ahora regresaré a un albergue. Mr. Horace Holmcroft, yo soy Mercy Merrick.

## CAPÍTULO XXVI

### *Corazón Generoso y Corazón Mezquino*

Hubo silencio.

Pasaron los minutos, y ninguno se había movido. Pasaron los minutos y ninguno había hablado. Imperceptiblemente, las plegarias fueron apagándose en los labios de Julian. Incluso le faltaban las fuerzas para sostenerse, debido a la agotadora opresión de aquel momento de incertidumbre. El primer gesto, aunque insignificante, que anunciaba un cambio, y que produjo en ellos un leve sentimiento de alivio, provino de Mercy. Incapaz de sostenerse en pie por más tiempo, se apartó un poco y cogió una silla. No se le escapó ninguna emoción. Permaneció ahí sentada, con el rostro tan inexpresivo como el de un cadáver, resignada, esperando la condena del hombre a quien le había confesado la terrible verdad con sólo dos frases.

Julian levantó la cabeza. Volvió a mirar a Horace y retrocedió unos pasos. Había miedo en su rostro cuando se giró de súbito hacia Mercy.

—¡Dígale algo! —le dijo en un susurro—. Despiértelo, antes de que sea demasiado tarde.

Ella se movió mecánicamente en su silla y miró mecánicamente a Julian.

—¿Qué más quiere que diga? —preguntó con un timbre de voz que revelaba sofoco y fatiga—. ¿Acaso no lo he explicado todo al decirle mi nombre?

El timbre habitual de la voz de Mercy no hubiera causado el menor efecto en Horace. Pero aquel timbre, en cambio, le hizo reaccionar. Se acercó a Mercy con expresión sombría y vacilante, y le puso tímidamente la mano en el hombro. Permaneció en esta posición durante un momento, mirándola en silencio.

Lo único que Horace pudo extraer de sí tuvo que ver con la idea de Julian. Sin apartar la mano ni la mirada de Mercy, habló por primera vez desde que había caído sobre él aquella sorpresa.

—¿Dónde está Julian? —preguntó, muy sereno.

—Estoy aquí, Horace, a tu lado.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarte?

Antes de contestar, reflexionó unos segundos. Apartó la mano del hombro de Mercy y la llevó a su cabeza, para dejarla caer después. Pronunció las siguientes palabras de un modo triste, desesperado y confuso:

—Creo, Julian, que no me he portado bien. Te he dicho cosas desagradables. Fue hace un rato. No recuerdo muy bien por qué. En esta casa se ha estado poniendo a prueba mi carácter; no estoy acostumbrado al tipo de cosas que ocurren aquí: secretos, misterios y odiosas y mezquinas disputas. En mi casa no hay secretos ni

misterios. Y riñas, ¡aún menos! Mi madre y mis hermanas son grandes mujeres, unas damas, en el mejor sentido de la palabra. Cuando estoy con ellas, no sufro por nada. En mi casa no me asaltan dudas acerca de quién es la gente, cómo se llaman y esas cosas. Supongo que estas contradicciones me afectan y me resultan embarazosas. Me hacen desconfiar de la gente que me rodea y acaban provocándome sentimientos de duda y miedo que no puedo soportar; dudas sobre ti, miedos sobre mí. Hay algo que me asusta de mí mismo en este momento. Quiero que me ayudes. Pero primero, ¿aceptas mis disculpas?

—Ni una palabra más. Dime cómo puedo ayudarte.

Por fin se atrevió a mirar a Julian Gray.

—No tienes más que mirarme —dijo él—. ¿Crees que estoy mal de la cabeza? Dime la verdad, viejo amigo.

—Estás un poco alterado, Horace. Eso es todo.

Reflexionó otra vez, después de la respuesta; sus ojos permanecían clavados con ansia en la cara de Julian.

—Estoy un poco alterado —repitió—. Es verdad; lo noto. Me gustaría, si no te importa, claro, asegurarme de que no estoy peor. ¿Me ayudas a comprobar que no me falla la memoria?

—Como tú quieras.

—¡Ah!, eres un buen amigo, Julian y, además, tienes la mente fría, cosa que ahora es muy importante. Escúchame, yo diría que hará más o menos una semana que empezaron los problemas en esta casa. ¿Opinas lo mismo?

—Sí.

—Y esos problemas llegaron con una mujer que procedía de Alemania, una desconocida que se comportó de forma muy violenta en el comedor. De momento, ¿estoy en lo cierto?

—Completamente.

—Esta mujer hablaba con convicción. Afirmaba que el coronel Roseberry, seré más preciso, que el difunto coronel Roseberry era su padre. Nos contó una aburrida historia de alguien que le había robado la documentación y el nombre, una impostora que la había suplantado. Decía que esa impostora se llamaba Mercy Merrick. Después llegó el momento de mayor tensión: señaló a la mujer que está comprometida conmigo y declaró que ella era Mercy Merrick. Dime, ¿es cierto o no?

Julian le contestó como antes. Y Horace prosiguió, hablando con mayor seguridad y excitación que antes.

—Ahora escúchame bien, Julian. Voy a pasar de lo que sucedió hace una semana a lo ocurrido hace cinco minutos. Tú estabas presente; quiero saber si oíste lo mismo que yo.

Horace hizo una pausa y, sin dejar de mirar a Julian, señaló hacia donde estaba

Mercy.

—Aquí está mi prometida. ¿Acaso no la he oído decir que ha salido de un albergue y que va a regresar a un albergue? ¿Acaso no la he oído reconocer en mi propia cara que su nombre es Mercy Merrick? Contesta, Julian. Querido amigo, contéstame, por los viejos tiempos.

Al suplicarle esto, le temblaba la voz. Por debajo de la apagada palidez de su rostro aparecieron, por fin, los primeros síntomas de emoción que pujaban por salir al exterior. Poco a poco empezaba a recuperarse de la impresión. Julian vio la oportunidad de ayudarle a recobrarle y la aprovechó. Tomó suavemente a Horace del brazo y señaló a Mercy.

—Ahí está tu respuesta —dijo él—. Mírala y compadécela.

Ella no había intervenido ni una sola vez mientras ellos hablaban; solamente cambió de postura en la silla. Había un escritorio a su lado, sobre el que descansaban los brazos extendidos. Había apoyado la cabeza en sus manos, ocultando el rostro. El sentido común de Julian no le había llevado a conclusiones erróneas; el aspecto de abandono de Mercy le servía de respuesta a Horace como ningún idioma lo habría hecho. Él la contempló. Un rápido espasmo de dolor le cruzó la cara. Se giró de nuevo hacia el fiel amigo que le había perdonado. Reposó la cabeza en su hombro y rompió a llorar.

Mercy se puso en pie de un salto y miró a los dos hombres.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Qué he hecho!

Julian la tranquilizó con un gesto.

—Me ha ayudado a salvarle —dijo él—. Deje que se desahogue con el llanto. Espere.

Rodeó con un brazo a Horace en señal de apoyo. La ternura varonil del gesto y el perdón de los anteriores insultos le llegaron a Mercy a lo más hondo del corazón. Volvió a su asiento. Otra vez se apoderaron de ella la vergüenza y el pesar, y otra vez escondió el rostro a las miradas de los dos hombres.

Julian condujo a Horace a una silla y esperó a su lado en silencio a que recuperara la compostura. Horace tomó con gratitud la mano que le había apoyado y le dijo de forma ingenua, casi pueril:

—Gracias, Julian. Ya me siento mejor.

—¿Te sientes capaz de seguir escuchando? —preguntó Julian.

—Sí. ¿Es que quieres hablar conmigo?

Julian se apartó sin contestar y volvió con Mercy.

—Ha llegado el momento —dijo—. Cuénteselo todo, con sinceridad, sin reservas, como me lo habría contado a mí.

Ella temblaba.

—¿Acaso no he dicho ya bastante? —preguntó—. ¿Quiere que le rompa el

corazón? ¡Mírelo! ¡Mire lo que ya le he hecho!

Horace, al igual que Mercy, quería evitar aquel sufrimiento.

—¡No! ¡No! ¡No soy capaz de oírla! ¡No puedo! —exclamó, y se levantó para abandonar la habitación.

Pero Julian había tomado las riendas de aquella buena obra y no vaciló ni un momento. Horace la había amado; Julian se daba cuenta por primera vez de hasta qué punto. Todavía le quedaba una posibilidad de ganarse su perdón si la dejaban defenderse. Que Horace la perdonara significaba la muerte del amor que seguía ocupando secretamente su corazón. Pero no titubeó. Con una resolución que otro hombre más débil sería incapaz de resistir, agarró a Horace del brazo y lo devolvió a su sitio.

—Por su bien y por el tuyo, no la condenes sin haberla escuchado —le dijo a Horace con firmeza—. Ha tenido que soportar una y otra vez la tentación de seguir engañándote y las ha resistido todas. Sin miedo a ser descubierta; con una carta de su protectora, que la quiere hasta ese punto, ordenándole que callara; perdiendo todo lo que una mujer desea si confiesa, esta mujer ha dicho la verdad. ¿Acaso no merece que la compenses de alguna forma? Respétala, Horace, y escúchala.

Horace obedeció. Julian se dirigió a Mercy.

—Hasta ahora, me ha permitido que la guíe —dijo él—. ¿Me permitirá que lo siga haciendo?

Ella bajó la vista; su pecho se agitaba con violencia. Él seguía manteniendo su influencia sobre ella. Mercy afirmó con la cabeza en un gesto de muda sumisión.

—Cuéntele —siguió Julian, en tono de súplica— cómo ha sido su vida. Cuéntele el dolor y las tentaciones que ha sufrido, sin amigos que pudieran darle el consejo que quizás la habría salvado. Y entonces —añadió, haciendo que se levantara de la silla— deje que la juzgue, si es capaz de hacerlo.

Intentó que cruzara la sala hasta el lugar donde estaba Horace. Pero la sumisión de Mercy también tenía un límite. A medio camino, se detuvo y se negó a dar un paso más. Julian le ofreció una silla. Ella la rechazó. De pie, con una mano apoyada en el respaldo de la silla, esperaba a que Horace le diera permiso para hablar. Ella estaba resignada a soportar aquella prueba. Había calma en su rostro y tenía la mente despejada. La peor de todas las humillaciones —la de confesar su propio nombre— ya la había dejado tras de sí. Lo único que quedaba por hacer era demostrarle a Julian su gratitud accediendo a sus deseos y pedirle perdón a Horace antes de que se separaran para siempre. Dentro de poco llegaría la directora del albergue y todo habría acabado.

Horace la miró con animosidad. Sus miradas se cruzaron. De repente, él estalló con su violencia habitual.

—¡Es que no lo puedo creer, ni siquiera ahora! —gritó—. ¿Pero es cierto que no



eres Grace Roseberry? ¡No me mires! Di sólo una palabra: sí o no.

Ella le contestó con humildad y tristeza.

—Sí.

—¿De verdad has hecho eso de lo que esa mujer te acusa? ¿Tengo que creerlo?

—Debe creerlo, señor.

La debilidad de carácter de Horace se puso de manifiesto ante aquella respuesta.

—¡Infame! —exclamó—. ¿Cómo puedes pedir perdón por haberme engañado de una forma tan cruel? ¡Eres demasiado perversa! ¡Demasiado perversa! ¡No tienes excusa!

Mercy aceptó sus reproches con imperturbable resignación. «Me lo tengo merecido», se decía a sí misma. «Me lo tengo merecido».

Julian salió una vez más en defensa de Mercy.

—Espera a estar seguro de que no tiene excusa, Horace —le dijo con serenidad—. Asegúrale que serás justo, aunque sea lo único que ahora le puedas asegurar. Os dejo solos.

Se dirigió a la puerta del comedor. La debilidad de Horace se hizo patente.

—¡No me dejes solo con ella! —espetó—. ¡No puedo soportar tanto sufrimiento!

Julian miró a Mercy. El rostro de ella se iluminó levemente. Aquella momentánea expresión de alivio le indicó que le sería de ayuda si permanecía en la sala. Encontró un lugar apartado en el hueco de la ventana central de la biblioteca. Ocupando ese lugar, Horace y Mercy podían ser conscientes o no de su presencia, según lo desearan.

—Me quedaré contigo, Horace, todo el tiempo que quieras.

Tras esta respuesta, se detuvo al pasar delante de Mercy. Quizás si le daba alguna indicación ella encontraría la manera más rápida y sencilla de proceder a su confesión. Con delicadeza le dijo:

—La primera vez que la vi me di cuenta de que había tenido una vida difícil. Déjenos oír cómo empezaron sus problemas.

Julian se apartó. Por vez primera desde aquella terrible noche en que conoció a Grace Roseberry, Mercy Merrick volvía la vista al purgatorio de su pasado. Este fue el humilde y sincero relato de su triste historia.

## CAPÍTULO XXVII

### *Una Aprendiziz de María Magdalena*

Mr. Julian Gray me ha pedido que cuente cómo empezaron mis problemas. Lo hicieron antes de lo que puedo recordar. Empezaron con mi nacimiento.

Mi madre malogró su vida, muy joven, casándose con uno de los criados de su padre: un mozo con el que salía a montar a caballo. Tuvo que padecer el castigo habitual de tal conducta. Después de un breve lapso de tiempo, ella y su marido se separaron, teniendo ella que sacrificar en favor del hombre con el que se había casado su pequeña fortuna, que le correspondía por derecho propio.

Una vez conseguida su libertad, mi madre tuvo que ganarse el pan día a día. Su familia se negó a acogerla. Buscó amparo en una compañía de actores ambulantes.

Ganaba lo justo para vivir cuando mi padre la conoció. Él era un hombre de clase alta, orgulloso de su posición y conocido en la sociedad de aquel tiempo por sus muchas cualidades y sus gustos refinados. La belleza de mi madre le dejó fascinado. La sacó de la compañía ambulante y la rodeó de todos los lujos que una mujer puede desear.

No sé cuánto tiempo vivieron juntos. Solo sé que mi padre, en la época de mis primeros recuerdos, ya la había abandonado. Él sospechaba de la fidelidad de mi madre; sospechas cruelmente injustificadas, según sostuvo ella hasta el día de su muerte. Yo la creía, porque era mi madre. Pero no puedo esperar que los demás la crean; tan sólo me limito a repetir lo que me contó. Mi padre la dejó sin dinero. Jamás se volvieron a ver y él no quiso acudir cuando ella, agonizante, lo hizo llamar.

Cuando se inician mis recuerdos, ella había vuelto a la compañía de teatro. Para mí no fue una época infeliz. Yo era la mascota y la distracción favorita de aquellos pobres actores. Me enseñaron a cantar y a bailar a la edad en la que otros niños empiezan a leer. Con cinco años yo ya estaba metida de lleno en la farándula, y ya había conseguido una pequeña reputación en las ferias de pueblo. Ya en esa época había empezado a vivir bajo un nombre falso, el más bonito que podían inventar para mí, para que quedara bien en los carteles. A veces, en temporadas malas, costaba mucho subsistir. Aprender a cantar y bailar en público normalmente significaba aprender a pasar hambre y frío en privado. Y aun así, mi vida posterior me ha hecho ver aquel tiempo con los actores ambulantes como el más feliz de mi vida.

Con diez años tuve que soportar la primera gran desgracia que recuerdo. Mi madre murió, agotada, en la flor de la vida. Y no mucho después la compañía, que se había quedado sin recursos debido a una serie de malas temporadas, se disolvió.

Me quedé sola, una vagabunda sin nombre ni dinero, pero con una terrible herencia, y Dios sabe que lo digo sin vanidad, después de todo lo que he sufrido:

heredé la belleza de mi madre.

Mis únicos amigos eran los pobres actores, unos muertos de hambre. Dos de ellos, marido y mujer, hicieron tratos con otra compañía y me incluyeron a mí en el lote. El director era un borracho y un bruto. Una noche cometí un error insignificante en el transcurso de la función y él me pegó una paliza. Quizás haya heredado algo del temperamento de mi padre, aunque espero no haber heredado también su falta de misericordia. El caso es que tomé la decisión de no volver a servir al hombre que me había pegado, sin importarme lo que pudiera ser de mí. A la mañana siguiente, de madrugada, abrí la puerta del miserable alojamiento y, a los diez años y con un hatillo en la mano, me enfrenté sola al mundo. Mi madre me había confiado, en sus últimos momentos, el nombre de mi padre y su dirección en Londres. «Quizás se compadezca de ti» me dijo, «aunque no lo haga de mí, inténtalo». Llevaba algunos chelines en el bolsillo, lo último que me quedaba de mi miserable salario, y no me encontraba muy lejos de Londres. Pero jamás me acerqué a mi padre: aunque no era más que una niña, habría preferido morir de hambre antes que acudir a él. Quería mucho a mi madre y odiaba al hombre que le había dado la espalda cuando estaba en su lecho de muerte. A mí me daba igual que aquel hombre resultase ser mi padre.

¿Le escandaliza esta confesión? Me mira usted, Mr. Holmcraft, como si así fuera.

Reflexione un poco, señor. ¿Acaso lo que acabo de contar sirve para tacharme de insensible, ya en mis primeros años de vida? ¿Qué es un padre para un niño, si éste jamás se ha sentado en sus rodillas ni ha recibido de él un beso o un regalo? Si nos hubiésemos cruzado por la calle no nos habríamos reconocido. Tal vez, años más tarde, cuando me moría de hambre en Londres, le pedí una limosna a mi padre sin saberlo, y quizás él le diera un penique a su hija también sin saberlo. ¿Qué tiene de sagrado la relación entre un padre y su hija cuando es una relación como ésta? Ni siquiera las hierbas del campo pueden crecer sin la ayuda de la luz y el aire. ¿Cómo va a crecer el amor en un niño si no hay nada que le ayude?

Mis pocos ahorros se habrían agotado rápidamente, aunque hubiese tenido la edad y la fuerza suficientes para evitar que me los robaran. Pero los pocos chelines que me quedaban me los quitaron los gitanos. Tampoco podía quejarme. Me dieron comida y cobijo en sus tiendas y yo les hacía algún que otro servicio. Al cabo de un tiempo, les llegó una mala racha, igual que le había ocurrido a la compañía de teatro. Metieron a algunos en prisión y el resto se dispersó. Era la época de la poda. Encontré trabajo con los podadores y, después de la temporada, volví a Londres con mis nuevos amigos.

No quiero cansarle ni aburrirle tratando con detalle esta parte de mi infancia. Basta con decir que acabé mendigando, haciendo ver que vendía cerillas por la calle. El legado de mi madre me proporcionó muchas monedas de seis peniques, que mis cerillas no habrían conseguido extraer de los bolsillos de los extraños de haber sido

una niña fea. Mi cara, que con los años iba a resultar mi mayor desgracia, en aquellos días era mi mejor aliada.

La vida que describo, Mr. Holmcraft, ¿no le recuerda un día, no hace mucho tiempo, en que habíamos salido a dar un paseo?

Recuerdo que se quedó sorprendido, incluso se molestó conmigo, y me resultó imposible explicarle mi conducta en aquel momento. ¿Recuerda a aquella pequeña vagabunda, con aquel miserable ramillete marchito en la mano, que corría tras nosotros para pedirnos medio penique? Le sorprendió verme romper a llorar cuando la niña nos pidió que le compráramos un poco de pan. Ahora ya sabe por qué sentía tanta lástima por ella. Ahora ya sabe también por qué le ofendí no acudiendo al compromiso que habíamos contraído con su madre, intentando en vano que aquella niña volviese a su casa. Después de lo que le he confesado, comprenderá que mi pobre hermanita de infortunio tenía mucho más derecho a reclamar mi atención.

Déjeme continuar. Siento haberle afligido. Pero déjeme continuar.

Los vagabundos tienen a su alcance un medio para conseguir que los ricos y las personas caritativas se percaten de su desamparo. Lo único que deben hacer es infringir la ley; de este modo son conducidos a un tribunal de justicia. Si las circunstancias relacionadas con el delito suscitan interés, conseguirán otra ventaja: publicidad en toda Inglaterra gracias a los periódicos.

Pues sí, incluso yo tengo experiencia con la justicia. Sé que me ha ignorado en la medida en que la he respetado; pero en dos ocasiones, al desafiarla, fue mi mejor aliada. Cometí mi primer delito cuando tenía doce años.

Era a última hora de la tarde. Estaba medio muerta de hambre; no paraba de llover; se estaba haciendo de noche. Yo estaba mendigando, abiertamente, a gritos, como sólo puede hacerlo un niño hambriento. Una anciana, desde un carruaje detenido delante de la puerta de un comercio, se quejó de que yo estaba molestando. La policía cumplió con su deber. Aquella noche, la justicia me dio de cenar y me cobijó en la comisaría. Comparecí ante el juzgado de guardia y cuando el juez me preguntó, le conté mi vida. Era la historia cotidiana de miles de niños como yo, pero la mía tenía un elemento especial. Confesé que mi padre, fallecido ya por aquel entonces, había sido un hombre de clase alta, y reconocí con franqueza que jamás le había pedido ayuda, por cómo había tratado a mi madre. Supongo que se trataba de algo novedoso: hizo que mi caso se publicara en los periódicos. Los periodistas también me ayudaron describiéndome con los apelativos de «bonita e interesante». Llegaron donativos al tribunal. Un matrimonio benévolo y respetable vino al reformatorio para verme. Les causé buena impresión, en especial a la mujer. Yo estaba completamente sola, no tenía familiares que pudieran reclamarme. La mujer no tenía hijos y el marido era un hombre bueno. Al final me ofrecieron que entrara a servir en su casa.

Siempre intenté, no importaba lo bajo que hubiera caído, luchar por mejorar mi situación, ascender, a pesar de mi mala fortuna, por encima del destino que me había correspondido. Quizás el orgullo de mi padre sea la causa de este sentimiento, inagotable, que me embarga. Debe ser una cuestión de carácter. Es lo que me trajo a esta casa, y me acompañará cuando salga de ella. Si es una maldición o una bendición, no sabría decirlo.

La primera noche que pasé en mi nuevo hogar, me dije a mí misma: «Me han traído para que sea su criada; pues seré algo más que eso, acabarán acoguéndome como a una hija». No había pasado una semana y ya era la compañera favorita de mi ama mientras el señor estaba en su trabajo. Era una mujer con grandes dotes; mucho más culta que su marido y, por desgracia para ella, mayor que él. Sólo ella ponía amor en su matrimonio. Salvo porque él en ocasiones despertaba sus celos, se llevaban bastante bien. Ella era de esas mujeres que están resignadas a que sus maridos las engañen, y él era uno de esos maridos que jamás llegan a saber lo que sus mujeres piensan de ellos. Lo que a ella la hacía más feliz era educarme. Yo ansiaba aprender e hice grandes progresos. A pesar de lo joven que era, enseguida aprendí a hablar con refinamiento y adopté las maneras que caracterizaban a mi señora. La verdad es que la educación que me ha permitido suplantar a una dama se la debo a ella.

Los tres años que pasé en aquella casa fueron felices. Tendría quince o dieciséis cuando la terrible herencia de mi madre empezó a ensombrecer mi vida. Un triste día, el amor maternal que aquella mujer sentía por mí se tornó en el odio más cruel: el de los celos, que jamás perdona. ¿Sabe por qué? Su marido se enamoró de mí.

Yo era inocente; no tenía la menor culpa. Él mismo se lo confesó al párroco que lo acompañaba en el momento de su muerte. Pero por aquel entonces ya habían pasado los años, y era demasiado tarde para que mi honor fuera rehabilitado.

El marido tenía una edad en la cual se supone que los hombres observan a las mujeres con tranquilidad, si no con indiferencia. Yo, con el tiempo, me había habituado a tenerlo como mi segundo padre. Inocente, desconociendo el sentimiento que le inspiraba, le permitía pequeñas familiaridades que inflamaban su pasión culpable. Su mujer lo descubrió, no yo. No tengo palabras para describir mi asombro y espanto cuando el primer arrebato de indignación de mi señora me puso frente a la verdad. De rodillas, le aseguré que era inocente. De rodillas le imploré que considerara mi pureza y mi juventud. La que en otros tiempos era la más dulce y atenta de las mujeres ahora se había transformado, a causa de los celos, en una furia. Me acusó de haberle animado a propósito; dijo que iba a echarme de su casa con sus propias manos. Como les ocurre a los hombres de carácter fuerte, el marido tenía un genio escondido que no era aconsejable provocar. Cuando su mujer me levantó la mano, él perdió el control. Confesó que su vida no tenía sentido sin mí; determinó

irse conmigo si yo abandonaba la casa. La mujer, enloquecida, se aferró a su brazo. Después, ya no quise ver más. Salí corriendo, presa del pánico. Pasaba un coche de alquiler, lo tomé antes de que él abriera la puerta y fui al único sitio donde se me ocurrió refugiarme: una pequeña tienda, a cargo de una viuda, hermana de uno de nuestros sirvientes. Allí pasé la noche. Al día siguiente, él dio conmigo. Me hizo proposiciones deshonestas; me ofreció toda su fortuna; él estaba decidido a volver, dijera lo que dijese, al día siguiente. Aquella noche, con la ayuda de la buena mujer que se había ocupado de mí, al abrigo de la oscuridad, ¡como si yo tuviera la culpa!, me llevaron en secreto al este de Londres y me dejaron a cargo de una persona de confianza que vivía, de manera muy humilde, alquilando habitaciones.

Allí, en una buhardilla, me vi otra vez sola, a una edad en la que era muy arriesgado para mi integridad no disponer más que de mis propios recursos para ganarme el pan y el techo que me cobijaba.

No presumo de mérito alguno —ni por lo joven que era, ni porque tuviera que escoger entre la vida fácil que proporciona el Vicio y la vida difícil que otorga la Virtud— por actuar como lo hice. Simplemente, aquel hombre me horrorizaba: sentía el impulso de huir de él. Pero recuerde, antes de continuar con la parte más triste de mi historia, que yo era una muchacha inocente, y que no tenía la culpa de lo que había pasado.

Perdóneme por haberme extendido tanto con los primeros años de mi vida. Me temo que estoy rehuyendo hablar de los acontecimientos que aún están por venir.

Al perder la estima de mi primera protectora y encontrarme sola, no tenía otra manera de llevar una vida decente que acudiendo al frágil recurso de la costura. Mis únicas referencias, para un taller que empleaba a muchas costureras expertas, eran las de mi casera. No hace falta que comente la miserable remuneración de ese tipo de trabajo, los periódicos han hablado de ello. Mientras mi salud me lo permitió, logré seguir adelante sin contraer deudas. Muy pocas muchachas habrían aguantado tanto tiempo como yo la influencia enfermiza y agotadora de los talleres hacinados, la alimentación insuficiente y la ausencia casi total de ejercicio. Cuando era niña, mi vida había transcurrido al aire libre, lo que contribuyó a fortalecerme y a librarme de cualquier vestigio de enfermedad. Pero llegó un momento en que no pude más. Al forzar tanto la salud, ésta acabó por ceder. Sufrí unas fiebres, y mis vecinos enseguida sentenciaron: «¡Pobrecilla, pronto dejará de sufrir!»

La predicción podría haberse convertido en realidad —y de esa forma jamás habría cometido los errores que cometí después, ni hubiera tenido que soportar los padecimientos que sufrí— si hubiese caído enferma en otra casa.

Pero tuve la buena, o la mala suerte, de que una actriz de un teatro de las afueras, que ocupaba una habitación debajo de la mía, se interesara por mí y por mis penas. Salvo cuando su trabajo la obligaba a ausentarse dos o tres horas por la noche, esta

noble mujer jamás se apartó de mi cama. A pesar de que apenas disponía de medios, pagó mis gastos mientras yo yacía desamparada. La casera, conmovida por su ejemplo, exigió tan sólo la mitad del alquiler semanal de mi habitación. El médico, con la bondad cristiana propia de su profesión, no cobró sus honorarios. Me prodigaron los mayores y más tiernos cuidados; mi juventud y mi constitución hicieron el resto. Luché por sobrevivir y volví a coger la aguja.

Tal vez le sorprenda que, siendo mi mejor amiga actriz, no me sirviera de ella para probar suerte en el teatro, sobre todo si se tiene en cuenta que en mi niñez me había familiarizado con este arte.

Sólo tenía un motivo para no querer aparecer en el escenario, pero era tan poderoso que estaba dispuesta a recurrir a cualquier otra alternativa, por desesperada que fuera. Si aparecía en escena sería tan sólo una cuestión de tiempo que aquél de quien había huido me descubriera. Sabía que él era aficionado a las bambalinas, y que estaba suscrito a una revista especializada. Incluso le había oído hablar alguna vez del teatro en el que trabajaba mi amiga, del que decía que era mejor que otros con mayores pretensiones. Si me incorporaba a la compañía, tarde o temprano él se decidiría a ir a ver a la nueva actriz. Sólo con pensarlo estaba dispuesta a conformarme con la costura. Antes de que tuviera fuerzas suficientes para aguantar el ambiente de aquel taller atestado a reventar, me concedieron permiso, como un favor, para trabajar en mi casa.

Seguramente mi elección fue la propia de una muchacha virtuosa. Y aun así, el día que volví a retomar la costura fue el más terrible de mi vida.

Ahora no sólo tenía que cubrir las necesidades cotidianas, también tenía que pagar mis deudas. Sólo podía conseguirlo trabajando más que nunca y pasando más privaciones que antes. Enseguida pagué las consecuencias, dado mi débil estado. Una noche sentí un mareo repentino y una terrible punzada en el corazón. Conseguí abrir la ventana para que entrara aire fresco; esto me hizo sentirme mejor. Pero no me había recuperado lo suficiente como para enhebrar la aguja. Me dije a mí misma: «Quizá me siente bien tomar un poco de aire y hacer algo de ejercicio. Saldré media hora a dar un paseo». No llevaba ni cinco minutos en la calle cuando se repitió el mismo ataque. No había ninguna tienda cerca donde pudiera refugiarme. Intenté llamar a la puerta de la casa más próxima. Pero, antes de alcanzar el timbre, me desmayé en plena calle.

Me es imposible decir durante cuánto tiempo el hambre y la debilidad me dejaron a merced del primer extraño que pasara por ahí.

Cuando recobré el sentido, me di cuenta de que estaba en una casa y que un hombre me acercaba a los labios una copa con alguna bebida fuerte. Fui capaz de tragármela, aunque no sé si bebí mucho o poco. Me produjo un efecto muy extraño. Primero me reanimó, pero después me dejó en estado de estupor. Perdí otra vez el

conocimiento.

Cuando volví en mí, amanecía. Estaba acostada en una cama en una habitación extraña. Se apoderó de mí un terror indecible. Grité. Entraron tres o cuatro mujeres, cuyos rostros delataban, incluso para unos ojos tan inocentes como los míos, la deshonrosa vida que llevaban. Me levanté de la cama. Les supliqué que me dijeran dónde estaba y qué había pasado...

¡Perdóneme! No puedo seguir hablando. No hace mucho ha oído que Miss Roseberry me llamaba perdida. Ahora ya sabe, y pongo a Dios por testigo de que digo la verdad, qué fue lo que me convirtió en una perdida, y en qué medida merezco mi desgracia.

Por primera vez, a Mercy le fallaron la voz y la decisión.

—Deme cinco minutos —dijo con voz queda y tono suplicante—. Si continúo, me temo que romperé a llorar.

Cogió la silla que Julian le había acercado y se giró para que ni Julian ni Horace pudieran verle la cara. Tenía una mano apretada contra el pecho, y la otra colgaba a lo largo de su cuerpo.

Julian se levantó de su asiento. Horace permanecía mudo e inmóvil. Tenía la cabeza inclinada; las lágrimas que corrían por sus mejillas revelaban que ella le había llegado al corazón. ¿La perdonaría? Julian pasó por su lado y se acercó a Mercy.

En silencio, cogió la mano que colgaba. En silencio, se la llevó a los labios y la besó, como un hermano. Ella se alarmó, pero no alzó la vista. La embargó un extraño temor a descubrir quién era.

—¿Horace? —susurró con timidez.

Julian no contestó. Volvió a sentarse en su sitio, dejando que creyera que había sido Horace.

El sacrificio era ya suficiente, sobre todo si se tenían en cuenta sus sentimientos hacia ella, para ser digno del hombre ante quien lo había hecho.

Ella había pedido sólo unos minutos. Transcurridos éstos, se volvió hacia ellos. Su voz aterciopelada volvía a ser firme; al continuar, sus ojos descansaron en Horace con dulzura.

¿Qué podía hacer una muchacha, sola, en mi situación, después de que me revelaran el ultraje al que me habían sometido?

Si hubiera tenido familia que me protegiera y aconsejara, las desalmadas en cuyas manos caí habrían recibido el castigo de la justicia. Pero yo sabía de las formalidades que ponen en marcha la actuación de la ley tanto como sabe un niño. Tenía otra alternativa, pensará usted. Alguna institución de caridad me habría acogido y ayudado si les hubiera presentado mi caso. Pero yo sabía tanto de asociaciones caritativas como de la ley. Entonces, dirá, podría haber vuelto con las personas decentes con las que había vivido. Cuando recuperé mi libertad, después de unos



días, me dio vergüenza volver con aquella gente honrada. Sin auxilio, sin esperanza, sin haber elegido mi pecado, me dejé arrastrar, como lo han hecho miles de mujeres, por una vida que me marcó para el resto de mis días.

¿Les sorprende la ignorancia que revela mi confesión? Ustedes tienen a abogados que les informan de las soluciones legales, tienen periódicos, boletines y amistades que se encargan de alabar continuamente el trabajo de las entidades caritativas... ustedes, que disfrutan de todas estas ventajas, no tienen ni la menor idea de la ignorancia en la que viven las criaturas perdidas. No saben nada, a menos que sean unos granujas acostumbrados a aprovecharse de la sociedad, de sus benévolos programas destinados a ayudarles. Los objetivos de las asociaciones benéficas, y el modo de saber dónde están y cómo solicitar su amparo deberían figurar en carteles colocados en cada esquina. ¿Qué sabemos nosotros de comidas gratuitas, sermones elocuentes y boletines impresos con esmero?

De vez en cuando aparece en los periódicos el caso de alguna criatura desesperada, normalmente una mujer, que se ha suicidado, quizás a cinco minutos de una institución que podía haberle abierto las puertas; entonces se produce la consternación, pero luego sobreviene el olvido. Si se dedicase el mismo esfuerzo en dar a conocer entre los desgraciados los centros de caridad y los asilos que el que se emplea en difundir una nueva obra de teatro, un nuevo periódico o un nuevo medicamento entre la gente con dinero, se salvaría a más de una criatura perdida que en estos momentos corre peligro.

Perdone y entiéndame si no sigo hablando de este período de mi vida. Ahora voy a pasar al otro incidente que me llevó por segunda vez ante los tribunales.

A pesar de mi triste experiencia, no he aprendido a pensar mal de la naturaleza humana. En la vida he encontrado gente de buen corazón que se ha compadecido de mí en los momentos de sufrimiento; y he tenido amigas fieles, abnegadas y generosas entre mis hermanas en la adversidad. Una de aquellas pobres mujeres —¡me gusta pensar que debe haber partido ya de este mundo que la trató tan mal!— despertaba en especial mi simpatía. Era la persona más amable y menos egoísta que he conocido en mi vida. Vivíamos juntas, como hermanas. Más de una vez, de noche, cuando la idea del suicidio se apodera de una mujer desesperada, evocaba la imagen de mi pobre y querida amiga, que sufría en soledad, y eso me daba ánimos. Quizá le cueste trabajo entenderlo, pero incluso nosotras vivimos días felices. Cuando nos sobraban algunos chelines, nos hacíamos pequeños regalos. Y, lo que es más extraño, disfrutábamos de aquel sencillo placer de dar y recibir con tanta ilusión como se hubiéramos sido las mujeres de mejor reputación del mundo.

Un día llevé a mi amiga a una tienda para comprarle una cinta... un lazo para su vestido. Ella lo elegiría y yo se lo regalaría; iba a ser el lazo más bonito que se pudiera pagar con dinero.

La tienda estaba llena de gente, así que tuvimos que esperar un poco a que nos atendiesen.

A mi lado, mientras esperábamos frente al mostrador, una mujer vestida de forma muy llamativa miraba unos pañuelos. Estaban adornados de finos bordados, pero la elegante señora era difícil de contentar. Los revolvía con desdén cuando preguntó si tenían otros modelos en el almacén. El vendedor, al retirar los pañuelos vio que faltaba uno. Estaba completamente seguro, pues el detalle del bordado del que faltaba lo convertía en un pañuelo muy llamativo. Mi atuendo era muy humilde, y me encontraba cerca de los pañuelos. Tras echarme una mirada, le gritó al encargado: «¡Cierre la puerta! ¡Hay un ladrón en la tienda!»

Cerraron la puerta y buscaron en vano el pañuelo perdido por el mostrador y por el suelo. Alguien había cometido un robo y me acusaron de ser la ladrona.

No voy a explicar lo que sentí en aquel momento, me limitaré a contar lo que ocurrió.

Me registraron y me encontraron el pañuelo encima. La mujer que estaba a mi lado, al ver que la podían descubrir, sin duda consiguió meterme el pañuelo en el bolsillo. Sólo una ladrona experta podía evitar de ese modo que la atraparan. Ante los hechos, resultaba inútil declararme inocente. No podía defenderme. Mi amiga salió en mi defensa, pero ¿quién era ella? Una perdida, igual que yo. La declaración de mi casera en favor de mi honradez no tuvo ningún efecto; es más: tenía en su contra que hospedaba a gente de mi condición. Me juzgaron y me declararon culpable. Así termina la historia de mi desgracia, Mr. Holmcroft. No importaba que fuera inocente o no; no puedo borrar la deshonra de haber sido encarcelada por robo.

La matrona de la prisión se interesó por mí. Informó favorablemente sobre mi comportamiento a las autoridades y, después de pasar mi tiempo, como solíamos decir entre nosotras, me dio una carta para la que sería una buena amiga y la protectora de estos últimos años de mi vida, la dama que vendrá para conducirme de nuevo al albergue.

A partir de ahora, la historia de mi vida no es más que la de los vanos esfuerzos de una mujer que quería recuperar un lugar en el mundo.

La directora, al recibirme en el albergue, me dijo con franqueza que habría terribles obstáculos en mi camino. Pero se dio cuenta de que yo era sincera y, como buena mujer que es, sintió simpatía y compasión por mí. Por mi parte, no dejé de emprender un lento y arduo camino para recuperar mi reputación, desde el punto de partida más humilde: el del servicio doméstico. Me ofrecieron una oportunidad en una casa respetable. Trabajaba mucho y sin quejarme, pero la terrible herencia de mi madre estuvo en mi contra desde el principio. Mi aspecto llamaba la atención; mis modales y costumbres no eran los propios de las mujeres entre las que me tocaba vivir ahora. Recorrí varias casas, siempre con la misma suerte. Podía soportar la

desconfianza y los celos, pero no el ataque de la curiosidad. Tarde o temprano, las investigaciones daban sus frutos. A veces, los sirvientes me amenazaban y me veía obligada a marcharme. Otras, si había algún hombre joven en la familia, el escándalo nos señalaba tanto a él como a mí... y otra vez me veía obligada a marcharme. Si le interesa saberlo, Miss Roseberry le podrá explicar mi vida en aquellos tristes días. Se la confesé la noche en que nos conocimos en la casa francesa; no me quedan ánimos para repetirla ahora. Después de un tiempo, me cansé de aquella lucha sin remedio. La desesperación se apoderó de mí; perdí toda esperanza en la misericordia divina. Más de una vez me fui andando hasta algún puente; me asomaba al río, apoyada en el parapeto y me decía: «Otras mujeres lo han hecho. ¿Por qué no yo?»

En aquella época fue usted quien me salvó, Mr. Gray, como me ha salvado desde entonces. Yo estaba entre sus fieles cuando predicó en la capilla del albergue. Hizo que otras, además de mí, aceptaran nuestro duro peregrinaje. En el nombre de todas y en el mío, Mr. Gray, le doy las gracias.

He olvidado cuánto tiempo transcurrió desde el maravilloso día en que nos consoló, y nos animó, hasta que estalló la guerra entre Francia y Alemania. Pero jamás olvidaré el día en que la directora me hizo llamar y me dijo: «Hija mía, aquí estás desperdiciando tu vida. Si tienes valor para intentarlo, te daré otra oportunidad.»

Pasé un mes de prueba en un hospital de Londres. Y una semana después vestía el uniforme con la cruz roja de la *Convención de Ginebra*. Me asignaron como enfermera a una ambulancia francesa. Cuando me vio por primera vez, Mr. Holmcroft, todavía llevaba puesto el uniforme de enfermera, pero oculto a los ojos de todos debajo de una capa gris.

Ya sabe qué ocurrió después; ya sabe cómo entré en esta casa.

He procurado no dramatizar mi sufrimiento ni mis problemas al explicar cuál ha sido mi vida. Cuando conocí a Miss Roseberry era una vida sin esperanza. Imagine la tentación que me asaltó cuando la granada le acertó en aquella casa de Francia. Ahí estaba tendida... ¡muerta! Su nombre no estaba manchado. Su futuro me ofrecía la recompensa que me había sido negada a pesar de todos mis esfuerzos. Se me volvía a presentar la oportunidad de recuperar mi lugar perdido en la sociedad, con la única condición de ganarlo mediante un engaño. No tenía perspectivas; no tenía a ningún amigo que me aconsejara y me salvara. Había perdido los años más hermosos de mi vida en una lucha inútil por recuperar mi buen nombre. Ésa era mi situación, cuando la posibilidad de adoptar la identidad de Miss Roseberry se me ocurrió por primera vez. En un impulso, temerariamente —o, si lo prefiere, con maldad—, aproveché la oportunidad: crucé a través de las líneas alemanas con el nombre de Miss Roseberry. Cuando llegué a Inglaterra, sin tiempo para reflexionar, hice el primer y último esfuerzo para echarme atrás antes de que fuese demasiado tarde. Fui al albergue y me detuve en la acera de enfrente, contemplándolo. Recordé aquella antigua vida llena de

infortunios al fijar la vista en la puerta que me era tan familiar. El horror de volver a aquella vida era más de lo que podía soportar. En ese momento pasó un coche de alquiler desocupado. El conductor tenía la mano levantada. Desesperada, lo detuve, y cuando él me preguntó: «¿A dónde?», le respondí: «A Mablethorpe House».

De todo lo que he sufrido en secreto, desde que el éxito de mi engaño me puso al cuidado de Lady Janet, prefiero no decir nada. Seguramente ahora entenderá muchos detalles de mi comportamiento que le habrán parecido extraños. Probablemente se dio cuenta hace tiempo de que yo no era una mujer feliz. Ahora ya sabe por qué.

Esta es mi confesión; por fin ha hablado mi conciencia. Le libero de su promesa, es usted libre. Debe agradecerle a Mr. Julian Gray que me encuentre aquí, acusándome del delito que he cometido, y ante el hombre al que he engañado.

## CAPÍTULO XXVIII

### *Se pronuncia Sentencia*

Ya estaba hecho. Su voz fue apagándose hasta que se alcanzó el silencio.

Su mirada se posó en Horace. Después de oír todo aquello, ¿sería capaz de resistirse a aquella mirada noble y suplicante? ¿La perdonaría? Julian le había visto lágrimas en las mejillas, y había creído que eran por ella. ¿Por qué permanecía en silencio? ¿Era posible que su dolor sólo fuera por él mismo?

Por última vez —en aquel momento crucial para ella—, Julian habló en su defensa. Jamás la había amado tanto como en ese momento; era toda una prueba, incluso para su talante generoso, interceder por ella ante Horace en contra de sus íntimos deseos. Pero le había prometido a Mercy, sin ninguna clase de reserva, como su mejor amigo, toda la ayuda que estuviera en su mano. Cumplió con su palabra con fidelidad y hombría.

—¡Horace! —dijo Julian.

Horace alzó la cabeza lentamente. Julian se levantó y se le acercó.

—Mercy te ha pedido que me des las gracias por conseguir hacer hablar a su conciencia. ¡Pero dáselas a su noble carácter, que acudió a mi llamada! Una mujer que es capaz de ser sincera tiene un valor inestimable. El arrepentimiento de corazón es motivo de gozo en el cielo. ¿Por qué no iba a hablar en su favor aquí en la tierra? ¡Hónrala, si eres cristiano! ¡Compadécela, si eres humano!

Se detuvo. Horace no contestó.

Mercy, con los ojos llenos de lágrimas, miró a Julian. ¡Era aquél el corazón que la amaba! ¡Eran sus palabras las que la tranquilizaban y la perdonaban! Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a mirar a Horace, que había perdido toda influencia sobre ella. De lo más recóndito de su mente surgió repentinamente una idea irreprimible: «¿Cómo he podido amar a este hombre?»

Dio un paso hacia él; todavía era imposible olvidar el pasado. Ella le tendió la mano.

Él, a su vez, se levantó... sin mirarla.

—Antes de que nos separemos —dijo Mercy—, ¿me dará la mano como prueba de que me perdona?

Él vaciló. Inició el gesto de tenderle la mano, pero al instante aquel generoso impulso se desvaneció. Su lugar fue ocupado por un temor miserable a lo que podría suceder si se dejaba fascinar por el contacto con su piel. Apartó la mano y se separó con rapidez.

—¡No puedo perdonarte! —dijo.

Con aquellas terribles palabras, sin ni siquiera mirarla por última vez, se dirigió

hacia la puerta para salir de la sala. En el momento en que lo hacía, el desprecio de Julian estalló fuera de control.

—Horace... ¡Me das lástima!

Después de que estas palabras escaparan de sus labios, se giró hacia Mercy. Ella se había retirado a un rincón de la biblioteca. ¡El primer trago amargo de lo que la aguardaba se lo había dispensado Horace! La energía que la había mantenido entera hasta aquel momento se desvaneció ante la terrible perspectiva —mucho más terrible para una mujer— de ser sometida al desdén y el desprecio. Desesperada, desamparada, cayó de rodillas ante un pequeño sofá en el rincón más oscuro de la habitación, entonando esta plegaria: «¡Dios mío, ten piedad de mí!»

Julian fue hasta su lado. Ella pudo sentir entonces el delicado roce de su mano y oír su voz, afectuosa, consolándola al oído.

—¡Levántate, corazón afligido! Alma hermosa y purificada, los ángeles del Señor se regocijan por ti. Ocupa tu lugar entre las criaturas más nobles de Dios.

La hacía levantarse a medida que hablaba. Ella volcó en él su corazón. Le cogió la mano y la apretó contra su pecho; la llevó a sus labios, pero de pronto la soltó y se apartó, temblando frente a él como una niña asustada.

—¡Perdóneme! —fue todo lo que pudo decir—. ¡Estaba tan perdida y desamparada... y usted es tan bueno conmigo!

Intentó apartarse aún más. Fue inútil, le habían abandonado las fuerzas. Se apoyó en el canapé para no caerse. Él la miró. De sus labios estaba a punto de salir su declaración de amor; volvió a mirarla y se contuvo. No, no era el momento; no se lo diría cuando ella se sentía desolada y avergonzada; ni tampoco en un momento de debilidad, en el que ella pudiera ceder para después arrepentirse. Su gran corazón, que la había perdonado y compadecido desde el primer momento, seguiría perdonándola y compadeciéndola.

Decidió dejarla sola, pero no sin decir antes unas palabras de despedida.

—No se preocupe por su futuro. Tengo algo que proponerle en cuanto haya recobrado la calma y el sosiego.

Julian abrió la puerta del comedor y salió de la estancia.

Los criados, ocupados en preparar la mesa para la cena, observaron que cuando «Mr. Julian entró en el comedor, sus ojos brillaban más que nunca». Tenía el aspecto de un hombre «que espera buenas noticias». Les dio la impresión que, aunque era aún joven para ello, el sobrino de Lady Janet estaba en camino de ascender en la jerarquía eclesiástica.

Mercy se sentó en el sofá.

En el organismo humano los efectos del dolor son limitados. Cuando ha alcanzado cierto punto de intensidad, los nervios se hacen insensibles, y dejan de sentirlo. Las leyes de la Naturaleza no sólo se aplican al dolor físico, sino también al

dolor mental. El pesar, la ira, el terror también tienen un determinado límite. La sensibilidad moral, de la misma forma que la sensibilidad nerviosa, alcanza un momento de agotamiento absoluto, tras el cual se deja de sentir.

La capacidad de sufrimiento de Mercy había llegado a este término. Sola, en la biblioteca, notaba el alivio físico que le proporcionaba el descanso; recordaba vagamente las palabras de despedida de Julian, y se preguntaba con tristeza qué significarían. Era lo único de lo que se veía capaz.

Pasaron unos minutos: unos minutos de absoluto reposo.

Se recuperó lo suficiente para mirar el reloj y calcular cuánto tiempo debía faltar para que Julian volviera a su lado, tal como le había prometido. Mientras su mente seguía lánguidamente sumergida en estos pensamientos, sonó el timbre del vestíbulo que se solía utilizar para llamar al criado cuyas tareas guardaban relación con aquella parte de la mansión. Horace había salido de la biblioteca por la puerta que daba al vestíbulo, pero no la había cerrado. Oyó el timbre con claridad y, un momento más tarde, aún con mayor claridad, la voz de Lady Janet.

Mercy se puso de pie. Todavía llevaba en el bolsillo la carta de Lady Janet, en la que le ordenaba imperativamente que se abstuviera de confesar lo que ya había salido de sus labios. Era casi la hora de la cena, momento en que Lady Janet solía reunirse con sus invitados en la biblioteca; no había lugar a dudas: Lady Janet atravesaba el vestíbulo en dirección a la estancia en la que estaba ella.

Mercy podía optar por abandonar en el acto la biblioteca por la puerta del comedor, o bien por quedarse donde estaba, arriesgándose a tener que confesar, tarde o temprano, que había desobedecido a su protectora. Agotada, permanecía de pie, temblorosa e insegura, incapaz de decidir qué hacer.

La voz de Lady Janet, clara y firme, se introdujo en la habitación. Estaba reprendiendo al sirviente que había acudido a su llamada.

—¿No es cierto que uno de tus deberes en esta casa es cuidarte de las lámparas?

—Sí, señora.

—¿Y que es mi deber pagar tu sueldo?

—Si lo tiene a bien, señora.

—¿Entonces por qué me encuentro con que apenas hay luz en el vestíbulo, y que la mecha de la lámpara humea? ¿Acaso no cumplo mis deberes contigo? ¡Pues no vuelvas a incumplir el deber que tienes conmigo!

A Mercy le pareció que jamás había habido tanta severidad en la voz de Lady Janet. Si le hablaba así a un sirviente que había descuidado una lámpara, ¿cómo reaccionaría si descubría que su hija adoptiva había desafiado de igual forma sus ruegos y órdenes?

Tras la reprimenda, Lady Janet aún no había acabado con el sirviente. Tenía que hacerle una pregunta.

—¿Dónde está Miss Roseberry?

—En la biblioteca, señora.

Mercy volvió al sofá. Era incapaz de mantenerse en pie; ni siquiera le quedaban ánimos para levantar la vista hacia la puerta.

Lady Janet entró con mayor rapidez que de costumbre. Avanzó hacia el sofá y llamó la atención de Mercy tocándole la mejilla alegremente con los dedos.

—¡Qué niña más perezosa! ¿Aún no te has arreglado para la cena? ¡Vaya, vaya!

Estas palabras, igual que el gesto que las había acompañado, estaban impregnadas de alegría y afecto. Muda de estupefacción, Mercy alzó la mirada hacia ella.

Lady Janet vestía siempre con gusto y esplendor extraordinarios, pero en esta ocasión se había superado a sí misma. Lucía un magnífico vestido de terciopelo, las alhajas más valiosas y los más finos encajes, sin nadie a quien deleitar en aquella cena salvo a los habituales de Mablethorpe House. Además de este detalle sorprendente, Mercy también observó que, por primera vez desde que la conocía, Lady Janet esquivaba su mirada. La anciana tomó sitio amistosamente en el sofá al lado de Mercy; criticó simpáticamente el sencillo vestido de su «niña perezosa», desprovisto de ningún tipo de ornamentos; le pasó cariñosamente el brazo alrededor de la cintura mientras, con la otra mano, le arreglaba los mechones revueltos... pero en el mismo instante en que Mercy dirigió su mirada hacia ella, los ojos de Lady Janet se entretuvieron en tratar de descubrir algo de suprema importancia entre los objetos que había a su alrededor.

¿Cómo debía interpretar esta actitud? ¿A qué conclusión conducía?

De haber estado allí Julian, con su profundo conocimiento de la condición humana, de seguro habría dado con la clave del misterio. Ningún otro salvo él podría haber supuesto que, por increíble que fuera, la timidez de Mercy ante Lady Janet fuera a ser completamente correspondida por la timidez de Lady Janet ante Mercy. Y aún había más. La mujer cuya imperturbable compostura había derrotado a la insolencia de Grace Roseberry en el apogeo de su victoria; la mujer que, sin retroceder ni un paso, se había enfrentado a las consecuencias que comportaba su decisión de ignorar la verdadera situación de Mercy en su casa, empezó por primera vez a sentir miedo al verse cara a cara con la misma persona por la que había sufrido y se había sacrificado tanto. Había evitado reunirse con Mercy, del mismo modo que Mercy la había evitado a ella. El esplendor de su vestido significaba, ni más ni menos, que, una vez agotadas todas las excusas para retrasar su reencuentro, había tomado como disculpa proceder a un largo y elaborado arreglo de su persona. Incluso los minutos empleados en reprender al criado no habían sido más que un pretexto para retrasar la cita. La precipitada entrada en la biblioteca, la nerviosa y simulada alegría en su forma de hablar y de comportarse, la mirada evasiva e inquieta, todo se debía a la misma causa. En presencia de los demás, Lady Janet había conseguido



acallar las protestas de sus exquisitas maneras y de su innato sentido del honor. Pero en la de Mercy, a quien amaba como lo haría una madre, por quien se había rebajado a esconder la verdad, todo lo que había en ella de elevado y noble se rebelaba contra ella. «¿Qué pensará de mí esta hija que he adoptado, mi primera y única experiencia de amor maternal, cuando me he vuelto cómplice del fraude del que ella se avergüenza? ¿Cómo voy a atreverme a mirarla a la cara si, por egoísmo, por mi propia tranquilidad, no he dudado en prohibirle que confiese la verdad, a la que su sentido del deber la ha empujado?» Éstas eran las preguntas que atormentaban a Lady Janet, mientras rodeaba afectuosamente la cintura de Mercy con el brazo y sus dedos se entretenían en arreglarle el cabello con destreza. Por eso, sólo por eso, sintió un súbito impulso de empezar a hablar, frívolamente, de cualquier cosa, siempre y cuando tuviera que ver con el futuro y dejase a un lado presente y pasado.

—Este invierno es insoportable —empezó Lady Janet—. He estado pensando, Grace, sobre qué podemos hacer ahora.

Mercy se quedó estupefacta. Lady Janet la había llamado «Grace». Seguía actuando como si no tuviera ni la más mínima sospecha de cuál era la verdad.

—¡No! —continuó, como si malinterpretara la reacción de Mercy—. Ahora ya no puedes subir para cambiarte. No hay tiempo, y por esta vez estoy dispuesta a perdonarte. Querida, te encuentro hecha un desastre. Tu desaliño no tiene límites. ¡Ay! Recuerdo que yo también tenía mis caprichos, y que me quedaba bien cualquier cosa que me ponía, igual que a ti. Bueno, dejémoslo. Te decía que he estado pensando lo que vamos a hacer. Realmente, no podemos quedarnos aquí. Un día hace frío, otro hace calor... ¡menudo clima! Y en cuanto a la vida social, ¿acaso vamos a perder algo si nos vamos? Nada. Reuniones de chusma bien vestida cuyos miembros se invitan unos a otros a sus casas, se estropean mutuamente la ropa y se pisan los pies. Con mucha suerte consigues sentarte en la escalera, te sirven un helado caliente, escuchas conversaciones insulsas y vulgares. Así es la vida social moderna. Si tuviéramos buena ópera, aún tendríamos una razón para quedarnos en Londres. Mira el programa de esta temporada, está sobre la mesa. Promete muchísimo en el papel, pero ofrece poquísimo en el escenario. Siempre las mismas obras, interpretadas por los mismos cantantes, año tras año, para los estúpidos de siempre... resumiendo, tenemos las veladas musicales más insulsas de Europa. ¡No! Cuanto más lo pienso, más me convengo de que la única alternativa sensata que tenemos es la de irnos al extranjero. Veamos, pon a trabajar esa preciosa cabecita. Elige: ¿norte o sur, este u oeste? Me da igual. ¿Adónde vamos?

Mercy la miró al instante cuando ella le formuló aquella pregunta.

Lady Janet, instantáneamente, apartó la mirada de Mercy para fijarse en el programa de ópera. ¡Seguía manteniendo su triste y fingida actitud! ¡Seguía insistiendo en aquella inútil y cruel demora! Incapaz de soportar la situación a la que

se veía abocada, Mercy introdujo la mano en su bolsillo y sacó de él la carta de Lady Janet.

—¿Me permite —empezó, con voz débil y entrecortada—, que ponga en su conocimiento un asunto delicado? Apenas me atrevo a reconocerlo...

A pesar de su resolución de hablar sin reparos, el recuerdo del antiguo cariño y la bondad que había manifestado por ella prevaleció sobre cualquier otra cosa. Las palabras que iba a pronunciar se desvanecieron en sus labios.

Lady Janet se negó a ver la carta. De repente, se mostró absorta en la tarea de arreglarse los brazaletes.

—Ya sé qué es lo que no te atreves a reconocer, tontita —exclamó—. No te atreves a confesar que estás harta de estar aburrída en esta casa. ¡Estoy completamente de acuerdo contigo! Y cansada de mi ostentosa forma de vivir; me encantaría hacerlo en una habitación pequeña y cómoda, con un único criado para atenderme. Pues eso es lo que haremos. Primero iremos a París. Mi querido Migliore, el príncipe de los mensajeros, será la única persona que nos acompañará. Él nos conseguirá una vivienda en uno de los barrios antiguos de París. Pasaremos estrecheces, Grace, simplemente para cambiar. Llevaremos lo que se llama «una vida bohemia». Conozco a muchos escritores, pintores y actores en París; es la gente más alegre del mundo, querida, hasta que uno se harta de ellos. Cenaremos en restaurantes, iremos al teatro, pasearemos en esos viejos y pequeños carruajes de alquiler. Y en cuanto empecemos a aburrirnos extenderemos las alas para emprender el vuelo hacia Italia. Así burlaremos el invierno. ¿Qué te parece la idea? Migliore está en Londres. Le haré venir esta noche y empezaremos mañana.

Mercy hizo otro esfuerzo.

—Le ruego que me disculpe —continuó—, tengo algo importante que decirle. Me temo que...

—¡Ya veo! Te da miedo cruzar el Canal, pero no quieres reconocerlo. ¡Bah! La travesía apenas dura dos horas; tendremos un camarote privado. Voy a encargarlo ahora mismo. Toca la campanilla.

—Lady Janet, debo aceptar mi destino, por cruel que sea. Dudo que pueda volver a incluirme en sus planes de ahora en adelante...

—¿Acaso te asusta la vida bohemia de París? Mira, Grace, lo que más odio en este mundo es ver a un joven con mentalidad de viejo. Se acabó. Toca la campanilla.

—Esto no puede continuar, Lady Janet. No tengo palabras para expresar lo indigna que me siento de su bondad, lo avergonzada que estoy...

—Por mi honor, querida, que estoy de acuerdo contigo. Debería darte vergüenza que, a tu edad, tenga que ser yo quien se levante para llamar.

Su obstinación era imperturbable; intentó levantarse del sofá. Pero a Mercy todavía le quedaba una posibilidad. Se adelantó a Lady Janet y tocó la campanilla.

Entró un sirviente. Traía una bandeja con una tarjeta y un trozo de papel unido a ella, junto con una carta abierta.

—¿Sabes dónde vive mi correo cuando está en Londres? —preguntó Lady Janet.

—Sí, señora.

—Pues envíale uno de los mozos. Que vaya a caballo. Tengo prisa. El correo debe estar aquí mañana por la mañana sin falta, a tiempo para tomar el transbordador con destino a París. ¿Me entiendes?

—Sí, señora.

—¿Qué llevas ahí? ¿Es para mí?

—Para Miss Roseberry, señora.

Al contestar, el hombre le entregó la tarjeta y el papel a Mercy.

—La señora aguarda en el salón del desayuno, señorita. Desea que le diga que no tiene prisa y que la esperará si todavía no está lista.

Tras este mensaje, el sirviente se retiró.

Mercy leyó el nombre de la tarjeta. ¡La directora había llegado! Después observó el papel. Era una circular con algunas líneas escritas a lápiz en una parte que estaba en blanco. Las letras bailaban, tanto las impresas como las manuscritas. Sentía, más que veía, que Lady Janet la escrutaba inexorablemente, presa de la sospecha. Con la aparición de la directora había llegado a su fin aquel simulacro y la cruel espera.

—¿Amiga tuya, querida?

—Sí, Lady Janet.

—¿La conozco?

—No lo creo, Lady Janet.

—Pareces nerviosa. ¿Acaso te trae malas noticias? ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

—Usted podría tener un último e inestimable acto de bondad conmigo, señora, si fuera indulgente y me perdonara.

—¿Que sea indulgente y que te perdone? No te entiendo.

—Me explicaré. Por amor de Dios, piense lo que piense de mí en cualquier otro aspecto, Lady Janet, no debe creer que soy una ingrata.

Lady Janet alzó la mano para imponer silencio.

—No me gustan las explicaciones —dijo con firmeza—. Deberías saberlo mejor que nadie. Quizás la nota de esa mujer lo explique por ti. ¿Por qué no la has leído?

—Estoy muy nerviosa, Lady Janet, usted misma lo ha dicho...

—¿Tienes algo que objetar a que sepa quién es tu visita?

—No, Lady Janet.

—Entonces, déjame su tarjeta.

Mercy le dio la tarjeta de la directora a Lady Janet del mismo modo que le había dado el telegrama a Horace. Lady Janet leyó el nombre impreso en la tarjeta, meditó

un instante, decidió que era un nombre desconocido y después leyó la dirección: «Albergue del Distrito del Oeste. Milburn Road».

«¿Una mujer relacionada con un albergue —dijo para sí— y que ha venido porque se la ha llamado, si no recuerdo mal lo que dijo el criado? ¡Es una hora un tanto extraña para pedir donativos!»

Hizo una pausa. Frunció el ceño; la expresión de su cara se endureció. Una sola palabra habría bastado para llevar la conversación a su inevitable final, pero se negaba a pronunciarla. Insistía, hasta el último momento, en ignorar la verdad. Dejó la tarjeta en el sofá y señaló con su largo índice el papel, que estaba en el regazo de Mercy junto a la carta que ella le había enviado.

—¿La vas a leer o no? —preguntó.

Mercy levantó los ojos, en los que se agolpaban rápidamente las lágrimas, y miró a Lady Janet.

—¿Puedo rogarle que la lea usted? —dijo, y le puso la nota de la directora en la mano.

Se trataba de una octavilla que anunciaba la puesta en marcha de una nueva obra de caridad en el albergue. Se informaba a las personas que hubieran hecho donativos que se había optado por extender el cobijo y las labores de formación propias de la institución, que hasta ahora se dedicaba únicamente a mujeres de la calle, a los niños indigentes y desamparados que se encontraran vagando por las calles. La cuestión del número de niños que se debía rescatar y proteger de este modo dependía, como es lógico, de la generosidad de los amigos del albergue; los costes de mantenimiento de cada niño se habían estimado en el mínimo posible. Incluía, además, una lista de personas importantes que habían aumentado sus donativos para cubrir los gastos y, finalmente, un breve informe de los progresos alcanzados hasta la fecha con la nueva labor.

Las líneas escritas a lápiz, de puño y letra de la directora, se encontraban en un trozo en blanco:

*En tu carta me cuentas, querida, que, en recuerdo de tu infancia, te gustaría dedicarte cuando estés con nosotras a salvar a otros pobres niños desamparados. Por nuestra circular verás que estoy en situación de satisfacer tus deseos. Lo primero que tenía que hacer esta noche en tu vecindario era recoger a una pobre criatura, una niña que tristemente necesita de nuestro cuidado. Me he tomado la libertad de traerla conmigo, pensando que quizás te ayude a aceptar el inminente cambio que se producirá en tu vida. Nos encontrarás esperándote para volver contigo a tu antigua casa. Te escribo todo esto, en lugar de decírtelo, porque he oído al sirviente decir que no estabas sola y, siendo una extraña, no quiero presentarme a la señora de la casa.*

Lady Janet leyó las líneas escritas a lápiz como había leído las impresas: en voz alta. Sin el menor comentario dejó la carta junto a la tarjeta y, levantándose del canapé, se quedó de pie, en silencio, contemplando a Mercy. El súbito cambio que le había producido la carta, a pesar de que se había producido imperceptiblemente, era terrible. El ceño fruncido, el brillo de los ojos, los labios apretados, el amor y el orgullo heridos miraban con desdén a la mujer de vida alegre, como si le estuviera diciendo: «Finalmente lo has conseguido».

—Si esta carta tiene algún sentido —empezó— es que estás a punto de abandonar esta casa. Solamente puede haber una razón para que hayas tomado tal decisión...

—Es la única manera que tengo de expiar mi culpa, señora...

—Veo que tienes otra carta en tu regazo. ¿Es la mía?

—Sí.

—¿La has leído?

—Sí.

—¿Has visto a Horace Holmcroft?

—Sí.

—¿Se lo has contado...?

—¡Oh, Lady Janet...!

—No me interrumpas. ¿Le has contado a Horace Holmcroft lo que mi carta te prohibía terminantemente que le comunicaras a él, o cualquier otro ser viviente? No acepto ni excusas ni protestas. Contéstame al instante y con una palabra: sí o no.

Ni aquellas palabras arrogantes, ni el tono inmisericorde podían apagar en el corazón de Mercy el recuerdo de su antigua bondad y de su amor. Se arrodilló, sus manos extendidas tocaron el vestido de Lady Janet. Ésta apartó el vestido con brusquedad y repitió secamente las últimas palabras.

—¿Sí o no?

—Sí.

¡Por fin se lo había confesado! Hasta ahora, Lady Janet había sometido a Grace Roseberry; había ofendido a Horace Holmcroft; se había rebajado, por primera vez en su vida, a hacer tratos y contraer compromisos que la degradaban. Después de todo lo que había sacrificado y sufrido, ¡ahí estaba Mercy, arrodillada a sus pies, acusándose de incumplir sus órdenes, de pisotear sus sentimientos y a punto de abandonar su casa! ¿Y quién era la mujer que había hecho eso? Era la que había perpetrado el engaño, y la que había persistido en él hasta que su protectora se había rebajado para convertirse en su cómplice. ¡Entonces, y sólo entonces, había descubierto de repente que su sagrado deber era decir la verdad!

Con callado orgullo, la gran dama recibió el golpe que se le había propinado. Con callado orgullo dio la espalda a su hija adoptiva y se dirigió hacia la puerta.

Mercy hizo una última súplica a la generosa amiga a quien había ofendido, a la

segunda madre que tanto había querido.

—¡Lady Janet! ¡Lady Janet! No se vaya sin decirme nada. ¡Intente apiadarse un poco de mí! Voy a regresar a una existencia llena de humillaciones; la sombra de mi antigua desdicha volverá a caer sobre mí. Nunca volveremos a vernos. ¡Aunque no lo merezca, déjeme expresarle mi arrepentimiento! ¡Diga que me perdona!

Lady Janet se volvió en el umbral de la puerta.

—Yo jamás perdono la ingratitud —dijo—. Vete al albergue.

La puerta se abrió, y se cerró detrás de ella. Mercy volvía a estar sola en la habitación.

Horace no la había perdonado. Lady Janet no la había perdonado. Febril, se llevó las manos a la cabeza e intentó pensar. ¡Deseaba sentir el aire fresco de la noche! ¡Deseaba estar ya bajo el acogedor techo del albergue! Sentía aquel triste anhelo en su interior, pero le resultaba imposible pensar.

Tocó la campanilla y nada más hacerlo se acobardó. ¿Tenía derecho a tomarse semejante libertad? Debía haberlo pensando antes de actuar. Costumbre, todo era por la costumbre. ¡Cuántas veces habría llegado a tocar la campanilla en Mablethorpe House!

Entró el criado. Él se sorprendió... ella le hablaba con timidez, casi disculpándose.

—Perdone que le moleste. ¿Sería tan amable de decirle a la señora que me aguarda que ya estoy preparada?

—Espere a dar ese mensaje —dijo una voz detrás de ellos— hasta que vuelva a oír la campanilla.

Mercy, sorprendida, miró a su alrededor. Julian había regresado a la biblioteca por la puerta que daba al comedor.

## CAPÍTULO XXIX

### *La Última Prueba*

El criado los dejó solos. Mercy habló primero.

—¡Mr. Gray! —exclamó—, ¿por qué ha impedido mi mensaje? Estando al corriente de todo debería saber que no me hace ningún favor reteniéndome en esta casa. Julian se acercó más a ella, sorprendido por sus palabras y preocupado por su mirada.

—¿Ha estado alguien aquí durante mi ausencia?

—Lady Janet. No puedo hablar de ello, se me ha partido el corazón. Ya no aguanto más. ¡Déjeme marchar!

Su respuesta había sido breve, pero suficiente. Julian conocía a Lady Janet lo bastante como para deducir lo que había ocurrido. Su rostro expresaba desilusión y malestar.

—Albergaba la esperanza de poder acompañarla cuando se encontrara con mi tía para evitar esta situación —dijo—. Créame, ella se arrepentirá de su dura y precipitada actitud en cuanto haya reflexionado un poco. No lamente que su sacrificio sea aún más duro. Ello la eleva a usted todavía más; la ennoblece, y le hace ganarse mi estima. Disculpe si confieso esto con tanta claridad. Soy incapaz de controlarme, me dominan los sentimientos.

En otros tiempos, Mercy habría adivinado lo que iba a decir a continuación en el tono de su voz, o en sus ojos. Pero, en este momento, su sutil intuición se había apagado, y su fina sensibilidad estaba embotada. Mercy le tendió la mano con la vaga convicción de que estaba simplemente ante una manifestación de bondad natural de Julian.

—Debo darle las gracias por última vez —dijo ella—. Mientras me quede un soplo de vida, mi gratitud hacia usted formará parte de mi vida. ¡Déjeme partir, ahora que aún me quedan fuerzas!

Ella intentó soltarse para tocar la campanilla. Julian la mantuvo sujeta por la mano y la atrajo hacia él.

—¿Al albergue? —preguntó.

—¡Sí! ¡De vuelta a casa!

—¡No diga eso! —exclamó él—. No soporto oírsele decir. No llame al albergue su casa.

—¿Entonces qué es? ¿Dónde voy a ir?

—Para eso he venido. Recuerde que le dije que tenía algo que proponerle.

Ella sintió la ferviente presión de su mano y vio cómo un creciente entusiasmo brillaba en sus ojos. Su agotada intuición despertó un poco. Ella empezó a temblar,

debido a la sensación electrizante que le proporcionaba el contacto de su piel.

—¿Una propuesta? —repitió—. ¿Qué propuesta?

—Déjeme hacerle una pregunta. ¿Qué es lo que ha hecho hoy?

—Ya sabe lo que he hecho... es cosa suya —contestó ella con humildad—. ¿Por qué volver ahora a ello?

—Vuelvo por última vez. Con una propuesta que muy pronto comprenderá. Usted ha disuelto su compromiso de matrimonio, ha perdido el amor de Lady Janet, todos sus proyectos en la vida se han hecho añicos y ahora regresará, en penitencia, a una vida que usted misma ha calificado como sin esperanza. Y todo eso lo ha hecho por voluntad propia, en un momento en que su posición en la casa era completamente segura, en honor a la verdad. Ahora, dígame, ¿cree que una mujer capaz de hacer tal sacrificio sería indigna de la confianza del hombre que le encomendara preservar su honor y su nombre?

Finalmente, lo entendió. Se apartó de él con un grito. Se quedó mirándolo, temblando, con las manos juntas. Él no le dejó tiempo para pensar. Las palabras manaban de sus labios, sin ser consciente de ello, sin esfuerzo alguno.

—¡Mercy, la amo desde el primer día en que la vi! ¡Ahora que está liberada de cualquier compromiso puedo confesárselo, puedo pedirle que sea mi esposa!

Ella retrocedió con gesto brusco y suplicó:

—¡No, no! No sabe lo que está diciendo. Piense en lo que tendría que sacrificar por mí. No puedo, no debo aceptarlo.

El rostro de Julian se oscureció con un temor repentino. Incluyó la cabeza hacia adelante. Su voz descendió tanto que apenas podía oírle.

—Olvidaba algo. Usted me lo acaba de recordar.

Mercy se atrevió a acercarse un poco a él.

—¿Le he ofendido?

Él sonrió con tristeza.

—Me ha iluminado. Había olvidado que el hecho de que yo la ame no significa que sea correspondido. Dígame si es por eso y no la molestaré más.

Un leve rubor afloró en su rostro, para desvanecerse después dejándolo más pálido que antes. Bajó los ojos, intimidada por la insistente mirada con que la observaba Julian.

—¿Cómo voy a decirlo? —contestó con sencillez—. ¿Qué mujer en mi lugar podría resistirse?

Él avanzó ansioso, tendiéndole los brazos, mudo y sin aliento por la dicha. Ella se apartó otra vez de él, con una mirada que le dejó horrorizado: una mirada de pura desesperación.

—¿Cree usted que soy la mujer que le convengo? —preguntó—. ¿Acaso debo recordarle lo que su clase, su integridad sin tacha y su fama le exigen? Piense en todo



lo que ha hecho por mí y después piense en lo muy ingrata que sería si arruinara su vida aceptando casarme con usted, si, por egoísmo, crueldad o maldad, le arrastrara hasta el nivel de una mujer como yo.

—Yo la haré ascender a mi nivel cuando la convierta en mi esposa —contestó él—. ¡Por Dios, apiádese de mí! Olvídese del mundo y de sus opiniones. De usted, y de nadie más que usted depende mi felicidad o mi desdicha. ¡La gente! ¡Dios mío! ¡Qué puede darme la gente en comparación con usted!

Mercy juntó las manos a modo de súplica; las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Por favor, tenga piedad de mi debilidad! —dijo—. Usted es el más bondadoso y el mejor de los hombres, ayúdeme a cumplir con mi duro deber con usted... realmente es tan duro, después de todo lo que he sufrido... ¡En un momento en que mi corazón anhela paz, felicidad y amor! —se detuvo, temblando al darse cuenta de lo que acababa de decir—. ¡Recuerde cómo me ha tratado Mr. Holmcroft, y cómo me ha abandonado Lady Janet! ¡Recuerde lo que le he contado de mi vida! El desprecio de toda la gente que conoce le hostigaría a través de mí. ¡No, no y no! No se hable más. ¡Perdóneme, compadézcame, déjeme!

Le fallaba la voz; los sollozos entrecortaban sus palabras. Julian se precipitó hacia ella y la cogió en sus brazos. Ella era incapaz de resistirse; pero nada indicaba que fuera a ceder. Apoyaba la cabeza contra su pecho, horriblemente indiferente, como si no tuviera vida.

—¡Mercy! ¡Amor mío! Nos marcharemos. Nos iremos de Inglaterra y nos esconderemos entre gente nueva, en un nuevo mundo, cambiaré de nombre, romperé con mi familia, con mis amigos, con todo. ¡Haré lo que sea, lo que sea antes que perderte!

Ella levantó pausadamente la cabeza y lo miró.

De repente, él la soltó, retrocedió tambaleándose como si le hubieran dado un golpe y se dejó caer en una silla. Antes de que ella pronunciara palabra, él ya había podido leer la terrible decisión en su rostro: ella prefería antes la muerte que ceder a su propia debilidad y hacerle desgraciado.

Mercy estaba de pie, con las manos entrelazadas. Su hermosa cabeza se había erguido; sus dulces ojos grises volvían a brillar tras haberse secado sus lágrimas. La había inundado una tormenta de sentimientos, pero al fin había pasado. Su rostro expresaba una triste serenidad, y su voz una noble resignación. Julian tenía ante sí la serenidad de una mártir en el momento en que ella dijo su última palabra.

—Una mujer que ha llevado una vida como la mía, una mujer que ha sufrido lo que yo he sufrido, podrá amarle, como yo le amo, pero jamás podrá ser su esposa. Esa condición está muy por encima de ella. Y cualquier otra condición sería demasiado humillante para ella y para usted —hizo una pausa y avanzó hacia la campanilla para dar la señal de su partida.

Una vez hecho esto, deshizo sus pasos hasta que estuvo al lado de Julian.

Le alzó con ternura la cabeza, apoyándola un momento en su pecho, después se inclinó en silencio y le tocó la frente con los labios. Toda la gratitud que le colmaba el corazón y todo el sacrificio que se lo partía se resumían en aquellas dos acciones, llevadas a cabo con tanta modestia y tanto cariño. Cuando dejó de sentir el último contacto de sus dedos, Julian rompió a llorar.

Un sirviente acudió a la llamada. En el momento de abrir la puerta se oyó una voz de mujer, en el vestíbulo, que le hablaba.

«Deje que entre la niña», dijo la voz. «Yo esperaré aquí». La niña entró en la estancia: era la misma criatura desamparada que le había recordado a Mercy su propia niñez un día en que Horace y ella habían salido a dar un paseo.

La niña no era hermosa; el horror de su historia, por otra parte habitual, no estaba envuelto por el halo del romanticismo. Entró encogida, atónita al ver el lujo que la rodeaba: ¡Una hija de las calles londinenses! ¡Una mascota de las leyes de la economía política! ¡El terrible y salvaje producto de un sistema de gobierno agotado y de una civilización corrompida hasta la médula! Limpia por primera vez en su vida, bien comida por primera vez en su vida, vestida con ropa en lugar de con harapos por primera vez en su vida, hermana en la adversidad de Mercy, se arrastraba temerosamente sobre la hermosa alfombra y se detenía maravillada ante las incrustaciones de una mesa de marquetería que parecía una mancha de barro en el esplendor de la habitación.

Mercy le dio la espalda a Julian para recibir a la niña. El corazón de la mujer, ávido en su horrible aislamiento de algo sobre lo que poder volcar su amor sin herir a nadie, recibió a la pobre niña rescatada de las calles como consuelo de Dios. Cogió a la estupefacta criatura en sus brazos.

—¡Dame un beso! —le susurró, indiferente a la agonía por la que pasaba—. ¡Llámame hermana!

La niña la miraba distraídamente. Para ella, una hermana no era más que una niña mayor con fuerza suficiente para pegarla.

Mercy dejó en el suelo a la niña y se giró para dirigirle una última mirada al hombre cuya felicidad había destrozado...

Julian no se había movido. Seguía con la cabeza agachada y el rostro escondido. Mercy se le acercó unos pasos.

—Los demás me han abandonado sin una sola palabra de comprensión. ¿Podrá usted perdonarme?

Julian le tendió la mano sin alzar la vista. Aunque le había herido en lo más profundo, su generosidad seguía entendiéndola. Desde el principio, se había mantenido fiel a ella misma, y lo seguía siendo.

—Que Dios te bendiga y te proteja —dijo con voz entrecortada—. No existe

mujer más noble que tú en este mundo.

Ella se arrodilló y le besó la mano, que apretaba la suya por última vez.

—La vida no se acaba en este mundo —le susurró—. ¡Un mundo mejor está por venir!

Entonces se levantó y volvió con la niña. De la mano, las dos habitantes del Reino de Dios, proscritas del Reino del Hombre, atravesaron lentamente la habitación, el vestíbulo y la noche. El sonido metálico de la puerta al cerrarse era como el tañido que anunciaba su partida. Se habían ido.

Pero la disciplinada rutina de la casa, inexorable como la muerte, siguió su ritmo. Cuando el reloj dio la hora, sonó la campanilla de la cena. Pasó un minuto, el margen que indicaba el inicio del retraso. Apareció el mayordomo en el umbral de la puerta del comedor.

—La cena está servida, señor.

Julian levantó la cabeza. Sus ojos vagaron por la habitación vacía. Cerca de él, sobre la alfombra, había algo blanco. Era el pañuelo de Mercy, húmedo de sus lágrimas. Lo cogió y lo apretó contra sus labios. ¿Sería este su último recuerdo? ¿Le había abandonado para siempre?

La energía natural de aquel hombre, armado con todo el poder de su amor, renació en él. ¡No! ¡Mientras le quedara un soplo de vida, mientras le quedara tiempo ante sí, seguiría albergando la esperanza de obtener su consentimiento!

Se volvió hacia el sirviente, sin importarle la emoción que se reflejaba en su rostro.

—¿Dónde está Lady Janet?

—En el comedor, señor.

Reflexionó un momento. Su influencia había fracasado. ¿A través de quién podría llegar hasta ella? Al hacerse esta pregunta, le llegó la inspiración. Vio el camino para acercarse a ella: a través de Lady Janet.

—La señora está esperando, señor. Julian entró en el comedor.

## *Fin del Segundo Acto*

# EPÍLOGO

*Contiene:*

Una selección de la correspondencia entre *Miss Grace Roseberry* y *Mr Horace Holmcroft*

*y además,*

algunos extractos del diario del Reverendo *Julian Gray*.

# I

## *De Mr. Horace Holmcroft a Miss Grace Roseberry*

*Me apresuro a darle las gracias, estimada Miss Roseberry, por su amable carta que recibí ayer de Canada. Créame si le digo que aprecio su generosa disposición a perdonar y olvidar las groseras palabras que le dije en un momento en el que tenía los ojos vendados a la verdad por la astucia de una desalmada. En la Grace que me ha perdonado puedo reconocer el sentido innato de la justicia de una verdadera dama. El linaje y la educación siempre se ponen de manifiesto; gracias a Dios, yo creo en ellos con mayor fe que nunca.*

*Me pide que la tenga informada sobre cómo evoluciona el encaprichamiento de Julian Gray, y su conducta con respecto a Mercy Merrick.*

*Si no me hubiera hecho el favor de explicarme sus razones, me habría sorprendido bastante recibir, de una dama de su posición, una petición como ésta. Pero los motivos por los que se ve impulsada a obrar de esta manera están más allá de cualquier duda. Como usted muy bien dice, la existencia de nuestra sociedad está amenazada por el lamentable predominio de las ideas liberales que se extienden a lo largo y ancho del país. Solamente podemos protegernos contra estos impostores, cuyo único móvil es conseguir un puesto entre las personas de nuestra clase, si nos familiarizamos, de alguna forma (por desagradable que sea) con los trucos que emplean para alcanzar sus propósitos. Si deseamos saber hasta qué extremos llega su astucia y qué triste grado de ofuscación puede llegar a consentir nuestra credulidad, debemos observar (aunque nos repugne) el proceder de las Mercy Merrick o de los Julian Gray.*

*Retomando el hilo de mi relato donde lo dejé en mi última carta, debo tomarme la libertad de aclararle una cosa.*

*Algunas frases salidas de su pluma me sugieren que usted culpa a Julian Gray de la lamentable visita de Lady Janet al albergue, al día siguiente de que Mercy Merrick saliera de su casa. Permítame decirle que no es del todo exacto. Julian, como usted comprenderá enseguida, tiene ya bastante por lo que responder para que le hagan responsable de errores en los que no tiene nada que ver. Lady Janet (como ella misma me dijo) fue al albergue por voluntad propia para pedirle perdón a Mercy Merrick por el lenguaje que había usado el día anterior. «No encuentro palabras para describir la deplorable noche que pasé», le aseguro que fue lo que me dijo literalmente, «pensando en lo que mi vil orgullo, egoísmo y obstinación me hicieron decir. Habría ido de rodillas a pedirle perdón si me lo hubiesen permitido. No volví a sentirme bien hasta que consintió en venir a verme de vez en cuando a Mablethorpe House».*

Sin duda, estará usted de acuerdo conmigo en que semejante excentricidad es más digna de compasión que de censura. ¡Qué triste ver cómo el ser humano pierde sus facultades conforme avanza la edad! Resulta angustioso pensar en cuánto tiempo podrá Lady Janet seguir llevando ella misma sus asuntos. La próxima vez que hable con su abogado aprovecharé la oportunidad para tratar esta cuestión con delicadeza.

Me estoy alejando del tema que nos preocupa. Y (¿no le parece extraño?) le escribo con tanta familiaridad como si fuésemos viejos amigos.

Volviendo a Julian Gray: si bien es inocente de instigar la primera visita de su tía al albergue, sí es culpable de haberla hecho volver una segunda vez, un día después de que yo le enviara mi última carta. Esta vez, el objetivo de Lady Janet era, ni más ni menos, hablar en favor de su sobrino en calidad de humilde pretendiente de la mano de Mercy Merrick. ¡Imagínese qué degradación para una de las familias más antiguas de Inglaterra, invitar a una desgraciada de un albergue a que honre a un pastor de la Iglesia de Inglaterra convirtiéndose en su esposa! ¿Pero en qué tiempos vivimos? Mi pobre madre lloró de vergüenza cuando se enteró. ¡Cuánto admiraría y estimaría usted a mi madre!

Estaba invitado a cenar en Mablethorpe House el día en que Lady Janet procedió a su degradante visita.

«¿Y bien?», le dije, después de que saliera el criado de la habitación, claro está.

«Pues», contestó Lady Janet, «Julian tenía razón». «¿Razón en qué?»

«En que no hay en este mundo mujer más noble que Mercy Merrick.»

«¿Le ha rechazado de nuevo?»

«Le ha rechazado de nuevo».

«¡Gracias a Dios!». Lo sentía con fervor y con tal fervor lo dije. Lady Janet dejó los cubiertos en la mesa y me clavó una de sus duras miradas.

«Quizás no tengas la culpa, Horace, de no saber apreciar la bondad y generosidad de otras personas más nobles que tú. Pero lo mínimo que podrías hacer es desconfiar de tu capacidad de apreciación. De ahora en adelante me gustaría que te guardaras tus opiniones sobre asuntos que no entiendes para ti mismo. Te tengo cariño, por la memoria de tu padre; e interpreto tu conducta hacia Mercy Merrick de la forma más indulgente de que soy capaz: humanamente considero que te comportas como un idiota. (Ésas fueron sus propias palabras, Miss Roseberry, se lo aseguro de nuevo, sus propias palabras). Pero no abuses demasiado de mi indulgencia: no vuelvas a insinuar que una mujer tan buena que, si falleciera esta noche, iría directa al cielo, no es digna de ser la esposa de mi sobrino.»

Antes le manifestaba mi convicción de que no era probable que Lady Janet fuera capaz de seguir manejando sus asuntos durante mucho más tiempo. ¿Quizá entonces le parecía una opinión apresurada? ¿Qué le parece ahora?

Obviamente, era inútil responder con seriedad a la terrible reprimenda de que había sido objeto. Además, estaba realmente consternado ante aquella degradación de sus principios, que provenía, sin duda alguna, de la degradación de sus facultades mentales. Le devolví una respuesta tranquilizadora y respetuosa y, a cambio, ella me hizo el favor de relatarme brevemente lo que realmente había ocurrido en el albergue. Mi madre y mis hermanos se escandalizaron cuando oyeron los detalles. A usted también le escandalizarán.

Nuestra interesante arrepentida (esperando la visita de Lady Janet) se las ingenió, ¡cómo no!, para que la encontrara ocupada en una conmovedora labor doméstica. Tenía un bebé abandonado durmiendo en su regazo y le estaba enseñando el alfabeto a una pequeña y fea vagabunda que había recogido de la calle. Es decir, el tipo de escena ideal para ablandarle el corazón a una anciana, ¿no es cierto?

Ya se puede imaginar la escena cuando Lady Janet empezó su labor de casamentera. Después de preparar muy bien su papel, lo cierto es que Mercy Merrick no lo representó nada mal. De sus labios manaban los sentimientos más magnánimos. Le dijo que en el futuro se dedicaría a las obras de caridad, dando el ejemplo del bebé y la niña fea. Por mucho que tuviera que sufrir, por grande que tuviera que ser el sacrificio al que debía someter sus sentimientos (observe con qué habilidad insinuó que ella también estaba enamorada de Julian Gray), a ella le resultaba imposible aceptar de Mr. Julian Gray aquel honor del que era indigna. Su gratitud hacia él y sus sentimientos por él le prohibían comprometer su brillante futuro accediendo a un matrimonio que lo degradaría en la estima de todas sus amistades. Le daba las gracias a Mr. Gray (llorando), le daba las gracias a Lady Janet (llorando todavía más), pero no se atrevía, en beneficio de su honor y su felicidad, a aceptar la mano que le ofrecía. Que Dios lo bendiga y le consuele y que Dios la ayude a soportar su triste destino.

El objetivo de esta despreciable comedia está bastante claro, me parece a mí. Sencillamente, ella está rechazándolo (Julian, como usted sabe, es pobre) hasta que las dotes de persuasión de Lady Janet den paso a su monedero. En una palabra: ¡un arreglo! Si no fuera por el lenguaje irreverente de esa mujer y por la lamentable credulidad de la pobre anciana, todo ello serviría de tema para una comedia.

Pero todavía no le he contado lo más triste de la historia.

En su momento, se le comunicó a Julian Gray la decisión de la joven, e instantáneamente perdió el juicio. ¿Se puede creer que ha renunciado a su labor pastoral? En un momento en que la iglesia se llena los domingos para oírle predicar, ese loco cierra las puertas y se aleja del púlpito. Ni siquiera Lady Janet estaba tan ida como para incitarle a hacerlo. Ella protestó, como el resto de sus amigos. ¡Pero era inútil! No importaba lo que le dijeran, su única respuesta era: «Mi carrera ha terminado». ¡Qué tontería!

Como es natural, se preguntará usted qué es lo que piensa hacer ahora este perturbado. Pues no tengo ningún pudor en afirmar que tiene intención de suicidarse. ¡Por favor, no se alarme! No hay que temer por que acuda a una pistola, a una soga, ni a un río. Julian está buscando la muerte dentro de los límites de la ley.

Ya sé que es un lenguaje muy crudo. Pero ahora le relataré los hechos y podrá juzgar por sí misma.

Cuando dimitió de su cargo de pastor, el siguiente paso fue ofrecerse como voluntario a una Misión de la costa occidental de África. Afortunadamente, las personas que estaban al frente de la Misión demostraron su sentido del deber. Le dijeron de la forma más halagadora posible que estaban convencidos del gran valor de su colaboración, sin embargo, para aceptar su propuesta era necesario que se sometiera a un examen efectuado por un médico competente. Tras dudarlo un poco, acabó por aceptar. Y el informe del doctor era concluyente. En el actual estado de salud de Julian, el clima de África occidental probablemente acabaría con él en menos de tres meses.

Frustrado en su primer intento, se dirigió a una Misión de Londres. Aquí era imposible poner la excusa del clima. Y, esta vez, lamento decirle que ha logrado lo que quería.

Ahora está trabajando (dicho de otro modo, ahora está arriesgando su vida) en la Misión de Green Anchor Fields. El distrito de este nombre se encuentra en una zona recóndita de Londres, cerca del Támesis, y tiene la triste fama de estar infestado de los miserables más desesperados y rastros de toda la población metropolitana, y está tan atestado que casi nunca se libra del ataque de las epidemias. En ese lugar tan horroroso, y entre gente tan peligrosa, Julian trabaja de sol a sol. Sus amigos ya no lo ven. Desde que se incorporó a la Misión, ni siquiera ha ido a visitar a Lady Janet.

He cumplido con mi palabra, éstos son los hechos. ¿Me equivoco al tener una visión pesimista del futuro? No puedo olvidar que este infeliz fue mi amigo, y ahora no veo ninguna esperanza en su futuro. Se expone expresamente a la violencia de los rufianes y a cualquier epidemia, ¿quién puede conseguir que abandone una situación tan espeluznante? La única persona capaz de ello sería aquella por la que, si se uniera a ella, le sobrevendría su ruina: Mercy Merrick. ¡Dios sabe qué desastres tendré el doloroso deber de comunicarle en mi próxima carta!

Quisiera expresarle mi más sincero agradecimiento por su interés en mi persona y en mis proyectos.

Tengo muy poco que contar respecto a ambas cosas. Después de lo que he sufrido (mis sentimientos han sido pisoteados y mi confianza, traicionada), de momento me veo incapaz de decidir qué voy a hacer. Volver a mi antigua profesión, el ejército, ni me lo planteo, ya que en estos tiempos cualquier persona de oscuro origen, capaz de



*pasar el examen médico, puede alcanzar mi mismo rango e incluso puede llegar a ser mi superior. Si tuviera que elegir una profesión, me inclinaría por la diplomacia. El linaje y la educación todavía se consideran cualidades esenciales en los servidores públicos que cumplen esa función. Pero aún no me he decidido.*

*Mi madre y mis hermanas desean que le diga que, en caso de que vuelva usted a Inglaterra, para ellas sería un gran placer conocerla. Comprenden todo lo que he sufrido, pero no olvidan que usted también lo ha hecho. Le espera una cordial bienvenida cuando decida hacer su primera visita a nuestra casa.*

*Le saluda atentamente,*

*Horace Holmcroft*

## II

### *De Miss Grace Roseberry a Mr. Horace Holmcroft*

*Querido Mr. Holmcroft:*

*Voy a robar unos instantes a mis restantes ocupaciones para agradecerle su interesante y deliciosa carta. ¡Qué descripciones tan acertadas y qué juicio tan agudo! Si la literatura gozara de mejor consideración, casi le aconsejaría... aunque mejor no, porque si se convirtiera en literato, ¿cómo sería capaz de frecuentar a la clase de gente que se mueve en ese círculo?*

*Entre nosotros, yo siempre he creído que se exageraba al elogiar el talento de Mr. Julian. No diré que usted me ha confirmado esta opinión; me limitaré a decir que me inspira lástima. Pero, querido Mr. Holmcroft, dado su buen criterio, ¿cómo puede situar a un mismo nivel las tristes alternativas que se le ofrecen? ¿Hay comparación posible entre morir en Green Anchor Fields y caer en las garras de esa bruja? Es mil veces mejor morir sirviendo a los demás que casarse con Mercy Merrick.*

*Al escribir el nombre de esa mujer, añadiré, a fin de terminar cuanto antes con el asunto, que estoy ansiosa por recibir su próxima carta. No piense que siento la menor curiosidad por esa mujer degradada e intrigante. Mi interés en ella es meramente religioso. Para personas tan devotas como yo, ella es como una terrible premonición. Cuando siento que el diablo está cerca, me viene a la memoria el recuerdo de Mercy Merrick.*

*¡Pobre Lady Janet! Advertí esos pequeños indicios de deterioro mental, a los que usted aludía con tanta consideración, en la última entrevista que mantuve con ella en Mablethorpe House. Si tiene oportunidad, ¿le dirá que le deseo lo mejor para ella? ¿Y también que no la olvido en mis oraciones?*

*Quizás tenga la posibilidad de ir a Inglaterra a finales del otoño. Mi situación ha cambiado desde la última vez que le escribí. He encontrado trabajo como lectora y señorita de compañía de una dama cuyo esposo es un alto dignatario judicial de esta parte del mundo. Él no me resulta interesante; es lo que se suele llamar un «hombre hecho a sí mismo». Su mujer es encantadora. Además de ser persona de gustos intelectuales elevados, está muy por encima de su marido, como enseguida se dará cuenta si le digo que está emparentada con los Gommery de Pommery, y no con los Pommery de Gommery, quienes (como sabrá, dados sus conocimientos sobre nuestras antiguas familias) sólo son parientes de la rama más reciente de ese antiguo linaje.*

*Me sentiría enteramente feliz en el elegante ambiente en que ahora me encuentro, si no fuera por un pequeño inconveniente. El clima de Canada no le resulta conveniente a mi amable señora, y los médicos le aconsejan pasar el invierno en*

*Londres. En ese caso, tendré el privilegio de acompañarla. ¿Hace falta añadir que con gusto les visitaré en su casa? Los lazos de la amistad me unen ya a su madre y a sus hermanas. Existe una especie de camaradería natural entre las damas de buena familia, ¿no es así? Reciba mi agradecimiento y mis recuerdos. aguardo con ilusión su próxima carta, créame, querido Mr. Holmcraft,*

*Atentamente,*

*Grace Roseberry*

### III

## *De Mr. Horace Holmcroft a Miss Grace Roseberry*

*Querida Miss Roseberry:*

*Disculpe mi prolongado silencio. He ido dejando pasar correo tras correo con la esperanza de poder enviarle buenas noticias. Pero es inútil seguir esperando. Mis peores presentimientos se han hecho realidad, me veo en el doloroso deber de escribirle una carta que ha de causarle sorpresa y disgusto.*

*Permítame que describa los hechos en el orden en que sucedieron. De esta manera espero que podrá ir preparándose paulatinamente para lo que le voy a contar.*

*Unas tres semanas después de mi última carta, Julian Gray pagó el precio de su temeraria imprudencia. No quiero decir que sufriera violencia alguna de manos de la gente con la que se había mezclado. Por el contrario, logró, aunque parezca mentira, ganarse la confianza de los rufianes que le rodeaban. En mi opinión, ellos empezaron por respetar el valor que demostraba Julian al aventurarse él solo entre ellos, y acabaron comprendiendo que él realmente se interesaba por su bienestar. Es del otro peligro, del que le hablaba en mi última carta, del que ha caído víctima: la enfermedad. Poco después de empezar con su labor le asaltó la fiebre. Nos enteramos de que Julian se había contagiado de la epidemia cuando ya era demasiado tarde para trasladarlo, sacándolo del alojamiento que ocupaba en aquel barrio. Me informé personalmente en el momento en que nos llegaron aquellas noticias, y el médico de guardia se negó a responder por su vida.*

*Ante tan alarmante situación, la pobre Lady Janet, impulsiva e irracional como siempre, insistió en dejar Mablethorpe House e irse a vivir lo más cerca posible de su sobrino.*

*Como me fue imposible disuadirla de aquella locura, que representaba dejar la casa y sus comodidades, lo cual podía resultarle fatal dada su edad, me sentí en la obligación de acompañarla. Encontramos alojamiento (si es que se puede llamarlo así) en una posada, a la orilla del río, frecuentada por capitanes de barco y viajeros. Me ocupé de que Julian recibiera la mejor asistencia médica, ya que los insensatos prejuicios de Lady Janet contra los médicos le obligaron a dejar este importante asunto en mis manos.*

*No la cansaré entrando en detalles sobre la enfermedad de Julian. La fiebre siguió su curso, caracterizado por la alternancia habitual de periodos de delirio y de postración. Los hechos que siguieron, que lamento tener que relatar, no me dejan otra alternativa que tratar, con la mayor brevedad posible, la penosa cuestión del delirio. Según me han explicado, los desvaríos de las personas en estado febril*

pueden ser muy diversos. En el caso de Julian se limitaban a un único tema. Hablaba sin cesar de Mercy Merrick. Continuamente les pedía a sus cuidadores que la mandaran llamar. Día y noche, era la única idea que cruzaba su mente y el único nombre que salía de sus labios.

Los médicos, como es natural, quisieron informarse de quién era esa persona ausente. Me vi forzado (confidencialmente, claro) a explicarles la situación con claridad.

El eminente médico al que le había encargado que supervisara el tratamiento se comportó de forma admirable. A pesar de proceder de una clase baja, él tiene, curiosamente, la intuición de un caballero. Comprendió perfectamente la delicada situación y se dio cuenta de lo importante que era prevenir que alguien como Mercy Merrick se hiciera con la oportunidad llegar al pie del lecho de Julian Gray. «Un calmante es lo único que requiere este paciente», explicó, y tengo su permiso para repetirlo. El médico local, en cambio, un hombre joven (y evidentemente, un radical fanático), resultó ser tozudo y, teniendo en cuenta su posición, también insolente. «A mí me da igual quién sea esa señora, y la opinión que les pueda merecer», me dijo. «Debo decirles que, a mi entender, es el remedio con el que tenemos más probabilidades de salvarle la vida al paciente. Nuestra ciencia está agotando sus recursos. Que venga esa Mercy Merrick, no importa quién o qué sea. Existe la posibilidad, sobre todo si resulta ser una persona sensata y una buena enfermera, de que él nos sorprenda a todos reconociéndola. En este caso, su recuperación sería más que probable. Pero si siguen rechazando sus súplicas, si permiten que el delirio se prolongue durante veinticuatro horas más, es hombre muerto.»

Por desgracia, Lady Janet estaba presente, al pie de la cama, cuando pronunciaron estas palabras.

¿Es preciso que le cuente el resultado? Teniendo que decidir entre el informe de un médico que gana cinco mil libras al año y que sin duda va a estar entre lo más granado de la clase médica, y el consejo de un oscuro medicucho del East End de Londres que no llega a las quinientas libras al año, ¿hace falta que le diga cuál fue la decisión de Lady Janet? Usted ya la conoce, y adivinará enseguida que su siguiente paso fue visitar por tercera vez el albergue.

Dos horas después (le doy mi palabra de honor de que no exagero), Mercy Merrick ya se encontraba al pie de la cama de Julian.

La excusa, naturalmente, era que no debía dejarse llevar por sus escrúpulos personales cuando una autoridad médica había manifestado que sólo ella podía salvarle la vida al paciente. Comprenderá que yo sólo podía retirarme de la escena. Mi médico siguió mi ejemplo, después de haber escrito la receta del calmante y de recibir el insulto de que el médico del barrio se negara a hacer uso de ella. Regresé en el carruaje del médico. Sin darme una opinión definitiva, noté que había perdido

toda esperanza de que Julian se recuperara. «Estamos en manos de la Providencia, Mr. Holmcroft», esas fueron sus últimas palabras cuando me dejó en casa de mi madre.

Apenas me atrevo a continuar el relato. Si fuera por mí, preferiría dejarlo aquí mismo.

Permítame que me apresure a contarle el final. En dos o tres días, recibí los primeros informes del paciente y su enfermera. Lady Janet me comunicó que él la había reconocido. Al oírlo, me preparé para lo que viniera. El siguiente informe anunciaba que estaba recuperando las fuerzas y el siguiente, que estaba fuera de peligro. En ese momento, Lady Janet regresó a Mablethorpe House. Hablé con ella hace una semana y me contó que habían trasladado a Julian a la costa. Ayer le hice una visita... y recibí la última información de su boca. Mi pluma casi se niega a seguir escribiendo. ¡Mercy Merrick ha aceptado casarse con él!

¡Es un ultraje a la buena sociedad! ¡Así es como lo ven mi madre y mis hermanas; así es como debe verlo usted también!. Mi madre ha borrado el nombre de Julian de su lista de visitas. El servicio tiene órdenes, por si se le ocurre aparecer: no habrá nadie en casa.

Desgraciadamente, estoy seguro de no equivocarme si le escribo que este desdichado matrimonio es ya casi un hecho. Lady Janet llegó al extremo de enseñarme las cartas: una de Julian y la otra de la propia Mercy. ¡Imagínese, Mercy Merrick manteniendo correspondencia con Lady Janet Roy! ¡Dirigiéndose a ella con un «Mi querida Lady Janet», y firmando con un «Cordialmente»!

No tuve paciencia para terminar de leer ninguna de las dos cartas. El tono de la de Julian es el de un socialista; yo creo que debería informarse a su obispo de esto. En cuanto a ella, es tan astuta representando su papel con la pluma como lo era en persona. Vea unas frases al azar: «No puedo dejar de pensar que cometo un error al aceptar». «Mi mente se llena de tristes presentimientos al pensar en el futuro...» «Siento que la primera mirada de desdén dirigida a mi marido va a destruir mi felicidad, aunque a él no le hiera...» «Mientras estuve separada de él, podía controlar mi debilidad; era capaz de aceptar mi cruel destino. ¿Pero cómo voy a resistirme a él, después de haber estado velándolo durante semanas al pie de la cama, después de haber visto su primera sonrisa y de oír sus primeras palabras de gratitud hacia mí, mientras le iba ayudando lentamente a recobrar la vida?»

¡Ese es el tono que emplea durante cuatro páginas de letra apretada, con nauseabunda humildad y falsos sentimientos! Estas cosas hacen que uno casi sienta desprecio por las mujeres. Gracias a Dios, tengo muy cerca a otras que son todo lo contrario y que me recuerdan el respeto que merecen las pocas que sobresalen del conjunto que forma el sexo débil. Ahora he aprendido a valorar todavía más a mi madre y a mis hermanas. ¿Podría añadir, a modo de consuelo, que aprecio casi con

*tanta gratitud el privilegio de poder mantener correspondencia con usted?*

*Por ahora me despido. He sufrido una violenta conmoción en mis convicciones más profundas. Estoy demasiado deprimido y desanimado para seguir escribiendo. Le deseo todo lo mejor, estimada Miss Roseberry, hasta que nos veamos.*

*Le saluda atentamente,*

*Horace Holmcroft*

## IV

### *Extractos del Diario del Reverendo Julian Gray*

#### *Primer extracto*

¡Hoy hace un mes que nos hemos casado! Lo único que puedo decir es que estaría encantado de pasar por todo lo que he sufrido para vivir este mes de nuevo. No he sabido lo que era la felicidad hasta ahora. Es más: he convencido a Mercy de que todo es obra suya. He dispersado sus recelos en el viento; debe aceptar los hechos y reconocer que es capaz de hacerme feliz.

Mañana volvemos a Londres. Ella lamenta tener que abandonar el tranquilo y remoto retiro de la costa: odia este cambio. A mí no me importa. Todo me da igual, mientras mi mujer esté a mi lado.

#### *Segundo extracto*

Han aparecido las primeras nubes. Acabo de entrar en la habitación de improviso y la encontré llorando.

Con mucha dificultad he logrado que me contara lo ocurrido. ¿Hasta dónde puede llegar la maldad de una deslenguada y estúpida mujer? En este caso, la mujer a la que me refiero es la casera de mi alojamiento. Como todavía no teníamos proyectos para el futuro, volvimos a Londres (por desgracia, como acabamos de comprobar), a mis habitaciones de soltero. Todavía disponía de ellas otras seis semanas y Mercy no estaba dispuesta a que corriera con los gastos de un hotel. A la hora del desayuno, mi mujer pudo oír cómo me comentaba irónicamente que, durante mi ausencia, se hubieran acumulado muchas menos cartas y tarjetas de lo habitual. Después del desayuno tuve que salir. Ella, pobrecilla, atenta siempre al menor cambio en relación al mundo que me rodea y que pueda relacionarse con mi matrimonio, interrogó a la casera acerca de por qué se había reducido el número de visitas y la correspondencia. La mujer vio la oportunidad de chismorrear sobre mí y mis asuntos y la fina sensibilidad de mi esposa sacó muy pronto las correspondientes conclusiones. Mi matrimonio ha decidido a ciertos sabios cabezas de familia a romper su relación conmigo. Desgraciadamente, los hechos hablan por sí solos. La gente que, años atrás, solía visitarme e invitarme, o que cuando estaba ausente me escribía, ahora se había abstenido, con extraña unanimidad, de visitarme, invitarme o escribirme.

Habría sido una pérdida de tiempo, que además hubiera implicado una falta de confianza en mi mujer, intentar arreglar las cosas discutiendo aquella conclusión con Mercy. Sólo pude consolarla diciéndole que aquellas actitudes sólo me provocaban



una sombra de mortificación. De este modo, he logrado, hasta cierto punto, tranquilizar a mi querida amada. Pero la herida está ahí y duele. Es imposible ignorar este hecho, así que tendré que afrontarlo con valor.

Aunque este pequeño incidente me parezca insignificante, me ha hecho tomar una decisión. De ahora en adelante, estoy resuelto a actuar según mis propias convicciones en vez de guiarme por los bienintencionados consejos de las amistades que aún me quedan.

La mayor parte de mi éxito lo he conseguido en el púlpito. Soy, como se suele decir, un predicador carismático, pero jamás en mi fuero interno he sentido la vanidad de mi propia fama o un respeto extraordinario por los medios con que la he conseguido. En primer lugar, no considero importante la oratoria como mérito intelectual. No hay otro arte en el cual las condiciones del éxito sean tan fáciles de obtener; no existe otro arte en el que lo meramente superficial pase por delante de lo que pretende ser profundo. Entonces, ¡los resultados que consigue son tan nimios! Observemos mi caso. ¡Cuántas veces, por ejemplo, habré atacado, con todo mi corazón, el perverso despilfarro de la vestimenta de las mujeres, ese sucio pelo postizo y sus nauseabundos polvos y pinturas! ¡Cuántas veces, por poner otro ejemplo, he denunciado el espíritu mercenario y materialista de este siglo, la corrupción constante y las estafas propias del comercio, tanto en las capas altas como en las bajas! ¿Y qué he hecho de bueno? Pues las delicias de las mismas personas a las que reprendía. «¡Me ha encantado su sermón!» «¡Ha estado más elocuente que nunca!» «En la otra iglesia odiaba los sermones, pero ¿sabe que ahora estoy impaciente por oír el próximo?» Éste es el efecto que produzco los domingos. Y los lunes, las mujeres se van a la sombrerería a gastarse más dinero en bagatelas; los hombres de negocios trabajan para hacer todavía más dinero, mientras que mi tendero, que se deshace en elogios por mi sermón, vestido con su traje dominguero, se remanga las de su ropa de diario para adular el azúcar de su predicador favorito con la alegría de siempre.

En años anteriores, a menudo he sentido estas objeciones como obstáculos para seguir con mi carrera. Las tenía amargamente presentes cuando abandoné mi dedicación a la iglesia y ahora me siguen influenciando.

Estoy cansado de mi éxito barato en el púlpito. Estoy cansado de la sociedad de estos tiempos. Sentía cierto respeto hacia mí mismo, y cierta pasión y esperanza cuando estaba entre la pobre gente de Green Anchor Fields. Pero no puedo, ni debo volver con ellos. Ahora no tengo derecho a jugar con mi salud y mi vida. Debo volver a mis prédicas o abandonar Inglaterra. Entre un pueblo primitivo, lejos de las ciudades (en el lejano y fértil Oeste del gran continente americano), tal vez pueda ser feliz con mi esposa y ayudar a mis vecinos, con la seguridad de poder cubrir nuestras necesidades con mi modesta renta, que apenas me sirve de nada aquí. En la vida que

imagino veo amor, paz, salud, los deberes y ocupaciones dignos de un hombre cristiano. ¿Qué perspectivas tengo ante mí si sigo el consejo de mis amigos y me quedo? Trabajar en algo de lo que estoy harto, porque ya hace mucho tiempo que he dejado de respetarlo; aguantar la miserable maldad de que se me hace objeto a través de mi esposa, quien solamente consigue mortificación y humillaciones allá donde mire. Si sólo tuviera que preocuparme de mí mismo, desafiaría a la maldad para ver hasta dónde es capaz de llegar. Pero debo pensar en Mercy, la mujer que quiero más que a mi vida. Las mujeres, pobres, viven de la opinión de los demás. Ya he recibido una advertencia de lo que mi esposa puede llegar a sufrir en manos de mis «amigos» (¡que Dios me perdone por emplear tan mal esta palabra!). ¿Acaso debo exponerla a que la sigan mortificando? ¿Y todo por volver a una profesión a cuyos frutos ya no les doy ningún valor? ¡No! Los dos seremos felices... ¡los dos seremos libres! Dios es misericordioso, la naturaleza es bondadosa y el amor es real tanto en el *Nuevo Mundo* como en el Viejo. ¡Vayamos, pues, al *Nuevo Mundo*!

### *Tercer extracto*

No sé si he hecho bien o mal. Ayer le comenté a Lady Janet la fría bienvenida que recibí a mi regreso a Londres y el dolor que le infligió a mi mujer.

Mi tía ve el asunto desde su particular punto de vista y así lo explica. «Jamás has entendido ni entenderás a la alta sociedad», dijo. «Lo que ocurre es que estos pobres cretinos no saben cómo comportarse. Están esperando a que una persona distinguida les indique si han de aprobar vuestro matrimonio o no. Hablando claro, están esperando a que yo les guíe. Eso está hecho. Yo les guiaré.»

Pensaba que mi tía estaba bromeando. Lo que ha sucedido hoy me ha demostrado que hablaba muy en serio. Lady Janet ha enviado invitaciones para uno de sus grandes bailes en Mablethorpe House y ¡se ha encargado de difundir que el objetivo de la fiesta será «celebrar la boda de Mr. y Mrs. Gray»!

Al principio, me negué a asistir. Pero, sin embargo, para mi gran sorpresa, Mercy se ha puesto de parte de mi tía. Me recordó lo mucho que le debemos a Lady Janet, y ha logrado convencerme para que cambie de opinión. Iremos al baile, ¡por deseo expreso de mi esposa!

El sentido de su actitud, según la interpreto, es que a mi triste amada sigue asaltándole en secreto la idea de que mi matrimonio me ha degradado ante la opinión pública. Ella será capaz de sufrir, de correr cualquier riesgo o de creer cualquier cosa, para librarse de ese inquietante pensamiento. Lady Janet prevé un éxito social y la desesperación de mi mujer (no su convicción) acepta ese augurio. En cuanto a mí, estoy preparado para el resultado. Acabaremos por marcharnos al *Nuevo Mundo* y trataremos con una sociedad que da sus primeros pasos entre bosques y praderas. Prepararé reservadamente nuestra partida y la anunciaré en el momento justo, es

decir, después del baile.

#### *Cuarto extracto*

Me he reunido con el hombre adecuado para mis propósitos, un viejo compañero mío, que es actualmente socio de una empresa naviera, bastante familiarizada con la emigración.

Dentro de quince días, uno de sus bajeles se embarca para América desde el puerto de Londres, pasando por Plymouth. Por una feliz coincidencia, el baile de Lady Janet es dentro de quince días.

Con ayuda de este buen amigo he logrado reservar un camarote, pagando un pequeño depósito. Si el baile termina (como creo que terminará) con nuevas humillaciones para Mercy (conmigo que hagan lo que quieran, les desafío a que me humillen), no tendré más que dar mi confirmación por telegrama y podremos tomar un tren hacia Plymouth.

Sé el efecto que le producirá a Mercy esta noticia, pero tengo preparado el remedio. Las páginas de mi diario, que he ido escribiendo a lo largo de estos años, le demostrarán claramente que no es ella la que me impulsa a abandonar Inglaterra. Verá que ese deseo de cambiar de trabajo y de ambiente lo he expresado una y otra vez, mucho antes de que nos conociéramos.

#### *Quinto extracto*

El vestido de baile de Mercy (un regalo de la bondadosa Lady Janet) está terminado. Tuve el honor de ver la primera prueba de esta obra de arte. No entiendo nada del valor de sedas o encajes, lo único que sé es que mi esposa va a ser la mujer más hermosa del baile.

Ese mismo día fui a darle las gracias a Lady Janet y me encontré con una nueva muestra del carácter caprichoso y original de mi querida y anciana tía.

Cuando entré en su habitación estaba a punto de romper una carta. Al verme, se contuvo y me la dio. Era la letra de Mercy. Lady Janet me enseñó un párrafo en la última hoja. «Dile a tu mujer, con todo mi amor», dijo, «que yo soy la más tozuda de las dos. Me niego rotundamente a leer sus cartas, así como me niego a escucharla, cada vez que intenta volver a ese tema. Ahora devuélvemela, Julian». Se la devolví y vi cómo la rompía delante de mí. ¡El tema del que Mercy tiene terminantemente prohibido hablar es el de la suplantación de Grace Roseberry! No he visto referencia hecha con mayor naturalidad y delicadeza que la que empleaba mi esposa en su carta para mencionarlo. Daba igual. Tuvo bastante con leer la primera línea. Lady Janet cerró los ojos y destruyó la carta... y es que ella pretende vivir, y morir, sin conocer la historia de Mercy Merrick. ¡El ser humano está lleno de misterios! ¿Qué tiene de

extraño que jamás lleguemos a entendernos?

### *Último extracto*

La mañana después del baile.

Se acabó. La alta sociedad ha vencido a Lady Janet. No tengo ni la paciencia ni el tiempo necesarios para entrar en detalles. Partimos para Plymouth en el expreso de esta tarde.

Llegamos algo tarde al baile. Los suntuosos salones se llenaban con rapidez. Paseándome por ellos con mi esposa, ella me hizo notar algo que me había pasado inadvertido. «Julian», me dijo, «fíjate en las damas y dime si no ves algo extraño». Al hacerlo, la orquesta empezó a tocar un vals. Observé que muy pocas personas se dirigieron al salón de baile. Y de esas pocas personas, casi ninguna era joven. Por fin caí en la cuenta. Salvo algunas excepciones (que no hacían más que confirmar la regla), no había mujeres jóvenes en el baile de Lady Janet. Llevé enseguida a Mercy al salón principal. El rostro de Lady Janet indicaba que ella también era consciente de lo que había ocurrido. Los invitados seguían llegando. Recibíamos a caballeros y a sus esposas, a caballeros y a sus madres, a caballeros y a sus abuelas, pero en lugar de sus hijas solteras nos presentaban elaboradas excusas con la maravillosa desvergüenza que su esmerada educación les permitía. ¡Sí, señor! ¡Así habían sorteado las matronas de la alta sociedad el problema de tener que reunirse con Mrs. Gray en casa de Lady Janet.

Pero quiero ser justo. Las damas presentes en el baile mostraron su respeto a su anfitriona. Actuaron como correspondía; no, mejor dicho, incluso exageraron.

En realidad no tenía ni idea de la grosería y la vulgaridad que se han filtrado en la alta sociedad en los últimos tiempos hasta que vi el trato dispensado a mi esposa. Atrás quedaron la gazmoñería y los prejuicios de antaño. La amabilidad y la generosidad, llevadas hasta la exageración, son las dos posturas predilectas de la generación actual. Ver cómo las mujeres se mostraban generosamente olvidadizas con las desdichas de mi esposa, y a los hombres prodigar su amabilidad a la hora de felicitar al marido, escuchar las mismas frases en cada salón: «Encantada de conocerla, Mrs. Gray»; «¡Le estoy tan agradecida a Lady Janet por habernos ofrecido esta oportunidad!»; «Julian, viejo amigo, ¡qué criatura tan hermosa! ¡Te envidio, te doy mi palabra de honor de que te envidio!»; recibir esta acogida, enfatizada con fastidiosos apretones de mano y ostentosos besos a mi mujer; y después mirar a mi alrededor y comprobar que ni una de esas personas había traído a sus hijas solteras al baile, era, en mi sincera opinión, ver caer al hombre civilizado a lo más bajo que se pueda imaginar. Tal vez en el *Nuevo Mundo* nos aguarde alguna decepción, pero jamás nos ofrecerá un espectáculo más abyecto que el que presenciamos anoche en el baile de mi tía.

Lady Janet correspondió al proceder adoptado por sus invitados dejándolos solos. No obstante, todos ellos se quedaron a cenar con gusto. Sabían por experiencia que en Mablethorpe House no servían comidas rancias ni vinos baratos. Vaciaron todas las botellas y no dejaron ni la última trufa del pastel.

Antes de marcharnos, Mercy y yo nos entrevistamos con mi tía en el piso de arriba. Era necesario explicarle con claridad mi decisión de abandonar Inglaterra. La siguiente escena fue tan dolorosa que no me veo capaz de recordarla en estas páginas. Mi mujer se ha resignado a la idea de marcharnos y Lady Janet nos acompañará hasta Plymouth: ése ha sido el resultado. Me es imposible encontrar palabras para expresar el alivio que experimento, ahora que ya está todo preparado. El único dolor que siento al alejarme de la orilla de Inglaterra es tener que separarme de mi querida y noble Lady Janet. Dada su edad, quizás sea una separación definitiva.

Así termina mi relación con mi país. Mientras tenga a Mercy a mi lado, podré enfrentarme a un futuro incierto, porque sé que, esté donde esté, la dicha me acompañará. Cuando subamos al barco con los emigrantes, nos reuniremos con quinientos aventureros como nosotros, a los que su tierra natal no puede ofrecerles ni trabajo ni hogar.

Caballeros del Departamento de Estadística, súmenle dos al número de fracasos sociales producidos por Inglaterra en el año del Señor de mil ochocientos setenta y uno: Julian Gray y Mercy Merrick.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico "*Antonina o la caída de Roma*" (1850) su primera novela, continuada por "*Basil*" (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. "*La dama de blanco*" (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «*Household Worlds*», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como "*Sin nombre*" (1862), "*Armada*" (1866), "*La piedra lunar*" (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. "*Doble engaño*" (1873), "*La ley y la dama*" (1875), "*El Hotel encantado*" (1878), "*El Hombre de negro*" (1881), "*El legado de Caín*" (1889), o la novela póstuma "*Blind Will*" (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una

relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.